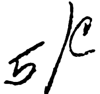

A 465237


Ex Libris
JG RG
Cave! ne cadas.
MEXICI NONIS JUNII a.D. ∞IↃCCCLXIX.


5/C

EL PECADO

DEL SIGLO.

NOVELA HISTORICA

[EPOCA DE REVILLAGIGEDO—1789.]

POR

JOSE T. DE CUELLAR.

SAN LUIS POTOSÍ.—1869.

TIPOGRAFIA DEL COLEGIO POLIMÁTICO.

Al Sr. D. Jose M. Flores Verdad.

A Vd. querido hermano, que guiado por su cariño, me aconsejó escribir este libro, es á quien al concluirlo lo dedico.

Su feliz memoria y los datos históricos que conserva Vd. en su biblioteca como singular bibliófilo me decidieron á trazar la ilustre figura de su abuelo materno, el Sr. Lic. D. Francisco Primo de Verdad y Ramos, primera víctima de las ideas de independencia nacional.

Si mi pensamiento de escribir acerca del PECADO DEL SIGLO *fuere bien acojido por los inteligentes, continuaré mis trabajos; y me animaré á presentar al digno ascendiente de Vd. en primer término, si el bosquejo que ahora le ofrezco, por via de ensayo, no desdice de la verdad histórica, ni de los apreciables apuntes que V. me ha ministrado.*

Jose T. de Cuellar.

LIBRO PRIMERO.

DISIPACION.

Dios, despues de haber criado al hombre, le ha dejado en las manos de su propio consejo.
La vida y la muerte, el bien y el mal se hallan delante del hombre; y aquello que haya escojido, se le dará.
Eccli. XV. v. 14—18.

CAPITULO I.

EN EL QUE EL LECTOR HACE CONOCIMIENTO CON
LOS CUATRO PRIMEROS PERSONAJES DE
ESTA VERIDICA HISTORIA

En la tarde del viernes 16 de Octubre del año de 1789, una multitud de gente del pueblo y muchos carruajes y cabalgaduras cubrian, casi en su totalidad, la calzada de Nuestra Señora de Guadalupe de México.

Entre todos los transeuntes se hacian notables por su jovialidad y alegre conversacion, cuatro caballeros que ocupaban un gran coche azul celeste, que con un movimiento de oscilacion acompasado mecia su elíptica caja sobre toscas sopandas.

Aquel coche forrado de badana roja claveteada con clavos de metal, era uno de los coches de alquiler mas en boga entre los caballeros de vida desordenada, por que el cochero,

llamado Filomeno, tenia la habilidad de saber aumentar sus propinas, merced á su buen servicio que hacia estensivo mas allá de sus atribuciones ordinarias.

Aquel enorme coche, donde por lo regular se instalaban seis ó siete personas, era tirado por un tronco de mulas bayas, que por su pequeña alzada causaban compasion, atendida la inmensa máquina de que tiraban, teniendo que soportar todavia la de silla al rollizo Filomeno.

En la tarde de que hablamos, aquellas mulas bayas iban precedidas de otro tronco de guias mohinas que manejaba el hijo de Filomeno, y los pasajeros del coche azul eran solo cuatro; de manera que con el orgullo que dá á los caminantes la superioridad de su tren, saludaban con afectada cordialidad á los que iban dejando atras.

Ya próximos á llegar á la plaza del pueblo de Nuestra Señora de Guadalupe, erijido en villa en Mayo de ese año, el coche tuvo que pararse porque se hacia imposible penetrar sin gran riesgo de los pedestres; además que algunos dragones apostados de trecho en trecho para cuidar el orden, no lo permitieron.

Los jóvenes descendieron de la caja azul á la vara horizontal de encino tallado, y de allí á los tres tramos de un inmenso estribo, y se encaminaron á la plaza.

Esta estaba obstruida por multitud de grupos de gente desarrapada que se habia instalado desde el dia anterior y desde la mañana del 16, mesclándose con la multitud de puestos de vendimias y de fondas provisionales.

En los balcones de las casas de la plaza, se ostentaban damas principales, y familias de los oidores y empleados de categoría.

Habia llegado á eso de las doce del dia á aquella villa, procedente de la Península, el Exmo. Señor Don Juan Vicente Güemes Pacheco Orcacitas y Aguayo, Conde de Revillagigedo y Virey nombrado de esta Nueva España, por su Magestad el Rey Cárlos III, para remplazar oportunamente al Virey, Teniente General D. Manuel Flores.

Nuestros cuatro caballeros, sin cuidarse al parecer del motivo de aquella fiesta, penetraron dificilmente entre la multitud, y rodeando por el costado Este del templo se dirijieron á una casa de pobre apariencia, cerca de una capilla conocida con el nombre de Capilla del Posito, por su inmediacion á un manantial de agua mineral á la que el fanatismo y la credulidad del vulgo dió desde entonces virtudes prodijiosas.

Penetraron en una habitacion baja que consistia en una sala adornada con dos pantallas, una imájen de la Vírgen de Guadalupe en marco formado de trozos de espejo, dos largos canapés con fundas de indiana color de rosa, algunas sillas con asientos de paja, rinconeras pintadas de color amarillo, y una tira de alfombra de jaspes con los colores del íris.

Una vieja vestida de negro salió al encuentro de los recien venidos.

—Mi Señor Don Felipe Maria, ¿por qué ha tardado usted tanto? La comida está dispuesta desde las dos.

—Mis negocios, Doña Laureana, mis negocios. Mire usted: precisamente vengo á tratar con estos caballeros de alguno muy interesante.

—¿Despues de la comida?

—No, Doña Laureana, antes. Comeremos mas tarde, y entre tanto, bueno será que vaya usted al Santuario á rogar á María Santísima por el buen éxito de nuestros planes.

—Sea por el amor de Dios, dijo Doña Laureana, cubriéndose la cabeza con un rebozo negro, y tomando hacia la calle.

Don Felipe María echó la llave y volvió á reunirse con sus compañeros.

—Señores, dijo con aire jovial, estamos como el pez en el agua; y para proceder con acierto debemos refrescar las fauces con buen catalan.

—Aprobado, dijo el mas joven de los amigos, venga el catalan.

Don Felipe Maria tomó de una rinconera una botella y cuatro vasitos de cristal abrillantado en un platon, sirvió aguardiente y apurándolo de un sorbo:

—¡Por nuestra prosperidad! esclamó con desenvoltura.

—Don Felipe, dijo el mas joven de los caballeros; me parece que toma usted demasiadas precauciones para recibirnos en esta casa que llama su retiro.

—En efecto, se apresuré á decir Felipe. Como por desgracia en los tiempos que alcanzamos no está uno seguro, de no ser delatado á la Inquisicion por la cosa mas inocente....

—Es cierto; dijeron los otros dos compañeros que hasta entonces habian permanecido en silencio.

—Por otra parte mi Señor Don Joaquin, continuó Felipe, para que entre caballeros pueda gozarse de verdadera espansion, es preciso elejir un rinconcito como este para soltar la lengua sin temor de que las paredes oigan.

—Pero me parece, insistió Joaquin, que lo que tendriamos que tratar, bien pudiera oirlo todo el mundo.

—Está usted en un error.

—¿Es algo secreto?

—Tal vez.

—¿Pues de qué se trata? esclamaron los dos silenciosos compañeros, acercando sus asientos al rincon de la sala que ocupaban Felipe y Joaquin.

—En primer lugar, interrumpió Felipe, haremos la segunda libacion; y no hay que temer, porque este aguardiente es legítimo de Cataluña. No me quedan ya mas que seis barriles.

—¡A la salud de mis amigos¡

—A la de Don Felipe, tespondieron los otros circunstantes, apurando sus vasos.

—Al segundo vaso de catalan, amigos mios, comienzo á sentirme dispuesto á la conversacion, y al tercero comienzo á ser elocuente como un Ciceron; y para probarlo entremos en materia.

Y Don Felipe hizo un ademan, parodiando las acciones de un predicador.

—Cuidado con esas burlas que parecen de judaizante, dijo uno de los amigos de Felipe.

Precisamente por eso, mi Señor Don Joaquin, he echado la llave: yo sé cuidarme y cuidar á mis amigos. Ni la Inquisicion ni el Alcalde de Corte tendrán jamás que ver con nosotros. Yo lo aseguro.

—Así sea, murmuró Don Baltazar, que hasta entonces hablaba.

—Pero á todo esto, Felipe, ¿para que nos has traido á tu retiro? ¿Simplemente para hablar de necedades?

—No te impacientes, que tiempo sobra, mi buen Baltazar. Siempre has de estar de mal talante.

—Con razon, dijo Baltazar entre dientes.

—Doy principio. Amigos mios ¿No os parece que este mundo es patrimonio puramente de los astutos?

—¿Ese va á ser el tema, señor predicador?

Este mismo y es bueno. Siento, pues, mi proposicion. Yo afirmo que este eden que se llama mundo, está hecho por Dios para regalo exclusivo del que sabe aprovecharse de sus beneficios, sin pararse en los medios.

—Esa es una proposicion muy absoluta, dijo Don Joaquin.

—Voy á probarlo. Es para mi un axioma sapientísimo el de que el fin justifica los medios, y me parece por lo tanto que el hombre está en la precisa obligacion de llegar al fin que se propone, so pena de quedarse atras en esta dificil lucha y ser pisoteado por los que vienen siguiéndonos.

Sea por ejemplo. Nosotros cuatro somos tan acreedores á la grandeza y al poderío como cualquiera; por que yo no paso por que cada uno nace con su estrella. No hay mas estrella que la inteligencia, ni mas poder que el de la voluntad.

Esto supuesto, nosotros cuatro debemos convertirnos de lo que somos actualmente, en hombres opulentos; si, verdaderamente opulentos. Figuraos que somos dueños de algunos millones. ¡Oh, ya vereis entonces que vida de fausto y de placer! Entre otros, tengo el capricho de volverme moro por algun tiempo. Yo necesito un poco de Harem, un poco de sibaritismo, un poco de esa felicidad tan positiva y tan envidiable con que todos hemos soñado desde los veinte años, y que, pobres gusanos, la vemos alejarse diariamente de nosotros. ¿Y porqué? Por que no alargamos demasiado nuestros brazos, por que no robustecemos en nosotros mismos, ese poder que trastorna el mundo y que se llama la voluntad, por que nos adherimos á nuestra miseria, como los gusanos

á un miembro corrompido, y en una palabra, por que no decimos: quiero, luego puedo. Esto es indudable.

—La teoría es alagadora, pero tiene bemoles, como dice un maestro de capilla que conozco, dijo Joaquin.

—Eso querrá decir que tiene dificultades, segun entiendo; pues bien: he ahi precisamente la gran cuestion: las dificultades son el medio, el medio palpable, conocido. ¿Qué mas queremos? Antes que el fin está el medio, el medio es la dificultad, pues á vencerla y llegaremos al fin.

—Es claro, dijeron los tres amigos de Don Felipe.

—Me complazo sobremanera, caballeros, en que mi lógica os haya parecido contundente. Lo cual me prueba que estais dispuestos á secundar mis planes.

—Los conoceremos, dijo Joaquin.

—Vamos simplemente á hacer una suposicion.

Don Felipe pronunció estas palabras dirijiendo una rapidísima mirada á Don Baltazar, quien la recojió con inteligencia.

Don Felipe en seguida puso aguardiente en los cuatro vasos y los ofreció á sus compañeros.

—Supongamos, prosiguió, que nos fijamos en una casa gruesa, en la de alguno de estos paisanos que como nosotros vinieron á Nueva España á hacer fortuna y que por ser mas audaces y mas afortunados la consiguieron; mientras que nosotros, cobardes y torpes, no pasamos de tener muchas deudas y muchas ilusiones.

—¿Y qué? preguntó un tanto sorprendido Don Joaquin, nos va usted á proponer un robo?

—¡Un robo! repitió Don Felipe. He ahi la pequeñez del hombre, qnes se asusta con una palabra; la palabra *robo* ¿Y

¿qué tiene de más esa palabra que otra cualquiera? A la verdad, si comenzamos á espantarnos con las palabras, decidámonos por la carrera eclesiástica en la que no oiremos mas que lindas palabras en latin y tal cual barbaridad en castellano.

—Una risa general desvió un tanto la imajinacion de los oyentes, que comenzaban realmente á espantarse ante las teorías de Don Felipe.

—No hay por qué temer, caballeros. Pues qué ¿creis que yo mismo podria vivir holgadamente si no fuera merced á ciertos golpes de audacia? Desengañaos, amigos mios; en este pícaro mundo, el que no se arriesga no pasa la mar. Yo, á la verdad, no se con qué cara podria presentarme de regreso en San Juan Bautista Quesama, en mi querida Provincia de Alava, sin un maravedí en las bolsas de mi pobre chupa. ¿Qué dirian de mí los Vizcainos, que si por tan poca cosa vine á Nueva España, dejándo en Alava lo mejor de mis amigos y de mis queridas?

Tú, Baltazar, que no has tenido miedo á las borrascas como avezado y digno capitan ¿volverás á las Canarias tan pobre como viniste? Para tal embajada mas te valiera haberte quedado en la Isla del Hierro en donde naciste, que venir á la tierra del oro para sacar lo que el negro del sermon.

—Yo, contestó Don Baltazar, quien al verse interpelado había llenado su vaso de aguardiente, como para preparar sus respuestas, yo Don Felipe, la verdad tengo tanta ambicion como cualquiera, y como tú, deseo ser millonario, por què esos son los únicos seres felices en este mundo; pero, la verdad, continuó como indeciso, si no es para un golpe seguro, yo no te acompaño.

—¿Y crees tú, Baltazar, que me falte inventiva para dar un

golpe. ¿Qué me han podido probar de la incidencia que sigo en la Acordada por aquel negocio que tu sabes? No te canses Baltazar, la fortuna es de quien la busca y nadie se muere la víspera.

—Ya se vé, dijo Baltazar, cuya robusta fisonomia comenzaba á tomar esa espresion particular del primer periodo de la embriaguez. Cuenta con migo, Felipe, como si estuviesemos sobre cubierta: y, oye amigo mio, cuando surcaba yo las aguas de Veracruz, con la idea de venir á encontrar mucha plata en Nueva España, me parecia que mi bajel hendia las ondas arrancando de ellas en vez de espuma, copos de plata virgen.

—¡Por la plata vírgen, Señores! esclamó Baltazar, bebamos por la plata virgen. Todos apuraron de un sorbo su vaso, escepto el único personaje que hasta entonces no habia hablado.

—¡Como se entiende, Señor Don.... Señor don qué? dijo Don Baltazar tartamudeando y dirijiéndose á Don Felipe.

—Don Cárlos, contestó Felipe.

—Pues bien Señor Don Cárlos. ¿Vsted no toma?

—Me haría daño, replicó este: he tomado lo suficiente.

—¡Lo suficiente! A la salud de usted, Señor Don....Carlos.

—Chocó su vaso con el de Don Cárlos, quien á su vez llevó el suyo á los lábios sin beber. Pero esto no fué notado sin duda, con motivo de la poca trasparencia de los vasos abrillantados, y por que la vista de Don Baltazar comenzaba á ponerse túrbia.

—Creo que te vas á achispar muy pronto, Baltazar, esclamó Don Felipe riéndose.

—No lo creas.

—Y tan pronto como antes de ayer.

—¡Ah! pero antes de ayer fué un gran dia.

—En el que estuviste muy divertido.

—Mucho.

—Vamos, confiesa que la ejecucion te impuso.

—¿La ejecucion de los nueve ladrones? preguntó Blanco.

—La misma, dijo Don Felipe. Baltazar se afectó al grado de tener que consolarse con una botella.

—¿Y te parece que una botella no consuela?

—Tu lo sabes mejor que yo.

—Pues no me la habia acabado cuando ya me sentia mejor.

—Luego confiesas que el rato fué pesado para tí.

—Efectivamente ¡Pobres chicos!

—¿Creerán ustedes, dijo Don Cárlos, que nada supe yo de tal ejecucion?

—Baltazar la sabe con todos sus detalles.

—Es justo que la cuente, dijo Blanco.

—Con mucho placer, y solo por obsequiar los deseos de este caballero, dijo Don Baltazar. Figúrese usted amigo y Señor mio, que el Tribunal de la Acordada, que quisiera ver arder como un cigarro, sentenció la friolera de nueve desgraciados al último suplicio, con el frivolo pretesto de ser salteadores de camino real. Felipe que es muy afecto á las escenas horripilantes, me invitó desde la víspera para que gozaramos de aquella inocente diversion.

Llegamos al lugar del suplicio, y aunque la multitud agolpada no nos dejaba penetrar á sitio desde donde pudieramos ver todo, Felipe se abrió paso á empellones y codazos, hasta lograr que nos colocaramos en sitio adecuado.

No bien quedamos instalados, cuando subieron los dos primeros: eran dos jóvenes simpáticos y bien portados, pero es-

taban ya mas muertos que vivos, porque no se podian tener en pié; con mil trabajos los colocaron y les dieron garrote. ¿Saben ustedes que es horrible la muerte? continuó Don Baltazar, tomando un aire de verdadero asombro, si, si, es horrible.... El tercero era un hombre como de treinta y cinco años, con buena barba, buena presencia y aire resuelto. Se conoce que debe haber sido hombre de pro; este murió como valiente, no parecia sino que se habia sentado para que le cortasen el pelo.

Siguió Nicolás Bustillos.

—¿El *Cenizo*? preguntó Blanco.

—Si señor, el Cenizo, así le decian; era un valiente, mas valiente que el otro, y para mí tengo que era inocente.

—¡Inocente el Cenizo! esclamó Felipe escandalizándose; era malo como la piel de judas.

—Malo ó bueno, era todo un hombre: ha sido una infamia matarlo.

—¡Infamia!

—Lo dicho; nadie tiene derecho para matar á otro hombre.

—Se le ha matado en nombre de la ley, ha estado bien hecho. ¿Adonde iriamos á parar si la sociedad no tuviese en la mano el medio de deshacerse de sus jurados enemigos?

—Luego tú estarias muy conforme en el lugar del Cenizo.

—Lo que es conformidad, no respondo si la tendría, pero como, á Dios gracias, no espero verme en igual caso, no me he puesto á pensar.....

—Pues yo sí, dijo Don Baltazar, y te confieso que desde antes de ayer estoy escamado.

—¡Cobarde! tu no sabes que el patíbulo no es mas que para los desvalidos?

—Para todos.

—No lo creas; teniendo audacia se para el golpe, se burla á la justicia y se juega con la ley.

—¡Bonita teoría! pero vale mas no menearllo.

—Siga usted Señor Don Baltazar; dijo Blanco.

—Le llegó su turno al quinto, continuó Baltazar, era casi un niño; y lo que es este les dió buena guerra, se defendió como un tigre preso, gritó como una fúria, mordió á los verdugos y fué necesario amarrarlo, enmedio de las mas feroces esclamaciones y del inmenso murmullo que se levantaba de la multitud que sufria con aquel espectáculo.

—¡Que horrible es eso! dijo Carlos, deberia prohibirse matar á los hombres.

—¡Frescos quedariamos! esclamó Don Felipe, ya hemos dicho que es preciso matar para correjir.

—A su turno fueron ejecutados los otros cuatro.

—¡Nueve! esclamó Cárlos.

—¡Cabales! dijo Don Baltazar. Pero lo que me horripiló hasta hacerme daño, fué la escena que siguió.

—¡Como! ¿pues que les hicieron despues de muertos?

—Cortarles la cabeza, Señor Don Cárlos, y aquel degüello de muertos fué espantoso; era la muerte de la muerte.

—¿Y con qué fin....

—Iban á colgar sus cabezas en el lugar en donde estos desgraciados habian cometido sus crímenes.

—Muy bien hecho, dijo Don Felipe.

—Eres muy cruel, Felipe, esclamó Don Baltazar incomodándose. Quiera Dios que núuca te veas en tal caso.

—¡Que me he de ver! dijo desdeñosamente Don Felipe

—Pero como no hay tragedia sin sainete, continuó Don

Baltazar, presenciamos en seguida una décima ejecucion.

—¡Otra victima! esclamó Don Carlos.

—Si Señor, ¡una burra! condenada por yo no sé qué delito por el Tribunal de la Acordada.

—Es estraño.

—Sentenciada en toda forma de derecho á morir asada; de manera que á los diez minutos de aquella asnal barbacoa todos los concurrentes tuvimos que abandonar el sitio de la ejecucion, zahumado y no con ámbar; ¡ay! en mi vida he percibido mas mal olor que el del burro quemado.

—Dios me libre de verte, en ese apríeto á tu vez, mi querido Baltazar, dijo Don Felipe burlándose, pero me consuela que como no eres burro, probablemente no corres peligro de morir quemado.

Estas frases produjeron la hilaridad y los tres amigos, por que Don Carlos se conservaba siempre retraido y silencioso, se cambiaron chanzas y bromas en la mejor armonía del mundo.

—Volviendo á lo que importa, Señor Don Carlos, ¿está usted tan decidido como Felipe á dar ese golpe de mano de que iba á hablarnos hace poco? dijo Don Baltazar.

—¡El golpe de mano! repitió Carlos, como descendiendo de la cumbre de sus ensueños, á la repugnante realidad que encerraba esa frase. ¡Un golpe de mano!

—Sí, jovencito, dijo á su vez Don Joaquin, el robo que nos proponen.

—¡El robo! Yo no soy ladron; y aunque tuviera necesidad de prescindir ya no solo de mis delirios de enamorado, sino de mi misma subsistencia, preferiría esto á cometer una accion villana.

Una carcajada de Don Joaquin y de Don Baltazar resonó despues de las últímas palabras de Cárlos

—Don Felipe, decia Don Joaquin riendo á mas y mejor; se ha lucido usted á pesar de su elocuencia; por que lo que es á este jóven no lo seducirá usted tan fácilmente como creíamos.

—Es que yo no trato de seducir á nadie. Bah ¡bah! Caballeros, prosiguió Don Felipe, un tanto amostazado, si he tenido espansiones ha sido por que me creo rodeado de amigos leales, delante de los cuales puedo sin temor, desarrollar mi filosofía y mis principios. Si cualquiera de ellos no quiere seguirme en la senda que me he propuesto seguir, es libre para hacer lo que yó: ni violento á nadie, ni mucho menos necesito de hombres de poco corazon para mis empresas.

A estas palabras, Cárlos sintió que se le subia la sangre á la cabeza, y levantándose de su asiento dio una palmada en la mesa y esclamó colérico.

—¡Señor Don Felipe! Nadie me gana á ser hombre de corazon; pero jamas para cometer un crímen.

—Ola ¡ola! dijo Don Felipe visiblememente contrariado. No hay por que amostazarse. Todo en último resultado no es mas que conversacion.

—Es claro, añadió Don Baltazar.

—Supuesto que es todo broma, bebamos el último trago por la amistad.

Chocaron de nuevo sus vasos y se levantaron de sus asientos los cuarto amigos á la sazon que se oyeron suaves golpes á la puerta de la calle.

Don Felipe fué á abrir y algunos momentos despues se sentaban á una mesa limpia y bien servida.

No faltaban algunas botellas de vino de España y algunos dulces esquisitos, á los qne Dou Felipe era mny aficionado.

La conversacion, durante la comida se hizo mas general, y se charló de todo, pero muy principalmente de la entrada del nuevo Virey, que se verificaría al dia siguiente con todas las ceremonias de estilo; por que, en efecto, la llegada de un nuevo Virey á la metrópoli, era en aquellos tiempos, un acontecimiento de alta importancia y que ponía en movimiento á todas las clases de la sociedad.

Poco antes del oscurecer los cuatro amigos volvieron á ocupar el coche azul y regresaron á la capital.

Al llegar á la plaza de Santo Domingo, paró el coche y se despidieron los cuatro caballeros, notándose que Don Felipe y Don Cárlos comenzaban á guardarse rencor.

Don Felipe y Don Joaqnin, tomaron por las calles de Santo Domingo hacia la plaza de armas; Don Baltazar se dirijió á la calle del Aguila y Don Cárlos tomó por el costado de la Inquisicion.

Don Felipe entró en una casa situada en la calle de la Alcaicería y abrió con una llave que cargaba consigo la puerta de un cuarto interior.

Hizo fuego con avíos de encender que sacó de una bolsita de seda y cerró tras de sí la puerta.

Abrió un cofre y sacó de él unas dos onzas de oro y un par de pistolas. Descolgó una capa color de yezca y tomó una linterna sorda que colgó del talabarte de donde pendía su espada; apagó la luz, se arrebujó en la capa, echó la llave que guardó de nuevo, y saliendo de la casa tomó por las calles de Tacuba y la Canoa con direccion al Baratillo.

CAPITULO II.

LOS AMORES DE DON FELIPE.

Cerca del Convento de la Concepcion, se perdió Don Felipe en el interior de una casita de humilde apariencia donde lo esperaba Margarita.

Esta, era una joven cuyo solo aspecto revelaba una cuna ilustre; sus movimientos estaban impregnados de esa dulce gravedad que, estando muy lejos de la altivez, inspiran el respeto y la consideracion.

Margarita tenia, sobre todo, unos ojos de reina; su espresion era irresistible. Era una de esas mugeres que no necesitan del uso de la palabra para que se las comprenda.

Una mirada de Margarita era siempre mas elocuente que cuanto pudieran decir sus labios.

Tenia una estatura mediana y era además blanca, con la blancura mate de una alemana.

Huérfana desde los diez años, no habia amado á otro ser en el mundo que á Don Felipe.

Margarita casi no conoció á sus padres que murieron del vómito prieto, al desembarcar en Veracruz, y la pobre niña fué conducida á México por unos arrieros que cargaban mer c ancias para la honrada casa de Don Joaquin Dongo, cuyo sujeto la sirvió de padre durante cuatro años, hasta el dia siete da Euero del año de 1784, dia en que Don Felipe, ayudado por Doña Laureana, á quien hemos visto en la casita de la Villa de Guadalupe, se robó á Margarita para sepultarla en la casita en que vamos á encontrarla en seguida.

No conocia de México mas que la casa de Don Joaquin Dongo y la humilde habitacion en que desques habia vivido hasta la fecha de los acontecimientos que vamos refiriendo; Margarita contaba á la sazon cerca de diesinueve años.

Don Felipe, comenzó el año de 84 por pasarse algunos meses encerrado en aquella pequeña cárcel, despues salia todas las noches, dos años despnes solo fue de noche, y por último, en el año 89 se le veia de tarde en tarde entrar á la casa de sn amada Margarita.

Esta union habia sido infecunda.

La noche del 16 de Octubre á que nos referimos, entró Don Felipe á la habitacion de Margarita, quien al alumbrar el rostro de su amado, tembló por que notó en él las señales de la embriaguéz, indicio seguro de que aqulla noche sería de lágrimas.

—Ola, ¡ola! dijo Don Felipe, viendo á Margarita vacilante. ¡Que temblorosilla te encuentro! Ya se vé, al cabo de cinco

años; dijo abandonando su capa y descubriendo su linterna.

—¿Cerraste con llave?

—Sí: contestó Margarita.

—Pues voy á hacer la ronda por el corral por si alguno... ya me entiendes, Margarita. A mí no me la pegas.

Margarita se mordió los lábios, pero bajó los ojos y guardó silencio.

Don Felipe recorrió las pocas piezas que formaban la habitacion, y dió una vuelta por un pequeño corral, no sin tropezar varias veces, pues la movible luz de la lámpara hacia mas dificil su marcha, por el estado en que se encontraba su cabeza.

En la cocina encontró una vieja agazapada, y á sus piés, junto al brasero, un muchacho durmiendo sobre un petate.

Llegó refunfuñando á la pieza donde lo esperaba Margarita.

—¿Sabes, Margarita que te encuentro inquieta? ¿Qué tienes?

—Nada.

—Me parece que te has demudado un poco al verme.

—En ese caso no puede ser por otra cosa que porque te encontraba violentado.... molesto.... que se yó; pero en tu semblante creí notar á mi vez que sufres ¿No es cierto? dijo Margarita dando á su voz ese timbre particular de la muger enamorada, esa entonacion de irresistible cariño, ante la cual se rinden los caracteres mas feroces.

Don Felipe, un tanto desarmado, contestó.

—Es cierto; estoy contrariado, mis negocios no salen bien, mis combinaciones fracazan y me veo precisado á prolongar el término de tu cautiverio, Margarita.

—Si es eso todo, Felipe mio, nada temas por mí. A los cinco años de cautiverio, ya estoy familiarizada con la idea de que mi única libertad y mi única dicha eres tú.

—Sí, pero ya sabes que aspiro por mi parte á una vida mejor, y trabajo incesantemente por que mis negocios me proporcionen lo suficiente para que volvamos á España: allí no te buscarán y podremos aceptar una vida tranquila y feliz, rodeados de comodidades y de bienestar.

—Para mí no hay bienestar posible si no te veo risueño y tranquilo; sabes que solo vivo por tí y para tí ¿No es cierto mi Felipe?

—Si Margarita, y esa santa abnegacion de tu parte, esa resignacion heróica, te hace superior á mí, y me desespero de ser tan miserable que no pueda yo recompensar tantas virtudes con otra cosa que con este horrible cautiverio de cinco años.

—Mi cautiverio es dulce cuando te veo, felíz cuando vuelves á sonreirme como en los primeros dias de nuestros amores ¿Te acuerdas, Felipe, de nuestras primeras caricias? ¡que felices éramos! ¿no es verdad? entonces no pensabamos ni en el cautiverio ni en nada, nos bastábamos á nosotros mismos y los dias trascurrian ligeros como las horas de la dicha.

Mi destino, cual si quisiese reausumir todos mis afectos en un ser único, me arrebató á mis padres; y por que á su muerte no contragera nuevas afecciones, pasé cuatro años, de los diez á los catorce, en una casa en donde todo tenia menos caricias; como una planta que nacía entre peñas, no me desarrollaba con el benéfico rocio de la vida, del amor y de las ilusiones, hasta que te ví aquella tarde.... ¡Oh, permíteme, Felipe, que la recuerde una y mil veces! Salía yo del templo, adonde una anciana me conducia todas las tardes, y al tomar

agua bendita, encontré una mano, una mano tuya......

Y Margarita tomó entre las suyas la mano de Don Felipe y la cubrió de besos.

—Yo no habia visto una mano mas linda que esta.

Y se quedó contemplándola por largo tiempo.

En efecto, Don Felipe tenia unas manos perfectas, de una blancura esquisita y sombreadas ligeramente por venas azules; los dedos aguzados en su estremidad, dejaban relucir unas uñas color de rosa, que daban á aquellas manos las proporciones de una mano artística y aristocrática.

Don Felipe debia la mayor parte de sus conquistas á la perfeccion de sus manos; y no obstante, nada afeminado habia ni en el carácter ni en las maneras de aquel español tan galan como valiente.

Dejose llevar como adormecido en brazos de un sueño delicioso por las halagadoras palabras de Margarita.

Nunca el amor acrece tanto, como cuando el objeto amado halaga nuestra vanidad

Bajo este punto de vista, el hombre es tan débil como la muger.

Don Felipe se encontraba de nuevo avasallado, y hasta olvidó el deplorable estado de sus negocios; y se disipó esa amargura acusadora tan inseparable de una conciencia impura.

Don Felipe, á la edad de cuarenta y dos años, no habia hecho mas que luchar torpemente contra el destino. Llena su alma de ambicion y su mente de utopias absurdas, habia buscado el bienestar, no con el cálculo frio y severo de la razon que mide los obstáculos y elije la senda mas llana, sino con los arranques de una alma fogosa, que encuentra insoportable la constancia, el trabajo y la economía.

Mucha parte tenia en esto la educacion que habia recibido y la que, por desgracia produce todavia un crecido número de seres desgraciados.

Desarrollar en el alma tierna é impresionable de un niño los gérmenes del bien, las nociones de la virtud y las tendencias á la moral, es la gran responsabilidad, á cuyo precio se compra en este mundo la dicha de tener un hijo.

Si bajo las losas sepulcrales es dado á los muertos escuchar los sollozos de los hijos que dejan en el mundo; si los espíritus, regenerados con la muerte, brillan en la eternidad con la perdurable luz de la justicia, y ya libres del error y el ofuscamiento, solo divisan el mundo al través de la verdad eterna, ¡cuan amargo desconsuelo debe atormentarlos al conocer que, desidiosos ó ignorantes, no sembraron en el corazon de sus hijos, ciegos é inocentes, los gérmenes de la virtud, única simiente cuya flor es la esperanza!

Don Felipe era desgraciado. Llevaba, sin saberlo, en su alma ese dislocamiento moral, por espresarnos así, como la planta lleva hasta su muerte la lesion que recibió en sn primer desarrollo.

Pero como todos los espíritus fogosos y como todas las conciencias intranquilas, buscaba el aturdimiento y los placeres para ahogár con un esceso de vida la carcoma de las malas acciones consumadas, que son el fantasma mudo y sombrio que no se separa de nosotros ni en la tumba.

Por eso los placeres tranquilos, el amor coronado de rosas, y las espansiones castas de las almas puras, apenas lograban adormecerlo por instantes, pasados los cuales, caia sin sentir en la atonía, y despues en la impaciencia y la desesperacion.

Frecuentemente Don Felipe se desprendía de los brazos

de Margarita, para ir á arrastrarse en el garito, para ir á probar las emociones del juego, ó la agonía de los gallos en la peléa.

Don Felipe era concurrente de los mas puntuales á las corridas de toros, que presenciaba siempre en la contravalla. Las peripecias de la tauromaquia para burlar el furor de la fiera, y esa serie de impresiones salvajes que se esperimentan en el repugnante espectáculo de los toros, eran para Don Felipe, sin que él mismo se diera cuenta de ello, su curacion, su placer favorito, porque se sentia bien durante la corrida. Las sensaciones que buscaba, eran el epispástico de su mal moral.

No creemos aventurarnos mucho al suponer que lo que pasaba en el interior de Don Felipe, es la esplicacion filosófica de la aficion á las corridas de toros.

El decreto que prohibe las corridas de toros en la República Mexicana, es el mas puro blason de la moral pública.

El hermano legítimo de este decreto, es de la proteccion al teatro.

La civilizacion los reputa gemelos.

¿El poder público que dió á luz el primero, olvidará el segundo?

Volvamos entre tanto á Don Felipe porque la respuesta vendrá tarde.

Si sabemos ya por que Don Felipe era desgraciado, debemos, si somos lógicos, desconfiar de su porvenir.

En cuanto á Margarita, si al lector, como nos permitimos creerlo, le place mas penetrar en los recónditos abismos de alma, que abandonar su imajinacion en el cúmulo de peripecias estraordinarias que constituyen el gusto mas generaliza-

do de la novela, le invitamos á conocer mejor á Margarita.

El alma de Margarita vivia entre dos mundos. El mundo de su amor y el mundo de su conciencia.

En los cuatro años que Margarita permaneció en la casa de Don Joaquin Dongo, su vida se deslizó monótona en el cumplimiento de sus quehaceres religiosos y domésticos.

El clero católico en el auge de su preponderancia sobre la tierra, logró reasumir la vida en el culto.

Las prácticas religiosas debian formar casi la esclusiva ocupacion de la muger.

Todas las acciones estaban forzosamente encadenadas por la práctica religiosa.

La libertad de la conciencia era el camino del quemadero.

La libertad civil era reputada como la blasfemia.

La inquisicion era la campana neumática de las conciencias.

El aire que se respiraba debia comprarse de rodillas.

El poder espiritual contaba por millones sus esclavos.

Margarita no conocia esta presion sino que era arrastrada por ella, y formaba, como en la mayor parte de las mugeres, su segunda vida, y tan identificada se encontraba con sus cadenas, que no las sentia.

Casi no le hubiera quedado corazon para amar mas que á Dios, con esclusion de todo otro afecto.

Pero sobre la misma taza del agua bendita, habia visto escrito en una mano blanca que la hizo estremecer el *Mane Thecel Phares* de su porvenir.

Probó, contra toda prescripcion, y á pesar de todo su celo religioso, con aquellas gotas de agua bendita, las primeras gotas de ese dulce veneno que inocula el alma de amor una vez por todas.

Margarita levantó sus hermosos ojos que se encontraron con los de Don Felipe.

Y se fundieron en la corriente eléctrica de aquella mirada los efluvios homogéneos de un solo amor.

Margarita para quien no habia mas que un mundo se sintió en el trance del alma que se desprende de su materia para volar á otra region.

Esa region era el amor de Don Felipe. Las almas libres y como libres fuertes, sucumben despues de nna lucha gigantesca.

Las almas que viven aprisionadas, sucumben sin luchar, ó lo que es lo mismo, se revelan, merced al acopio de todas sus fuerzas por mucho tiempo comprimidas.

Margarita se entregó toda en su mirada y aceptó en el agua que la ofreció Don Felipe, la trasformacion con todas sus consecuencias.

Don Felipe sedujo á la anciana Aya de Margarita, por medio del oro.

Y el oro fue para Doña Laureana lo que el amor para Margarita.

Un dia salieron niña y aya para no volver mas á la casa de Dongo.

Margarita, trasformada, aceptó el santuario del amor, trocándolo, sin esfuerzo, por el santuario de la oracion.

Y la oracion por lo que tiene de amor y el amor que ora, se confundian en un solo sentimiento.

Don Felipe, triste es decirlo, una vez en la amplia posesion de Margarita, dejaba vagar su alma en otro mundo diferente. Estaba lejos de Margarita, lejos de comprender aquel amor que lo hubiera inducido al bien; por que este

sentimiento que es el alma del mundo, ha hecho tantos santos por la sublimacion, como víctimas por el desenfreno.

Margarita era el único ser en el mundo que poseía la clave de la salvacion de Don Felipe: si este ser rebelde no se regeneraba por medio del amor, se perdería irremisiblemente.

En los primeros dias consagrados á aquellos amores, los límites del universo estaban dentro de las paredes de aquella casita.

Tres meses estuvo perdido para el mundo Don Felipe, so pretesto de un viaje á Veracruz; pero á los tres meses encandenó de nuevo el eslabon roto de la cadena de sus vicios, conmengua de las horas que consagraba á Margarita.

¡Cuantas luchas! ¡que raudal de inagotables halagos y caricas empleó la muger enamorada para convertir á Don Felipe! Todavia en los momentos en que le acabamos de ver, finjiéndose el celoso, por ocultar mejor su displicencia, Margarita le decia cariñosamente.

—Felipe mio, todavia es tiempo de salir del caos en que te vez sumerjido. Si aceptaras una manera de vivir cuyo medio fuera el trabajo, el resultado sería si no la prosperidad, por lo menos la tranquilidad del espíritu y los goces envidiables de la paz y la dicha doméstica. ¿Que mas pudié ramos apetecer que la sancion santa de nuestro acendrado cariño, para poder enseñar nuestra frente á la sociedad, que hoy nos rechaza y mañana nos acojería por nuestro buen porte, tal vez con cariño.

—La sociedad, contestó Felipe, la sociedad es venal y es injusta. El único título á su estimacion es el oro, por eso lo busco, no para que me aprecie la sociedad, por que yo no necesito de su aprecio, sino para que me rinda homenaje, pa-

ta burlarme de ella entonces á mi antojo.

—Felipe, ¿qué estás diciendo?

—La verdad, Margarita.

—Esa no es la verdad; por que la verdad no puede ser tan horrible.

—Tu eres una niña y no comprendes en qué época y entre que gentes vivimos.

—¡Oh, eso es imposible!

—Pues no hay nada mas cierto, repuso Felipe con aire glacial.

—Pero al menos ¿por que no comienzas por santificar nuestra union? eso será un paso hacia el bien.

—¿No estás contenta aun con que te permita que te santifiques todas las mañanas, yendo al templo como en tus *mejores dias*?

—¡Como en mis mejores dias! ¡ay! los dias en que no vivia, en que no te amaba.

—Pero rezabas, dijo Don Felipe con aire zumbon.

--Margarita guardó silencio para poder tragarse sus lágrimas.

Siempre que la conversacion tomaba este jiro, Don Felipe hería cruelmente á Margarita con groseras respuestas, y al fin tomaba su sombrero, se envolvia en su capa, y desaparecia, dejando anegada en llanto á Margarita.

En esta vez Don Felipe, mas contrariado que núnca, se despidió diciendo:

—Este es el consuelo único que tú sabes ofrecerme, *esposa mia*. Premio bien marecido de mi imbecilidad en venir á verte. Cuida de enmendarte, ú odiaré tu presencia como la de los inquisidores. Adios.

Margarita se dejó caer sobre su cama llorando amargamente, y así permaneció hasta que la luz del dia comenzó á dibujar lineas azules en la ventana de su habitacion.

Despertó en seguida á aquella vieja que dormia en la cocina, y se dirijió con ella, despues de haberse cubierto el rostro con una mantilla, á la Iglesia de la Concepcion, en donde á la sazon llamaban á la misa de la madrugada.

CAPITULO III.

EN QUE SE PRUEBA QUE DE LOS GALLOS SE SUELE PASAR A LAS GALLINAS.

Dos dias despues de los acontecimientos que acabamos de referir, Don Joaquin, Don Felipe y Don Baltazar se saludaron en la plaza de gallos.

La concurrencia, en virtud del movimiento producido en la poblacion, por la entrada del Virey, Conde de Revillagigedo, era mas numerosa.

En las gradas llamaban la atencion por la riqueza de sus trajes, dos mugeres que á juzgarlas al travez del afeite representaban de veinte á veinticuatro años. Llevaban vestidos de seda claros, muy escotados, gruesos hilos de perlas, guantes de cabritilla blancos, bordados de seda de colores,

con manopla hasta medio brazo; calzaban ambas zapato de raso blanco bordado de oro y medias finísimas de seda.

Junto á estas dos mugeres contrastaba la fealdad de una vieja mulata y la de una negrita como de diez años.

Don Felipe era el rey de los jugadores, y pocos le aventajaban en suerte y en desprendimiento para perder. Tenia entre los concurrentes, fama de hombre inmensamente rico.

Jugaba un gallo negro contra uno colorado. Don Felipe, gran conocedor, habia casadó diez onzas al negro, cuando acertó á pasar cerca de las dos mugeres escotadas.

—¡Que lindo es el colorado! dijo una de ellas.

Don Felipe lo oyó, y dirijiéndo una mirada á la bella desconocida.

—Juegan libres por usted Señorita, dijo poniéndo veinte onzas sobre la barandilla, y saludando á la dama cortesmente se alejó algunos pasos.

Un hombresillo rechoncho y de mirada maligna, se acercó á Don Felipe con el gallo negro en las manos, de manera que pudiera notarlo la desconocida que no perdia ya nada de la escena, y dijo á Don Felipe.

—¿Ganamos con el colorado, mi amo?

—Si, toma: dijo alargándole una moneda Don Felipe, sin quitar la vista de las gradas.

El gallero ó *soltador* como llamaban á este, no era otro que Filomeno, el cochero del coche azul celeste, quien al recibir la moneda de mano de Don Felipe, hizo alguna operacion de mala ley, pues el gallo negro gritó como herido, en el momento en que Filomeno gritaba tambien con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Que cierren la puerta!

El grito del gallo negro no fué notado mas que por Don Baltazar que era gallero de los mas conocedores, y revolviendo algunas onzas en sus manos, se mordió los lábios y apartó desdeñosamente su vista de la pelea.

Las veinte onzas eran ya decididamente de la desconocida.

Otras tantas perdia Don Baltazar.

Muerto el gallo negro y declarado por el juez que el colorado habia ganado, Don Felipe puso en la mano de la bella las veinte onzas, diciéndola al oido. Invito á usted á cenar esta noche, por que estamos muy afortunados.

—Señor Don Felipe, murmuró Tereza, que así se llamaba aquella muger. ¿No es usted amigo de Quintero?

—Si que lo soy.

—Pues, entonces....

—Don Felipe vaciló un momento, y al fin como tomando una resolucion dijo.

—Vendrá con nosotros.

—Si puede usted conseguirlo, cuente con nosotras para que le acompañemos á cenar.

Don Felipe saludó y se dirijió en seguida á Don Baltazar que lo recibió de mal talante.

—¡Eres un lépero! le dijo Don Baltazar.

—Ven, dijo secamente Don Felipe, tomando de la mano á su amigo.

Salieron de la redondel y de la plaza, tomando despues por un estrecho pasadizo, abrió Don Felipe una puerta y siguieron hasta colocarse entre una tápia de adoves y la parte esterior de la plaza de gallos.

Era un lugar solitario y muy apropósito para tratar asuntos reservados.

Solo Don Felipe conocia este vericueto, por el que fácilmente podia, cuando quisiera, desaparecer repentinamente de la plaza sin ser notado.

—¿Tienes asuntos sérios con la Tereza? preguntó Don Felipe á Don Baltazar.

—¿Y tú me lo preguntas?

—Si, te lo pregunto como amigo.

—¿A qué llamas asuntos serios?

—A todo lo que no sea una historia de amor lisa y llana.

—Don Baltazar pareció alelado.

—Las mugeres, continuó Don Felipe, son muy útiles cuando se las sabe aprovechar.

—¿Que estás diciendo?

—Escucha. La Tereza es absolutamente indispensable para nuestros planes.

—¿Los de la casa de Ascoyti?

—Precisamente.

—No comprendo.

—Solo con la intervencion de Tereza consentiré en aceptar tus proyectos ¿Amas á Tereza?

—No tanto como eso, contestó Don Baltazar, en quien la ambicion acababa de triunfar del amor. Tenia un capricho. Queria probar á Don Joaquin que no soy un amante desdeñado.

—¿Y no es mas que eso?

—En realidad, si, no hay mas que eso.

—Pues escucha. Hoy he ganado cincuenta onzas y es preciso estar de buréo. En cuanto á Don Joaquin, se quedará con un palmo de narices. Sigue haciendo el amor á la Tereza delante de él, que yo para desorientarlo me dirijiré á la

Catalina, pero en realidad á Tereza es á quien necesito para nuestros asuntos. ¿Estamos convenidos?

—Como quieras.

Y ambos amigos volvieron á mezclarse en la multitud.

Un momento despues, Filomeno habia tomado asiento junto á la mulata, y mantenia con ella, sin duda alguna interesante conversacion.

Don Baltazar y Don Felipe, desaparecieron en seguida y Tereza y Catalina media hora despues subian al coche azul celeste que las esperaba á la puerta de la plaza.

Partió el coche, y Don Joaquin echó á andar en su seguimiento.

Debia conocer sin duda el lugar á donde se dirijia, por que de otra manera hubiera sido inútil la competencia de sus piernas con las de las mulas del coche azul.

En efecto á eso de las siete de esa misma noche, Don Joaquin se encontraba en la orilla de la acequia hacia el costado izquierdo del Puente de la Mariscala y embozado en una larga capa parecia estar en espera de alguna persona.

Incesantemente dirijia la vista á una de las casas vecinas, en cuyas ventanas se dibujaban de vez en cuando las siluetas de personas que pasaban de un lado á otro.

Despues de dos horas de inútil espionaje se abrió la puerta de la casa pausadamente.

La noche era lóbrega y sombría. Acababa de cerrarse un estanquillo, de cuya puerta se desprendia la única luz que disipaba un tanto las tinieblas.

Una sombra de muger apenas perceptible atravezó el puente.

Don Joaquin la salió al encuentro.

—Buenas noches Dominga, dijo Don Joaquin.

—Buenas se las dé Dios, mi amo.

—¿Ya podemos hablar?

—Sí que podemos, pero el olor de esta zanja podrá enfermar á mi amo.

—Eso no obstante, hablaremos aquí.

—No quiera Dios que vaya su merced á atrapar unas calenturas.

—Calenturas de cabeza me traen.

—Yo hablaba de las qne andaban tan malignas, que las madrecitas de la Concepcíon han hecho novenario y con sermon y todo.

—Pues entonces ya no hay cuidado, Dominga.

—Dios dice: ayudate que yo te ayudaré. Con que vamos andando, no sea que por aquí vayamos á tener un mal encuentro. Yo tengo mis razones.

—Si es así ¿á donde quieres que vayamos á estas horas? la noche es oscurísima.

—Muy cerca vive mi sobrina.

—Que se acuesta tarde?

—Muy tarde.

—¡Malo! pues andando.

Y Dominga, que no era otra que la mulata que hemos visto en la plaza de Gallos, echó á andar y tras ella Don Joaquin.

Tomaron por un costado de la Plaza de Villamil y se internaron en unos callejones.

Dominga llamó suavemente á una puerta que se abrió en el acto.

La primera pieza de aquella casa estaba tan oscura como las calles; pero en la segunda encontraron Dominga y Don

quin luz y asientos.

—Podemos hablar á nuestro sabor, aunque sea contra la Inquisicion y contra Mangino, dijo Dominga. ¿Qué es lo que desea saber su merced?

—Todo lo que sepas de Teresa.

—Sé muchas cosas.

—Ya te escucho.

—En primer lugar, mi ama es una señorita muy desgraciada á pesar de todas sus apariencias.

—Bien puedes empezar tomando las cosas de mas atrás.

—Entonces comienzo. Mi señorita nació en el mar. Es hija de un Capitan de la Marina española que murió á manos de los piratas.

Mi señorita quedó huérfana de padre á los quince años y poco despues, por no sé que calentamiento de cabeza, abandonó su casa para venir á hacer fortuna en estos reinos, á donde la trajo una casa fuerte.

Mi señorita vivió muy feliz en su primer...... matrimonio.

—¿Es viuda?

—Casi......

—Esplícate.

—Mi Señor Don Alonso era muy bueno, pero un dia; despues de un baile, le dió fiebre, y los reverendos Padres de San Fernando le quitaron de la cabeza que siguiera *casado* con mi ama Teresita y la abandonó.

Mi ama con las lágrimas en los ojos pleiteó y vió muchos Señores licenciados, encendió velas y le prometió un vestido todo blanco á la Purísima Concepcion, si volvia á juntarse con mi amo.

Pero lo que sacó, fue, despues de muchos papeles que se

escribieron, que mi amo le pasara una pension; como si con dinero se compusiera todo.

Mi amo Don Alonso se casó despues, y Teresita, luz de mis ojos, lo llora todavía.

A ninguno ha querido, aunque es cierto que muchos la visitan y que hay lenguas viperinas que quitan honras como quitar basura.

—¿A nadie ama Teresa?

—Solo á mi amo Don Alonso; que en no hablando de él, no sabe hablar de otra cosa la pobrecita.

—Pero entre todos los que la visitan.... habrá sus preferencias......

—Yo no he visto.

—Vamos, mi buena Dominga, me parece que tú no sabes nada de lo que te conviene.

—¡Vaya si sé!

—En esta ocasion estás desorientada.

—¡Cómo!

—Si llegas á decirme todo lo que deseo saber acerca de Teresa, lejos de pesarte tendrás que bendecirme, porque te haré rica.

—¡Rica! repitió Dominga, enseñando sus blanquísimos dientes y abriendo los ojos.

—Sí, Dominga, muy rica.

—¿Pero eso es verdad?

—Mira, tengo un negocio que me debe producir, si me sale bien, algunos miles de onzas, y con algunos puñados podrias pasártela bien el resto de tus dias.

—Y pasarla mejor mi sobrinita. ¿Conoce V, á mi Juanita?

—¿La que estaba en los gallos?

—Sí, la negrita. Libre por la misericordia de Dios.

—Con que, piensa bien Dominga en lo que tengas que revelarme.

—No sé si deba....

—Habla.

—Porque, todavía á mí no me consta, y no quisiera decir á su merced lo que no sea cierto.

—¿Dudas de mi discrecion?

—¡Líbreme Dios, amo mio! que aunque una sea pobre....

Don Joaquin puso dos pesos en las manos de la mulata.

—Pues diré á su merced todo lo que sé, en descargo de mi conciencia.

—Si Teresita usa tanto boato, es debido no solo á la pension de su difunto, sino que ademas, la regala un español muy rico.

—Cuéntame eso, Dominga.

—Ese español que recibe mil primores siempre que llega Formento con la Nao de China, la ha regalado unos tápalos que no hay ojos con que verlos.

—¿Y viene con frecuencia?

—Le diré á su merced; como la muger de Don Manuel....

—¿Así se llama el español?

—Don Manuel de la Rosa, sí Señor, como de cincuenta ó mas años, se ha enamorado de Teresita perdidamente; y vea su merced lo que son los hombres; un señor tan devoto, que comulgaba todos los domingos, y era hermano de las Archicofradías, hermano de la caridad, y llevaba el palio en las procesiones; daba gusto verlo manejar las mulas de la estufa del Divinísimo, y tenia en su casa un oratorio que era un primor. Ha dado en querer á Teresita y yo le oigo relatar unas cosas

de su casa cuando viene algunas noches, que sin conocerla me dá lastima su pobre muger, que dicen que es una señora muy buena, así como su hija Isabel, por quien se mueren las madrecitas.

—¿Pero qué, Teresita no amará á Don Manuel?

—¡Quiá! no Señor; ella no lo despide de lástima, y yo creo que tambien es porque como siempre la regala tanto......

—Entonces no debo perder la esperanza.

—Sí; porque vea su merced, ya le ganaron á su merced por la mano.

—¡Cómo!

—Esta noche Teresita y Catalina estan cenando con dos buenos mozos.

—¡Es posible!

—Nada mas cierto. Como que tuve que decir que mi sobrina se estaba muriendo para que me dejaran salir.

—¿Y quiénes son? Dominga.

—Les he oido decir á mis amas que uno se llama Aldama y otro Quintero.

Don Joaquin se levantó de su asiento como movido por un resorte.

—De todos modos cuento contigo Dominga, que no te pesará. Ya verás como pronto no tendré rivales.

Y despues de haber convenido en una nueva cita, salió de la casa y se perdió en la oscuridad de las calles.

CAPITULO IV.

EN EL CUAL VERA EL LECTOR CUAN CIERTO ES EL REFRAN DE QUE "EL QUE DE SANTO RESBALA...."

Don Manuel de la Rosa, como sabemos por Dominga, era en efecto, uno de los comerciantes mas ricos de aquella época. Sostenía varias tiendas de comistrajo y de lencería, con cuyos productos habia podido comprar, hacía dos años, dos haciendas de vastísimos terrenos en la Provincia de Valladolid.

Don Manuel de la Rosa, hidalgo, é hijo de honrados comerciantes y cristianos viejos de la Península, habia venido á Nueva España, trayendo su patrimonio que consistía solo en doscientos mil reales de vellon.

La mayor parte de sus parientes dependía de la Iglesia, y

su educacion casi monástica, lo habia acostumbrado á llevar una vida de austeridad y privaciones, en medio de las cuales pudo acrecer su caudal, ya espuesto desde entonces, por las sugestiones de sus parientes, á ingresar un dia á los bienes de manos muertas.

En la primavera de 1750 conoció á la joven Doña Mariana Rivadeneyra, sobrina de un Canónigo de la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe.

Un mes despues de haber conocido á la novia en la misma Villa de Guadalupe, acompañado del Prior del Convento del Cármen y del Señor Alferez real, Juez de Aguas y Alcalde de Alameda Don José Antonio Dávalos, pasó Don Manuel de la Rosa á la casa del Canónigo para hacer en forma el pedimento de la mano de Doña Mariana Rivadeneyra.

A eso de las cuatro de la tarde sería, cuando en la sala del dicho Canónigo, circulaban, en medio de la mas grave y ceremoniosa conversacion, las mancerinas de plata sosteniendo pocillos de aromoso chocolate; y Canónigo, Prior, Alferez y novio engullian biscochitos y boyos de los mas finos y apetitosos.

Don Manuel de la Rosa contaba á la sazon treinta y dos años.

El Canónigo, viendo el encogimiento de Don Manuel, tuvo á bien dirijirle algunas palabras.

—He sabido, Señor Don Manuel, que es usted muy buen cristiano, de lo cual me huelgo; por que, hijo mio, sin el cumplimiento escrupuloso de todo lo que nos manda la Santa Madre Iglesia, no hay felicidad posible sobre la tierra.

—Sí, padre, contestó Don Manuel todo cortado y dejando ahogar la sopa en el chocolate: yo frecuento y procuro....

—¿Y cuál es la patrona de su casa de comercio, hijo mio?

—María Santísima de Guadalúpe.

—Ha hecho usted muy bien en ser devoto de mi Señora, de la misma manera que mis buenos amigos, dijo el Conónigo, dirijiendo una mirada al Prior y al Alferez.

—Sí....Sí....respondieron estos.

—Es la maravilla de la Nueva España, dijo el Prior, sacando del hábito una caja redonda, repleta de polvo colorado de tabaco, y ofreciéndolo á los circunstantes.

El Padre Prior era un fraile como de treinta y cinco años, asturiano de nacimiento, de pelo castaño claro y ojos azules, de una viveza extraordinaria, y tez blanquísima; usaba gafas con varillas de oro, y la rubicundez de sus mejillas causaba envidia á las muchachas.

Poseía una dentadura magnífica y contraia la fisonomía del fraile, entre picarezca y bondadosa, una sonrisa perenne.

Asegurado el Canónigo de que el novio era un legítimo siervo de Dios y un católico á carta cabal, hubo de convenirse en no dilatar la ceremonia, comenzándose desde luego las diligencias.

La voluntad de la novia, aunque consultada de antemano, fue, no obstante, ratificada solemnemente.

No volvieron á verse los novios hasta el dia de los esponsales y desde ese dia hasta el de la ceremonia y la velacion.

Tiempo hacía que Don Manuel de la Rosa disponia la boda, de manera que nada faltó de cuanto pudiera apetecerse, en aquella época, de lujo y comodidades.

Contaban algunos años despues los criados de la casa, que llegó á no haber lugar en ella para colocar los dulces que de casi todos los conventos enviaron las monjitas á los novios.

Don Manuel de la Rosa y Doña Mariana Rivadeneyra eran

por entonces tan el uno para el otro, y su educacion era tan parecida, que hasta las mismas devociones tenian, y rezaban las propias jaculatorias.

Oían misa de seis, rezaban á las doce, á las tres de la tarde y al toque de oracion; y á las ocho en punto no les faltaba su estacion á las benditas ánimas del purgatorio, y camándula en mano, su santísimo rosario; cenaban á las nueve y media, y dormian en seguida el sueño del justo.

Doña Mariana no perdonaba jubileo, y en su coche recorria semanariamente la portería ó la reja de cuatro conventos, en donde era muy considerada por sus limosnas y su celo religioso.

En el primer año de matrimonio, vió la luz la niña Doña Isabel María de la Rosa y Rivadeneyra.

Isabel tenia á la sazon diez y nueve años y era la novia de Cárlos, el jóven á quien hemos visto acompañando á Blanco, á Quintero y á Aldama en la casita de la Villa.

En diez y nueve años, aquellos santos esposos no volvieron á verse reproducidos, ni turbó la paz de aquella casa ningun disturbio doméstico.

La fortuna habia ayudado á Don Manuel, y poseía un inmenso caudal.

Seis meses antes de la época en que comienza esta verídica historia, quiere decir, por el mes de Mayo de 1788, Don Manuel habia estado de manteles largos en la casa de un comerciante andaluz, hombre alegre y dadivoso y de costumbres no muy edificantes.

Dicho comerciante acababa de recibir magníficos vinos de la Península, y quiso darlos á catar á sus mejores amigos.

La comida de hombres solos habia tenido lugar en un jar-

din cerca de San Fernando.

Sea que la calidad de los vinos fuera realmente suprema, ó sea que los amigos de Don Manuel, conociendo su carácter encojido y santurron, tratasen de ahogar escrúpulos que hubieran sido estemporáneos en una reunion de gente alegre, el caso es que Don Manuel, estuvo loco y decidor y olvidadizo de sus costumbres y devociones.

No faltó quien á los postres echara de menos al bello sexo.

El plan fue acogido con entusiasmo, pues los concurrentes gozaban con la idea de ver prevaricar al circunspecto Don Manuel, que debería estar divertidísimo, si se lograba meterle por el ojo una chica de alma atravezada y desenvoltura á toda prueba.

Concebir el proyecto y ponerlo en práctica fué obra de un momento; y á las seis de la tarde la inocente reunion de comerciantes era una verdadera solemnidad de amor.

Prévia una fuerte suma entregada en oro á Teresa, se le confió la conquista de Don Manuel, quien apartado con su apasionada hechicera departía amigablemente bajo los emparrados del jardin.

Teresa tenia todo ese funesto atractivo de la muger de mundo, infiltraba en las almas sencillas ese veneno mortal envuelto en los encantos de la muger que no vive sino en el amor.

En circunstancias normales, las primeras palabras de Teresa hubieran parecido á Don Manuel una segura condenacion eterna; pero en esta vez Don Manuel oyó al principio con sorpresa, despues con agrado y al fin con deleite.

Aquella alma cerrada á toda seduccion, habia tragado ya el cebo, y estaba fatalmente inoculada.

Nada es mas irresistible que una de esas pasiones inspiradas en la edad madura, nada mas funesto que la caida de uno de esos pedestales formados con la abstinencia y el recogimiento; parece que todas las fuerzas comprimidas estallan y que al caer se rompe abiertamente con la razon y con el arrepentimiento.

Don Manuel vió delante de sí un mundo nuevo, desconocido; pero de irresistible encanto: habia entrado en él, llevándole de una mano la embriaguéz; y al disiparse los últimos vapores del vino, nada era mas cierto que aquella hermosa realidad.

Don Manuel no se espantaba, no deseaba retroceder, no capitulaba consigo mismo.

Era el sonámbulo que no quiere despertar.

Serían como las nueve de la noche.

La luna asomaba á través de algunos nubarrones blancos, como copos de espuma, y alumbraba por intervalos. Una ligera llúvia que acababa de caer, hacia brotar de la tierra ese vapor húmedo en el que la vegetacion parece solazarse, en el que las flores, mas lozanas y mas aromosas se mecen aljofaradas en sus tallos y ostentan mas gallardas y mas llenas de vida toda su hermosura.

Don Manuel amaba entonces hasta á las flores: para su tacto no habia mas que caricias, para sus oidos no habia mas que arrullos halagadores, ya fueran las palabras de Teresa ó el ruido de las hojas del jardin, para sus ojos no habia mas que un deslumbramiento.

Don Manuel habia tocado á la puerta de la felicidad humana, y le habian abierto el paraiso de par en par. Estoy regenerado, se decia, contento de sí mismo; su sangre corria

mas violenta, mucho mas violenta que á los veinte años. Nunca habia sido tan dichoso.

Y su felicidad era de una naturaleza tan funesta, que no le espantaba compararla con la que le habian proporcionado todos sus goces pasados.

Las imájenes de su mujer y de su hija se le aparecian pálidas y sin color en medio de aquel cuadro, todo vida, todo amor, todo sentimiento.

—Mi muger, mi hija, decia contestando á Teresa, cuando esta ensayaba destruir el inmenso edificio que acababa de levantar en el corazon de su amante. ¡Mi muger, mi hija! ¿No tienen por ventura toda la dicha de que ellas pueden disfrutar? Seguirán siendo felices á pesar de todo, por que mi dicha es tan exclusivamente mia, que no puedo darles de ella nada, nada. ¡Mi dicha eres tú!....

Y arrobado en una contemplacion delirante caia de rodillas delante de Teresa, que empezaba á retroceder, cediendo á ese instinto que nos avisa que acabamos de causar un mal.

Teresa habia ganado muy bien su dinero pues se habia escedido á sí misma.

Don Manuel estaba locamente enamorado de ella.

Todos los concurrentes á la comida habian desaparecido, y las horas trascurrian con esa rapidéz con que se suceden las horas de la felicidad......

Eran las doce de la noche.

Y Don Manuel no habia pensado un solo momento en dar término á aquel coloquio.

Entre tanto Doña Mariana habia movido el mundo, habia mandado emisarios en todas direcciones, se habia dado parte al Alcalde de Corte, y muchos amigos de Don Manuel lo

buscaban por todas partes.

Don Joaquin Dongo, amigo de Don Manuel, estabá inconsolable, y su primo Don Nicolas Lanuza aguzaba su ingenio para acertar con el sitio donde podria encontrarse á Don Manuel.

—No sé que pensar, mi Señora Doña Mariana, decia Don Joaquin Dongo; Don Manuel es un hombre exesivamente metódico: él no juega.

—Dios me libre, Señor Don Joaquin.

—Si se tratara de algun jóven, decia Don Nicolás, podria sospecharse que alguna aventura galante.....

—Pero mi marido es un ángel, interrumpió Doña Mariana.

—Ademas, agregó Don Joaquin, que su edad lo pone á cubierto de tal sospecha.

—Todo temo, menos que mi marido me dé una pesadumbre en ese sentido.

—Ya se vé, dijo Don Joaquin.

—Siento mucho, Señor Don Joaquin, que usted se esté desvelando, dijo Doña Mariana.

—De aquí no me muevo mientras no parezca Don Manuel; y no me ofrezco á correr esas calles, porque ya sabe usted, mi señora Doña Mariana, que torpe soy de pies.

—Cuando venga el dependiente mayor en el coche, dijo Don Nicolás, yo me encargo de buscarlo en la casa de unos paisanos.

¿Quiénes? preguntó Dongo.

—Alvarez, Navarrete y Compañía, dijo Don Nicolas.

—Es verdad, allá no han ido, dijo Doña Mariana.

Así se pasó en casa de Don Manuel casi toda la noche. Doña Mariana se asomaba al balcon repetidas veces y volvia

á anudar su conversacion con Don Joaquin.

Los únicos que hubieran podido dar razon de Don Manuel, que eran los españoles que lo habian invitado á almorzar, dormian profundamente, y por nada de este mundo hubieran permitido que se les incomodase, ni estaban á esas horas por mezclarse en indagaciones.

Pero por mas que Don Manuel hubiera sido capaz de permanecer á los pies de Teresa por todo el resto de sus dias; ésta, que no se encontraba á la altura de su apasionado amante, y que además conceptuaba haberse ganado fielmente su propina, empezaba á sentir el frio de la noche y la desazon de la vigilia; así es que con el imperio que ya ejercia en el ánimo de Don Manuel hubo de conseguir que salieran del jardin.

Atravesaron la ciudad, cuyo silencio era solo interrumpido por los ladridos de los perros que pululaban en todas direcciones, y para los que aquellos dos fantasmas en la mitad de la noche, eran un acontecimiento digno de cantarse por toda la raza en desaforado concierto.

A la puerta de la casa de Teresa se despidió Don Manuel, repitiendo como todos los enamorados, una y mil veces sus juramentos.

Y se encontró solo.

Estaba desorientado; y de pronto se le figuró que su casa debia hallarse á muchas leguas de aquel lugar.

No podia dar un paso.

No sabia como habia de moverse de allí. Allí estaba Teresa y delante de él Teresa. Pero al fin echó á andar, y mas bien el instinto que la voluntad, lo guió á su casa.

A cien pasos de esta, oyó una voz que le hizo estremecerse

porque era la primera voz humana que oia despues de la de Teresa que estaba aun vibrando en sus oidos.

—Señor Don Manuel.

—¡Que! ¿Quién, quién es? preguntó Don Manuel moviendo rápidamente los párpados.

—Soy yo, mi Señor amo.

—¡Juan! ¿Pedro? ¿Quién eres tú?

—Sí, Señor. La señora está muerta de pesar

—¡Muerta! ¿Quién está muerta? ¡quién, con mil diablos!

—La Señora, mi Señora Doña Mariana.

—Ah, ¡ah! balbutió Don Manuel.... Bien....sí....sí. La Señora. Bueno. Vamos hombre, vamos. Allá voy, sí, sí....

Y Don Manuel empezó á sentir un especie de desvanecimiento, las imájenes brillantes de su noche feliz, revoloteaban, confundiéndose con sombras pesadas. Los objetos materiales se interponian en su alucinacion, que espiraba como el resplandor de una llama oscilante. Las voces de los criados, los gritos de Doña Mariana, los sollozos de Isabel, eran soplos de fria realidad; pero que no apagaban sino solo agitaban para matarla, aquella llama estraña que habia incendiado su fantasía dormida tanto tiempo.

Todavia Teresa, como la repercucion del espéctro solar, como esas chispas que se ven con los ojos cerrados, revoloteaba en la calenturienta fantasia de Don Manuel, á pesar de que estaba en su casa, rodeado de su familia y de su servidumbre.

Ni un solo rastro quedaba en Don Manuel que hubiera revelado la embriaguez.

Solamente estaba pálido.

Su muger lo conceptuó enfermo, y pidió en vano la espli-

cacion de aquel suceso tan estraño. Don Manuel no supo, no pudo esplicar nada, á pesar de que no hubiera vacilado en decirlo todo.

Doña Mariana que queria hacer todas las suposiciones posibles, antes de oir á su corazon de muger, pensó que su marido estaría envenenado, tal vez *hechizado*, tal vez loco.

Isabel se acercó á su padre con una tizana que ella habia preparado, por consejo celebrado en la cocina.

Don Manuel tomó el vaso y lo apuró de un sorbo.

—¿Qué es esto?

—Es para que se alivie usted, padre; dijo Isabel.

—Esta palabra fué una pequeña luz para Don Manuel. Pensó que era bueno hacerse enfermo.

Dongo y Lanuza se retiraron sin despedirse al saber que Don Manuel habia llegado sin novedad.

A las cuatro de la mañana ya todos dormian, menos Doña Mariana. Habia rezado y lloraba.

CAPITULO V.

LA PRIMERA BORRASCA Y LA PRIMERA AURORA.

La noticia de la desaparicion de Don Manuel de la Rosa, circuló al dia siguiente por todas partes; y como en aquellos tiempos el mas ligeró acontecimiento que viniera á turbar la monotonía, era comentado con avidéz por los pacíficos habitantes de la metrópoli, no habia casa de comercio en donde no se hablara de aquel estraño suceso.

Don Manuel durmió hasta bien entrado el dia, y se despertó altamente preocupado é incomunicativo.

Quiso que se le sirviera la comida en su dórmitorio y dió órden de que nadie lo molestara.

Entre tanto, el cuchicheo era el viento que corria en toda la

casa; la cocina era un verdadero congreso, y los criados de muchas casas entraban y salian, inquiriendo de parte de sus amos si habia parecido Don Manuel.

A Doña Mariana llegaron á causarle tambien los recados y á su voz se declaró incomunicada en su habitacion, en la que, á pesar de todo, no pudo evitar verse rodeada de los criados mas fieles.

La ama de llaves que contaba sus cuarenta navidades, se daba el aire de suficiencia de todas las viejas, cuando se trata de asuntos que ellas conocen mejor que la inexperta juventúd.

—Que mi amo está hechizado, es cosa que su merced no debe poner en duda, decia á Doña Mariana, yo estoy segura de que le han dado yerba. Si pensarán ustedes, continuaba, dirijiéndose á las criadas, que yo no sé de hechizos, ni de esta clase de desapariciones. Mi difunto esposo, que de Dios goce, estuvo hechizado mas de veinte veces: cada noche que se quedaba fuera de casa, hechízo seguro, yerba teniamos, y vela al dia siguiente á la Preciosa Sangre.

¿Cuánto apostamos á que el pobrecito del Señor Don Manuel mi amo, tenia los ojos colorados? ¡Como si lo estuviera viendo!

—Sí Señora, dijo una criada, yo lé ví los ojos.

Doña Mariana apenas oia esta charla, su imajinacion volaba hácia cosas mas comprensibles que los hechizos, no obstante que en esta materia nunca la habian dejado satisfecha las respuestas de su padre confesor.

De todas maneras, pensaba Doña Mariana; si mi marido ha sido hechizado, ha de haber andado en ello la mano de una muger.

La Inquisicion ha quemado siempre mas mugeres hechiceras que brujos. Esto es un hecho; y por mi parte, mas miedo tengo á las mugeres, que á los judaizantes, á los herejes y á todos esos desgraciados. Lo mejor será consultarlo con mi director espiritual.

Y esta idea era la única que consolaba á Doña Mariana.

Al caer la tarde, Don Manuel se vistió decentemente, y aun se permitió sacar de su gaveta unas preciosas hebillas que colocó cuidadosamente en sus zapatos.

El maestro barbero habia entrado al medio dia, y habia tardado mas de hora y media en afeitar al amo.

Esta era otra de las observaciones que de boca en boca se trasmitia la servidumbre, que de todo lo que pasaba, por insignificante que fuese, queria deducir consecuencias que aclarasen sus dudas.

Don Manuel, habiendo tenido tiempo suficiente para reponerse, se creyó al fin dueño de sí mismo, y se decidió á hablar con su muger.

A eso de las seis, entró en la habitacion de Doña Mariana, que aun permanecia rodeada de las criadas que se habian sentado en el suelo al derredor de su ama.

Al ver entrar inopinadamente á Don Manuel, cuyos pasos no sintieron, se levantaron asustadas.

—¿Qué hacen ustedes aquí? preguntó Don Manuel haciendo un gesto. Las criadas desfilaron silenciosamente hácia la cocina.

—Mariana; dijo Don Mannel, cuando estuvieron solos, por estraño que te parezca lo que pasa, no debes alarmarte. Hay negocios que exijen cierto sigilo; y me alegraría de que tu discrecion y prudencia no diera pábulo á que se haga plá-

za de una circunstancia que no tiene nada de estraordinaria. Mis negocios me obligan á no revelarte, por ahora, añadió enmendándose, una parte de mis acciones. Necesito de tu discrecion.

—Está bien, murmuró Doña Mariana.

Y hubo un momento de silencio que pareció un siglo.

—¿Vas á salir? dijo al fin Doña Mariana.

—Sí, voy á salir, repitió Don Manuel.

Y como Doña Mariana habia bajado los ojos, estos se fijaron en las hebillas de lujo de Don Manuel.

Don Manuel tenia bonito pié.

Era una de las cosas que le gustaban á Doña Mariana. Aquellas hebillas eran las de los dias terribles.

Doña Mariana tuvo miedo, pensaba encontrar en los piés de su marido lo que no habia podido encontrar en sus ojos,

—Vendré un poco tarde, dijo Don Manuel, y salió.

Doña Mariana lo vió alejarse, esperimentando una angustia como si su marido la dejara para emprender un largo viage.

Empleó el resto de la tarde en enviar recados á los cuatro conventos de monjas con quienes mantenia relaciones, suplicando á las madrecitas se dignaran pedir á nombre de la Señora Doña Mariana Rivadeneyra de la Rosa *por una necesidad.*

Dongo y Lanuza fueron las primeras visitas aquella noche.

Don Joaquin Dongo, aunque hombre esperimentado, no podia dar crédito á las suposiciones de Doña Mariana, quien sin reserva alguna, comenzó por hacer públicos sus temores.

—Estoy bien seguro, decia Dongo, que Don Manuel no se distrae en asuntos de esa clase, yo le conozco y le fio, mi señora Doña Mariana.

—Las mugeres conocemos mejor á los hombres, Señor Don Joaquin. y el corazon de la muger no se engaña.

—El de usted sí se engaña.

—Ojalá, dijo Doña Mariana suspirando.

—De facto, mi señora, de facto que se está usted equivocando.

—¿Y si le dijera á usted que tengo pruebas?

—¡Oh! eso sería mucho avanzar.

—Pues las tengo.

—¿Y se pueden saber? dijo Dongo en tono jovial.

—Sí señor. Hoy se ha puesto mi marido en los zapatos las hebillas de lujo con que me enamoró.

—¿Y eso qué prueba?

—Mi marido tiene presuncion, sabe que tiene un pié muy bien formado.

—Y bien.

—Que se compone los pies para gustarle á alguna muger.

Dongo rió de la mejor buena fé del mundo.

—Yo le conozco, Señor Don Joaquin.

—!Imposible! ¡imposible! Doña Mariana.

Desde esa noche la conversacion de Doña Mariana no rolaba sino sobre este asunto, que Dongo por su parte creia siempre imposible.

En cuanto á Don Manuel esperó en el almacen, y despues andando calles, á que las sombras de la noche favorecieran su cita galante y tocó á la puerta de la casa de Teresa.

Dominga bajó á abrir; pero solo se dejó ver entreabriendo la puerta.

—Soy yo, dijo Don Manuel.

Pero Dominga ni conocia la voz ni sabia que sus amas es-

perasen á algun desconocido.

—Si no me dice otras señas, señor encapotado, echo la tranca; que ha dado en haber mala gente, y mis amas son unas niñas todavia.

—Sé que no debes conocerme; pero soy de la casa.

—A mi no con esas; que yo conozco á todos los buenos mozos.

—Pero es que tu ama me dió cita.

—¡Válgame Dios, y que térco me parece el Señor!

—Pregúntale á Teresa.

—A la Señorita, querrá decir.

—Bien, sí, á tu ama, á la Señorita Doña Teresa.

—¿Quién es? dijo Teresa desde el corredor.

—Es un señor grande que dice......

—Abre, gritó Teresa.

Y Don Manuel salió al fin de aquella ridícula posicion.

Dominga pudo verle á la luz del patio, y conoció por las hebillas, que era un señor.

—Su merced me perdone, pero los chascos que se pasan .....

—Toma por el chasco, dijo Don Manuel, poniendo en la mano de Dominga una media onza de oro, tan reluciente como las hebillas.

El placer de Dominga no tuvo límites.

Era la primera moneda de oro que poseia: aquel Señor le pareció magnífico.

—Si será el nuevo Virey, pensó la mulata.

Y acompañó á Don Manuel, acariciando entre sus manos aquella moneda por la que sentia ya un verdadero cariño.

No tardó Don Manuel en ser recibido en la casa de Teresa

con todo el agasajo á que era merecedor por sus inmensas riquezas.

Cuando la muger deja de tener delante de sí, como el primer objeto de su anhelo el pudor, es este generalmente sustituido por la ambicion del oro.

Teresa, Catalina y Dominga estaban en este período; de manera que Don Manuel, en la época á que se refieren estos sucesos, era todo el querer de la casa, á costa de las muy buenas onzas que allí se dejaba frecuentemente.

Teresa y Catalina esplotaban á algunos incautos, pero siempre sin perjuicio de recibir á Don Manuel á sus horas y preferentemente.

En la misma noche en que por Dominga supo Don Joaquin que Aldama y Quintero cenaban con Teresa, Don Manuel habia recibido recado de Teresa de no venir á su casa sino despues de las doce de la noche, pues vendrian á verla unos caballeros de quienes Don Manuel tal vez no querria ser conocido.

Aldama, como recordarán nuestros lectores, habia convidado á cenar á Teresa y á Catalina.

El cochero Filomeno habia arreglado en la misma plaza de gallos con Dominga, que la cena sería en la casa de las señoras; de manera que tan luego como el coche azul dejó á estas á la puerta de su casa, regresó á una tienda situada en la Alcaicería, á donde Aldama se proveia comunmente, y el mismo Filomeno fue conductor del abasto correspondiente para una cena improvisada con lo mas esquisito que allí se encontraba.

Don Felipe María Aldama y Don Baltasar Quintero, vestidos con suma elegancia, llegaron á eso de las siete á la casa

de Teresa.

Limpísimas eran las chorreras de encaje, ajustado y flamante el calzon, chupa y casaca irreprochables y medias de seda blanca.

Teresa y Catalina estaban á esas horas vistiéndose, pero no se hicieron esperar demasiado.

Teresa habia rejuvenecido; la luz artificial la favorecia y Catalina estaba no menos seductora.

No tardó en animarse la fiesta cuando comenzaron las libaciones, en medio de las cuales, Teresa hizo el mas descarado alarde de sus relaciones con Don Manuel de la Rosa, á cuya costa se rieron estrepitosamente.

Aldama que no tardó en ponerse elocuente, como él mismo decia, á la segunda copa hizo un panejírico de la habilidad de Teresa, y formuló sériamente la proposicion de esplotar, todos en comandita aquellos amores.

La tal proposicion fué admitida porque ninguno de los presentes dejaba de sentir el deseo de atesorar, por cualquier medio, y el propuesto por Aldama era exelente.

Se esperarian las doce de la noche, y Aldama en persona bajaría por Don Manuel, se le ofrecerían algunas copas y en seguida se sacarían los naipes.

—Teresa puso por condicion, que mientras Don Manuel estuviera presente, se le guardáran los miramientos de preferido en el amor.

Todo se hizo al pié de la letra y á las doce y cuarto Don Manuel de la Rosa se encontraba al frente de aquellos dos caballeros y de aquellas dos señoritas.

Teresa lo recibió abrazándolo y diciendo.

—Este es mi amante, caballeros; y lo recomiendo á mis

amigos en general y á ustedes en particular porque le quiero mucho.

—El Señor Don Manuel de la Rosa, contestó Aldama, se recomienda por sí solo.

—Muchas gracias, dijo el viejo, todo turbado.

—Bien pronto los manteles fueron sustituidos por una carpeta de paño verde y se trajeron habas y naipes.

A las tres de la mañana Don Manuel perdía mas de cinco mil pesos.

Aldama y Quintero no podian disimular su emocion. Habian encontrado á su hombre.

Teresa apostaba con una suerte decidida.

Catalina se habia retirado, dejando sobre la mesa treinta habas, que eran otras tantas onzas que le ganaba á Don Manuel.

Aldama y Quintero, no queriendo pasar ante Don Manuel sino como hombres muy acomodados, no dieron á este las señas de su casa, y manifestaron que recojerian el dinero al dia siguiente en la casa de Teresa.

Acompañaron á Don Manuel hasta la puerta de su casa y se retiraron poco antes de amanecer.

Doña Mariana estaba esperando, como siempre, á su marido.

No habia cerrado los ojos en toda la noche.

Don Manuel la reprendió severamente.

Doña Mariana ocultó sus lágrimas y se fué á acostar.

CAPITULO VI.

EL DOCTO Y REVERENDO PADRE FRAY JOSÉ DE LA PURISIMA CONCEPCION.

Durante los seis meses que Don Manuel llevaba de tener relaciones con Teresa, Doña Mariana Rivadeneyra habia envejecido diez años, y todo habia cambiado en aquella casa, en donde reinaba la paz y la tranq ilidad.

Las escursiones de Don Manuel eran diarias; y raras veces entraba á su casa antes de las doce de la noche.

En los primeros dias, Doña Mariana no tuvo embarazo en contar lo acontecido á todo el mundo, en preguntar á todos y en hacer pública ostentacion ed su desgracia, muy agena todavia de que el mal era mas grave de lo que ella misma podia imajinarse.

Los asuntos comerciales de Don Manuel no tardaron en resentirse de la falta de vigilancia del amo, que, desvelado las mas noches, no podia asistir sino un rato en la tarde á su escritorio, ni mucho menos vigilar sus establecimientos.

El dependiente mayor confesó á la Señora Doña Mariana los frecuentes pedidos de dinero de parte de Don Manuel, y mostró la lista de los efectos de ropa que con recado del patron habia entregado á una mulata llamada Dominga.

Doña Mariana supuso primero que el juego estaba arruinando á su marido; pero la lista de la ropa la hizo ratificar sus conjeturas; se acordó en el acto de las hebillas de lujo con que su marido habia salido á la calle al dia siguiente de haberse perdido durante la noche.

Doña Mariana comprendió al fin todo el horror de su situacion.

Don Manuel recibió un dia la visita del Reverendo Padre Fray José de la Purísima Concepcion, celebrado predicador y Maestro de sagrada Teologia.

Fue introducida su paternidad á la habitacion privada de Don Manuel, quien acababa de despedir al maestro barbero, y se disponía á la sazon á acompañar á Teresa á un paseo á San Agustin de las Cuevas.

Era un domingo á las siete de la mañana. Don Manuel, ocultando su contrariedad, besó la mano del Reverendo Padre y le invitó á pasar á la sala.

—No se moleste su merced, dijo atentamente el fraile, los humildes siervos de Dios ven á los desgraciados hasta en el mismo lugar de su tormento.

—Pero á mí me toca, replicó Don Manuel comprendiendo la intencion de Fray José, recibir dignamente á los Ministros

del Señor, por pecador que sea, y por indigno que me considere.

—Las almas se purifican con la gracia; y ante su Divina Magestad no hay mas que hijos, mas desgraciados los unos que los otros.

—No quisiera, Reverendo Padre, privar á mi querida Mariana, ni á mi hija, de la edificante conversacion de Vuestra Paternidad. Tienen de Vuestra Paternidad tan alto concepto...... Pasemos á la sala.

—Las verdades eternas del Evangelio, Señor Don Manuel, así como todas las interpretaciones de los Santos Padres están sometidas á la discrecion y prudencia de los eclesiásticos, y no á todas las inteligencias es dado, de una misma manera ver formulada la palabra santa. Deseo pues, Señor Don Manuel, deseo tener una plática con su merced, que en domingo estamos, y en su conocido celo religioso no le estará mal santificar este dia, como nos lo manda nuestra Santa Madre la Iglesia Católica.

—Si tal es el intento de Vuestra Paternidad, oiré sumiso, dijo Don Manuel, pensando en ceder para guardar sus fuerzas que emplearía mas tarde.

—La vida de usted ha sido ejemplar, segun sabemos los que nos interesamos por los fieles; pero sean las malas lenguas ó los enemigos de nuestra augusta religion, ó bien esos sectarios aborrecibles, que siembran el desconcierto en las ovejas inocentes del aprisco de Jesus, el buen pastor, como los lobos carniceros, lo cierto es, Señor Don Manuel, que ha llegado á noticias de algunos prelados respetables y hasta á mis humildes oidos que....con perdon de su merced, anda su merced un tanto olvidadizo de sus deberes.

—¿Y vuestra paternidad ha dado crédito á las hablillas de esos malos cotólicos?

—Los malos católicos se aprovechan mas de lo que ven que de lo que inventan.

—Pues creo, con perdon de Vuestra Paternidad, que esos impios se han aprovechado ahora mas de sus invenciones que de lo que han visto.

—La Señora Doña Mariana, alma de Dios, no es de las lenguas que pueden tacharse de calumniosas.

—¿Mi muger se ha quejado con Vuestra Paternidad?

—No precisamente.

—Ese es un paso aventurado, ó cuando menos una imprudencia.

—La Señora Doña Mariana no necesita elevar quejas directas; porque la penetracion de los sacerdotes, bien por su saber y práctica de los sagrados cánones, ó por las revelaciones que la infinita misericordia les concede para bien de las almas, leen en los corazones.

—Reverendo Padre, replicó Don Manuel, procurando dar á su voz la entonacion mas afable. No veo á donde vengamos á parar, aun en el supuesto caso, de que, como Vuestra Paternidad afirma, empieze á ser olvidadizo de mis deberes de cristiano.

—No quiera el Señor de los ejércitos que la Santa Madre Iglesia por lo que tiene de militante, haga parar estos asuntos en el penoso sacrificiò de la penitencia severa que corrije á los delincuentes.

—Pero esta es una amenaza; se atrevió á decir Don Manuel, que apenas podía ya contenerse.

—Los humildes siervos de Dios no profieren amenazas, ni

las ideas de rencor los ciegan; tal es al menos la clemencia santa, que permite que hagamos los eclesiásticos deposicion de nuestras propias pasiones, para juzgar tranquilamente á los pecadores.

Don Manuel comenzaba á violentarse; pero comprendió que no debia luchar frente á frente, así es que reponiéndose dijo:

—El celo de Vuestra Paternidad por el mejor acierto en mis propios asuntos, no puedo menos que recibirlo como una muestra de su cariño.

—No lo dude el Señor Don Manuel.

—¿Y que tendré que hacer para volver á la gracia de los doctos Prelados, que, segun Vuestra Paternidad, han notado mi indiferencia y mis culpas?

—Volver, hijo mio, dijo el fraile en tono meloso, volver hijo mio á la senda del bien, abandonando las malas compañias.

—Algunas campanadas hicieron conocer á Don Manuel que se pasaba la hora de la cita con Teresa y procuró concluir á toda costa.

—Puede Vuestra Paternidad participar á los respetables eclesiásticos cuyo celo los ha llevado hasta ocuparse de mi insignificante persona, que tengo en mucho su santa opinion, así como los poderosos argumentos de Vuestra Paternidad y que en prueba de mi adhesion á la iglesia y de mi celo religioso, mañana mismo se otorgará testimonio en forma de la donacion que tengo pensada hacer á favor de la Provincia de Nuestro Padre San Francisco, de una casa de mi propiedad ubicada en el cuartel número 4 de esta ciudad.

—No esperaba menos de los principios religiosos que los

nobles ascendientes de la casa de los Rosa Figueroa de Vizcaya, han sabido infundir en sus hijos.

—Espero que Vuestra Paternidad se apresurará á dar esta nueva á quien corresponda.

—El Señor Inquisidor general y probablemente todos los virtuosos miembros del clero católico recibirán con gusto y satisfaccion este rasgo de buen criterio, que acallará la maledicencia, y confundirá á los jurados enemigos de la iglesia.

—Así sea, dijo Don Manuel dando su sombrero al fraile que lo tomó ceremoniosamente.

Acompañó Don Manuel á su paternidad, descubierta la cabeza, hasta el zaguan, no sin que toda la servidumbre hubiera salido por todos los ángulos de la casa, apresurándose á besar la mano del padrecito y pensando, cada cual para su coleto, que todo iba á remediarse.

Doña Mariana estuvo ese dia mas consolada, cuando al volver de la Iglesia con Isabel, supo que habia venido á ver al amo Fray José de la Purísima Concepcion.

Lo sabia todo. Lo único que le faltaba era conocer á Teresa. Tenia informes de su hermosura, de su lujo y de su vida disipada; y aunque no faltaron personas que la ofrecieran la ocasion de conocer á esa Teresa que tantas lágrimas la habia hecho derramar, Doña Mariana nunca tuvo valor para mirarla.

Tanto Dongo, como Don Nicolás Lanuza, estaban ya al tanto tambien de todo lo que pasaba, y ya varias veces habian intentado disuadir á Don Manuel, pero nunca habian podido conseguir nada.

Muy á su pesar veían que Don Manuel se obstinaba mas á medida que se pretendía apartarlo del mal camino.

—Si no fuera por que lo estoy viendo no lo creería por que jamás pude figurarme que un hombre como Don Manuel, de costumbres tan severas, tan buen amigo como tan buen esposo y tan buen cristiano, llegara á dar esta campanada; vamos que estoy confundido.

Don Nicolás Lanuza, así como la mayor parte de las personas que conocian á Don Manuel de la Rosa no cesaban de hacer comentarios acerca de un suceso tan escandaloso.

Don Manuel por su parte se decia—La lucha está empeñada y esto ya no tiene remedio. Si mi muger, al menos se hubiera reducido á hacer de este negocio un incidente puramente conyugal, puede ser que el temor de la publicidad, mas que otra razon, me hubiera hecho retroceder ó conciliar al menos la paz doméstica; pero mi muger ha puesto el grito en el cielo, ha alborotado todos los conventos, ha gastado algunas arrobas de cera, ha formado congreso con los criados, ha dado oido á todo el que ha querido darle noticias mias, ha hecho plaza de mi poridad, ha publicado mi debilidad, me deshonra ella misma con el objeto de atraerse la conmiseracion y acarrearme el ódio de todos; y cuando las cosas han llegado á este estremo, no puedo ya retroceder: lo que hubiera temido perder lo he perdido ya; si he sido mal esposo y mal católico, como dice Fray José, al menos me queda el recurso de ser buen amante. Veré á Teresa, la amaré sin temor, ella me dará fuerza para combatir con todos mis enemigos. Adelante. Adelante.

Y Don Manuel echó á andar, resuelto á indemnizarse de los disgustos domésticos en los brazos de Teresa.

Esta vez Don Manuel no fue á su casa en dos dias. El martes por la mañana volvió.

El lunes 9 de Octubre, cuando Aldama y Quintero se separaron de la casa de Teresa, y despues de haber dejado en la suya á Don Manuel, siguieron vagando por las calles hasta bien entrado el dia.

—¡Buen golpe! decia Quintero.

—Es necesario repetirlo, contestaba Aldama.

—Yo creo que la suerte es nuestra.

—Con dos noches así, prescindimos de nuestros proyectos con respecto á la casa de Azcoyti.

—Es claro; por que este medio es mas espeditivo, y Don Manuel de la Rosa tiene lo bastante para hacernos ricos, á mi, á ti y á Teresa.

—¡A Teresa! repitió Quintero. Sé franco Felipe, tu me estás jugando una mala pasada.

—¿Por qué?

—Por que á pesar de lo convenido haces el amor muy á lo vivo.

—Valor entendido, chico.

—Sé franco, tú amas á Teresa.

—No te puedo negar que me enajena y que si no fuera por ti.... Cédemela Baltasar, cédeme tus derechos y pídeme lo que quieras.

—¿Crees tú que es muy fácil ceder derechos?

—Queriendo.....

—A pesar de todo, tú no dices la verdad.

—Pídeme pruebas.

—¿Me darás las que te pida?

—Sean las que fueren.

—Y Quintero dijo al oido de Aldama una palabra, tan quedo, como si hubiera temido que lo oyeran las piedras.

Aldama se paró, bajó la cabeza y llevando el puño á los lábios reflecciońó por algunos instantes.

Quintero esperaba avidamente la respuesta; parecia magnetizar á Aldama con su mirada.

—¡Convenido! dijo al fin Aldama tendiendo la mano á su amigo, está hecho el cambio. Soy libre.

—Eres buen amigo, dijo Quintero lleno de la satisfaccion del triunfo.

—Recuérdalo siempre.

—Ahora lo que importa es no abandonar á Don Manuel.

—Es nuestra salvacion.

—Tengo una idea, dijo Quintero.

—Veamos.

—Lo que importa, mas que todo, es tener suerte por tres noches.

—Es claro.

—¿Y si la suerte nos es contraria?

—¡Oh! eso seria horrible. Ahora que recobramos nuestro crédito, pagando en oro á ciertos acreedores.

—Pues bien, asegurémonos de la suerte.

—¿Pero cómo?

—No te rias de lo que voy á decirte.

—Seré de piedra.

—Conozco una bruja.

—¿Y qué?

—Dice la buena ventura.

—¡Patraña! ¿Tú crees en eso?

—Lo que es creer, no precisamente; pero escucha, ¿Conoces á Santelicos?

—¿El Navarro?

—El mismo. Ha consultado muchas veces con esa bruja y....oye Felipe, le ha salido todo al pié de la letra.

—¡Es posible!

—Todo. Esa maldita es una Zahorí; tiene una atingencia que asombra, y sobre todo, nada perdemos. Si augura bien, fomentará nuestra ilusion, y si predice funestidades no la creeremos y *pax christi.*

—Dices bien, al menos tendremos un rato divertido y de cierto género.

—¿Estás conforme?

—Vamos á verla. ¿Donde vive?

—Por la Candelaria de los patos.

—Pues andando.

Y los dos amigos atravezaron la ciudad, y pasando al través de algunos muladares llegaron á una casuca de adoves situada á la orilla de una acequia.

Llamaron, y un muchacho como de diez años, casi desnudo, vino á abrir la puerta. Atravezaron un pequeño patio donde habia varios perros y un chivo negro amarrado á una estaca, y penetraron á una pieza casi oscura, que en la apariencia no presentaba nada de extraordinario.

Una vieja mulata se ocupaba en hilar, y al ver entrar á dos caballeros dirijió una mirada hosca sobre sus gafas.

—Sean bien venidos los caballeros, dijo la bruja con voz nazal.

—Tia Teodora, venimos á consultarle la buena ventura.

—¡Cuidado caballeros! dijo la vieja, quitándose las gafas; que los tiempos son calamitosos, y no siempre sale bien todo lo que se piensa.

—A nosotros, dijo Aldama, nos está saliendo bien todo lo

que hacemos, y ya eso es algo.

—Por lo mismo, por lo mismo, añadió la bruja con aire de suficiencia. ¿Y que es lo que desean saber sus mercedes?

—Si seremos afortunados en el juego.

—¡Hum! murmuró la tia Teodora, el juego es siempre engañoso, y es pan para hoy y hambre para mañana, y el que es afortunado en amores es desgraciado en el juego; el refran lo dice.

El muchacho que habia abierto la puerta se habia tirado boca abajo y asomaba un ojo por el ángulo inferior del dintel.

—¡Levántate maldito! le gritó la vieja, tomando un haz de varas que tenia al lado; que nada tienes tú que ver con estas cosas.

El muchacho se arrastró como una serpiente y desapareció por un agujero que habia en una de las tápias del pátio.

La tia Teodora miró de arriba abajo á sus visitas, se caló de nuevo las gafas, se sentó frente á aquellos caballeros y comenzó á examinarlos atentamente.

Notó en aquellos semblantes las huellas de la vigilia, y probablemente los signos característicos de una vida de disipacion y de desórden no pasó desapercibido para la bruja el esmero con que iban vestidos á pesar del lodo y el polvo que mancillaban la blancura de las medias de seda, y el lustre de los chapines, y hasta notó cierto ruido metálico cuando los caballeros tomaron asiento.

—Déme la mano su merced. le dijo á Aldama.

Este la estendió y esperaba impaciente, á pesar de su incredulidad, los fallos de la bruja.

La supersticion, como todas las aberraciones del espíritu

Convidaron á Don Joaquin y á Don Carlos, no sin haber ocurrido antes á la casa de Teresa á recojer las onzas ganadas á Don Manuel, quien se habia cuidado de remitirlas antes de las ocho de la mañana segun costumbre entre caballeros que se *divierten* jugando.

Don Carlos de quien no hemos vuelto á hablar hace tiempo, por que nuestros lectores se enterasen de los acontecimientos que van referidos, era hijo de un empleado en la Secretaría del Vireynato y estudiaba medicina. Su conducta arreglada le grageaba el aprecio de sus compañeros, y nada habia en sus costumbres que pudiera afear su nombre y mancillar su honor; circunstancias que contrastaban con el género de amistades que le conocemos, á juzgar por Aldama, Quintero y Blanco, lo cual nos obliga á dar la esplicacion correspondiente.

CAPITULO VII.

OROS, COPAS Y ESPADAS.

Poco despues de los primeros meses de los amores de Aldama y Margarita, esta se vió atacada de una séria enfermedad; y Aldama no queriendo fiar el secreto de su escondite á ningun médico conocido, se dirijió á Don Carlos, á quien veía con frecuencia estudiando á la sombra de los árboles de la alameda.

Bien sabia que Don Carlos no era mas que estudiante, pero por un efecto de simpatía y confiando mas en la discrecion de un jóven á quien podía hacer su amigo que en el fanatismo y gasmoñería de un viejo, se decidió á confiarle sus penas.

6

—Caballero, le dijo acercándosele. Suplico á usted se sirva disimular mi imprudencia, si lo interrumpo en su lectura.

—Puede usted mandar, caballero, le contestó Carlos levantándose de su asiento que consistía en una de varias piedras de cantera destinadas á la obra pública, y si gusta sentarse......

Aldama no se hizo rogar—Caballero, continuó, en mi carácter de forastero no conozco á los médicos de la ciudad, pero he sabído que usted se dedica al estudio de la ciencia y deseo se sirva prestarme su cooperacion para el alivio de un enfermo.

—Si es algun accidente que exija una pronta curacion, lo seguiré á usted en el acto, caballero.

—Me felicito doblemente de haber acertado en mi eleccion y agradecería mucho......dijo levantándose......que nos pusiéramos en marcha; el enfermo está cerca.

—Vamos, dijo Carlos.

Y ambos se dirijieron á la casita que conocemos cerca del Convento de la Concepcion.

—Don Carlos encontró á Margarita bastante agobiada por una afeccion pulmonar, y recetó, no sin aconsejar á Aldama que, siendo el caso grave, debia consultar con un médico esperimentado.

Pero ni Aldama ni la paciente admitieron el consejo, y rogaron á Don Carlos se hiciera cargo de la curacion.

Esta se verificó con una rapidéz asombrosa, y Carlos, entre tanto, tuvo tiempo de enterarse de la situacion moral de la enferma.

Solo que Aldama, avezado en la intriga y el embrollo, y

poniendo previamente de acuerdo á Margarita, á la vieja criada y hasta al muchacho, se hizo pasar por hermano de la enferma, la que no podia dar la cara en virtud de ciertos disgustos de familia qué la habian obligado á venir á vivir con su hermano, único apoyo que le quedaba en el mundo.

No tardó Carlos, merced á sus finas maneras y á su dedicacion por salvar á la enferma, en captarse las simpatías de los dos hermanos, y en ser verdaderamente querido en la casa.

Se rehusó á recibir indemnizacion alguna, pero no pudo dejar de admitir un obsequio de parte de Aldama que consistia en un relox ingles, de oro, del cual pendia una cinta, tambien de oro, con ricos sellos de topácio.

Aldama profesaba verdadero afecto á Don Carlos; pero en aquella amistad habia algo muy incompatible para que hubiera entre éstos dós amigos una intimidad verdadera.

La diferencia de cónducta y de costumbres.

He aquí por qué Don Felipe deseaba á toda costa que Don Carlos participara de sus proyectos y por qué se empeñaba en arrastrarlo á sus tenebrosas maquinaciones.

Y he aquí por último, por que Aldama, no bien se encontró dueño de algunas onzas, pensó en almorzar en compañía de Don Carlos.

Este al principio se negó á acompañar á Aldama á Quintero y á Blanco, pero fueron tantas las súplicas, que tuvó que acceder por mera condecendencia.

El lugar predilecto de Aldama, siempre que se trataba de hablar libremente acerca de sus criminales maquinaciones, era la casita que conocemos en la Villa de Guadalupe, guardada por Doña Laureana, la aya prófuga de Margarita de la

casa de Dongo; asi fué, que conforme lo habian pensado, á las diez del dia, los cuatro personajes que conocimos en este lugar al principio de la historia que referimos, volvieron á encontrarse reunidos despues de tres dias; quiere decir, el 19 de Octubre de 1789.

Improvisose un almuerzo, que consistía principalmente en fiambres y pescados conservados en escabeche, y buen vino español, y por añadidura los guisos que en tales ocasiones sabia confeccionar Doña Laureana.

Circuló el consabido aguardiente catalan, y reinó la cordialidad y la alegría.

Solo Carlos permanecia retraido y silencioso; aquella sociedad á que se veía arrastrado no satisfacia ni su apego á la cultura y á las buenas costumbres, ni su imajinacion, mas inclinada á las espansiones poéticas del sentimiento que al estrépito y desenfreno de las orgías.

—Hoy sacaremos al buen Don Carlos de su habitual encogimiento, dijo Aldama, aun cuando para ello fuese preciso acabar con las botellas.

—Señor Don Felipe, siento no participar de la alegría de ustedes, pero ni en mi vida por el momento hay motivos de alegría y mi caracter es siempre concentrado y tibio.

—Pues aquí no hay tibieza que valga, por que estas cuatro cabezas, dijo Don Baltasar, van á arder como en un auto de fé; por lo menos por dentro. Vengan los basos y á beber por la alegría.

Se hizo una libacion, y Aldama tomó á su cargo sacudir el marasmo de Don Carlos.

—Vamos, mi buen amigo Don Carlos. Ahora que ya no estamos aflijidos por la enfermedad de .....aquella chica.

—¿De quien? preguntó Carlos.

—De Margarita, hombre, de Margarita, contestó Aldama. Señores este jóven es un Doctor exelente. En un abrir y cerrar de ojos me dejó hace tiempo sana á mi querida.

—¿A quién? volvió á preguntar Carlos sorprendido.

—A Margarita, Doctor, á Margarita, que habia pensado morirse de pulmonía.

—¿Pero Margarita no es hermana de usted?

Una carcajada general acojió la pregunta de Carlos.

—Es usted muy niño, mi buen amigo, mi querido Doctor en ciernes, ¿por qué ha creido usted que Margarita fuese mi hermana?

—Usted me dijo......

—Y no mentí. Somos hermanos por Adan.

Pero no Señor, Margarita es mi querida y nada mas.

—Aldama quiere decir á usted, dijo Quintero, que Margarita *fué* su querida.

—Ahora lo entiendo menos, dijo Carlos.

—Y yo tambien añadió Don Joaquin.

Don Baltasar y Don Felipe reian á mas no poder.

—Sois unos incautos. Ya se vé, sois jovencitos que empezais á vivir; pero para que sepais que los hombres debemos ser desprendidos y tener buenas partidas con nuestros amigos, os contaré, dijo abrazando á Don Baltasar, que mi amigo Quintero es ya el dueño de ese tesoro. Yo se lo he cedido generosamente, continuó Felipe con ese desentono propio del que empieza á perder la razon.

—No de valde, Felipe; que la Teresa vale mas que tu gemidora Margarita. He aquí un comerciante como todos,

añadió Baltasar, acaba de cambiar con ventaja una muger que llora mucho, por otra que rié todo el dia y toda la noche, y se queja de haber hecho un mal negocio.

Don Carlos se estaba escandalizando.

—¿Con que cambiaron? dijo Blanco.

—Pelo á pelo, continuó Don Felipe.

—Pero lo mas gracioso, continuó Don Baltasar, es que la Teresa, tiene, para cuando nos hacen falta algunas onzas, un viejecito que es una alhaja.

—Vamos, Don Carlos, ¿qué opina usted de esto? dijo Aldama.

—Yo.... como no estoy en antecedentes....

—Es muy sencillo. Es un viejo que se aburrió de rezar y ha preferido ser amado por Teresa, á pesar del padre confesor y de todos los padres de la Iglesia.

—Cuente usted eso, dijo Blanco, sirviéndose un baso de vino.

Don Carlos, aunque callado, no podia disimular su impaciencia.

—Pues es un viejecito, continuó Aldama, que se cansó de su muger y del rosario y que está decidido á pasarse en nuestra amable compañía las noches mas divertidas que pueda imajinarse.

A la verdad, el tal enamorado no sé si es mas feliz en amores que en albures; lo que yo sé decir es que sabe perder como un potentado.

—He aquí la prueba dijo Quintero, sacando de su chupa un bolsillo lleno de onzas.

—¿Y cuanto tiempo hace que ese.... viejecito es amante de Teresa, preguntó Carlos?

—Seis meses solamente, contestó vivamente Aldama; pero estos seis meses le cuestan un ojo; de manera que á fin de año el pobre viejo estará ciego completamente.

Don Baltasar, riéndose estrepitosamente, repuso.

—Yo le estoy tirando al otro ojo que le queda.

—Y yó, agregó Aldama. Ese ojo tiene oro suficiente para los cuatro. ¡Ea, jovencitos, á salir de pobres! Os convidamos al otro ojo del viejo, seremos cuatro puntos fuertes. Así llevará la de perder, por que iremos en vaca.

—¡Cómo! dijo Blanco ¿habla usted formalmente?

—Tan formalmente, que esta noche os llevaremos á la casa de Teresa y desplumaremos al viejo hasta dejarlo sin un cuarto.

—Con la sola condicion, agregó Don Baltasar, de que la ganancia es repartible por partes iguales, y el que pierda tomará del que gana para hacer fondo comun; de esta manera el viejo necesita tener fortuna como cuatro, para ganarnos un solo peso.

—Aprobado, dijo Blanco, esta noche seremos de la partida.

—Puede usted hacer el amor, pero tambien en vaca.

—¡Cómo!

—El amor es allí respetado como cumple á buenos caballeros; por que cuando el viejo está presente, está convenido que se respeten sus derechos á la Teresa.

Catalina es entonces la única que queda á la órden de los enamorados.

—Este es el reglamento, dijo Aldama; el que prometa cumplirlo nos acompaña, pero el que no se sujete, no entra.

Don Joaquin acababa de saber mas de lo que pudiera de-

cirle Dominga, de manera que se felicitó de llegar á su fin por el camino mas corto.

—Pero lo único que tengo que objetar, añadió Blanco, es que no se nos haya informado de esto hasta ahora. ¿No le parece á usted, Señor Don Carlos, que nuestros amigos han sido unos egoistas?

—Los Señores habrán tenido sus razones para callar hasta ahora.

—Es que hasta anoche, dijo Aldama, no descubrimos esa mina y como estabamos combinando ciertos planes atrevidillos, nos hemos apresurado á manifestar á ustedes que tal vez no sea necesaria la violencia para luchar con la suerte, por que segun todas las probabilidades en esta vez se nos viene de rodada que es como la manda Dios.

Don Carlos estaba retardando el momento de hablar, pero al fin dijo resueltamente.

—Señores, siento no ser de la partida, ni disfrutar en su amable compañía de los buenos ratos y la buena fortuna que se prometen; pero para escusarme, cuento con dos razones poderosas.

—Veamos esas razones, dijo Aldama.

—La primera es que ódio el juego.

—Quiere decir, el oro; advirtió Quintero.

—Puede ser. La segunda es que las Señoras de esa casa......me son absolutamente desconocidas, y no deseo contraer amistades de cierto género, pues yo no soy mas que un pobre estudiante, imposibilitado por sus pobres recursos de poder ser galante con las damas.

—El Señor Don Carlos, repuso Quintero, pretende estudiar despues de la medicina los sagrados cánones y orde-

narse.

—Tene vocacion al menos, agregó Aldama.

—Me parece caballeros, dijo Carlos, tomando un aire solemne, que el camino que se pretende seguir para obligarme á ser de la partida es el peor de todos.

—¿Por qué? preguntó Quintero.

—Por que lo que yo no llegue á ejecutar por medio de la razon y el convencimiento, no lo haré jamas ni por medio de las sátiras, ni mucho menos por miedo.

—Dice muy bien Don Carlos, dijo Aldama. Señores, le tomo bajo mi proteccion. El que pueda que le convenza, y el que nó, que no le amenaze como á un chiquillo.

—Entónces será preciso recurrir á las razones, y en ese caso, solo tú, Felipe, que segun lo que has tomado debes ya tener el don de la palabra, es quien debe catequizar á Don Carlos.

—Y lo conseguiré, á fé de Felipe.

—Por el próximo triunfo del ingenio, dijo Quintero, llenando su baso y apurándolo en seguida.

—El primer argumento lo pongo sobre la mesa, dijo Aldama.

—¡Bravo! repitieron varias veces Quintero y Blanco.

—Aquí tiene usted veinticinco onzas, en calidad de reintegro con las ganancias, y ya con esto puede usted, Señor Don Carlos, ser galante con las damas y entrar con buen pié en la casa de Teresa. Si gana usted me paga, y si pierde le presto mas hasta que gane.

—Ese es un gran negocio, Señor Don Carlos, dijo Quintero.

—Y por lo tanto lo aceptará, añadió Aldama, contando

las veinticinco onzas. Esta noche desplumamos al viejo entre los cuatro. ¿Estamos de acuerdo mi querido Doctor?

—Señor Aldama: he manifestado cuales son mis principios; y con dinero ó sin él, no jugaré nunca, ni visitaré á las personas de que usted me habla.

—¡Cáspita! esclamó Quintero, ya dí en el quid; yo voy á ganarte, Felipe, voy á convencer á Don Carlos y ha hacerlo tan jugador y tan enamorado como tú. No hay que pensar ni en la Teresa, ni en la Catalina, y continuó, dirijiéndose á Don Carlos: conozco una prenda mejor que esas y por la cual daría usted un ojo.

Don Carlos vió venir una tormenta.

—Todas las mañanas á las seis, van á misa á la Profesa, dos mugeres cuidadosamente cubiertas con la mantilla. Una es la madre y otra es la hija. Tengo hace muchos dias el proyecto de pillarme á la chica, que es un clavelito; aunque para ello tenga que estrangular á la vieja.

Pues bien, Señor Don Carlos, en obsequio de usted me la robaré por su cuenta, á condicion de que la lleve á vivir á la casa de Teresa, y con tal prenda no dudo que nos acompañará todas las noches.

—¿Pero sabes al menos el nombre de la jóven?

—Sí que lo sé.

—¿Y el de la madre?

—Tambien. Tengo comprada una costurera de la casa.

Quintero mentía en este parte.

—Pues bien, ¿como se llama esa chica?

—Isabel.

—¿Y la madre?

—Doña Mariana.

Aldama soltó una carcajada, y Don Carlos se puso blanco como la cera y le tembló la barba.

—Estás derrotado, chico, repuso Aldama, en medio de su hilaridad.

—¡Derrotado! ¿Por qué? preguntó Quintero.

—Por que madre é hija son nada menos que la muger y la hija de Don Manuel de la Rosa, nuestro viejo amante de la Teresa.

—¡Basta, Señores! dijo Carlos levantándose y dando tan fuerte palmada sobre la mesa, que hizo caer algunas botellas. No podia menos de ser cierto que me encuentro en una reunion de truhanes.

Aldama se levantó como movido por un resorte. Quintero no podia ya casi ni moverse y Blanco sorprendido no supo que partido tomar.

—Señor Don Carlos, á reserva de obligar á usted á que se retracte de lo que acaba de decir, le exijimos nos esplique sus palabras.

—No tengo inconveniente, dijo Carlos.

La jóven de quien acaba de hablar Don Baltasar, es mi novia.

—Todavia no esplica esa circunstancia el por qué seamos truhanes.

—Seré mas esplícito dijo Carlos.

Esa muger, esa Teresa de quien ustedes hablan, está siendo la causa de la ruina y la desolacion de una familia.

Don Manuel de la Rosa es hoy, por una lamentable fatalidad, en la que ustedes tienen no poca parte, un hombre cuya conducta estraviada es el escándalo de la buena sociedad de México, por que repentinamente ha mudado de costum-

bres, causando la desgracia y la ruina de una santa muger y de una jóven que es mi vida.

—¿Y qué tenemos nosotros que ver con todo eso? murmuró Quintero.

—Ni yó, que nada sé hasta ahora, dijo Blanco.

—Insisto, dijo Aldama que nada prueba hasta ahora que merezcamos el insulto de Don Carlos.

—A retractarse caballerito, dijo Quintero riendo de una manera burlona.

—No me retracto; y desde ahora me constituyo defensor de esa pobre familia. Yo no puedo por lo tanto ser amigo de ustedes, y en cuanto al insulto, una vez convertidas mis sospechas en certidumbre, afirmo que no es caballero, quien obra tan vilmente como ustedes.

—Aldama desenvainó la espada.

Don Carlos con un movimiento rapidísimo se apoderó de la de Blanco.

Quintero quiso levantarse, rodó tropesando con la silla y cayó á plomo debajo de la mesa.

Aldama tiró el primero y contra todo que esperaba se encontró un adversario diestro.

Ambos luchaban en silencio.

Blanco se habia colocado en un rincon del cuarto, y Quintero murmuraba de vez en cuando algunas frases confusas hasta que pudo articular estas palabras:

—¡Mátalo! Felipe, ¡mátalo!

—Va á denunciarnos, dijo Blanco.

—¡Socorro, Don Joaquin! dijo Aldama, al sentirse herido.

Blanco se lanzó hacia á Don Baltasar para arrancarle la espada, pero Carlos, previéndolo, retrocedió un paso y puso

un pié sobre la espada de Quintero; entonces Blanco levantó una silla y la dejó caer sobre la cabeza de Carlos, quien estuvo á punto de caer; pero recibiendo la silla con la mano izquierda, la arrojó contra Blanco, sin dejar de batirse con Felipe que empezaba á desmayar en el combate.

—¡Mátalo! gritaba Quintero.

Y Aldama perdia la fuerza á cada instante; tenia tres heridas; Carlos acometió al fin bruscamente, y Aldama al hacer un quite pisó sobre una botella y cayó.

Pero ya Blanco estaba armado y acometió á Carlos por la espalda.

Sintióse Carlos en peligro, y jirando sobre sus talones, se fue á fondo sobre Blanco: esto retrocedió hacia la pared, y Don Carlos le acometió de nuevo. Blanco era muy torpe y Carlos se contentó con desarmarlo. Hubiera podído matarlo, pero la espresion de angustia dc Blanco le detuvo.

Una idea atravezó rapidamente por la mente de Blanco.

—Huya usted, dijo á Don Carlos, huya usted, gente viene.

Carlos pensó que lo que debia hacer era terminar cuanto antes aquella escena, y tomó la puerta.

Blanco se apoderó de las veinticinco onzas, y del bolsillo de Quintero que estaban sobre la mesa, y salió detras de Don Carlos, pero volvió en el acto gritando:

—¡Doña Laureana! ¡Doña Laureana!

La vieja, que se habia escondido en lo último de la casa, apareció toda temblando.

—¿Qué pasa, Señores, qué pasa?

—Que ese hombre que ha salido, ha luchado con nosotros, ha herido á Don Felipe y nos ha robado.

—¡Infame! murmuró la vieja.

—Vamos á socorrer á Don Felipe.

Y entraron al cuarto donde Aldama y Quintero yacían tirados sin sentido: el una por la pérdida de sangre y el otro por el exeso del aguardiente.

CAPITULO VIII.

EL MURCIELAGO ES AGORERO SEGUN DOÑA LAUREANA.

Blanco y Doña Laureana corrieron á levantar á Aldama.

—¡Válgame la Santísima Virgen! esclamó Doña Laureana, mi amo no respira.

—Tiene una herida en el pecho.

—Dos heridas.

—Y otra en el cuello: ¿usted sabe de esto Doña Laureana?

—Algo, algo, que al fin mas sabe el diablo por viejo.... ya sabe usted el refran.

—Déjese usted de refranes y curemos al herido.

¿Que le hacemos?

—Agua á la cara que es buena para los sustos.

Blanco derramó sobre la cara de Felipe un jarro de agua.

—El cinto, dijo la vieja, lo sofoca.

—Quitémoslo.

—A desnudarlo.

—Y luego á mi cama.

En un momento el herido estuvo en paños menores.

—Mas agua, dijo la vieja, y voy á traer vinagre y la yerba del herido.

Blanco se quedó contemplando por largo tiempo á Aldama.

Quintero roncaba de una manera estertorosa: parecia que se ahogaba.

—Si estará agonizando, pensaba Blanco.

No sale ya sangre......pero no está frio, dijo, y puso el oido sobre el corazon de Don Felipe.

Sí....sí, dijo incorporándose, se oye palpitar.

—Ya está aquí el vinagre. Es *de los siete señores,* y en rezando tres Aves Marías, como con la mano.

Efectivamente, Doña Laureana hizo aspirar un vinagre aromático al herido y le restregó la frente con la misma droga, murmurando sus tres Aves Marías.

Aldama hizo un movimiento.

—¿Yá lo vé usted, dijo la vieja? con aire de triunfo.

El herido volvia en sí. Su primer movimiento fue llevar la mano á la cabeza y lanzar un profundo gemido.

—¡Felipe! dijo Blanco.

—¿Donde está ese bergante? murmuró Felipe.

—Despues te diré. Lo que ahora importa es que vivas.

—¡Ay! dijo Felipe, te daré gusto. ¡Maldita pared!

—¿La pared? preguntó Blanco.

—Sí, hombre; me he dado un golpe horrible en la cabeza.

Y Aldama mostró en la parte anterior del cráneo una contusion que habia producido un abultamiento extraordinario.

—Quiere decir que las heridas......

—¡Quiá! las heridas me duelen; pero no importa: soy muy listo para saltar atras cuando veo venir una estocada. No son profundas.

—Las del pecho me ponian en cuidado.

—Siéntame. Déme usted un espejo, Doña Laureana y dime en donde está ese maldito médico para que le matemos.

—Ten calma, Felipe que tiempo habrá para todo.

Doña Laureana trajo el espejo y Blanco lo presentó á su amigo; éste se reconoció las dos heridas del pecho, una de ellas era diagonal, y habia interesado solamente la piel, y la otra era un piquete muy poco profundo: la del cuello era la que seguia sangrando, pero bien pronto los cuidados de Doña Laureana recuperaron al herido.

—¿Y Quintero? preguntó.

—¡Míralo! duerme como un liron.

—¿Pero cómo no has matado á ese bergante de Don Cárlos?

—Buenos deseos tenia yo, Felipe; especialmente cuando le ví apoderarse del dinero.

—¿Qué dinero?

—Tus veinticinco onzas y las de Don Baltasar.

—¡Miserable! gritó Aldama en el colmo de la desesperacion. ¿Pero cómo has permitido eso? ¿No tenias espada? ¡Cobarde!

—Estaba yo desarmado. Grité á Quintero; pero ya lo ves, está casi muerto: y ademas, él fué rápido como una exhala-

cion, y huyó con todo, antes de que pudiera yo atacarlo de nuevo.

—Es preciso matarlo.

—Eso mismo digo, es un malvado.

—¡Y privarnos esta noche de jugar con Don Manuel; cuando hubiéramos podido ganar tanto dinero!....Probaré levantarme. ¡Ah, maldicion! Imposible, imposible.....

Y Aldama volvió á dejarse caer, poniéndose horriblemente pálido.

Blanco y Doña Laureana pasaron la noche al lado del enfermo, que deliraba á ratos. La misma sala que conocemos, se habia convertido en dormitorio. Aldama yacía en la cama de Doña Laureana que entre ésta y Blanco habian trasladado allí. Quintero seguia roncando tirado debajo de la mesa, solo que ya apoyaba la cabeza sobre una almohada.

Una vela de sebo iluminaba la estancia con una luz opaca y amarillenta y el silencio profundo que allí reinaba era solamente interrumpido de vez en cuando, por las palabras mal articuladas del delirio de Aldama, y por el compasado estertor de Quintero.

Cuando el cuerpo se enferma, en justo tributo á la materia que perece, el padecimiento moral no es mas que el memento de nuestra mortalidad; pero el delirio, como enfermedad del espíritu, es espantoso.

Allí habia dos hombres reducidos á la mas miserable condicion del ser racional. La calentura y la embriaguez paralizaban sus facultades físicas y morales.

Aquellas dos almas se segregaban, agobiadas por la materia, de la comunion de los espíritus.

Aquellos dos cuerpos parecian dos cadáveres.

Blanco meditaba, por que el silencio convida á la meditacion, y la meditacion es la conciencia. ¡La conciencia, tan buena amiga del hombre, que como un ser invisible se sienta frente á nosotros en el silencio de la noche, con la esperanza de ser oída para que pensemos en enmendarnos!

Blanco, se quedó solo, frente á su conciencia.

La vieja dormia agazapada en el suelo á los piés de la cama.

Blanco fijó sus ojos en la vela. Siempre enmedio de las tinieblas el ojo busca la luz.

La llama oscilante y rojiza de la vela de sebo, atraía las miradas de Blanco, sin duda como atrae á las mariposas un foco luminoso en medio de su soledad y su abandono.

La luz es siempre una esperanza.

Blanco pensaba en las onzas de oro que habia escondido.

—Están bien envueltas en mi pañuelo, se decia; no podrán sonar......¡Ah, si sonáran, hablarian, y entónces apareceria yo mas infame de lo que he hecho aparecer á Don Cárlos!

Don Cárlos pudo haberme matado. En realidad le debo la vida. La punta de su espada estaba aquí....sobre mi corazon....Y no quiso matarme. Ese muchacho es bueno. ¡Y está pobre! Si él me dijera algo....en fin, yo le prestaría algunas onzas, seguro de que me las pagaría.

Aldama sabe que no tengo un cuarto, él me negó hace dias una suma que le pedí......

¡Egoista! Justo es que sea mio ese dinero, que á él ni le hace falta, ni le ha costado trabajo ganarlo.

Decididamente este dinero está bien ganado por mi parte, ¡qué bien hice en ocultarlo! por que si lo hubiera puesto en mi chupa, al levantar á Felipe, al curarlo, me lo hubiera sentido.

¡Y si me lo roban! Yo necesito guardalo bien, y si me voy acompañando á Felipe no debo llevarlo conmigo, abulta mucho. Ademas, Quintero, vuelto en sí, puede desconfiar, conoce su bolsillo, y sabe tambien que yo no tengo onzas. Es preciso ser prudente.

Y se quedó largo tiempo mirando la llama de la vela que se agitaba con una especie de fatiga que ofendia la vista.

Despues, restregándose los ojos, se paró de puntillas; pero notando que sus zapatos hacian ruido, se los quitó y fué á observar á Quintero. Este dormia profundamente. No obstante, Blanco tomó una punta del mantel y le cubrió la cara.

Aldama estaba vuelto hacia la pared, y la vieja dormia con la cabeza envuelta en su rebozo y apoyada sobre sus brazos y sus rodillas.

Entónces Blanco abrió la puerta poco á poco y salió al patio. La noche estaba lóbrega, y corria un viento cortante: se dirijió á la puerta de la calle, á los lados de la cual habia entre varios muebles rotos, unas grandes ollas, conteniendo desechos y basuras.

Allí habia echado Blanco su pañuelo con el dinero.

Metió la mano y sintió helársele la sangre. El dinero no estaba allí. Pensó que alguien se lo habia llevado.

No distinguian nada sus ojos en aquella oscuridad, y adonde quiera que dirijía la vista, encontraba una llama rojiza que se ajitaba. Aquella llama era una luz que llevaba la sombra por todas partes. Mientras mas se afanaba en ver algo, mas brillaba la llama roja en las tinieblas. En vano pretendía ver la olla, la tocaba, metía las manos, revolviendo los objetos que allí habia, el dinero no estaba: en su lugar esta-

ba la luz roja. Volvía la vista en torno suyo, la elevaba al cielo, y en el cielo y en todas partes no habia mas que la llama ajitándose con un movimiento trepidatorio é interminable.

Sintió entónces Blanco un pavor horrible.

—¡Tambien á mí me han robado! pensó, mordiéndose una mano. ¿Pero quién? ¿pero quién?

En este momento creyó oir un ruido en la sala y se volvió de puntillas, y observó al traves de la puerta entornada. Nadie se movia.

—Bueno, dijo para sí, todavia duermen, y se volvió á la puerta de la calle con paso rápido á pesar de la oscuridad. Derrepente sus rodillas tocaron un objeto.

—¡Es la olla! murmuró y metió ambas manos, tocó y.... ¡allí estaba el dinero!

En esta vez Blanco estuvo á punto de desmayarse. No cabia duda, allí estaba el dinero, cubierto, y como él lo habia dejado en la tarde. Lo tomó con ánsia y lo llevó á su pecho como si temiera volver á perderlo. Aquí no está bien, aquí no está seguro. Lo pondré en otra parte; y recorrió á tientas el cuadrado de tápia que formaba el patio de la casa; sus piés tropezaron con un monton de arena y se paró. Lo enterraré, pensó, de aquí me será fácil sacarlo. La tápia es baja y dá al campo por un lado.

Puso en ejecucion su pensamiento y de rodillas en el suelo enterró el pañuelo en el fondo del monton de arena. Yo vendré por él, yo vendré por él, dijo tranquilizándose y volvió al lado del enfermo, cerrando detras de sí la puerta con suma precaucion.

A poco rato se oyó por la habitacion el ruido de un mur-

ciélago, que en la ausencia de Blanco se habia introducido por la entreabierta puerta de la sala.

El animal revoloteaba al derredor de la vela ó se azotaba á veces contra las paredes y el techo; Blanco lo seguia con la vista y casi celebraba tener en que distraerse porque no tenia sueño.

El murciélago se paró en el borde de un baso que estaba cerca de la vela, y Blanco pudo contemplar á aquella ave de la noche que parecia fijar en él sus pequeños y brillantes ojos.

Derrepente lanzó el avechucho ese graznido peculiar con que se anuncian esos animales en las ruinas y los sitios abandonados, y Doña Laureana despertó azorada.

—Señor Don Joaquin, ¡O yó estaba soñando, ó un mochuelo nos acompaña!

—Mírelo usted junto á la vela, dijó Blanco muy quedito.

—¡Alabados sean los dulces nombres de Jesus María y José! ¡El Señor de la Misericordia nos libre y nos defienda, Señor Don Joaquin de mi alma!

—Cálle usted Señora, que despertará al enfermo.

—Calamidad tenemos, á no ser clemente en esta vez nuestro Señor y Dios sacramentado.

—Cálle usted, Doña Laureana. Que mas dá ese pájaro que cualquier otro. Tendría frio y se coló por las rendijas.

—Pero no por el frio, Señor Don Joaquin, por que estos malditos están acostumbrados á pasarla muy bien á la intémperie. Es que viene á anunciar la muerte de alguno de los que estamos aquí.

El murciélago seguia lanzando sus chirridos, y por mas que Blanco no quiso dar ningun crédito á las palabras de la vie-

ja, sintió algo interiormente, como la desazon de un mal presentimiento.

—No tenga su merced la menor duda, ese animal es agorero, y por agorero lo tuvieron desde la antigüedad, mi Señor Don Joaquin.

—¿Usted sabe algo acerca de esos animales?

—Y cómo si sé; que en mi familia ni faltaron desgracias ni jamas dejó de haber mochuelo que las anunciara. Cuando murió mi Señor padre, que de Dios goce, un mochuelo grande como un puño, se paró en su sombrero y cantó, como este condenado, hasta que lo dejó en el panteon que estaba cerca; y la noche de mis bodas, que amargas fueron, otro mochuelo echó el gozo en el pozo, por que á mi difunto hasta calentura le sobrevino, y solo lágrimas fueron mi luna de miel. No lo dude usted Señor Don Joaquin, ese animal es precursor de la desgracia, y no aparece mas que para augurar funestidades.

—Lo echaremos, dijo Blanco.

—¡Quiá! Señor; ni pensarlo, ¡Dios nos asista! Está probado que eso es peor; por que nádie puede luchar contra el demonio. Lo único que debemos hacer, es echarnos en oracion, á pedir á su Divina Magestad nos libre del influjo pernicioso de los malos espíritus.

Yo tengo un rezo especial con indulgencias de su Santidad el Papa Gregorio, y que recomienda mucho el Señor Dean del cabildo Metropolitano.

—Pues rece usted, Doña Laureana; pero de manera que no despierte el enfermo.

La vieja se levantó para traer su devocionario, y al movimiento que hizo, voló el murciélago, y Doña Laureana lan-

zó un grito que despertó á Aldama.

—¿Qué pasa? preguntó éste.

—Nada, nada, es un murciélago que asustó á Doña Laureana.

—Es media bruja, dijo Felipe, y luego añadió:

—Quiero agua.

Blanco dió agua á Felipe, en el mismo baso en que se habia parado el murciélago.

Doña Laureana que habia llegado con sus libros y toda temblando, arrebató el baso de las manos de Aldama.

—¿Que vá usted á hacer, Señor Don Felipe? ese baso está maldito, por que el demonio se ha parado en él.

—Deje usted las sandeses y que beba.

—¡Que beba, eso es, que beba, repitió la vieja, para que luego sean ineficaces todas las oraciones; por que tomando en el baso infeccionado, nadie salvará á mi amo!

—Ea, dijo Felipe, dáme ese baso y no hagas caso de brujerías, que de sed me muero, y no, no de hechizado: y apuró el baso que le presentó Blanco.

—¡Ave María Purísima! esclamó la vieja, el Señor tenga misericordia de nosotros, amo mio ¡usted está llamando á la muerte y me voy á quedar sin mi amo, sin mi patron, sin mi amparo!......

Y Doña Laureana echó á llorar amargamente. El resto de la noche se pasó en silencio. Blanco al fin fué acometido por el sueño y se quedó dormido.

La luz de la mañana penetró á la sala y Blanco salió en seguida al patio á fijar su vista en el monton de arena.

Con la luz despertó Quintero, todo molido y descompuesto. La vieja salió á ocuparse de sus quehaceres domésticos.

El herido dormia y Blanco estaba en el patio respirando el ambiente fresco de la mañana.

Bien pronto se le reunió Quintero, quien vomitó atroces blasfemias al saber el supuesto paradero dè su bolsa, asi como entró en la mayor confusion al enterarse de los acontecimientos que habian tenido lugar durante su embriaguéz.

En la tarde de ese mismo dia, Felipe fué conducido por Blanco y por Quintero á la casa de una tia del primero. que vivia por el Salto del Agua.

Una vez instalado el herido en la casa de su tia, Blanco echó á andar para recorrer á pié el camino que acababa de hacer en coche; quiero decir, que se proponia volver á la Villa de Guadalupe para estraer el dinero sin ser visto de nadie.

Quintero por su parte, tomó la línea recta de las calles de San Juan, hasta llegar al Convento de la Concepcion.

CAPITULO IX.

EL MILANO Y LA PALOMA.

Desde la última visita de Aldama á Margarita, esta habia sufrido doblemente, pues ya estaba segura de su desgracia por la pérdida de su amor.

—Le veo desaparecer como una sombra, se decia la pobre huérfana, y esa sombra es la única esperanza de mi vida, mi único amparo. Yo he podido atravesar sola esta senda escabrosa tan llena de amargura, por que el amor de Felipe todo lo vivificaba con su influjo benéfico, era el rayo de sol que me bañaba con su luz dorada y bienhechora; pero Felipe se vá, se vá perdiendo ante mi vista, y ya no siento la dulce beatitud de nuestro antiguo cariño. Se ha vuelto duro y dés-

pota, se nota en sus miradas la reconcentracion de una idea funesta, está preocupado, triste, sombrío.

¿Y qué será de mí? continuaba despues de exhalar un profundo suspiro ¿qué será de mí, sin mi Felipe? Tendré que huir.... Pero ¿á donde? ¿á donde, Dios mio?

Y Margarita prorumpia en amargo llanto.

La vieja que la servia se acercaba procurando en vano consolarla. Las palabras de aquella muger le hacian mas daño que su soledad.

En la noche á que nos referimos, y en la que Blanco caminaba hacia la Villa, y Quintero recorria el largo trayecto desde la Capilla del Salto del Agua, hasta la Iglesia de la Concepcion, Margarita, recojida en su pequeño retrete, tejía con agujas de acero una bolsita de seda destinada á Felipe.

No era por cierto aquella habitacion, el perfumado retiro del amor, ni la mansion de la muger de mundo; mas bien tenia el aspecto de una celda, era el rincon regado con las lágrimas de Margarita, mudo confidente de una triste historia de amor y de sufrimiento.

Era una pieza cuadrada, como de cuatro varas por lado. Recibia la luz por una tosca ventana con enverjado de madera, en cuyos macizos barrotes se entrelazaban esas flores azules de enredadera que llaman Manto de la Virgen.

Una modesta cama, un estante, una mesa, algunas sillas y límpios petates de palma, formaban el menaje; pero en todo se notaba ese afan minucioso y peculiar de la muger que vive pendiente de esos femeniles detalles y se consagra á la conservacion de los mas pequeños juguetes.

En aquellas cuatro paredes habia vivido el amor, como ajitándose dentro de un sepulcro.

Margarita estaba á la sazon mas triste y mas abatida que nunca.

De pronto llamaron á la puerta; pero no era Felipe. Margarita conocia la manera de llamar de su amante, como conocia sus pasos, sus deseos y hasta sus pensamientos.

La criada que estaba sentada en el umbral de la puerta del cuarto de Margarita, se levantó asustada.

—¿Qué hacemos Señorita? me parece quo ese modo de tocar no es el del amo.

—Pregunta quién es.

—Traigo noticias de Don Felipe Aldama, dijo una voz en la calle.

—¿Pero quién es? decia la vieja.

—Soy amigo de Aldama y vengo con recado suyo. Soy Don Baltasar de Quintero.

—Margarita mandó abrir, y Quintero apareció en el umbral de la puerta.

—A la Señora Doña Margarita Santiesteban busco para darla nuevas de un amigo suyo.

—¿Acaso serán malas, caballero?

—No son tan buenas como quisiera, dijo Quintero entrando; pero debe usted ante todo estar tranquila.

—Hable usted caballero, y tome asiento.

—Don Felipe me encarga, continuó Quintero, que la tranquilice á usted con respecto á su ausencia.

—¿Está enfermo?

—Sí, Señorita; pero muy pronto estará sano.

—¿Qué ha sido ello?

—Malos encuentros Señorita. Nos han robado unas onzas de oro, y Felipe por defenderse ha salido......

—¡Herido! esclamó Margarita.

—Lijeros arañazos.......

—Nó, nó; eso no es cierto, Caballero, por ligeros arañazos, no dejaría de venir, ni mucho menos enviaría quien me consolase.

—De consolarla trato, Señorita, si no por cuenta de Felipe por la mia propia, que harto lo merece la hermosura.

—Caballero; dígame usted por favor, si Felipe está grave. En ese caso desearia verle.

—Eso no es posible, si se atiende á que está en la casa de su tia, en el Salto del Agua, en donde acabo de dejarle. Esa Señora no la recibiría á usted bien, porque es muy escrupulosa en materia de amor, y el que usted profesa á Felipe, si es cierto.......

—¡Qué si es cierto! replicó Margarita con estrañeza. No comprendo, caballero, á que conduzca esa duda, ni mucho menos por que revelármela.

—Margarita, dijo entónces Quintero, acercando su silla. Es usted muy desgraciada, y la situacion de usted no puede menos que interesarme. Hace mucho tiempo conozco la historia de los amores de Don Felipe, y muchas veces he lamentado que el carácter de nuestro amigo, haga á usted víctima inocente de sus malas acciones.

—Espliquese usted, caballero.

—Por dura que sea la revelacion que tengo necesidad de hacer á usted, me creo en el deber de quitar de una vez la venda que á usted ciega.

—¡Pero qué palabras son esas, Dios mio!

—Tenga usted calma, Margarita. El alma de usted es grande; y cuando ha sabido atravesar por épocas y crísis crueles, sabrá hoy sobreponerse al infortunio, y aceptar los consuelos que vengo á ofrecerla.

—Hable usted.

—Voy á hacer que termine la impaciencia de usted, con una sola palabra, Margarita.

—Pero esa palabra......

—Felipe no la ama.

Margarita se tapó la cara con las manos; lo que ella pensaba á sus solas, no era mas que lo que acababa de oir, y no obstante, las palabras de Quintero, hicieron en el corazon de la jóven una impresion profunda.

—¡Pero esto es cierto, Dios mio!

—Nadie mejor que usted debe saberlo. El amor se revela tanto cuando viene como cuando se vá.

Margarita estaba atónita.

—Ademas, continuó Quintero, Dios dá ciento por uno; por que si por una parte pierde usted á Felipe, gana en cambio mi corazon, mas enamorado que el suyo y mas capaz que cualquiera otro de sacrificarse por usted, Margarita....

—¡Pero que es lo que oigo! ¿Son esos los consuelos que usted me trae, caballero?

—Sin duda.

—¿Con que no me basta la desgracia de perder á Felipe, sino que he de ser juguete de una infamia?

—¿Es por ventura infamia, amar á usted?

—Caballero, ya que no sabe usted respetar la desgracia, respete al menos la amistad, y deje usted de hacer el papel odioso que se ha propuesto representar en mi presencia.

—A todas las mugeres, contestó Quintero picado, les parece una infamia al principio, lo que despues lamentan si lo pierden.

—Ya esto es demasiado, caballero; y supuesto que ya ha terminado la mision de usted, le agradeceré me deje sola con mis pesares.

—Eso es precisamente lo contrario de lo que yo me he propuesto hacer, pues deseo acompañar á usted en su sentimiento.

—La compañía de usted me ofende, caballero.

—Lo siento en el alma.

—Y le ruego que salga.

—Y yo tengo el sentimiento de desobedecer á usted, por que me es muy grata su presencia.

—Caballero, espero no me obligará usted.......

—¿A qué?

Margarita pensó que estaba sola. ¿Que hacer? ¿como obligar á salir á aquel hombre fatal?

Despues de un momento de perplejidad, prorumpió en llanto.

—¿Lo vé usted, Margarita? Nada puede usted contra mí; de manera que le es á usted preciso ser razonable.

Felipe ha olvidado á usted completamente.

—Eso no es cierto.

—No volverá usted á verle nunca.

—Sí, sí, lo veré toda mi vida.

—Felipe ama á otra muger.

—Nó, nó; eso es imposible: le habrá cansado mi amor, pero no ama á nadie.

—Margarita, es preciso que revistiéndose de la calma que

en esta vez se necesita, me preste atencion para que conozca de una vez su verdadero estado, y tome usted el partido que sea mas conveniente.

—¿Y qué partido podria tomar que no fuera el de la desesperacion y las lágrimas?

—Bastantes lágrimas han empañado ya esos divinos ojos, para merecer de hoy en adelante, no contemplar mas que la dicha.

—Caballero, suplico á usted otra vez mas respete mi dolor, y procure no dar á sus palabras un jiro inconveniente.

—Por el contrario, Margarita: el jiro que toman mis palabras, lo dicta mi corazon, y nádie me hará retroceder en mí camino. Hace mucho tiempo que la amo á usted, Margarita, y solo por respetar á Felipe habia callado.

—Y hoy....interrumpió Margarita sobresaltada.

—Hoy, soy libre, para decirla á usted que la amo, por que Felipe......

—¡Dios mio! ¿ha muerto?

—Para usted sí, Margarita.

—Eso no puede ser, caballero; todo eso no es mas que un subterfújio para sorprenderme, es una infame red en la que en vano pretende usted que caiga, por que amaré á Felipe á su pesar, á pesar mio y á pesar de todo.

—Pero Felipe ya no es digno del amor de usted.

—Lo será siempre.

—¿Aunque ya no sienta amor por usted?

—Aunque me aborrezca.

—¿Y si me hubiera facultado para declarar á usted mi amor y su rompimiento?

—¡Su rompimiento! ¿Y es usted, quién pretende amarme, el emisario de esa horrible nueva?

—Sí, yo soy; y desde este momento me considero dueño de esta casa, que corre ya de mi cuenta.

—¡Pero qué es lo que estoy oyendo, Dios mio!. . Caballero, basta ya de atormentar á una muger indefensa. Si es usted hombre de honor, dígnese dejarme en paz.

—¡Jamás!

—¿Jamás?

—Lo he dicho.

—Entonces seré yó quién abandone este lugar.

Y Margarita se puso de un brinco en la puerta de su habitacion y cerró precipitadamente.

Esta puerta, como generalmente todas las de aquel tiempo, estaba compuesta de gruesos barrotes, formando pequeños tableros, y una de la hojas tenía una tranca perpendicular que caía en un cuadrado abierto en el piso; de manera que con solo cerrar la puerta quedó atrancada.

Quintero no supo que hacer; por lo pronto se levantó de su asiento y probó á abrir la puerta; pero en seguida se convenció de que era impracticable.

Lo primero que vino á su mente fué el ridículo, y no quiso pronunciar una sola palabra. Embozose en su capa y blasfemando entre dientes, tomó la puerta de la calle.

Despues que hubo dado algunos pasos, se detuvo reflecionando en el camino que debia seguir, y se decidió por tomar la calzada que hoy conduce al Panteon de Santa Paula.

Atravesó algunas callejuelas, y penetró en un tendajo inmediato al Santuario de Nuestra Señora de los Angeles.

La puerta estaba entreabierta; detrás del mostrador había

un hombre envuelto en una frazada gris, que tenia cubierta la cabeza con una mascada de seda negra.

Reclinados en el mostrador, estaban dos hombres de mala catadura que bebian y disputaban.

Don Baltasar se dirijió al hombre de la frazada gris, quién á una seña abrió la puerta que comunicaba la tienda con el interior.

Un momento despues, un muchacho que acababa de despertar, vino á sustituir al de la frazada.

La pieza en que se encontraba Baltasar, estaba obstruida con dos camas, multitud de barriles y tércios, pues era á la vez trastienda y habitacion de la familia.

—¿Qué se le ofrece á su merced á estas horas?

—Un negocio urgente para mañana. ¿Con quiénes cuentas?

—Para mañana no tengo mas que al *Lobo* y á *Chicas-corbas*.

—¿Y tú?

—Yo, de aquí no me muevo; que cuando uno tiene malquerientes, es bueno no andarse en aventuras. Pero esos mozos valen por diez. Tengo entre mis prendas empeñadas un puñal de Albacete, que no hay mas que pedir, y ya su merced conoce á *Chicas–corbas*.

—Es que no se trata de matar á nadie.

—Entónces......

—De un rapto.

—¿Y hasta donde se carga con la prenda?

—Yo daré mis órdenes.

—Pues mañana al oscurecer estarán con su merced mis dos muchachos.

—Beberán bien á mi salud.

—Es justo

—Y tu tambien, Malaespina.

—Tambien es justo.

—¡Ira de Dios! esclamó Don Baltasar, quien al llevar la mano al bolsillo, se acordó del robo de las onzas.

—¿Qué le pasa á su merced?

—Que recordé que anoche me robaron; pero no importa; cuente cada uno de ustedes con una onza de oro, que no me faltan todavía y para que tú, que eres tuno, no en tres endesconfianza, manda por ellas á mi casa.

—Que vaya *Cuco* con su merced, que le servirá de compañía y traerá de vuelta ese dinero.

—¿Desconfías?

—Yo nó, mi amo; pero los muchachos no andan si no *se les habla* y temería que se negaran.

—En ese caso que venga el Cuco y que los muchachos me esperen en la esquina del Convento de la Concepcion á eso de las ocho.

—Está bien, Patroncito, y buena suerte.

Don Baltasar salió del tendajo, y se dirijió á su casa seguido del muchacho á quien Malaespina llamaba *el Cuco.*

Al principio Quintero caminaba silenciosamente, pero bien pronto le ocurrió hablar con su escudero.

—¿De qué te ocupas? preguntó al muchacho.

—De lo que se ofrece.

—¿Y no rehusas nada de lo que se te presenta?

—Nada, Señor usía.

—Es que mañana puedo necesitarte.

—Puede el Señor usía mandarme.

—¿Conoces una Señorita, que vive en una casita cerca del

Convento de la Concepcion?

—¿Que señas tiene?

—Tiene unos ojos encantadores.

—¿Entónces es la nóvia de usía?

—¿La conoces?

—¿Vive con una viejecita que se llama Dolores?

—La misma.

—Pues esa Señorita, que por mas señas llora mucho, ha sido mi ama.

—¡Como! ¿es posible?

—Ayer salí de la casa porque me quiso golpear la tia Dolores.

—Pues ya puedes ganarte un par de duros.

—¿Qué es necesario hacer, Señor usía?

—Vuelve mañana á la casa y te reconcilias con Dolores

—¿Y luego?

—Llevarás una botellita, de la cual cuidarás de poner unas gotas en el chocolate de la Señorita y de la vieja.

—¿Para que se mueran, Señor usía?

—No; para que duerman, y poder conducir comodamente á la jóven en una silla de manos.

—Cabalmente yo sirvo el chocolate; y si la tia Dolores quiso faltarme al respeto, fué por que me comí las tablillas.

—¿Con que hás entendido?

—Perfectamente.

Cuando Baltasar llegó á su casa, entregó al muchacho tres onzas de oro, dos pesos y un frasquito que contenia una tintura casi negra. Despidió al muchacho y le repitió las instrucciones.

En seguida Don Baltasar arregló su traje y se dirijió á la

casa de Teresa, no sin haber colocado el resto de su oro en los bolsillos.

CAPITULO X.

UNA POCA DE AGUA.

A eso de las nueve de la noche llegó Blanco á la Villa de Guadalupe, y su primer cuidado fué rodear la casa de Doña Laureana. Midió la tápia, que por baja que fuese, no era muy fácil de escalar, y en seguida la registró por sus cimientos; hacia un estremo habia un monton de piedras, y algunos matorrales. Varias veces pasó Blanco por allí, sin ocurrírsele registrar por aquella parte, y se decidió al fin por practicar una horadacion.

—Tengo toda la noche, y esta pared es de adoves, fácil me será con la ayuda de mi gran daga abrir una brecha: y se puso á quitar los primeros fracmentos de ladrillo colocados en-

tre las junturas de los adoves. Llevaba algun tiempo de trabajo cuando oyó cierto ruido en el matorral; fuese en derechura hacia aquella parte que no habia registrado, y al ruido de sus pasos vió deslizarse un gato blanco que se perdió entre las piedras.

—¡Si este animal se comunica con el interior, su gatera es ya un buen principio de horadacion, pensó Blanco, veamos!

Y separando las malesas se encontró con varios escombros, tocó la pared y reconoció con suma sorpresa que la horadacion que pensaba practicar, estaba hecha de antemano, y perfectamente disimulada por la parte de afuera.

Arrastrose Don Joaquin y bien pronto asomó la cabeza al nivel del pátio de Doña Laureana: penetró dificilmente por una estrecha abertura, y se encontró en un chiquero de cochinos: desde allí observó: no cabia duda, aquel era el pátio y allí estaba el monton de arena. Doña Laureana dormia seguramente, y Blanco podría maniobrar libremente.

Saltó los palos que formaban el chiquero y fué derecho á la arena. Se aseguró de nuevo de que estaba solo, y se agachó á reconocer su monton. Le pareció de pronto que éste se hallaba removido.

—¡Vah! se dijo, habrán andado sobre él, pero como mi pañuelo está en el fondo, no habrán podido tocarlo con los piés.

Y su puso á registrar. Metió un brazo hasta cerca del hombro.

No encontró nada, y sintió un susto mortal. Siguió revolviendo la arena, y el pañuelo no parecia, hasta que por último, se decidió á deshacer el monton.

Tomaba arena con ambas manos y la arrojaba hacia un

lado, se servia otras veces de sus dos manos como de una pala, y arrojaba arena, pero siempre le parecia que avanzaba poco. Fatigose un tanto y se levantó para escarbar con los piés, pero sus piés le parecian pequeños, y la arena se deslizaba, sin lograr estender el monton: volvió á trabajar con las manos, y lanzaba arena hacia todos lados con furor creciente; comenzaba á desesperarse, y sacudia violentamente los brazos para quitar arena, pero la arena no disminuia, no parecia sino que se estaba reproduciendo, y que su trabajo era una especie de condenacion como la de Sísifo; redobló sus fuerzas, y comenzó á lanzar arena por todos lados, sin acertar en los movimientos, cuando derrepente sintió una avalanche que le vino á la cara y se quedó ciego.

Se habia atestado los ojos de arena.

Por una fatalidad los estaba abriendo desmesuradamente, cuando se echó á sí mismo dos puñados, y la parte humeda de sus ojos recibieron de lleno la arena seca como la marmaja vertida sobre un borron.

Una horrible blasfémia se escapó de sus lábios, y llevando las manos á los ojos violentamente, comenzó á restregarlos; pero á poco sintió un ardor horrible.

Estubo á punto de gritar; pero se acordó del dinero y sufrió en silencio.

Una idea, la única que podia equipararse á la del oro, lo preocupaba tenazmente.

¡Agua!

¿De dónde tomar agua para recuperar la vista?

Comenzaba á sentir fuertes dolores, y no veia nada, absolutamente nada.

—¡Agua! ¡agua! pensaba, y tentando, y arrastrandose, co-

menzó á recorrer el cuadrado del pátio en busca de algun trasto que por casualidad hubieran dejado abandonado.

Tropezaba con piedras, con macetas y con palos, pero ni una gota de agua.

Y el escozor de los ojos se hacía insoportable. Habian bastado los primeros restregones, para producir una inflamacion creciente, en virtud de la multitud de cuerpos estraños, que permanecian adheridos en los párpados húmedos.

Hubiera necesitado muchas lágrimas para arrastrar en su corriente aquellas arenas que á Blanco le parecian una playa; pero sus lágrimas eran insuficientes; la fatalidad negaba á este desgraciado, el consuelo de todos los desgraciados; sentia sus ojos resecos y ardientes como á la accion del fuego.

No podia tocárselos sin sentir fuertes ardores. y por que en sus manos conservaba todavia mas arena adherida, á causa de la faena, que en los ojos.

Entre tanto seguia registrándolo todo á tientas, descansaba á ratos fatigado y rabioso, y volvia á tentar, repitiendo mil veces, ¡agua! ¡agua!

Despues de arrastrarse como un gusano por largo tiempo en todas direcciones, y de lanzar imprecaciones y blasfémias feroces, se dejó caer, muerto de pena y de cansancio.

Llegó á olvidar el oro por una poca de agua.

Sin saber donde estaban ni el montón de arena, ni el chiquero que le proporcionaria la salida, permaneció tirado, entregado á su desesperacion.

Se mordia las manos hasta hacerse sangre y arrojaba es-

puma sanguinolenta por la boca.

—¡Ira de Dios! ¡una poca de agua! ¡Maldita vieja, que no tiene una poca de agua! en todas las casas hay agua. ¿Como es posible que aquí no haya un trasto con agua, aunque sea súcia, ah....¡maldicion!....¡maldicion!......

Derrepente oyó toser á Doña Laureana y se incorporó.

—¿Me habrá visto? pensó.

Pero la tos seguia de vez en cuando, y salia distintamente de la pieza cerrada en que dormia la vieja. No habia duda, estaba recojida, pero despierta. En vano procuraba Blanco dirijir la vista hacia el lugar donde salia el eco de la tos, para cerciorarse de si Doña Laureana tenia luz en su habitacion; por todas partes, no veia Blanco mas que manchas rojas y lucesitas amarillas que como chispas errantes, vagaban en un abismo negro y espantoso.

No habia duda, estaba ciego; y mientras mas tardara en encontrar el agua deseada, mas crecería la inflamacion de los ojos.

¿Que hacer pues, en tan desesperada situacion? Llamaría á Doña Laureana, ¿pero esto no sería lo mismo que denunciarse? ¿como justificaría su presencia en aquel lugar y á aquellas horas? ¿No le habian visto salir en un coche, en compañía de Aldama y de Quintero?

Estos sabrían que Blanco habia vuelto á la Villa á pié y Doña Laureana lo vendería, declarando que habia entrado furtivamente y esto lo perdería.

Su plan habia consistido hasta entonces, en que nadie supiera que habia vuelto á la Villa de Guadalupe. Pero si no pedia socorro, si no podia disponer de una poca de agua, ¿como encontraría la salida, y aun en el caso de encontrarla

como caminar ciego, como volver á la ciudad sin ver el ca mino?

Su situacion se hacia cada vez mas espantosa.

De la desesperacion, pasó al abatimiento, sentia una afliccion horrible.

Aquel abismo negro que tenia delante, poblado de chispas, se hacia cada vez mas profundo y mas aterrador.

Mil sombras fantásticas comenzaron á ajitarse en su imajinacion. Le parecia sentir que se acercaban á aprehenderle, que unos soldados lo arrastraban á un negro calabozo, desde donde pensaba en la horca, y que él, indefenso y ciego, nada podia hacer contra sus enemigos.

En medio de esta confusion de ideas y de presentimientos creyó ver la sombra de su madre, de su madre cariñosa y tierna casi olvidada por él, abandonada en la Península de España, porque él habia querido hacer fortuna sin pararse en los medios.

—¡Mi madre, madre mia, murmuró sollozando, no me maldigas, madre mia......no me maldigas....tal vez estés en el cielo, mírame, mírame y dame una poca de agua....una poca de agua nada mas!....

Y la ternura de que Blanco se sintió tocado, henchía las glándulas lacrimales, pero el líquido era insuficiente para labar sus ojos, los dolores redoblaban y los ojos seguian ardientes.

—¡Si pudiera llorar! ¿qué haré para llorar? Ah....pero yó no se llorar....¿Acaso he llorado nunca por mi madre? ella me lo escribia..“Tal vez no lloras por mí como yo lloro.”

—¡Ah....no....es imposible....es imposible!....

Y Blanco ocultó su frente entre las manos,

En medio del terror que le inspiraba su soledad y su situacion, Blanco se consolaba con oirse á sí mismo, de manera que la mayor parte de las frases de su monólogo, las habia pronunciado en vos baja, pero perceptible.

Le parecia que su vos era un compañero, y contestaba á sus preguntas para oirse á sí mismo.

Tuvo en seguida un aceeso de marasmo, y asi como no veia no pensaba.

Parecia que sus facultades intelectuales habian sufrido una pronta parálisis despues del dolor y de la desesperacion.

La noche era ya bien entrada y el resplandor de las estrellas brilló, cuando hubieron desaparecido los negros nubarrones que cubrian el firmamento.

En uno de los ángulos del pátio se habian estado destacando hacia rato las siluetas de una muger y de un niño.

Eran dos formas escuálidas é inmóviles, pero sus contornos eran perceptibles.

Lentamente se fueron acercando á Blanco que permanecia boca abajo, apoyando la frente en sus brazos cruzados.

—Joaquin, dijo una voz.

Blanco pensaba estar delirando.

—Joaquin, oyó distintamente, y se incorporó: pero era inútil, un horrible dolor respondia á cada uno de sus movimientos.

—¿Quién es? se atrevió á decir muy quedo.

—No me ves, ni me verás nunca.

—Por fin ¡estoy ciego!

—¡Ciego del alma!

—¡Oh....quien quiera que seas dáme agua!

—¿Veniste á buscar agua?

—Nó, pero quiero agua, nada mas agua.

—El agua vale mucho dinero.

—La compraré, te pagaré tu agua á peso de oro.

—Vale mas todavía.

—La pagaré, la pagaré.

—Eres pobre.

—Nó, eso no es cierto; tengo dinero. Dáme agua y te daré mucho dinero, sufro mucho.

—Lo veo.

—¡Doña Laureana, Doña Laureana, por fabor, por Dios santo, agua!

—Yo no soy Doña Laureana. Doña Laureana está acostada, óyela.

En este momento se oia la tos de Doña Laureana.

—¡Ah....pues quien quiera que seas, dame agua, y te daré mi vida y cuanto poseo!

—Estamos convenidos: toma.

Y aquella sombra produjo el ruido mas armonioso que Blanco podia oir en aquel momento, el de un chorro de agua vertido sobre la tierra.

—¡Dámela, dámela! gritó Blanco estendiendo los brazos.

—Toma, repitió la sombra poniendo delante de Blanco un cántaro con agua. Es agua del *Posito,* que es milagrosa.

Blanco se apoderó con ánsia del cántaro, é iba á introducir una mano cuando oyó que la sombra le dijo:

—Pero no cuentes mas con tu oro, porque ya no existe.

—¡Me lo robas!

—Lo emplearé en misas para tu alma, dijo la sombra alejándose y dejando oir una risita burlona.

—Blanco se levantó de un salto para lanzarse sobre la

sombra, pero sus piés tropezaron con el cántaro que tenia delante.

El chasquido de los tiestos y el ruido que el agua hizo la derramarse, detuvieron á Blanco como herido de un rayó.

Apenas habia lanzado una postrera maldicion, cuando cayó de nuevo sobre los húmedos restos del cántaro......

Entre tanto, las sombras de la muger y el niño habian trepado sobre los palos del chiquero, y se deslizaban por la horadacion para ganar el campo.

CAPITULO XI.

¿EN DONDE ESTA MI HIJO?

Al punto á que hemos llegado de esta historia, nos vemos precisados á al dar lector algunos datos acerca de uno de nuestros personajes.

Una tarde del mes de Octubre del año 1785 entraba por la garita de San Lázaro, una pequeña caravana, compuesta de dos españoles montados en buenos caballos, una muger enteramente cubierta, que cabalgaba en una yégua blanca, y un muchacho trepado sobre dos bultos de equipaje que cargaba una gran mula parda.

Los cuatro viajeros, aunque bien molidos á causa de la buena jornada de ese dia, dirijian sus curiosas miradas hacia

todos lados, con esa inquietud propia de el que despues de un largo viaje, llega á un centro de poblacion importante.

—¡Gracias á Dios que llegamos con bien! dijo uno de los españoles á su compañero.

—¿Esta es la tierra de promision?

—Al menos, dentro de diez años, no nos conocerán en el Barrio de Triana.

—Si és que volvemos.

—De volver tenemos, amigo Curro.

—Pero muy ricos.

—Naturalmente, que bien merecido lo tenemos, solo con haber atravezado esos caminos.

A este punto los viajeros habian llegado á un costado de la Iglesia de la Santísima Trinidad, cuando un nuevo ginete les salió al encuentro.

Era un dependiente de la casa de comercio á la cual venian consignados Don Pancho San Juan y Don Nicolás Buendia; ambos de veinte á veinticinco años.

—Perdonen ustedes caballeros, ¿vienen ustedes de Veracruz?

—Cabalmente, dijo Don Pancho.

—¿Son ustedes los Señores San Juan y Buendía?

—Para servir á usted, contestaron á un tiempo.

—El principal me envió á recibir á ustedes.

Hace ocho dias, que hago un paseo por las tardes á la garita, de órden del principal.

—Están muy malos los caminos, y mi compañero se enfermó en la Puebla de los Angeles, dijo San Juan.

—El principal me ha encargado los conduzca á la casa.

—Estamos á sus órdenes, paisano.

El enviado habia estado fijando curiosas miradas á la muger que venia en la yégua y al muchacho que estaba sobre las maletas.

—¿Traen familia? preguntó el enviado.

—Es una pobre Señora, á quién hemos acompañado desde la Veracruz.

—¡Pero ahora!....

—Ahora la abandonaremos, paisano, dijo Buendia.

Y dirijiéndose á la muger.

—Señora, le dijo, aquí tenemos que separarnos, y sentimos mucho no poder ofrecer á usted casa, por que, como hemos dicho á usted, venimos consignados.

—Doy á ustedes las gracias, y no olvidaré jamas sus fabores y su buena compañía.

Apeate Manolo, añadió, dirijiéndose al muchacho, quién se deslizó suavemente por el anca de la mula, y tomándola despues por el ronzal la entregó á Buendía.

Los tres españoles se despidieron, y la muger y el muchacho se pusieron á vagar en busca de alojamiento.

Despues de haberlo pedido inútilmente en varias casas, una muger que habia presenciado la última negativa, se acercó á la forastera diciendo:

—Venga su merced conmigo, que aunque pobre, tengo mejor corazon que esas malas pécoras.

La forastera aceptó agradecida tal oferta, y siguió á la muger hasta la Candelaria de los Patos, á la misma casita adonde Aldama y Quintero preguntaron á la tia Teodora la buena ventura.

La propietaria de aquella casita, realmente desplegó todas las atenciones de la hospitalidad, al grado de captarse

en poco tiempo, no solo la gratitud, sino la confianza de la forastera.

Esta era una mulata como de cuarenta y cinco años, aunque á juzgar por el aniquilamiento de su rostro, representaba mucha mas edad. Su color era ligeramente bronceado, sus lábios poco abultados, á pesar de su raza, estaban siempre contraidos por la falta de los dientes superiores, sus ojos tenian una mirada penetrante y viva, como los de una jóven: las primeras canas empezaban á emblanquecer su negra y risada cabellera.

Hablaba poco y tenia cierto aire de dominio y supremacía, propio de las almas fuertes que han sufrido mucho.

Los que sobreviven en la lucha con la adversidad, tienen, efectivamente, el derecho de creerse fuertes.

Son los condecorados del sufrimiento.

Esta muger habia sufrido mucho, y estaba ya en el último periódo de su vida, en el que, corrido el telon del mundo delante del drama de un corazon, espera aquel protagonista que sobrevive, solo y triste, la tumba de su cuerpo, sentado en la tumba de sus mejores dias.

—Justo es, decia una noche á su generosa amiga, que sepa ustéd mi historia.

Nací en la Habana el año de 1744. Mis padres eran ricos comerciantes en azúcares, y en mi juventud me ví rodeada de cuantas comodidades y grandezas puede apetecer una reyna.

Una tarde, mi padre quiso dar un paseo por la playa, y nos llevó á mi madre y á mí. No bien hubimos llegado al puerto cuando vimos mucha gente agrupada en espera de una embarcacion procedente de la Península de España.

Era una fragata mercante, llamada "La Trinidad," y de

cuyo capitan habia yo oido contar hacia poco tiempo mil proezas de valor y de audacia.

Este capitan era el primer hombre por quién habia sentido amor.

Tenia yo catorce años cuando me enamoré de él, y despues de algunos meses de inocentes amores partió. Tenia yo pues, viva ansiedad por volver á verle. Hacia tres años que no le veia y me felicité interiormente, no sin dejar conocer mi emocion, de que mi padre hubiera querido llevarme al puerto.

A medida que avanzaba el barco, crecia mas mi ansiedad, como la de todos los que contemplaban henchidas las velas de aquella hermosa embarcacion, que se acercaba majestuosamente hacia nosotros.

Presenciamos la maniobra de arriar las velas, y notamos cuando votaron las anclas.

A poco rato se acercaba hacia nosotros un bote con ocho remos. Allí venia el capitan.

—¡Allí está Don Eduardo Manrique! se oia esclamar por todas partes.

El capitan saltó á tierra seguido de otros dos caballeros y saludó á mi padre y á mi madre, y en seguida á mí.

Yo estuve á punto de desfallecer de emocion.

En la noche fué á visitarnos. Algo muy elocuente debieron decirle mis ojos, y algo habia en los suyos de irresistible, que nos comprendimos sin hablarnos.

Al despedirse, pasando junto á mí, me dijo muy quedo.

—Luego, por el jardin.

Despues de una hora, la casa estaba silenciosa. Yo habia entrado á mi dormitorio, y en vez de dirijirme á mi lecho

me paré frente al tocador: allí tenia yo flores, tomé una y la prendí entre mis cabellos.

Me asomé á la ventana, que daba al jardín. La noche estaba hermosísima; la luna llena lo iluminaba todo con una luz vivísima, y una brisa fresca, traia hasta mi habitacion el aroma de los azahares y de los jazmines; el agua de las fuentes brillaba como en ráfagas de plata, y parecia que el silencio la luna, la brisa y las flores, me convidaban á gozar de aquel espectáculo delicioso.

"Luego, por el jardín" habian sido sus palabras. ¿Deberé esperarlo? me preguntaba ¿que pensará de mí? pero si no le espero va á creer que le desprecio.

Luché por algun tiempo, por que no se me ocultaba que estaba haciendo una locura; muchas veces quise desistir pero no pude, era mi primer amor, mi porvenir estaba escrito, yo no podia luchar con mi destino.

De pronto percibí entre los naranjos, la figura del capitan que se acercaba á mí.....

Hubo un momento de silencio y de vacilacion.

Mi padre, continuó, nunca quiso poner rejas de hierro en las ventanas de su casa, y estas se elevaban una vara del piso del jardín.....................................

....

Manrique se dió á la vela á los tres dias.

Dos meses despues, mi padre se empeñó en casarme con un rico comerciante, con quien tenia grandes negocios. Yo me negué enerjicamente, pero mi padre me confesó que su fortuna dependia de mi enlace: antes de dar mi respuesta, tuve una conferencia con mi futuro esposo, y le confesé mi falta.

Convino en casarse conmigo, no exijiéndo que le amase ni

prometiéndo amarme, y acepté.

A poco tiempo era yo la muger de Don Pedro Nuñez.

Supe por él mismo, que Manrique era casado.

Mi vida desde entonces fué un infierno. El trato brusco y grosero de mi marido y sus constantes recriminaciones amargaban mis dias, y no vivia yo mas que para llorar, y con mis lágrimas, mi amor á Manrique crecia constantemente.

Mis sufrimientos se redoblaron despues que hube dado á luz á mi primer hijo.

Este niño nació en una ausencia de mi marido, que duró seis meses.

Este periódo fué para mí, como un descanso necesario para sufrir mas despues.

Mi hijo querido, el hijo de Manrique, vivió el tiempo necesario para que yo pudiera sentir las delicias del amor mas grande que puede imajinarse.

Manrique y mi hijo, eran los dos nombres en que para mí se encerraba el mundo.

Pero una noche se presentó mi marido de improviso en mi habitacion. Cerró tras de sí la puertá, y yo quedé helada de terror. Nadie me habia anunciado su regreso. Nunca entraba á mi cuarto de dormir.

—Teodora, me dijo: yo no puedo permitir que ese niño permanezca en mi casa.

Yo no podia hablar, estaba atónita.

—Ese niño, continuó, saldrá de aquí inmediatamente.

—¡Por piedad Nuñez! ¿Que he de hacer con mi hijo?

—Cederme su valor al menos.

—¡Venderlo! ¡Y vienes á proponérmelo!

—Nó, á exijirlo.

—Esa es una infámia.

—Mi marido se sonrió de una manera feroz.

—Bien sabias, repuse, que al casarte conmigo......

—Lo sabía; pero desde entonces pensé en que podian pagarlo bien en el mercado.

—Reflexiona en que tendrá que aparecer como hijo tuyo.

—Ese niño desaparecerá esta noche, y en su lugar quedará eso.

Y mi marido desembozándose, arrojó sobre mi cama el cadáver de un niño de cuatro meses, que traia bajo la capa.

Al verlo me estremecí de terror, y arrojé un grito que se ahogó en mis lábios, al sentir una horrible bofetada.

—¡Nuñez! dije temblando de ira, ¡Nuñez! ¡eres un cobarde!....

—¡Silencio! me dijo, nádie sabe que estoy aquí; y ¡ay de tí, si me descubres! ¡tiembla entonces!

Mañana enterrarás ese cadáver, haciéndolo pasar por el de este niño que guardaré en sitio seguro, y endonde pueda yo matarlo si me denuncias.

—¡Nuñez, mátame á mí, pero no te lleves á mi hijo! ¡Nuñez, por Dios!

Y me arrojé á sus piés, llorando y suplicando.

El me oyó con una calma, que me hizo tener alguna esperanza, y me desasí de sus piernas que tenia abrazadas; pero no bien se sintió libre, de un salto estuvo en mi cama, arrebató á mi hijo, y salió de la habitacion. Corrí en su seguimiento, pero la puerta habia sido ya cerrada por fuera, y caí al suelo sin sentido.

Volví en mí, cuando la luz inundaba mi rostro, y me incorporé. Lo primero que se presentó á mis ojos, fué aquel ca-

dáver amoratado, asqueroso y desnudo en el lugar que ocupaba mi hijo, y me sobrevino un acceso de desesperacion.

A mis gritos vinieron los criados, y me encontraron casi loca.

Los criados de mi casa habian sido habilmente sustituidos esa noche por órden de mi marido por otros á quienes núnca habia yo visto.

Les habian dicho que estaba yo loca, por la muerte de mi hijo.

Quise salir de aquella habitacion, y despues de la casa, pero no me lo permitieron, so pretesto de que estaba loca. Me trasladaron á otra pieza, á cuya puerta habia una criada cuidándome.

Despues de pensar todo el dia en la manera de fugarme, finjí estar tranquila, dando como prueba de estar en mi juicio, confesar que aquel cadáver era el de mi hijo. Estas palabras se me hicieron repetir delante de muchas gentes que yo nunca habia visto, y esto hizo cambiar mi situacion. Estaba libre.

Al oscurecer salí sola sin ser vista, y atravezando toda la ciudad, me dirijí á la casa de mis padres.

Mientras yo caminaba con la esperanza de encontrar un consuelo en la casa donde tan feliz habia vivido, tenia lugar allí, una catástrofe espantosa.

Los negros del Ingenio de mi padre se habian revelado contra él, y habian acuchillado á mi madre, á mi padre y á algunos dependientes, á eso de las seis de la tarde; y cuando yo estaba próxima á llegar á la casa, esta era presa de las llamas hacía tres horas.

Un amigo de mi familia, me recojió de una calle donde

quedé privada, al oir la funesta noticia, y nada supe de mí hasta un mes más tarde en la convalecencia de una fiebre que me sobrevino, segun supe despues, por que de esta enfermedad no pude tener nunca ni el menor recuerdo.

Aquel buen amigo era el Señor Marqués de Flores: hombre caritativo y generoso á quién le debí la vida y los únicos consuelos que pude oir en mi desgracia.

Mi único afan, era buscar á mi hijo, y el Marqués no perdió ocacion ni medio para conseguirlo.

Despues de un año de lágrimas y de estar ausente de la Habana mi marido, quiso el Marqués gestionar ante la justicia, pero uno de los escribanos, puestos en mi ca a la noche de la catástrofe, nos manifestó la declaracion que habia yo hecho ante testigos, de que aquel niño que estaba en mi cama era mi hijo. Ademas nos dijo que habia pendiente y suspensa por mi demencia, segun aparecia, una acusacion de mi marido en que podría probar, que yo habïa matado aquel niño.

Como el niño muerto segun declaracion del facultativo estaba ya en descomposicion cuando se divulgó su muerte, la acusacion de mi marido se fundaba en hechos que no podian combatirse, sino con la declaracion de los criados despedidos con anterioridad.

Fué preciso prescindir de gestionar ante la justicia.

Merced á los servicios del Marques, pudimos averiguar que mi marido habia sido el instigador de los negros á la rebelion, pues cuadraba á sus miras por el mal estado de los grandes negocios que seguia con mi padre, hacer desaparecer los libros del escritorio y el archivo; pero de este hecho no habia constancia ninguna.

No podia ser mas odioso este mónstruo.

La amiga de Teodora habia estado perpleja durante esta relacion. La mulata pareció tomar aliento para continuar.

CAPITULO XII.

EN EL QUE SE VE QUE LA DESGRACIA TIENE NO POCA PARTE EN LA EDUCACION DE LAS BRUJAS.

Desde que supe que mi marido estaba de regreso en la Habana, me propuse convertirme en su sombra, hasta averiguar el paradero de mi hijo, pero para poner en planta este proyecto, era necesario contar con el Marqués, y este se negó resueltamente á dejarme salir de su casa, ofreciéndome que él seguiría sus pesquizas para encontrar á mi hijo.

Me fué preciso resignarme por lo pronto; pero á los pocos dias me fugué de la casa del Marqués.

Para poder llevar á cabo mi proyecto, era necesarío disfrazarme, tanto para que no me conociera mi marido, como para que no me encontraran las personas á quienes el Mar-

qués habia comisionado para que me buscasen.

Cuando salí de la casa del Marqués me felicité de encontrarme libre, y comenzé á vagar por las calles.

Pero ¡ay! bien pronto conocí á cuántos riesgos me esponia y cuántos trabajos me esperaban.

No habia tomado ninguna precaucion, ni estaba prevenida en manera alguna contra la adversidad, ni contra el hambre, pues aunque me ocurrió llevar algun dinero, la idea de que aquella precaucion podia parecer al Marqués un robo, me detuve.

Salí pues con solo la ropa que tenia puesta y sin dinero.

Ya muy entrada la noche me senté á descansar sobre una piedra á extramuros de la poblacion.

Sobre aquella piedra tuve que decidir de mi suerte. Apenas acababa de sentarme, un grupo de gente perdida se acercó á mí.

Me venian siguiendo.

Eran dos mugeres jóvenes de mala vida, una vieja y un muchacho.

Rubor me causa todavía recordar el género de proposiciones que aquellas infámes me hicieron.

Les contesté indignada, pero aquellas mugeres validas de la oscuridad de la noche y del sitio aislado en que nos encontrabamos no vacilaron en emplear la fuerza para conducirme.

A pesar de mis gritos, me ví arrastrada y conducida á empellones por aquellas fúrias.

Una de aquellas mugeres me hacia sentir repetidas veces la punta de un puñal en la garganta, y cada vez que pedia yo socorro, era golpeada hasta que me decidí á caminar en

silencio.

Al atravezar una de las calles de la ciudad, unos marineros trabaron conversacion con las mugeres, que se desprendieron de mí por un momento.

Yo me aproveché de esta circunstancia, y eché á correr desesperadamente. Atravezaba calles y plazas con una rapidéz de que yo misma me asombraba, y corrí, no sé cuanto tiempo, hasta que me faltó la fuerza y el aliento.

Me dejé caer en el quício de una puerta, y á poco perdí el sentido.

Cuando volví en mí me vi en un lecho de paja, en el rincon de una pocilga negra é inmunda.

Una vieja velaba á mi cabecera.

Esta vieja era una bruja. Repuesta de mi sorpresa, me felicité de haber cambiado de compañia.

Entre la prostitucion y la brujería, me decidí por lo segundo, y algunos dias mas tarde era yo tan bruja como aquella muger, que me habia recogido desmayada á la puerta de su casa.

—¡Ave María Purísima! dijo la amiga de Teodora. Si yo hubiese sabido que su merced éra bruja, no le ofrezco un rincon en mi casa.

—No hay por que alarmarse, mi buena amiga, repuso Teodora cariñosamente, tan bruja soy á mi vez, como usted puede serlo.

—¡El Señor me asista, que no me faltaba mas, que morir tostada!

—Cálmese usted Doña María; que así se llamaba aquella muger, cálmese usted, continuó Teodora, y bien pronto tendré ocasion de probarla que no hay tales brujas. El v··lgr

dá acceso por su ignorancia á ciertas cosas, que en realidad no tienen nada de extraordinarias.

—¿Qué no es cierto que hay brujas? y cómo si las hay, y mueren quemadas, y con estos ojos las he visto tostar en la plaza de Santo Domingo.

—Repito, Doña María, que yo probaré á usted, que aunque hayan quemado á algunas infelices, ni ellas fueron brujas jamas, ni los mismos tal vez que las quemaban tenian seguridad de la existencia de seres extraordinarios.

La brujería no es, en último resultado, sino una especulacion productiva, y nada mas.

—¿Con que es productiva? preguntó Doña María, abriendo mucho los ojos, porque era avara.

—Muy productiva, contestó Teodora.

—¿Y se llega á ser rica, siendo bruja?

—Infaliblemente.

Doña María pareció refleccionar y empezaron á disiparse sus escrúpulos con respecto á las brujas.

Teodora continuó despues de un momento.

Aquella muger me facilitó todos los medios necesarios para disfrazarme, y me ayudó admirablemente en mis proyectos, asi como no pocas veces se aprovechaba de mis consejos y ó bien me los agradecia cuando, le producian un resultado faborable, en asuntos triviales, ó bien la disuadia de meterse en empresas peligrosas y criminales.

Con la ayuda de mi inteligencia superior á la de la bruja, por causa de mi educacion, aquella muger cobró una fama asombrosa en predecir la buenna ventura, y las consultas eran tan repetidas, como espléndidamente remuneradas.

Desde que pude encontrar la pista de mi marido y seguir

lo impunemente merced á mi disfraz, con el que nádie me hubiera reconocido, fuí testigo cási siempre de todos los episódios de la horrorosa historia de mi marido.

De intento no quiero relatar una série de crímenes y de maldades de todo género, que hacian de aquel hombre el ser mas despreciable y odioso del mundo. A pesar de mi constante vigilancia, no pude saber el paradero de mi hijo.

Llegué á cerciorarme de que para aquel hombre era esto una historia completamente olvidada.

Mi juventud se marchitó tras de la capa de ingredientes con que diariamente desfiguraba mi rostro, é hice el papel de vieja, durante algunos años. El producto de mis especulaciones y mi miserable modo de vivir, me proporcionaron una suma cuantiosa, que aumentaba cada dia, con la esperanza de encontrar á mi hijo, y ofrecérselo en cámbio de todas las caricias que le habian faltado desde aquella noche terrible.

Mi marido complicado en negocios de mal género, se vió precisado á venir á refugiarse á las Américas, y entónces decidí venir tambien en su seguimiento, porque un secreto presentimiento que me acompaña dia y noche, como una sombra, me dice que encontraré á mi hijo algun dia, siguiendo por todas partes al autor de mi desgracia. Yo seré algun dia la conciencia que se levantará delante de mi marido para pedirle cuenta de mi hijo y de mi dicha.

Por esa época supe la muerte de Don Eduardo Manrique.

Aqui ya no le temo á mi marido, y está próximo tal vez el dia de la justicia.

Esta fué la primera conversacion de Teodora con Doña María.

En las noches subsecuentes, Teodora se encargaba de dar á su amiga un curso oral de brujería.

La puso al tanto de todas las preocupaciones esplotables del vulgo, la enseñó algunas medicinas que pasaban por maravillosas, y desplegó ante la vista de Doña María todo el complicado cuadro de supercherías y combinaciones para todos los casos que pudieran presentarse.

Doña María puso á su maestra por toda condicion, para dedicarse á tan productiva ocupacion, no dejar de oir misa los Domingos y fiestas de guardar, y conservar, siquiera bien ocultos, sus santos, que consistian en malas pinturas y esculturas, representando á la Vírgen María y al Cristo crucificado.

Doña María hizo sus primeros ensayos, aplicando algunas medicinas para el espanto, para los celos y para el amor, aunque acerca de estas dos últimas enfermedades la crónica no asegura que obtuviera satisfactorios resultados.

Desde que Aldama y Quintero consultaron á Teodora si serían afortunados en el juego, esta se propuso no perderlos de vista, pues comprendió desde luego que aquellos parroquianos que tan bien habian pagado su primera consulta debian dejar á la casa todavia, con la ayuda de Dios, como decia Doña María, muy buenos tomines.

El muchacho que hemos visto arrastrarse por el pátio de la casa de Doña María, en presencia de Aldama y Quintero, era el agente de aquellas dos brujas, quienes lo utilizaban á su sabor como un sagaz espía.

El muchacho por su parte encontraba mas conforme con sus instintos de disipacion, de pereza y de ociosidad, ocuparse en maquinaciones y espionajes, que estudiar ó hacer

algo de provecho; de manera que estaba siempre listo para cualquier lance, que tomaba á pechos con la formalidad de un verdadero policía.

Tan luego como Aldama y Quintero salieron de la casa de Doña María y de Teodora, bastole á Manolo una seña de Teodora para lanzarse en seguimiento de aquellos caballeros.

—Vé sin tardar, Manolo, y si tres dias necesitas, le dijo Teodora, te los concedo; pero cuenta con decir la verdad y con traerme la noticia de todo ¿lo entiendes?

—Si, tia Teodora, pero necesito dinero para gastos.

—Toma y corre, dijo Teodora dándole unas monedas de plata.

Manolo echó á correr, husmeando como un sabueso hasta encontrar la pista de los caballeros, que no iban lejos.

Desde la tarde de ese dia, hasta el momento en que hemos dejado á Blanco en el pátio de la casa de Doña Laureana, en la Villa de Guadalupe, la Tia Teodora supo cuanto pasaba á Aldama, á Quintero, á Blanco y á Don Carlos, y muy especialmente los últimos acontecimientos que hemos relatado, y que tuvieron lugar en la casita de Doña Laureana.

Inútil nos parece advertir que las dos sombras, una de muger y otra de un niño, que Blanco pudo apenas distinguir á causa de la inflamacion de sus ojos, fueron Teodora y Manolo, quienes desde el chiquero se impusieron de cuanto habia pasado.

Las onzas de Aldama y de Quintero, estaban definitivamente en poder de Teodora, quien se permitió esa misma noche el lujo de convidar á cenar á Doña María, sirviéndo

una gallina que Manolo habia pillado, y una botella de Jerez seco superior.

Teodora y Manolo habian llegado á la casita de la Candelaria de los patos como á las once.

Su primera operacion antes de cenar, fue sepultar las onzas de oro en una olla que ya guardaba otras monedas y volver á cubrir con tierra y basura aquel tesoro en que tenia bien poca parte Doña María.

Saboreando la gallina asada, regada con aquel magnífico Jerez que Teodora guardaba para las ocasiones solemnes, se hizo el colorario de las aventuradas operaciones de aquel dia.

—Mi Tia Teodora, decia Manolo, me debe en esta vez un regalito decente.

—Es justo contestó esta.

—El golpe fué bien dado; y por mi parte añadió Doña María, reclamo el importe de una misa á mi Señora de la Soledad, y una vela de á libra para mi Señor San Dimas.

Doña María creia acallar la voz de su conciencia con tales ofrendas, siempre que la Tia Teodora y Manolo hacian algun negocio; pero una vez cumplidos estos deberes, la vieja quedaba enteramente satisfecha.

—Estuve á punto, continuó Manolo, royendo un alon de la gallina, de que Doña Laureana me pillara en el pátio.

—¿Pero cómo diste con la heradacion, Manolo? le preguntó Teodora.

—Es muy sencillo. Tan luego como los caballeros entraron á la casa, cerraron la puerta, me dieron con ella en las narices, y quedamos incomunicados.

—¿Y qué hiciste en seguida?

—Llamar.

—¡Qué audaz es este chico,! murmuró Doña María; ¿con que llamaste?

—Llamé y me abrió Doña Laureana. Yo le pedi una limosna por amor de Dios haciendo el pobre ciego. Mire usted, añadió Manolo, llevando las manos á los ojos, mire usted que bien hago el ciego.

Efectivamente los ojos del chico presentaban un aspecto de deformidad estraordinaria: habia plegado hacia afuera los párpados superiores, que aparecian sanguinolentos.

—La buena Señora me socorrió, y me despedia en seguida; pero le dije que tenia hambre, y me invitó á que me sentara en el pátio en donde me sirvió algo de lo que los caballeros comian á la sazon, pues estaban de manteles largos.

Desde el pátio pude oir algo de lo que hablaban y pude tambien notar que en el lugar destinado á los cochinos, la pared estaba carcomida; ya saben ustedes, añadió tomando un aire grave, que los cochinos agujeran con la trompa: poco faltaba para que el agujero pasase al otro lado. Cuando hube engullido lo que Doña Laureana me sirvió, me despedi rezando en voz alta el Padre nuestro, y la Señora me dijo: "Vé con Dios" muy compadecida de mi situacion.

Cuando hubo cerrado la puerta, corrí al otro lado de la tápia y calculando el lugar del chiquero, me puse á escarbar, escondido en unos matorrales, de manera que no podia ser descubierto en mi obra de albañilería, ni por el pátio porque me cubría el chiquero, ni por el campo porque estaba entre los matorrales.

A poco escarbar cayó la tierra y pude penetrar al chiquero; desde allí ví al caballero á quien Doña Laureana, despues

le llamó Don Joaquin, llevar el dinero á la olla, y despues contar que el estudiante los habia robado.

—Entonces fué cuando me avisaste, interrumpió Teodora.

—Y ese fué el momento en que nos iba á atrapar el caballero. ¿Creerá usted, Doña María, que mi tia se empeñó en que volvieramos á entrar por el chiquero, á esponernos de nuevo, á pesar de tener ya en nuestro poder las onzas de oro?

—Eso yo tampoco lo comprendo.

—Pues es muy sencillo, dijo Teodora. La noche era muy oscura; Don Joaquin Blanco no nos conoce y ademas estaba casi ciego por que tenia arena dentro de los ojos y no encontraba agua por ninguna parte.

Sentí un tanto de compasion; y como llevaba yo mi cántaro en que traia como hacen todos los que van á la Villa, agua del Posito, quise á la vez que hacerle un bien, ensayar una bonita escena, que probablemente no olvidará ese caballero mientras viva. El infeliz daba compasion, y su posicion se prestaba á las mil maravillas, pues él mismo me daba datos para poder hablarle como si le conociera.

Ya verá usted Doña María, como estos datos nos sirven mas adelante. Esos caballeros tienen de volver á consultar mi ciencia, que me han de pagar bien cara.

Media hora despues de esta cena, las dos mugeres y el muchacho, dormian profundamente.

CAPITULO XIII.

EN EL CUAL SE VERA ENTRE OTRAS COSAS QUE DON MANUEL SENTIA ALGO EN SU INTERIOR QUE NO PODIA SER OTRA COSA QUE EL PECADO DEL SIGLO.

Sigamos ahora á Don Baltazar Quintero á la casa de Teresa.

A eso de las nueve de la noche, Teresa tendía la mano á Don Baltasar, esclamando.

—¡Cómo! ¡Señor Quintero! ¿por qué no viene usted esta noche acompañado de Don Felipe.

—Don Felipe está enfermo.

—¡Válgame Dios! Señor Quintero, que en cuidado me pone ¿Y qué es ello?

—En realidad es poca cosa.

—¿Algun lance de honor? preguntó Catalina.

—No precisamente; pero sí un lance de estocadas.

—Lo creia yo diestro, repuso Teresa con indiferencia.

—Diestro es; pero alevosamente ha sido herido.

—Entonces es una infámia.

—Sí que lo es; pero ya daremos leccciones de hidalguía al malnacido, bella Teresa.

—A mal nacidos y á cobardes, no hay leccion que les aproveche, si no es la de los palos.

—¿Y mucho tiempo estará enfermo Don Felipe? preguntó Catalina.

—Muy poco, alma mia, contestó Quintero, haciendo una guiñada á Catalina.

En este momento se presentó Don Manuel de la Rosa, Teresa y Catalina se levantaron de sus asientos para abrazar á Don Manuel, quién con el tono mas jovial del mundo se dejaba acariciar por aquellas dos buenas almas, como él las llamaba.

—Tenemos una pesadumbre, dijo Teresa poniendo la capa y el sombrero de Don Manuel en una silla: has de saber Manolito mio, continuó sentándose junto á su amante, que Don Felipe Aldama está herido.

—¡Pero como ha sido eso, Dios de Israel! esclamó Don Manuel, sin soltar las manos de Teresa.

—Unos pinchazos, Don Manuel. repuso Quintero; pero no es tán sensible la sangre derramada cuanto el motivo que la causó y la clase del agresor.

—Cuéntenos usted al punto toda esa historia que será bueno saber antes de nuestra partida de esta noche.

—¿Jugamos? interrumpió Catalina llena de gozo.

—Sin duda, dijo Don Manuel, voy á ganar esta noche to-

das las habas.

—¿Y todas nuestras onzas? preguntó Teresa fingiendo un aire pueril.

—Las tuyas, nó, Teresa; esas son sagradas.

Teresa tomó la cara de Don Manuel entre sus manos y lo besó en la boca.

Quintero dirijió una tierna mirada á Catalina.

—Vamos Don Baltasar, oigamos esa historia.

—Un momento, interrumpió Teresa. Que nos sirvan antes un poco de vino y unos biscochos: Catalina ese es negocio de tu incumbencia.

Y Catalina salió de la sala para dar sus órdenes.

Entre tanto Teresa y Don Manuel cuchicheaban y Quintero ojeaba un libro.

Fijemos nuestras miradas en Don Manuel, quien á medida que se enamoraba mas de Teresa, agotaba los recursos del tocador y de la presuncion.

Llevava una casaca de paño negro bordada de seda del mismo color, chupa de razo color de guinda tambien bordada. De su cuello se desprendia una chorrera de cambray batista bordada, y adernada con ricos encajes. Ajustados á sus muslos unos calzones sugetos bajo las rodillas con hebillas guarnecidas de piedras finas: en dos bolsitas abiertas en la pretina del calzon, colgado en los hombros bajo el chupin con tirantes bordados de oro, dos relojes, de los que pendian dos cintas de oro sosteniendo gruesos sellos.

Media de seda reluciente, y sobre todo, un zapato finísimo y coqueto, adornado con grandes hebillas de oro con esmeraldas.

Don Manuel habia rectificado por conducto de Teresa, des-

pues de haberlo descubierto por conducto de Doña Mariana, que tenia muy bonito pié.

Teresa se lo decia todos los dias á Don Manuel, y Don Manuel se lo agradecia todos los dias á Teresa.

Teresa por su parte desplegaba esa coquetería en el vestir propia de las mugeres maduras; quiere decir, que estaba lo menos vestida que le era posible.

Teresa era de formas redondas; tenia buen pecho y buenos brazos, de manera que no desperdiciaba la ocasion de mostrarlos.

Y el pecho y los brazos de Teresa eran el cielo de Don Manuel.

Catalina volvió á la sala seguida de Dominga y de otra criada, quienes en bandejas de plata traian puchas, rodeos y algunos otros biscochitos, un poco de queso y botellas de Moscatel y de Pedro Jimenez, del almacen de Don Manuel, quien se habia encargado de surtir semanariamente por mayor y menor la despensa de aquella casa.

—Supuesto que ya están aquí los biscochos dijo, ya puede Don Baltasar empezar esa historia.

Sentáronse en torno de la mesa, que de firme estaba en la sala, unas veces para merendar y casi siempre para poner el monte, y Quintero, despues de la primera libacion, habló de esta manera:

—Temo mucho, mi Señor Don Manuel, que el relato de los sucesos, afecte á usted mas de lo que piensa.

—¡Dios de Israel! dijo Don Manuel; ¿y que parte puedo tener yo en esos asuntos?

—Hable usted pronto, Don Baltasar, esclamó Teresa.

—Comiamos alegremente nuestro amigo Aldama, Don

Joaquin Blanco, yo y ...otra persona que á usted importa mucho conocer, Señor Don Manuel.

—¡Quién, quién era, por Dios Santo! dijo Teresa.

—Don Carlos Gonzalez.

—¿Y que tengo yo que ver con Don Carlos Gonzalez?

—¿No es acaso el nóvio de Isabel, la hija de usted?

—¡El novio de mi hija! y que mas dá; en eso no veo nada de estraño.

—Ya se vé, dijeron Teresa y Catalina.

—Es que ese mozo es quien ha herido á Don Felipe.

—¿Y bien? dijo Don Manuel.

—Que ese mozo, continuó Quintero, es un pillastre de cuenta, y que está en vísperas de morir á palos, como un lobo.

—Y adios casorio, dijo Teresa riendo.

—Será mejor acaso, añadió Catalina.

—Pero vamos al hecho, Señor Don Baltasar.

—El hecho es que por cualquier friolera hubieron de reñir Don Felipe y Don Carlos, y vinieron á las manos. Yo estaba ausente á la sazon, se apresuró á decir Quintero, y ese mozo atrevido riñó con Aldama y con Blanco venciendo á entrambos.

—Valiente debe ser.

—Afortunado.

—Si no fuera mas que valiente le perdonariamos, pero es ladron.

—¡Como! esclamó Don Manuel.

—Es el caso que por descansar del peso que nos ocasionaba el oro que llevabamos, Felipe y yo lo habiamos puesto sobre la mesa, y Don Carlos despues de derribar á sus ad-

versarios cargó con el oro y desapareció.

—¡Es posible!

—Nada mas cierto.

—Es una villanía, dijo Teresa.

—De facto, es una villanía, repitió Don Manuel, y por mas que haya jurado, no mesclarme mas en los asuntos de mi familia voy á proceder á que despidan á ese perillan, con quien en mis ausencias me desacreditan mi muger y mi hija.

—Harás muy bien en ello, mi Manolo.

—¡Y cómo que sí haré!

—Sin que por eso deje el perillan de llevar una felpa, agregó Quintero.

Don Manuel se habia puesto pensativo.

—¿Estás triste? le preguntó Teresa.

—Ya sabes, cielo mio, contestó Don Manuel que los asuntos de mi casa, me fastidian horriblemente.

—Tienes tú la culpa que los soportas.

—¿Y qué he de hacer?

—Acabar de una vez con todo el mundo. ¿Acaso no es eso lo que me ofreces todos los dias?

—Sí, Teresa; te lo ofrezco; pero temo el escándalo.

—¡El escándalo! ¿y qué es el escándalo cuando se trata de tu tranquilidad y de la mia? ¿Acaso la sociedad á quien tanto temias cuando no sabias vivir, no te guarda hoy por tu dinero las-mismas consideraciones que en otro tiempo, aunque la beata de tu muger te hable de escándalo y de pecados?

—Es cierto.

—Pues una poca de decision y acabaremos de ser felices. Mira, Manolito mio, en seguida nos trasladamos á una casita

donde vivamos juntos, donde á todas horas del dia y de la noche pueda estar contemplándote, donde nadie interrumpa nuestra felicidad, donde no tengamos el temor de que tus dependientes y todos los espías de tu muger nos vigilen y nos inquieten.

—Yo tambien lo deseo, Teresa mia; pero temo que mi muger entonces me declare la guerra abiertamente.

—¿Y que mas pudieras apetecer? la guerra en todo caso debe aceptarse de frente. Tambien nosotros lucharemos y triunfaremos.

—Quién sabe.

—¿Vacilas? Es preciso, es natural que te canse mi amor.

—¡Cansarme! ¡jamas!

—No me amas.

—¡Mas que nunca!

—Mas que nunca temes.

—No Teresa, á tu lado no temo nada.

—¿Será cierto Manuel?

—Estoy pronto á probarlo.

—¿Serás capáz?

—Inténtalo.

—¡Victoria! esclamó Teresa, levantándose. Presento á ustedes, añadió dirijiendose á Catalina y á Quintero; presento á ustedes á mi lejítimo esposo.

—¿Cómo es esò preguntó Quintero?

—¿Qué quiere decir? dijo Catalina.

—Quiero decir que mi Manuel me pertenece ya exclusivamente desde esta noche, que viviremos juntos, y que me voy á volver loca de alegría.

—Una copa por los nóvios, dijo Quintero.

—Con el alma, dijo Teresa llenando las copas.

Don Manuel sonreia de una manera estúpida, y se restregaba las manos.

Se bebió á la salud de los novios.

Teresa se excedió á sí misma en caricias y mimos á Don Manuel.

Quintero y Catalina quedaron definitivamente arreglados.

Don Manuel puso una esquela á su muger, que enviaron con Dominga.

La esquela estaba concebida en estos terminos.

"Doña Mariana.

Mi dependiente mayor pasará mañana, de mi órden, á sacar algunos objetos que me son necesarios. He decidido no molestarte mas con mi odiosa presencia. Adios.

M. de la R."

Enviada la carta á su destino, se tendió la carpeta de paño sobre la mesa y comenzaron los albures.

A las dos de la mañana, Don Manuel y Teresa se retiraron gananciosos.

Don Baltasar habia perdido.

Catalina habia ganado doble, y platicó con Quintero en la sala hasta la madrugada.

Don Manuel oyó roncar á Teresa, y se ertregó de lleno á sus reflecciones.

A pesar de que con el paso que acababa de dar alhagaba sus pasiones, la voz secreta de su conciencia, se rebelaba contra aquel proceder.

—Es cierto, decia, que mi muger me empalaga y me fastidia, pero yo deberia no abandonarla, sobre todo por mi hija.

Si Mariana transijiera, si al menos convencida de que sus

años no me pueden prestar el atractivo que deseo, y se conformara con la paz doméstica, ¿qué mas podia ella apetecer por su parte?

Yo conozco que obra mal, que á mi edad no debia pensar más que en mi familia pero ¡cuerno! yo jamas habia sentido amor, ni me pude figurar que se llegara á amar así.

Por mas que Fray José de la Purísima Concepcion, pretenda catequizarme con sus pláticas doctrinales, muy sábias y muy canónicas, yo siento en mí que no puedo enmendarme: hay una fuerza superior que me arrastra á este sitio á pesar de todo, á pesar mio.

Fray José me habla del infierno; el infierno es su caballo de batalla: pues aun las penas del infierno, con todo y que deben ser crueles, no me arredran, y casi cambio tranquilo mi eden de hoy por mi infierno de mañana.

Pues Señor, es buena cosa, que el hombre que nació para gozar, no sea dueño de sus acciones.

Mi juventud fué monótona y triste,

Mis padres procuraron por cuantos medios les fué posible forjarme un mundo que no es como el mundo en que vivo. Si yo hubiera conocido este mundo, no me hubiera casado con Mariana.

Mariana tampoco conoce el mundo ni lo conocerá jamás.

¡Chistoso sería que mi muger se enamorara como yó!

Sería imposible. La muger muere para el amor, mas temprano, y cuando empieza á ser vieja, adios mundo.

El hombre vive mas. En todo caso yo no estoy mas que reparando una falta.

Se me olvidó ser jóven.

Nunca amé mas muger que á Mariana, y el amor de Ma-

riana es demasiado santo, demasiado místico y demasiado empalagoso.

¿Si vendremos á parar en que mi padre tiene la culpa de todo esto?

Bien visto él tuvo la mejor intencion del mundo, al querer hacerme bueno, como él me decia, y yo por mi parte no tuve el talento necesario para hacerme un poco malo.

Yo no tengo la culpa de los anacronismos de mi vida.

En el órden natural estaba que yo hubiera amado primero á Teresa y luego á Mariana; pero yo no tengo la culpa de haber conocido primero á Mariana, que á Teresa.

Yo comprendo que cansado de Teresa podría muy bien soportar á Mariana y hasta amarla. ¡Como ha de ser!

En todo caso, ese fué mi destino y el destino de mi muger.

Al empezar á vivir en este mundo nuevo, me he sentido otro, y he sentido el deseo de borrar de mi vida, todo lo pasado para empezar de nuevo..... Sí... sí, empecemos de nuevo.....

Y Don Manuel se quedó dormido.

CAPITULO XIV.

EN EL QUE EL LECTOR CONOCERÁ ALGUNOS DE LOS EFECTOS DEL PECADO DEL SIGLO.

Don Carlos una vez fuera de la casa de Doña Laureana, se dirijió en derechura á la casa de su nóvia.

Ya hacia ya mas de una hora que Isabel estaba esperando á su amante.

Procuraremos que el lector conozca un poco mas á esta joven.

Isabel era en la vida de Doña Mariana, no solo su hija, sino su parte complementaria.

En la edad en que la muger comienza á darse cuenta del desarrollo de sus facultades, en esa aurora de la vida intelectual en que los objetos esteriores comienzan á dibujarse dis-

tintamente en el cielo del porvenir, Isabel, como todas las almas puras y ardientes, soñaba despierta delante de ese panorama brillante que ofrece la primavera de la vida.

El alma de Isabel se abria como la blanca azucena al contacto del calor atmosférico, bajo la influencia vivífica del sol de la juventud.

Dios, la piedad, el amor, el placer, como los brillantes colores de un prisma, se mezclaban, se confundian, irradiaban ante sus ojos avaros de luz, y caían en el fondo de su alma, á manera de gotas de rocío en una flor, las primeras gotas de ese bálsamo que se llama bienestar.

Hay tanta y tan dulce voluptuosidad en las primeras impresiones del alma, que revelada en una fisonomia de quince años, traza esas lineas y dá esas *aquarellas* divinas que son la clave de hermosura y del encanto juveníl.

Isabel, cuando empezó á vivir con el espíritu, se embelleció con esas tintas, dibujó en su rostro esas líneas purísimas, de la castidad, del pudor, de la inteligencia y del amor.

Isabel de trece años sintió una mañana la alborada del pudor al contemplar el talle de una amiga suya; sintió la primer caricia de la piedad en su alma al regalar uno de sus juguetes á una pordiosera, sintió la primera chispa de la inteligencia al notar que su madre se equivocaba, y sorprendió á los catorce años en uno de sus propios suspiros el primer soplo de amor.

He aquí el tesoro virgen de una alma esperando en el dintel de la vida que una mano sábia, poderosa y fuerte la conduzca al traves de este valle de sinsabores y maldades.

¡Pobre alma huérfana, espuesta de una manera irrevocable á seguir la ley universal de progreso y de desarrollo!

Alma ciega que necesita luz.

Alma débil que necesita apoyo.

En su individualidad, al pie del arbol del bien y del mal, si busca luz y si necesita apoyo, lo buscará como buscaba los pechos para alimentarse en la madre que le dio el ser, y confiada en tan tierno apoyo, probará la fruta que se la dé y beberá el veneno que se la ofrezca.

Doña Mariana era ese apoyo, esa luz, esa madre encargada de la obra gravísima de conducir una alma al traves del laberinto del mundo.

¿Seria competente Doña Mariana para empresa tan árdua?

¿Podria hacer mas de lo que ella misma alcanzaba á ser?

Y si era incompetente, y en vez de dar felicidad á su hija, la daba un tósigo que le preparase un porvenir sombrio y funesto inculparemos á Doña Mariana?

Doña Mariana á su vez tambien fue niña débil y necesitó la luz y el apoyo, pero heredó el pecado de su madre.

Isabel heredará el mismo pecado.

Y lo heredarán los hijos de Isabel.

¿Hasta cuando cesará la herencia fatal de un pecado, que no es el pecado de un hombre, que no es la voluntad de un ser rebelde quien lo engendra, un pecado que no es ni la sedicion ni la desobediencia, un pecado sordo que se trasmite, que pasa de conciencia á conciencia, y que inocula á los hijos con la sangre de los padres, pecado que pasa por cima de los confesonarios, sin atravesar la rejilla de ojadelata, que penetra en los locutorios, en los santuarios, que recorre el recinto del Vaticano y enseñoreándose desde las catedrales hasta las alcobas, desde los monasterios hasta las pocilgas, vuela sordamente inoculando, matando y subyugando seres

que medio ven, que medio oyen, que medio entienden y que bajan á la fosa con su absolucion y su pecado á despecho de la luz de la civilizacion y del progreso humano?

¿De quién es pues este pecado?

Es el pecado del siglo.

Veámosle germinar en el corazon de Isabel.

Alegre, inocente y espansiva Isabel se ocupó, á los siete años, de asuntos de una gravedad aterradora.

Todavia no podia su vista miópe medir la profundidad del abismo, cuando se la obligó á contemplarlo.

En su fondo estaban escritas estas palabras que se la invitó á deletrear.

¡Infierno!

¡Salvacion eterna!

¡Penitencia, mortificacion!

La niña juntaba con trabajo las letras.

En cuanto á las ideas, el primer dia no vinieron, mas tarde comenzaron á levantarse, como en una noche oscura, del fondo del abismo.

Despues de la primera intuicion, Isabel tembló

Y temblando conocio Isabel un fantasma que se levantó una mañana al lado de las primeras flores de su juventud.

Y ese fantasma no la abandonaba ni de dia ni de noche.

Ese fantasma era un centinela de piedra entre Isabel y el mundo.

Entre su conciencia y Dios.

Todos los actos de la vida, todos los móviles de la voluntad de Isabel pasaban por la sancion de aquel censor eterno, inexorable, déspota.

Ante aquel fantasma solo habia un recurso: la oracion.

Para aquel fantasma solo habia un alhago.

El culto religioso.

Y para que el fantasma llegase á humanizarse y hasta á sonreir, se necesitaba una hecatómbe.

La penitencia.

Y la oracion y el culto religioso y la penitencia, como los tres componentes únicos, precisos é indispensables de un cuerpo químico, formaban la senda del cielo.

Isabel tenia una ilusion ¡Ir al cielo!

Y sabia muy bien, por que lo tenia muy aprendido de memoria, que para ir tan lejos no se puede caminar sino con los ojos bajos.

Quién lo sabía perfectamente, que era Fray José de la Purísima Concepcion, su confesor, se lo habia dicho.

Isabel, á los seis años, se habia atrevido á hacer al fraile esta pregunta.

—¿Por qué, si el cielo esta alla ariba, lo hemos de ir buscando con los ojos bajos?

—Por quc el cielo es solo de los humildes, de los pobres de espíritu, y de los mansos de corazon.

—Pues yo, cuando quiero ver el cielo, especialmente de noche, levantó mucho la cabeza.

¿Fray José besó en la frente á la niña Isabel, y se quedó pensativo.

¿Qué pensaría Fray José?

Las chispas de la inteligencia de Isabel, brillaban al través de la oscuridad, como las del pedernal y el acero enmedio de la noche; pero el fantasma se movia en el fondo del abismo, é Isabel volvia á temblar.

Cuando Isabel temblaba, Fray José y Doña Mariana la

acariciaban.

El alma de Isabel paaa llegar á la ternura del amor, tenia que pasar por la prueba del terror.

Cuando Isabel tenia miedo, buscaba una caricia.

Cuando Doña Mariana la besaba inopidamente, Isabel se impacientaba.

Isabel vivia, pues, mas para el fantasma que para sí misma.

Aprendió á conseguir todos sus goces por medio del fantasma.

Ella no lo conocia, pero lo sentia le temia y lo acariciaba.

Isabel á los doce años cometió el primer atentado.

Se habia quedado sola.

La soledad y la infancia son un consórcio estraño.

Isabel vió en su soledad lo que veia en todas partes: el fantasma.

El fantasma la estaba aconsejando, é Isabel cedió y abrió un cofre de Doña Mariana, sacó un objeto estraño, despues otro y se sentó á contemplarlos.

Eran unas mallas de alambre delgado, erizado, como el terciopelo visto con lente, de puas agudas.

Eran unos brasaletes de la fábrica del fantasma.

Isabel tocó con la yema de sus rosados deditos aquellas puas, y sintió un horror instintivo; las arrojó de sí, pero atraida por una especie de fascinacion, las recojió y las examinó de nuevo.

Comenzaba á sentir que la picazon de la curiosidad, no se saciaría sino con la picazon del *silicio.*

Y se desnudó una pierna. Su manecita palpaba alternativamente la suavidad de la piel, y la aspereza del silicio, y

al fin se lo aplicó suavemente.

El contacto frio del acero y aquella superficie homogénea de puntas, produjeron una sensacion que comenzó por ser estraña, despues fué grata y finalmente fué voluptuosa.

Isabel se sugetó los silicios con unas cintas y ensayó á andar.

Sintió correr por todo su cuerpo un especie de adormecimiento que, como la primera sensacion de los silicios, comenzó por ser estraño, despues agradable y al fin voluptuoso.

Sentimos no ser fisiólogos competentes para esplicar éste fenómeno digno de estudio.

La voluptuosidad en la inocencia, por medio de una sensacion desconocida.

Isabel cantó victoria, tenia un aire triunfante y comenzaba á sufrir el escozor con un placer que ella misma acariciába.

Al ver llegar á Doña Mariana, tambien tembló; pero tuvo fuerza para callar y para sufrir.

Esa noche Isabel se durmió temprano, pero se durmió vestida.

Una criada anciana la llevó á la cama. La niña gritó como herida y lloró despertando. La criada notó lo que pasaba, y esperando á que Isabel volviera á dormirse, llamó á Doña Mariana.

Doña Mariana estuvo á punto de volverse loca de placer, y entabló con la anciana pláticas edificantes. Convinieron ambas mugeres, en que Isabel era una verdadera santa, que tenia sin duda alguna ganado el camino del cielo, y que en sabiendo esto, las madrecitas del Convento de Nuestro Padre Señor San Bernardo, las de la Purísima Concepcion y

las de Santa Teresa, se iban á volver locas: que el Padre Fray José se llenaría de orgullo, al ver lograda su hija espiritual, y que á no dudarlo, Isabel, como llamada al Cielo desde su tierna edad, debia ser monja y nada mas, pues el milagro estàba patente y patente la voluntad de Dios.

Don Manuel de la Rosa que era todavia *tan bueno* como su muger, celebró la maravilla, y segun sus piadosas costumbres, tan encomiadas por las monjas, hizo en accion de graciss algunas gracias que le granjearon mas que nunca su intachable reputacion de católico ferviente y ejemplar.

Como cosa de su propia inspiracion, se dijo una misa cantada en Santa Isabel, despues de la cual Don Manuel era festejado por las monjas de aquel convento, por el agudo dicho que habia usado al decir, que Santa Isabel, era la santa de su hija, é Isabel la hija de la santa.

Las monjas hicieron votos fervientes por que se acrecentara mas y mas el celo religioso de Don Manuel y de Doña Mariana, y porque Isabelita fuera cuanto antes á ser en el convento, la hija de la santa, como habia dicho muy bien el Señor Don Manuel de la Rosa, á quien Dios guardara muchos años.

Doña Mariana contó el hecho de convento en convento. Vistió con tal motivo algunos santos, recibió en cambio algunas santas reliquias, é Isabel fue, sin saberlo, en aquellos dias objeto de multitud de agasajos y obsequios de la mayor parte de las monjas.

Nádie dijo á Isabel que se la habia sorprendido con los silicios puestos, ni supo jamas quien se los habia quitado.

Algun tiempo despues lo preguntó á su confesor, y su confesor le contestó:

—¡Los ángeles!

Isabel dedujo de todo lo ocurrido la siguiente, conclusion.

—Voy á volver á robar los silicios, para que cuando me duerma, me los quiten los ángeles, y lo vayan á contar á los conventos, para que las monjitas me manden muchos dulces y muchos juguetes.

Isabel encontró varias veces los silicios en el mismo sítio de donde los tomó la primera vez. Como la primera vez despertó sin ellos y como la primera vez recibió regalitos cada dia mejores.

Esta sábia combinacion de Doña Mariana, Don Manuel, y la criada, Fray José y las monjas, estaba confeccionando á la sordina una verdadera santa.

Dos acontecimientos extraordinarios vinieron al cabo de algunos años á interumpir la monotonía de la casa de Don Manuel de la Rosa, segun lo hemos manifestado ya á nuestros lectores anteriormente.

Estos acontecimientos fueron el repentino cambio de vida de Don Manuel y la presencia de Don Carlos en la casa.

Don Carlos no fué presentado como se acostumbra hoy, sino que *trabó amistad*, como se solia dicir entonces, con Doña Mariana.

Esta amistad *se trabó* en la Profesa.

Un dia Doña Mariana é Isabel acudieron tarde á misa; y desorientada Doña Mariana en la bien sabida siempre distribucion de horas, misas, sermones sacerdotes celebrantes y demas asuntos eclesiásticos, preguntó al acaso á Don Carlos que est ıba de pie reclinado en un pilar del templo.

—Caballero ¿ha pasado ya la misa del Padre Miguelito?

—Si Señora, la dijo á las seis por que el Padre Capellan

de las Teresas tiene funcion titular.

—Es verdad, no me acordaba y perdone usted caballerito. ¿El padre Torres es él del sermon?

—Si Señora.

—Muchas gracias, dijo Doña Mariana despidiéndose con un movimiento de cabeza.

—Muchas gracias, repitió Isabel poniéndose colorada al través del velo de su mantilla.

Isabel á los trece años empezó á usar mantilla.

Carlos vió el carmin al través de la blonda y el amor al través de la turbacion.

Desde ese dia Carlos no faltó en la Profesa y se puso al tanto, por medio de los sacristanes, de una porcion de datos preciosos para Doña Mariana.

Otra mañana Carlos se acercó á Doña Mariana y le dijo al oido.

—Hoy no habrá misa de siete, por que el pobrecito del Padre Melgarejo se está muriendo.

—¡Como! ¡es posible!

—Si Señora, y cuatro Padres de este Oratorio de San Felipe Neri, estan á su cabecera.

Este diálogo se prolongó mas que ninguno otro.

Dirijir la palabra á una Señora en la calle por la causa mas justa y mas apremiante, hubiera sido una falta inperdonable; pero dialogar en la Iglesia acerca de los asuntos de la Iglesia misma con el derecho que para ello tienen los fieles como miembros de un mismo cuerpo, era una accion casi edificante.

Tanto interesó á Doña Mariana aquel suceso, que al salir del templo anudó la conversacion interrumpida con Don Carlos, quien caminando al lado de Doña Mariana llegó has-

ta la puerta de la casa.

Isabel iba por delante.

Pareció muy atento á Doña Mariana invitar á Don Carlos á subir, este se escusó diciendo que iba á desayunarse.

—¡Ha comulgado usted, dijo Doña Mariana, y ya son las ocho y media! ¡alma mia de usted! y le ofreció chocolate con todas las veras de su corazon.

Y Don Carlos aceptó el segundo chocolate de aquel dia con toda la emocion de un enamorado.

Dijimos al principio de este capítulo que Isabel esperaba á Don Carlos.

Veamos lo que sucedio esa noche en la casa de Don Manuel, mientras Quintero dormia ébrio, Aldama sufria de su golpe y sus heridas y Blanco pensaba en su robo.

CAPITULO XV.

DOÑA MARIANA COMIENZA Á PONER EN JUEGO SUS GRANDES RESORTES.

Los amores de Isabel y Carlos eran amores santos, si los hay.

Oir misa juntos y juntos tomar el chocolate á las cuatro de la tarde, era la suprema felicidad de estos amantes.

Isabel no sabia escribir, pero sabia leer.

La primera conquista de Carlos fué conseguir de Doña Mariana que Isabel aprendiera á escribir á condicion de no escribirle á nungun hombre.

Carlos hizo ver á Doña Mariana que Santa Teresa y Sor Juana Inés de la Cruz sabian escribir.

Despues de esta cita irreprochable, Carlos fué el maestro

de escritura de Isabel.

La leccion era la tercera de las felicidades.

Carlos se aventuró á contar á Doña Mariana su rompimiento con aquellos pillastres de Aldama, Quintero y Blanco.

Doña Mariana se santiguó y aprobó la conducta de Carlos, quien en voz muy baja la dijo.

—Ya se quién es la muger que ha venido á derramar la amargura en esta casa. Esa muger se llama Teresa, es española, aventurera, de mala vida.

—¡El fin que tendrá esa desgraciada!

—No lo dude usted, Señora.

—Dios no se queda con nada.

—A la casa de esa muger, continuó Don Carlos, concurren esos perillanes y ellos son los que le ganan á su marido de usted el dinero que gasta.

—¿Qué haremos, Don Carlos, para acabar con esto?

—Lo pensaré mucho Señora, y sobre todo, bueno será consultar con una persona docta y entendida.

—Ya he consultado con mi confesor, con las madrecitas y con algunos prelados respetables, con el Señor Dongo y con el Señor Lanuza y todos me aconsejan la prudencia. Sermones ya no valen; Fray José de la Purísima Concepcion se está aburriendo de predicar en desierto, así como todos los eclesiásticos que se han acercado á mi marido para persuadirlo á que renuncie á esa vida de perdicion. Los negocios de la casa van á menos cada dia; y si no fuera por las casas cuyas escrituras están puestas á mi nombre y al de Isabel, nos quedaríamos á un pan pedir. ¿Qué haremos Señor Don Carlos de mi alma? ¿qué haremos en esta tribulacion? ¡Misas, velas, y hasta novenarios, nada, nada es ya eficaz: ¡el

Señor se digne tocar el corazon de mi marido!

—He pensado, Señora Doña Mariana, que sería bueno consultar con un hombre de letras.

—¡Los hombres de letras! ¿Qué podrán hacer los hombres de letras cuando nada han podido hacer los hombres de la Iglesia?

—Muchas veces, Señora, los hombres de letras en su calidad de profanos y hombres de mundo, saben acertar en ciertas cuestiones que los teólogos y canonistas no resuelven.

—Lo dudo mucho, Señor Don Carlos.

—Pero será una prueba.

—Que saldrá fallida, como tantas otras.

—Quién sabe.

—Se convencerá usted bien pronto.

—Es que la persona á quién me refiero es hombre docto, de irreprensible conducta, y sobre todo, muy amigo y hasta secretario íntimo del Exelentísimo Señor Virey Conde de Revillagigedo.

—¡Hola! ¡hola! ¡con que tan alto es el personaje!

—Me presta entera fé, y creo que algo se conseguirá.

—¿Se puede saber quién es?

—El Licenciado Don Francisco Primo de Verdad y Ramos.

—He oído hacer elogios de su persona; pero no le conozco y además me parece muy jóven.

—Iremos juntos á hacerle una consulta.

Doña Mariana se quedó pensando.

—¿Vacila usted?

—Es que no quisiera cometer una inconsecuencia con el Padre Fray José de la Purísima Concepcion.

—Es bien sencillo arreglarlo todo.

—¿De qué modo?

—Iré á nombre de usted á buscar al Padre Fray José, aquí lo impondrá usted del proyecto, y en su compañia irá usted á ver al Señor Licenciado Don Francisco Primo de Verdad.

—Me parecee bien pensado.

Y quedó convenido que al siguiente dia tendría lugar la importante consulta.

Allanadas las primeras pequeñas dificultades, Doña Mariana y el Padre Fray José en el coche de la casa se dirigieron, á la casa númere 3 del Puente del Espíritu Santo, casa habitacion conocida del Señor Licenciado Don Francisco Primo de Verdad, quién ocupa un lugar distinguido en la historia de México como la primera víctima de las ideas de independencia, y acerca de cuyo personaje ocuparemos la atencion de nuestros lectores algunas veces en el curso de esta obra.

El Licenciado Verdad era á la sazon un hombre acomodado: su bufete era de los de mas nombradía en la metrópoli y su fama de hombre íntegro, generoso é instruido, le valía la estimacion de sus conciudadanos.

Fray José se hizo anunciar por uno de los escribientes que habia en union de seis Pasantes de Abogado que habia en la primera pieza, y un momento despues entraba con Doña Mariana á la sala del Licenciado, que era espaciosa y adornada con todo lo que en aquella época constituia el *confort* de las habitaciones: cómodos y largos canapes, marcos de plata para las imágenes, alfombra europea, mesas, rinconeras, sillas de brazos de caoba macisa y algunos nichos cubriendo esculturas pequeñas representando algunos santos.

El Licenciado Verdad apareció en seguida recibiendo á sus visitas con la mas fina galanteria.

Fray José de la Purísima Concepcion entró en materia, contando con todos sus pormenores y detalles la historia de Don Manuel.

El Licenciado la oyó con suma atencion, dirijió á Doña Mariana y al fraile algunas preguntas preliminares para fijarse en la materia y habló de este modo.

—Reverendo Padre. La historia que acaba usted de referirme, es en efecto, de trascendencias funestas para la familia, y hay que lamentar por desgracia varios hechos como este, que son sin duda los de la peor especie.

Tengo el sentimiento por lo tanto de diferir de la opinion de usted acerca de que el hecho de que se trata es el único que puede darse, atendiendo á que esos estravíos son propios exclusivamente de la juventud.

—He tenido el honor de sostener esa opinion, salvo la del Señor Licenciado.

—Mis opiniones, Reverendo Padre, tienen mas de profanas que de místicas, mas de filosóficas que de doctrinales, y si usted me lo permite, desarrollaré en este sentido mi teoría, supuesto que para proceder acertadamente, debemos antes de fallar en un asunto, ó de buscar el remedio de un mal, analizar el orígen de ese mal y conocer suficientemente el asunto.

—Esactamente, Señor Licenciado.

—Esto supuesto, sentaré como tésis general que el mal que lamentamos es consecuencia inevitable de la educacion.

—El Señor Don Manuel de la Rosa ha sido un hombre bien educado, y sobre todo un católico ferviente y ejemplar.

—El Señor Don Manuel de la Rosa, replicó el Licenciado

ha tenido una educacion anómala y viciosa.

—¡Como! esclamó Fray José.

—Este es el primer punto que me propongo probar. En cuanto á ser buen católico, hablaremos despues.

Doña Mariana abria desmesuradamente los ojos.

Fray José comenzaba á sentirse contrariado.

El Licenciado continuó,

—Los hombres que nada sabemos cuando nacemos, encerramos nuestra ciencia en estos dos axiomas:

Saber vivir y saber morir.

De la primera parte se encarga la filosofia.

De la segunda parte se ha encargdo la Iglesia.

—Para nosotros saber vivir es saber morir.

El Licenciado iba á contestar, pero fijó una mirada inteligente en Doña Mariana y la dijo:

—Señora: el Reverendo Padre y yó, vamos á entrar en el pormenor de una materia grave, que por mas que se ligue intimamente con el negocio que nos ocupa, temeria que entre tanto estuviese usted poco divertida. ¿Me permite usted que mi Señora la haga compañia?

—Con mucho gusto, si asi lo dispone el Señor Licenciado.

Y este llamó en seguida á su muger, que lo era la Señora Doña Rita Moya.

Fray José y el Licenciado pasaron al estudio que era una pieza cuadrada, rodeada de estantes de libros y ostentaba casi en el centro un gran bufete de madera de bálsamo, con incrustaciones de madera blanca en forma de jaspes.

Doña Mariana y la Señora Verdad quedaron en la sala.

Cuando el Padre Fray José y el Licenciado tomaron asiento anudaron la interrumpida conversacion.

—Decia yo, Reverendo Padre, y me proponia probar, que el orígen de ciertos males no es otro que una educacion viciosa y poco conforme con la verdadera filosofía.

Segun las leyes universales del desarrollo y el mejoramiento, todo lo que crece está sujeto á una série de trasformaciones que constituyen la vida.

Nace un vejetal, y si en un periodo determinado, en el periodo de su nutricion y de su crecimiento se le priva del aire, de la luz y del calor, el vegetal crecerá imperfecto y enfermo; pero si un dia encuentra de nuevo aire, luz, calor y jugos, procurará recuperar el tiempo perdido y anhelará vivir como en la juventud, sin pensar en que vive ya en una época en que como los que vivieron mejor necesita descender.

—Podré objetar al Señor Licenciado que esa comparacion se inclina mucho al materialismo.

—Iba á fijar sobre eso la atencion de usted; he querido materializar para espiritualizar despues; por que supuesto que la materia ha subyugado al espíritu, he debido empezar por la parte dominadora; pero entrando desde luego en la parte espiritual diré á usted, Reverendo Padre, que estas aberraciones son el resultado preciso de la coaccion ejercida sobre la conciencia, quiero decir, de la educacion que prescribe el clero de hoy.

—Esa es una grave acusacion.

—Es una triste verdad, Reverendo Padre. Hay en la organizacion del hombre, por un sábio principio de la naturaleza y por condicion indispensable de la constante reproduccion, cierta dósis de vigor, de fuerza, de amor y hasta de sueños, que son nada menos el material con que cada hombre concurre á la grande obra de la regeneracion universal.

La juventud vive prodigando sus tesoros de fuerza, sus materiales preciosos, sueña, goza, delira, ama, se gasta y se cansa.

Pero este desperdicio do fuerza y de vigor, esta liberalidad de elementos perdidos, no es estéril en la sábia armonía del universo.

Cuando el hombre ha atravesado ese mar borrascoso de la juventud, dejándose en las ondas procelosas, horas, ilusiones y esperanzas, fuerza, intrepidéz y arrojo, descansa en la orilla opuesta de ese mar y encuentra sus pérdidas indemnizadas con el tesoro de la esperiencia, con la nueva luz de un juicio recto, con el doble talisman del reposo y de la tranquilidad, dotes sin los cuales no puede leer en el gran libro de la vida: la filosofía.

Si el hombre ya en la opuesta orilla no se ha gastado hasta el aniquilamiento, ni se ha pervertido por el desenfreno, ese hombre marcha ergido por la edad viril, rico con la ciencia de la vida, fuerte para labrar el hogar de la familia, libre ya de los errores, de los estravios y los peligros de la juventud; apto en fin para ser padre de familia, digno ya de encargarse de enseñar á sus hijos, seguro de servirles de verdadero apoyo en la peligrosa travesía de ese mar encrespado y funesto con el que acabo de comparar la juventud.

—Me atreveré á pensar, Señor Licenciado, que esa opinion es la defensa y la sancion del libertinaje.

—No, Reverendo Padre, de la libertad individual.

—¿Y la conciencia, Señor Licenciado?

—Hay mas conciencia donde hay mas ciencia, Reverendo Padre.

—¡Error, Señor Licenciado, error!

—Sería un asunto este de tratarlo aparte.

—Pendiente le dejaremos.

—Veamos ahora, continuó el Licenciado, las teorias de usted, Reverendo Padre y las de muchos venerables prelados y sabios, cuyo valer respeto. Sigamos pues los pasos del Señor Don Manuel de la Rosa segun los datos que usted mismo acaba de mostrarme, y de corroborar la Señora Doña Mariana.

Me ha dicho usted que Don Manuel ha sido buen cristiano.

—A carta cabal.

—Que su conducta cuando jóven fué irreprochable.

—Sin duda alguna.

—Y que no tuvo mas amores que los de Doña Mariana, su muger hoy.

—Esactamente, Señor Licenciado.

—Las faltas que se cometen en la edad de la inesperiencia y las pasiones, Reverendo Padre, tienen la disculpa del débil, del niño, del loco y del ciego: las faltas que se cometen en la edad de Don Manuel; son incurables, Reverendo Padre. Son un saldo de cuentas póstumo, cuya liquidacion es la muerte.

—¿Usted lo creé incurable?

—Absolutamente. Se cura un jóven por el cansancio: pero á un viejo que empieza á amar á los cincuenta años, no le queda tiempo para cansarse.

Se enmienda un jóven por la promesa de un bienestar futuro en esta vida y por la esperanza.

El viejo libertino sabé al serlo, que entre el libertinaje y la muerte habrá solo un momento, muy corto para enmendar-

se, muy tardío para arrepentirse y muy fugaz para la expiacion.

El viejo que acepta con la cabeza encanecida un papel en la juventud, ó siguiendo mi comparacion, una barca en ese mar de que hablé antes, sabe que al tocar la opuesta orilla no le espera mas que la muerte.

El hombre que no pudo ser jóven, rompe, al pensar en ello con el mundo, y aunque tarde, concurre al festin del amor y los placeres por la parte á tuvo derecho.

En la veloz carrera del progreso humano, el que se queda atraz perece; los que vienen atraz pasan sobre él, y si corre despues para llegar con todos, siempre llega tarde.

Don Manuel llegó tarde á la juventud: cuando pueda empezar á ser hombre encontrará la muerte.

—¿Con que Don Manuel no tiene remedio?

—Ninguno.

—¿Y la relagion?

—La abandonó Don Manuel al tomar su barquilla.

—¿Pero volverá?

—Debemos creer en los milagros.

—Habiéndo sido buen cristiano, volverá al redil.

—Fué *demasiado bueno*.

—Por lo mismo hay que esperar.

—Hay que desesperar por lo mismo.

—No comprendo.

—Don Manuel niño, aprendió á temer y no á pensar. Débil de carácter se plegó siempre, aceptó la obediencia pasiva, sin que su orgullo de hombre se rebelara contra la tiranía de la coaccion, nació su conciencia debajo de otra conciencia, nació su voluntad debajo de otra voluntad: obedeció,

calló, oró y vegetó.

—Como buen cristiano.

—Como cautivo, como esclavo.

—Todos somos siervos de Dios y herederos de su gloria.

—Don Manuel cambió de tiranía; y de esclavo del clero pasó á ser esclavo de Teresa. Las tiranías no hacen mas que esclavos.

La verdadadera religion hace hombres libres.

—La religion hace santos.

—Don Manuel era santo, y San Agustin era malo, Reverendo Padre, y usted menos que nadie debería sorprenderse al contemplar los frutos de la tiranía religiosa.

El despotismo ha llenado el mundo de mártires y esclavos, de ignorantes y seres abyectos; pero en la terrible leccion de la desgracia, se levantan un dia los oprimimidos y rompen sus cadenas: tiempo vendrá en que el clero católico predominante y omímodo, sienta rujir el volcan bajo el pedestal de su grandeza.

Fray José estaba profundamente pensativo y aunque el Licenciado Verdad era hombre de caracter independiente y de valor civil, creyó conveniente en gracia de dejar abierta la puerta á la discusion, cuya materia alhagaba sus ideas dar por entonces á sus discursos un temperamento que alhagara algo al fraile.

—Al espresarme con la franqueza y la libertad con que lo he hecho, Reverendo Padre, he fiado no solo en las luces y capacidad de usted, sino en su discrecion y prudencia. No consolar á esa pobre Señora, sería cruel por nuestra parte; y como á la vez el mundo ha de ser como es y no como yo quisiera que fuese, pensemos en ensayar algunos medios que

si no la fé, por mi parte, al menos la caridad nos dará un buen consejo: estoy por lo tanto á las órdenes de usted, Reverendo Padre.

Fray José estaba un poco desconcertado.

Su vanidad de fraile de polendas, le habia hecho notar que el Licenciado Verdad le daba un tratamiento especial. No le habia llamado *vuestra paternidad.* Le disonaba el usted, y creia notar algo forzado en el "*Reverendo Padre.*"

De todos modos, Fray José propuso al Licenciado, segun lo concertado con Doña Mariana, que en su caracter de Secretario íntimo del Virey, interpusiera sus respetos á fin de que en bien de una familia noble y distinguida tomase alguna disposicion gubernativa y adecuada al asunto.

Así se convino, ofreciendo el Licenciado hablar con el Conde de Revillagigedo á la mayor brevedad.

Acompañó á Doña Mariana hasta el pátio; aceptó respetuosamente la mano del Fraile sin besarla, y se despidió con la mayor cortesanía.

CAPITULO XVI.

LA INFAMIA, COMO EL HUMO, LLENA DE HOLLIN EL LUGAR POR DONDE PASA

En la mañana de ese mismo dia Quintero y Blanco entraban á la casa de Aldama donde yacia éste enfermo.

Quintero contó su pérdida en el juego, Blanco se lamentó de su estado de pobreza, y Aldama juró mil veces vengarse de Don Carlos.

—¡Maldito médico! esclamaba Aldama. Si no hubiera sido por tu buena tia que no ha cesado de curarme, me divertiría ocho dias en la cama.

—Pero al fin estás restablecido, le dijo Quintero.

—Estoy mejor, y con dos dias mas, estaré fuerte; y necesito estarlo por que estoy decidido á tomar una venganza cruel.

—¡Por los cuernos de Satanás! que lo mismo opino, dijo Quintero. Es preciso matar á ese pillo.

—Si al menos pudiésemos recuperar las onzas, añadió Blanco.

—Ea, Señores, hablemos formalmente.

—Venimos con ese fin, dijo Quintero. Conque ¡al avío!

—Yo opino, dijo Aldama, que mientras no demos un golpe combinado y certero, que dé por resultado sacarnos de pobres, no habremos hecho mas que jugar la piel por vagatelas insignificantes.

El ladron, es un género de planta que la sociedad acepta bajo ciertas condiciones.

—Eso es infalible, dijo Quintero.

—Diez años he perdido ya en esta bendita tierra, y todavía no he acertado á dar el golpe final.

—Los tres no hemos hecho mas que ensayos mas ó menos felices, dijo Quintero.

—Pero sin mas resultado que estar pobres como cuando desembarcamos, añadió Blanco.

—Ahora es diferente y debemos ya obrar en alta escala: la alta escala es la impunidad, la alta escala es el terreno de los grandes ladrones, de los ladrones felices.

—De los señores ladrones, añadió Quintero.

—Proporcionémonos la miserable suma de trescientos mil pesos.

—¡Cien mil para cada uno! dijo Blanco.

—Es un robo ratero á la propiedad universal, añadió Aldama.

—Cien talegas no son mas que la primera partida de una negociacion cualquiera, con acciones á la honradez y á la

consideracion social.

—¿Quién no es honrado con cien mil pesos?

—Yo ofrezco ser el primer santo rico, dijo Blanco.

—Y yo el primer rico santo agregó Aldama. Sobre todo, si en este mundo estuvieran repartidas las riquezas en proporcion de las virtudes, tendriamos de que quejarnos: pero es bien probado que ni la virtud ni el trabajo producen la riqueza.

La riqueza es hija lejítima del robo. Si los hombres no se robaran unos á los otros, todo el mundo sería pobre. Ni el comercio, ni la industria hacen circular en el mundo tanto dinero como el robo.

El ladron es el distribuidor social, es el protector indispensable de la circulacion.

El ladron roba lo que sobra, y lo derrama.

Nadie roba sino los escedentes de numerario disponibles, que son, ante la circulacion universal, simples depósitos.

Quintero y Blanco estaban asombrados del *talento* de Aldama.

—El quid está en averiguar, lo primero, en donde hay un simple depósito de trescientos mil pesos en adelante.

Es muy sencillo: en cajas reales, dijo Quintero.

—Bueno; pero las arcas reales estan fuera de nuestro dominio. Las arcas reales no se dejan tocar, como los leones, mas que por sus amos.

En todo caso, respetemos la propiedad especial. Las arcas reales son la propiedad de los de arriba.

—Que Dios les ayude, dijo Quintero.

—Nosotros estamos destinados por el equilibrio universal, á derramar el escedente de los paisanos que nos han prece-

dido en atesorar.

—Eso me parece de todo punto justo.

—La verdadèra justicia es la equidad en la distribucion, continuó Aldama.

Azcoiti, Dongo, El conde de Santiago, Borda y Terreros, no merecen mas que nosotros su fortuna.

Si del mundo no hubiera huido para siempre la verdadera fraternidad, hoy suscribiriamos un fraternal vale al portador por trescientos mil pesos, y mandabamos decir hasta treinta misas en fé de nuestro reconocimiento.

—¡Bien! !bravo! !bravo! esclamó Quintero: á Felipe le sientan los golpes en la cabeza.

—Mas de temple me ponen los de la bolsa.

—Y á mí.

—Y á mí tambien, dijo Blanco.

—Ea, Señores, esclamó Aldama, despues de un momento de refleccion. Elijamos una casa fuerte, fijémonos de una vez, si es que ustedes están decididos á seguir mis proyectos.

—¡No hemos de estarlo! dijo Quintero.

—Por mi parte, dijo Blanco, trabajaría con gusto si contara de pronto al menos con algunas onzas, por que ante todo no debe uno aparentar miseria en estos momentos.

—Dice muy bien Don Joaquin.

—Prestémosle diez onzas cada uno, dijo Aldama.

—Yo perdí anoche.

—Corriente, yo le presto las veinte. ¿Te basta?

—Me conformo, dijo Blanco.

—Convenidos. Vuelve por mí en el coche azul, y pasaremos á la Alcaicería por el dinero.

—A la oracion nos veremos los tres en mi casa.

—Yo no podré concurrir, dijo Quintero.

—¿Por qué?

—Por que tengo un negocio urgente.

—¿Que negocio?

—Una aventura.

—¿Galante?

—Exactamente.

—¿Se puede saber? preguntó entonces Blanco.

—La contaré mañana.

Aldama se acordó de Margarita, y sintió algo profundamente desgarrador: sintió que los celos se rebelaban constantemente en su interior, recordó en un momento su amor, el amor de Margarita, de aquella muger tan apasionada, tan ardiente y tan desgraciada; sintió en seguida la vergüenza de su vileza, en traspasar á Margarita como un mueble, y sintió por fin, algo que protestaba en su intèrior contra aquel proceder inmundo.

—¡Baltasar! esclamó conmovido. He sido un estúpido. Permíteme retirar mi palabra. He cometido una infamia.

—¡Hola! ¡hola! díjo Quintero: ahora te vienes haciendo el sentimental. ¿Qué, ya olvidaste que te he dejado obrar á tu antojo en la casa de Teresa? ¿No hemos cambiado? ¿He dejado de cumplir por mi parte con lo pactado?

—Nó, Quintero, pero mientras he estado enfermo no he cesado de pensar en Margarita, y por una fatalidad, por una aberracion de la fiebre, no he recordado nuestro infame pacto, he pensado en ella, como pensaba en los primeros dias; Quintero, te lo ruego, no toques á Margarita.

Una carcajada de Quintero, selló los lábios de Aldama quién bajó la cabeza verdaderamente abatido.

—He ahí el lado flaco de los hombres, Don Joaquin, decia Quintero á Blanco. He ahí al de las teorías sobre el equilibrio y la circulacion. Cuestiones de equilibrio y de circulacion son las mugeres, mi tierno Adónis. ¿O lo merecen mas las onzas de oro que las mugeres? Me resigno á cargar con Margarita; casi tendré necesidad de domesticarla, por que está hecha un oso blanco, es feroz la chiquilla, y me ha picado la cresta. Necesito ponerla suave como un guante; y cuando emprendo mi ataque, Don Felipe se espanta y nos quiere hacer creer que está enamorado.

Y Quintero reia burlándose de Aldama. Blanco leia en aquellos dos hombres con avidéz como en las páginas de una obra prohibida.

Aldama sufria horriblemente. Jamás recriminacion alguna le habia afectado tanto, y parecia que un nuevo soplo de vida se levantaba en su corazon, regenerándole y deslumbrándole: el amor de Margarita.

—Don Baltasar, dijo levantándose, otra vez mas, y la última; suplico á usted que desista.

Otra carcajada de Quintero acabó de desconcertar á Aldama. Estaba pálido de ira.

Luégo fijando su penetrante mirada en Don Baltasar le dijo con voz ahogada.

—Ya estoy capaz de empuñar la espada, Don Baltasar.

—¿De empuñar........la espada? repitió este maquinalmente y sorprendido de lo desfigurado que estaba Aldama.

—Voy....á defender....¡á Margarita!

—¿Quiere decir que vamos á disputárnosla?

—Precisamente.

—¿Aquí?

Aldama midió la pieza con una mirada.

—Aquí estariamos incómodos.

—Señores, dijo Blanco, interponiéndose. Me parece que no debemos dejar lo mas por lo menos. En todo caso no se trata mas que de una muger.

Aldama miró á Blanco de una manera feroz.

—Por mi parte, dijo Quintero, si no se tratara mas que de una muger, prescindiría de ella, pero se trata de mi amor própio ultrajado por ella, de mi palabra burlada por éste.... Caballero, y de una amenaza que está bailando en la punta de mi espada. Segun esto, la cuestion no es muy sencilla.

—Es indispensable un duelo á muerte.

—A muerte, repitió Quintero. De esta manera la partida es igual; de un lado Margarita y cien mil pesos y del otro la muerte.

—Estoy conformé y estoy contento. No necesito ya mas que un padrino.

—Lo espero en mi casa, calle del Aguila número 23.

—No faltará. Vamonos Blanco.

Y Aldama quedó solo ....

....

Pasó un largo rato para que Aldama se moviera del sitio en que habia quedado de pié. Sentia como si una sacudida violenta hubiera removido el fango de su conciencia, antro asqueroso, en cuyo fondo brilló una sola luz, fugaz como un meteoro: el amor de Margarita.

En aquel amor, como la repercusion del bien perdido, miraba Aldama en este momento, algo parecido á la esperanza y al consuelo.

Aldama segun lo hemos dicho anteriormente, hubiera po-

dido regenerarse por medio del amor de Margarita, hubiera podido cambiar el rumbo de la suerte.

Aldama lo conocia mas en este momento que cuando amaba á Margarita, y hoy veia como la esperanza perdida del precito, una luz que cintilaba aun como una estrella en la negra noche de sus recuerdos.

Iba á batirse con Quintero, y esperimentaba esa sorda angustia, oia esa voz misteriosa é inarticulada que oyen los que van á morir, sentia esa tristeza anunciadora que siente á veces el soldado antes de entrar al combate.

Se miraba traspasado por la espada de Quintero.

Veia á Quintero amando á Margarita.

Veia á Margarita llorando, huyendo y siempre amándoló.

Y siempre llamándolo.

No era justificable ante la moral pública la conducta de Margarita, pero con el estigma de sus faltas se veia en su frente la honda huella de la desgracia.

Era una flor caida en el fango, pero cuyo caliz guardaba aun la esencia pura.

Esa gota de esencia era la promesa de la regeneracion de dos seres.

Margarita lanzada por Aldama al torbellino del mundo, se alejaba hoy de Aldama, como la barca que se pierde en el horizonte.

Aldama viajaba en la nave de su conciencia, al través de su pasado y se estremecia.

Margarita lo llamaba, pero él no podia ir.

Tragaba, como las heces de amargo veneno, la certidumbre de su condenacion.

Estuvo solo y meditando mas de dos horas en el fondo de

su fantasía preñada de sombras, revoloteaban como palomas blancas estas ideas.

"Arrepentirse, orar, amar, rehabilitarse."

¡Pobre conciencia humana, luchando siempre como la madre cariñosa del hombre contra las pasiones y contra los vicios, aconsejando y avisando al hombre que se salve, mientras el hombre, ciego y delirante, se precipita hacia el abismo!

Blanco estuvo de vuelta en el coche azul, al que subió Aldama mas pálido y demudado que durante su enfermedad.

No habló una sola palabra en mucho tiempo: en vano Blanco le hablaba para sacarlo de su abatimiento.

Aldama estaba mudo y abrazado á su conciencia.

Entregó en silencio á Blanco veinte onzas cuando estuvieron en la Alcaiceria y las únicas palabras que profirió fueron estas.

—En la tarde nos batiremos: si vivo, nos veremos aquí á las ocho.

Blanco salió y Aldama volvió á montar en el coche.

Por su parte Blanco se ocupó desde luego de la conveniente distribucion de sus veinte onzas.

Hacia algun tiempo que no poseia cantidad igual.

Fué convidado por Quintero para concurrir en la noche á las diez á la casa de Teresa

---

el médico y la usaré en Aldama. Busquemos al pillo del médico.

Fuese en derechura á la casa de Don Manuel de la Rosa. Era la hora en que Cárlos daba á Isabel la leccion de escritura.

Don Cárlos bajó llamado por Don Baltasar.

—Vengo, le dijo éste, á arreglar con usted un asunto de honor.

—Estoy á las órdenes de usted, Señor Quintero.

Sorprendió á Quintero la serenidad de Cárlos.

—Suplico á usted pues que me siga.

—¿Necesitaremos armas? preguntó Cárlos.

—Me parece que sí.

—Permítame usted entonces que consiga.... ¿una espada? preguntó dirijiéndo una mirada á la de Don Baltasar.

Don Cárlos se embozó en su capa y se ciñó una buena espada que le facilitó uno de los dependientes de la casa de Don Manuel.

—¿A donde vamos? preguntó.

—Para San Lázaro, si usted gusta.

—Es igual, vamos! y cediendo la acera á Don Baltasar echaron á andar hácia la garita de San Lázaro.

Aldama habia buscado por todas partes un padrino; y entre todos sus compadres y amigos, solo un ex-teniente de milicias españolas, dado á la bebida, aceptó gustoso la comision; los demas se habian negado á ser padrinos de un duelo entre dos íntimos amigos.

El ex-teniente se llamaba Don Valentin Roa, y recibió la consigna de avisar á Quintero que Aldama le esperaba á la puerta de la casa de la Tia Teodora en la Candelaria de los

Patos, á las seis de la tarde.

Eran las cuatro cuando Don Baltasar caminaba hácia San Lázaro con Don Cárlos.

Al pasar cerca de Catedral, un criado de Quintero le entregó un papel, escrito con lapiz, concebido en estos términos.

"Don Felipe María Aldama y Bustamante espera al Señor Don Baltasar de Quintero á las seis de la tarde de hoy á la puerta de la casa de la Tia Teodora.—"El Teniente Don Valentin Roa."

—Hace media hora que busco á su merced dijo el criado.

—Está bien: vete; dijo Quintero, que habia leido el papel en voz alta delante de Don Cárlos.

—¿Es el mismo sitio á donde vamos en donde espera á usted el Señor Aldama?

—Casi, contestó Quintero.

—¿El Señor Aldama tambien me necesita?

—Es probable.

—¿Y el Señor Blanco estará tambien?

—Si Señor.

Y siguieron caminando silenciosamente, atravesando por el Palacio episcopal, el convento de Santa Inés, el callejon del Amor de Dios, Calles de la Santísima y Los siete Príncipes.

Al llegar á la plazuela de San Lázaro Cárlos se detuvo.

—¿Puedo saber ya el negocio que habremos de arreglar?

—Señor Don Cárlos, por mi parte solo un medio encuentro de evitar un lance.

—Es que no lo rehuso, en todo caso.

—¿Podria usted preferir la devolucion.

—¡La devolucion! ¿de qué?

—De mi dinero.

Cárlos se sonrió ingenuamente.

—Hable formalmente. Si usted me devuelve íntegras mis cincuenta onzas, olvidaré el chascarrillo.

—No comprendo á usted, Señor Quintero.

—Entonces avanzaremos para buscar un sitio mas solitario.

—Avanzaremos hasta donde usted guste; pero espero no me rehusará usted una esplicacion de sus palabras, así como yo no le rehuso el duelo.

—Deseaba no avergonzar á usted; pero supuesto que usted se empeña en ello, tendré que recordarle que despues de la comida que tuvimos en la Villa de Guadalupe y despues que hubo usted vencido, en buena lid se entiende, á Aldama y á Blanco, ha tenido usted á bien cargar con nuestras onzas como botin de guerra.

—¡Señor Quintero! gritó Cárlos parándose. ¿Es usted quién me hace ese insulto?

—Soy yo el que le recuerda á usted un hecho que parece habia olvidado.

—Supongo que no será usted quién afirme que ha visto lo que dice.

—No, yo efectivamente no lo ví, pero nuestro amigo Blanco le ha denunciado á usted.

—Señor Quintero, dijo Cárlos con aire solemne: fio en que me hará usted la justicia de creerme un hombre de honor.

—Hasta hace poco.

—Señor Quintero, ahora soy yo quién invita á usted á que midamos nuestras espadas; pero tenga usted bien entendido que no he sido yo quién ha robado á ustedes, que si tales

fueran mis arbitrios para subsistir, tiempo he tenido de asociarme á ustedes como lo han pretendido.

Sé que este es un lazo que se me tiende para hacerme aparecer culpable de las mismas faltas de que ustedes se gloriarán. Se teme á la rectitud de mis principios, y se busca una manera de deshacerse de mí. Estoy conforme, y antes de vender cara mi vida, como la venderé, declaro como hombre de honor, que si de los cuatro que estabamos presentes alguno de nosotros es el ladron de las onzas de usted, en primer lugar no soy yo, no pueden tampoco ser ni usted ni Aldama.....

El nombre de Blanco callado por Cárlos sonó tan fuerte para Quintero que comenzó á vacilar. Hasta ese momento Quintero habia dado acceso á la denuncia de Blanco, sin sospechar de él, y como hasta en los hombres mas ciegos existe la intuicion de la justicia, Quintero pasó súbitamente de la certidumbre de Cárlos á la certidumbre de Blanco.

Durante esta reflexion ambos contendientes guardaron un profundo silencio.

En seguida Quintero, cambiando de tono, dijo á Cárlos:

—Espero que dentro de una hora, lo mas tarde, este asunto quedará allanado entre los cuatro. Suplico á usted pues que esperemos á Aldama y á Blanco.

Y atravesando la plaza de San Lázaro se internaron en unos callejones inmundos que conducian á la Candelaria de los Patos...

Aldama habia fijado el lugar de la cita á la puerta de la Tia Teodora por esta razon.

Aldama iba á buscar en la cábala, en la supersticion y en

lo fantástico, lo que no habia podido hallar en la verdad y en la conciencia. Aldama estaba en esos momentos apropósito para hácer pacto con el diablo; y á falta de un diablo que por mas que hacia no podia haber á las manos, se propuso hacer pacto con la tia Teodora.

¡Quién sabe si en la imajinacion de Aldama surjia un resplandor de eternidad que lo lanzaba á lo sobrenatural!

En la tribulacion, el hombre virtuoso piensa en Dios, como la espresion de la eternidad.

El malvado, agobiado por su pequeñez y su miseria, busca lo sobrenatural, tambien se eleva, por que el espíritu propende á lo eterno; pero el malvado busca los abortos de la supersticion para consolarse.

Aldama pensó en Teodora como en un consuelo.

Teodora al recibirlo, leyó en la fisonomía de Aldama una grave pesadumbre.

—¡Tanto bueno por mi casa! esclamó Teodora, ya sabia yo que vendría usted hoy, Señor Don Felipe María Aldama y Bustamante.

Aldama no le habia dicho su nombre á Teodora.

—¿Sabia usted mi venida?

—Indudablemente.

—¿Ha venido alguien á buscarme aquí?

—Todavía nó.

—¿Luego usted sabe que vendrán?

—Sin duda, vendrán, pero tenemos tiempo de esperar, Señor Don Felipe.

Y luego, fijando una penetrante mirada en él, continuó.

—Usted sufre mucho.

—Mucho, Tia Teodora.

—Yo sé consolar á los aflijidos.

—En busca de consuelos vengo.

—Despues de escuchar sus penas buscaré el remedio: puede usted empezar.

—Yo amaba á una muger.

—Lo sé, dijo Teodora.

—Y acabo de cometer una accion infame.

—¿Y dice usted que la amaba?

—Lo he descubierto despues de mi felonía

—¡Ah!

—He traspasado, como un mueble, á esa muger á mi amigo Quintero.

—¿Al caballero que vino con usted? Es muy simpático, desearia volver á verle.

—Tal vez le vea usted dentro de breves instantes.

Teodora se puso muy contenta con esta noticia.

—Despues de haber cedido á Quintero todos mis derechos de amante me he arrepentido.

—Siempre es bueno el arrepentimiento.

—Y como él no ha querido desistir le he desafiado.

—Eso es grave, Señor Don Felipe, usted sabe que el duelo está prohibido por reales cédulas, tanto en la Península como en sus dependencias.

—Lo sé.

—¿Y si fuese usted á morir, Señor Don Felipe?

Aldama se estremeció ligeramente á su pesar.

—Será mi destino: pero yo lo quiero saber afirmativamente antes de batirme por qne tendría que arreglar algunos asuntos.

Adivinar el miedo no es facultad exclusiva de las bru-

jas. Teodora conoció que Aldama estaba impresionado y que temia morir.

—Señor Don Felipe, dijo, el negocio que vamos á tratar es extraordinariamente grave. En mi ciencia está reputado como uno de los casos mas difíciles; y Astrólogos y hechiceros ha habido de mucho nombre, que por ningun dinero se han aventurado á ensayar la adivinacion en materia tan peligrosa.

Este ensayo Señor Don Felipe es uno de los qne mas escándalo han causado á los Prelados y ministros del Tribunal de la fé, por que segun ellos dicen, hay tremendas excomuniones de varios Pontífices contra la abominable herejía del sortilegio de vida ó muerte, que es como mi ciencia distingue este caso, que es nada menos que el penúltimo del *summum* de la alta hechizería.

—Diga usted lo que sea necesario prevenir; por que á costa de cualquier sacrificio deseo saber la verdad.

—Un rico Señor ha gastado no ha mucho su fortuna en una prueba de estas, que salió fallida.

—Mi fortuna es bien limitada.

—No tanto, no tanto.

—Mi capital que será de . . . .

—¿De cuanto?

—De cuarenta onzas de oro.

—¿Nada mas? preguntó Teodora fijándole una mirada escudriñadora.

—No, no; repuso Aldama, que no queria mentir, serán setenta.

—No las pido todas; ni tal vez sea necesario hacer todas las pruebas. Nosotras tenemos una tarifa y en ella está cada

prueba con su precio. Segun los asuntos se emplean tres, cuatro y hasta veinte pruebas de distintos precios y se saca la cuenta con mucha facilidad.

—Tia Teodora, pagaré la cuenta.

—¿Bajo la fé de caballero?

—Se entiende.

—Pues espere usted un cuarto de hora, pero quieto y preparando su imajinacion para las pruebas, sin distraerse en fruslerías. El buen resultado depende de la exactitud en las prescripciones.

La tia Teodora salió y Aldama quedó solo.

Aldama vió su relox; eran las dos de la tarde.

—Al cabo de un cuarto de hora exacto, la tia Teodora volvió trayendo una banda de lana negra, de una hechura especial; era una especie de capuchon acolchado, se metia en él la cabeza, una jareta comprimia los ojos y otra comprimia los oidos con dos cojines.

Aldama se dejó poner el casco y en seguida no vió, ni oyó nada. Dejose conducir y comenzó á descender por una rampa; subió, volvio á bajar y por último sintió bajo sus piés un pavimento húmedo y percibió un olor acre y pestilente.

Aldama tocó un banco y sintió un movimiento que le indicó debia sentarse: se sentó.

En seguida sintió que le aflojaban las ligaduras de los ojos y de los oidos; desapareció su capucha y vió.

La bruja estaba enfrente de Aldama, como á tres pasos, sentada é inmóvil: no era ella la que le habia quitado la capucha.

Quiso volver la cara; pero la bruja dió un golpe con una varilla sobre una mesa que tenia cerca de ella y Aldama no

se movió.

—¡Cuidado con volver el rostro! dijo la vieja.

Reinaba un silencio profundo.

Solo se oia el ruido dè una gota de agna que caia con regularidad semejando el ruido de un péndulo.

La tia Teodora dejó á Aldama observar unos instantes.

Nosotros, con el lector, observaremos tambien lo que allí habia.

No era aquello un subterráneo, por mas que las brujas no edifiquen sus laboratorios sino en las entrañas de la tierra.

Tales son las pragmáticas.

Pero el terreno estaba socavado hasta donde las filtraciones lo permitian.

La techumbre de aquella cueva eran gruesos troncos de árbol, de los que pendian varios objetos bien conocidos de los que algo saben de brujas, como la consabida cigüeña, el indispensable lagarto ó cocodrilo, el esqueleto humano, el orangutan disecado y con goznes: una lechuza viva y una abundante cria de murciélagos; un macho cabrío negro, un gato negro, víboras conservadas en aguardiente, el hornillo y la retorta, sangre fresca, yerbas aromáticas y un estuche con varias sustancias químicas.

Como sé ve la Tia Teodora no era una bruja de pacotilla.

Sàbía las combinaciones químicas de ciertas sustancias, poseía el fósforo, el antimonio, la potasa caústica, sabia formar el arbol de Diana, y conocia algunos reactivos.

La tia Teodora sabía de memoria que la Quiromancia databa de época remota, citaba entre los antiguos á Artemidoro de Efeso, á Aristóteles en su libro primero de la historia de los animales, citaba tambien con aire pedantesco á Rodulfo

Goslenio, á Alejandro Achilino, y sobre todos al Judio llamado Ghedalia-Ben-Rabi-Josef-Jachija, quien publicó en 1570 un famoso libro de Quiromancia y Physionomía en el qué el autor pretende hallar el orígen de sus revelaciones en Enoch.

Acerca del orígen de los gitanos, esplicaba que en 1417 aparecieron divididos en bandas en Alemania, de donde pasaron á Francia y á España, con el caracter de egípcios, que practicaban la penitencia de peregrinar siete años, pues pesaban sobre ellos las culpas de la apostasía de sus mayores, y la de haber negado hospedaje á la Virgen Maria en la huida á Egipto.

El Padre Martin Delrio, decia Teodora, escritor de este siglo, cuenta como cosa segura y esperimentada, que cuando se dá limosna á un gitano una moneda, todas las demas monedas que estan en la caja ó bolsa de donde salió aquella se desaparecen y van buscando á su compañera hasta que pasan todas á poder del gitano; aunque el sabio Padre Feijoó asiente en su Teatro Crítico universal que *él mismo vió muchas veces dar cuartos á esas gentes sin que sucediese tal cosa.*

Sabía Teodora perfectamente el compartimiento de los siete cuarteles en que se divide la mano, por medio de las rayas naturales, y que cada uno de estos cuarteles pertenece á uno de los siete planetas.

Teodora encontró en las manos de Aldama muy marcado el cuartel de Saturno, que pronostica dolores, llantos y desdichas, y el de Venus que indica el amor: poco marcado el cuartel de Marte, por lo que juzgó que sería desgraciado en lances; pero nosotros creemos que mas que toda la ciencia de la Tia Teodora el muchacho Manolo que rastreaba como un sabueso y espiaba como un policía, y la natural penetra-

cion y esperiencia de aquella muger, eran sus mas eficaces elementos para no equivocarse en sus pronósticos.

La Tia Teodora estaba vestida de ceremonia.

Tenía una túnica negra y un mandil de badana blanca con figuras simbólicas y adornaba su cabeza un casco formado de serpientes.

—¿Como te llamas? preguntó Teodora con voz lúgubre.

—Don Felipe Maria Aldama y Bustamante, dijo Aldama humildemente.

—Me basta: tienes cuarenta y dos años y eres natural de la Provincia de Alaba del Señorío de Vizcaya. Veamos, lo primero, por medio de las cartas si has cometido hurtos.

—Si se puede omitir esa prueba, será mejor, ganemos tiempo.

—Como quieras ¿cuantos hurtos?

—Creo que hasta nueve.

—El nueve es el gran número, hijo mio, con este número vamos á juzgar de muchas cosas.

¿Y muertes, hijo mio?

—Varias, contestó prontamente Aldama.

—Espera, espera, veamos el género de muertes para conocer el género de la tuya. Este es un dato necesario.

Teodora abrió un libro forrado en pergamino y leyó.

En seguida puso dos diversos ingredientes en dos cápsulas y dió fuego al hornillo, con una pajuela de azufre que encendió en la lámpara que alumbraba la cueva.

Sacó de una caja un pichon y de otra una vívora.

Pichon y vívora fueron degollados con una hacha sobre un tronco de arbol que hacia allí el papel de la piedra de los sacrificios.

La cabeza de la vívora la colocó en una cápsula, y la sangre del pichon en otra y ambas fueron puestas en los hornillos que guardaban una lámpara de alcol; á la sangre añadió unos polvos, y á la vívora un líquido. Alcabo de cierto tiempo, de la cápsula de sangre se desprendió una llama roja, y de la cápsula de la vívora un olor nauseabundo.

Tu primera víctima, dijo la Tia Teodora en tono profético, tu primera víctima era inocente; mira arder su sangre y subir en humo rosado hacia arriba.

La sangre de un pichon es una sangre inocente.

—Es cierto, dijo Aldama, mi primera víctima fué inocente.

—¿En donde la sacrificaste?

—En Cuautla de Amilpas. Fué un infeliz á quien dí muerte, por robarle cuatrocientos pesos, despues arrastré su cadáver y lo arrojé en una mina.

—¿Y tuviste serenidad para soportar la vista del cadáver?

—Concurrí como alcalde, que era, á dar fé del hecho.

—¿Y no temblaste hijo mio?

—Tuve serenidad.

—Pues ya no la tendrás en adelante, por que un espíritu se ha posado sobre tu cabeza.

—¿Qué espíritu?

—Es el espíritu de las tinieblas, que te viene á anunciar la desgracia. Mira hacia aquel rincon de la derecha.

Aldama miró.

—¿Ves ese buho?

—Sí.

—¿Que lees en sus ojos?

Aldama guardó silencio

—Acércate.

Aldama se levantó y andubo algunos pasos.

El buho puso su estraña mirada en Aldama, con esa fijeza siniestra propia de estos animales.

—El buho, continuó la bruja está leyendo en el fondo de tu alma. ¿Quieres saber lo que hay allí?

—Acércate mas al buho y permance de pié sin moverte.

Aldama quedó dando la espalda á la bruja

Esta acercó una pajuela á uno de sus hornillos.

Aldama cuya imaginacion estaba ya casi calenturienta, iba adquiriendo la facultad de percibir distintamente las imágenes de sus ideas. La escitacion de su cerebro lo volvia soñador, avivaba su fantasía y percibia visiones que le helaban de espanto.

—Ya basta dijo la bruja. Acércate.

Aldama se acercó.

—Sópla por este tubo y apareceran ante tu vista las palabras que ha leido el espíritu en tu mente.

Aldama tomó un especie de soplete en sus manos. La bruja habia tomado de sobre la mesa una vívora mordiéndose la cola y formando un círculo, en cuyo centro habia un papel blanco.

—Este es el emblema de la eternidad: lo que leas escrito aquí, todo es cierto.

Sopla y leerás lo que hay en tu alma.

Aldama seguia soplando, sin apartar la vista de aquel círculo en el que poco á poco fueron apareciendo unos caracteres.

—Lee.

Aldama dejó de soplar y leyó.

"Miedo" "Remordimiento" "Crímen."

Aldama soltó el soplete. No cabía duda; aquellas letras se habian escrito solas, las habia visto aparecer sin que ninguna mano las trazara.

Aldama, asi como todos los que hasta entonces habian pasado por aquella prueba, no habian podido comprender que soplaban para llevar el calor de una lámpara á un papel escrito con tinta simpática.

Por medio de esta prueba la Tia Teodora habia logrado ver temblar de pavor á reconocidos criminales.

CAPITULO XVIII.

UNA LÁMPARA QUE SE ACABA ES COMO UNA VIDA QUE SE PIERDE.

La Tia Teodora con la esperanza no solo de una buena propina, sino con una intencion mas noble y humanitaria, se complacia en tocar el corazon de los criminales, y mas de una vez habia visto con una satisfaccion muy poco comun en las brujas, que habia logrado algun fin moral, merced á sus ingeniosos aparatos manejados con no poco tino é inteligencia.

Los horrorosos crímenes de su marido, la constante concentracion de una vida solitaria y la idea tenaz, fija, inseparable de la pérdida de su hijo le habian hecho adquirir cierta dósis de filosofía, que apoyada en su no vulgar edu-

sacion, hacian de Teodora una bruja benéfica.

De todos sus parroquianos Aldama y Quintero eran los que mas le habian interesado; pero sobre todo Quintero, en quien habia sorprendido ese no sé qué de la simpatía; por que al fijarse mas en él, habia asaltado la imaginacion de Teodora la imágen de su único amor, del capitan Eduardo, padre de su hijo perdido.

Teodora, si bien en todas las operaciones de su brujería, procuraba encontrar el remedio de un mal moral, correjir algun vicio, ó retraer á algun mal intencionado, acerca de Aldama y de Quintero habia tenido formal empeño en tomar parte activa en sus aventuras.

Teodora sabía que por Aldama llegaria á Quintero.

Conocía por los fidedignos informes de su policía gran parte de la vida de estos hombres.

La otra parte la adivinaba merced á su esperiencia en asuntos tales y á su esquisita penetracion.

Conocía tambien que Aldama estaba en uno de esos momentos de debilidad propios de las almas impuras, y casi estaba segura de leer en el interior de Aldama un sombrio presentimiento de una muerte próxima.

Aldama, en la postracion de sus temores, quedaba á merced de todas las supersticiones. Se podia jugar con él como con un borracho.

El hombre fanatizado y amilanado se vuelve el juguete de su imaginacion, y queda espuesto á ser esplotado por cualquier otro espíritu sereno.

Aldama, por lo tanto, creyó por entonces en todos los absurdos. Su recto juicio se plegaba ante la fiebre de su fantasía y ante las apariencias de cosas sobrenaturales.

La supersticion convierte á los hombres en niños, como la ciencia convierte á los niños en hombres.

Teodora aprovechó á sangre fria todo el acaloramiento de Aldama.

Aldama con toda la ingenuidad de un penitente modelo, que se arrodilla al pié de un confesonario á leerle á un sacerdote sus *apuntes de viaje*, entró de lleno en la recapitulacion de todos los acontecimientos de su vida.

La Tia Teodora no conocia mas que á su marido capaz de competir con Aldama en aventuras de cierto género.

La Tia Teodora oyó á Aldama con el reposo y con la serenidad de un viejo prelado, y se hizo cargo de la situacion.

Aldama era ladron, asesino, jugador pendenciero y enamorado.

No tiene el diablo por dondo desecharlo, pensaba Teodora.

Aldama terminó la larga relacion de su vida, y quedó doblemente fatigado.

Guardó silencio.

La bruja se puso á meditar.

Solo se oia el monótono ruido incesante de la gota de agua, y de vez en cuando el revolotear de algun murciélago.

Alcabo de un largo rato, Aldama preguntó:

—¿Qué hora es? Tia Teodora.

Esta consultó un relox de arena y contestó:

—Las cinco.

—A las seis vendrá Quintero.

—¿Y bien?

—Nos batiremos.

Es cierto, pensó Teodora. Este hombre tiene miedo y va

á ser muerto, le matará Quintero; y ese hombre que me atrae y me simpatiza va á ser homicida.

Si le devuelvo su valor á Aldama, podrá defenderse; pero el miedo en este hombre puede servirme de instrumento para su salvacion.

A efecto de que Aldama no tuviera tiempo de serenarse y de recobrar su sangre fria, la Tia Teodora, queriendo darse tiempo para reflecciona sobre asuntos tan árduos, bajó de su trípode y caló á Aldama de nuevo la capucha negra que á mas de producir la ceguera y la sordera, causaba un calor sofocante en la cabeza.

Le obligó á dar algunas vueltas por la cueva, á tocar la áspera piel de unas serpientes vivas, á beber un tósigo compuesto de algunas yerbas estimulantes, y finalmente le dejó abandonado al silencio y á la soledad.

Despues de un largo rato en que Teodora se ocupó no solo de pensar, sino de prepararse un buen vaso de vino con agua azucarada y gotas de limon, encendió un hornillo de donde se desprendia una luz verde, que daba á la estancia y á la fisonomía de Teodora con su casco de culebras un aspecto aterrador.

Quitó en seguida á Aldama la capucha, y la bruja de pié, con la frente erguida y con una varilla dorada en una mano, como la pitonisa de Endor, habló de esta manera:

—Felipe María Aldama. Los espíritus evocados han venido á visitarme y están contestes.

Oyeron la relacion de tu vida y se han compadecido de tí.

Les he preguntado por tu porvenir y me mostraron llorando la estrella que te alumbra.

¡Mírala!

Una tapa de metal cayó sobre el hornillo y reinó al momento la mas completa oscuridad.

En el fondo de la cueva se divisaba apenas una llama pequeñísima y espirante.

Era una llama azulosa que se retorcia en esas espirales que son la agonía de la llama.

De repente chisporroteaba y se ponia roja y se elevaba como haciendo un esfuerzo; pero en seguida volvia á tomar el color azul y blanquecino, y oscilaba, oscilaba como el cuerpo arrojando el espíritu vital.

Crecia, y crecia con una especie de fatiga, como si temiera consumirse, como si reuniera todas sus fuerzas para vivir, para alumbrar; entonces el lampo luminoso avanzaba sobre el espacio negro de la cueva, como una ave vaporosa que abria las alas; pero luego esas penumbras temblorosas bajaban, se plegaban como cansadas, y la llama volvia á ponerse azul, y no alumbraba, cedia su paso á las tinieblas para hacerlas mas densas.

Y la llama balanceándose, se arrastraba lamiendo los bordes de la taza, como ávida de la grasa de la vida, como recogiendo todas las partículas combustibles para devorarlas.

Agonizaba.... se retorcia y volvia á chisporrotear.

Lanzaba un adios en forma de chasquido y enviaba sus postreros y débiles relámpagos á las negras paredes de la cueva.

Y volvia á ser azul la llama; pero chica, muy chica..... parecia un pequeño agujero que se cerraba.... una estrella que se escondia en una nube negra.... era un punto...... despues nada...

....

Triunfaron las tinieblas.

Teodora en medio de ellas se acercó á tocar á Aldama.

Estaba frio.

Le movió, le habló.

Estaba desmayado.

—¡Bueno! murmuró Teodora y desapareció.............

....

Eran las cinco y media.

Cerca de la casa de Teodora habia un tronco de árbol tirado en el campo.

Este tronco ya no tuvo lugar en la formacion del techo de la cueva de la bruja, y esperó allí su destruccion por la intempérie.

En los dos estremos de este tronco estaban sentados Quintero y Don Cárlos.

Teodora, despojada de su traje negro de ceremonia, asomó la cabeza por la puerta de su casa y llamó á Quintero con la mano.

Quintero indicó con un movimiento á Cárlos que lo esperase y entró á la casa de Teodora.

Don Cárlos temia mas y mas una celada, y aunque se veia solo, se creía vijilado.

No quiso manifestar temor y se abstuvo de todo movimiento. Esperó.

Un momento despues, Cárlos sintió los pasos de una persona que se le acercaba.

Corroboró de pronto la idea de que estaba vigilado.

Vólvió tranquilamente el rostro y vió un hombre como de treinta y cinco años, de mirada torva, nariz amoratada y embozado en una capa parda, debajo de la cual se dibujaban

las empuñaduras de dos espadas.

—Caballero, dijo dirijiéndose á Cárlos, ¿será esa de enfrente la casa de la Tia Teodora?

—No lo sé, Caballero.

El recien venido se sentó en el otro estremo del tronco.

—¿Conoce usted á Quintero, Caballero?

—Si, le conozco.

—¿Le espera usted aquí?

—Sí, Caballero.

—¿Entonces es usted su padrino?

—Soy su adversario.

El desconocido miró á Cárlos de arriba á abajo.

—¿Y Don Felipe?

—¿Don Felipe Aldama?

—El mismo.

—¿Y bien?

—¿No viene?

—No lo sé, caballero.

—Ahora entiendo menos. Yo soy, dijo el desconocido, levantándose, y bajando el emboce de su capa, el ex-Teniente de milicia Don Valentin Roa, padrino en el duelo que va á tener lugar entre Don Felipe Aldama y Don Baltasar Quintero, por lo tanto repito mi pregunta. ¿Es usted el padrino de Don Baltasar?

—No caballero: he tenido el honor de decir á usted que soy su adversario.

—¿Quiere decir que Quintero va á batirse con usted y con Aldama?

—Seguramente.

—¡Diablo! ¿Y quién va primero?

—No lo sé.

—En todo caso que sea Don Felipe por que yo tengo que hacer, y estas armas son prestadas: vea usted, son buenas hojas....*igualitas.* Y desenvainó las dos espadas. Las he aceitado por que, como soy soldado, sé cuidar las armas: hojas españolas, bien templadas, bien montadas.

Y poniéndose en guardia comenzó á dar tajos al aire diciendo pif....paf....pif....paf.

—¿Y qué tal tira usted, caballerito?

—Mal.

—¡Modesto!....A ver, á ver, y tomó entre las suyas las manos de Cárlos. Tiene usted buenas muñocas, y buen ojo, continuó viéndole á la cara.

¿Con que con los dos? repetia Don Valentin; y luego continuó.

—Si no fuera por que tiene usted que batirse, le invitaría yo á que tirásemos un poco; pero se va usted á cansar y estos asuntos son serios. Yo una vez me cansé batiéndome en España con siete alguaciles. ¡Que zánfra! Figúrese usted, siete ganapanes con tizona en mano contra mí; pero yo, plun, splam....rataplam....quintas, tercias, tajos, quites y reveses hasta acabar con la canalla.

—¿Los mató usted á todos?

—¡A todos! y me vine á América. He causado algunos disgustillos á mi famila por esto de las armas. ¡De que uno se envicia! Pero ¡calle! ¿quién es aquel caballero que viene hacia nosotros corriendo como un gamo?

Así se corre en las derrotas, Caballero; yo aprendí á correr desde sargento: antes era yo muy torpe de piernas, por que me hacia falta el ejercicio ligero.

Venga usted pronto, Caballero ¿que se ofrece? ¡aquí esta mos! ¡Paso veloz! tan, tan, tan, tan, tan, tan,....¡Alto!......
¡oh!....¡si es el Señor Don Joaquin Blanco!

Efectivamente era él, que deseaba llegar antes de las seis.

—Señor Don Joaquin ¡buena carrera!

—Señor Don Valentin, temía llegar tarde.

Don Joaquin afectó no ver á Cárlos.

Este permaneció sentado.

Los gritos de Don Valentin hicieron asomar á Teodora la cabeza, y viendo á Blanco le llamó con la mano.

Blanco entró en la casa de la bruja: Don Valentin volvió á sentarse sobre el tronco.

Don Cárlos pensó que decididamente tenía que habérselas cuando menos con tres adversarios, suponiendo que Don Valentin se mantuviese neutral.

—Seguramente, dijo Don Valentin, estan conferenciando con la Tia Teodora sobre el duelo, á no ser que les haya ocurrido preguntar la buena ventura antes del combate. Yo, Caballero, nunca consulto á las brujas antes de una batalla. No hay cosa peor que llevar en las mientes al campo de la accion una de esas sandeces de las brujas. Que te vas á morir, que te van á matar, y jimoteo y farza. Nadie se muere la víspera, Caballero; y con una buena tizona y una buena vista, Santiago y cierra España, á avergonzar al Cid, ¡Canario!

Y usted, Caballerito, dijo cambiando de tono; si me lo permite usted desearía saber por que se bate. Si no es indiscrecion, charlaremos mientras es hora del duelo.

—Señor Don Valentin me bato por que esos Caballeros me han ultrajado; por que despues que hube rehusado tomar parte en ciértos asuntos, por los que tuvimos que es-

grimir las espadas, pretenden....

—Hola! hola! ¿con qué ya la llevaron? ¡Canario! ¡usted sería el vencedor, por supuesto!

—Tuve esa fortuna.

—¡Canario! ¡Canario! ¿contra los tres?

—Contra Aldama y contra Blanco.

—No lo dudo; por que conozco á mi gente: son gallinas, Caballero; y en todo caso tengo brio para los tres ¿Y qué pretenden? iba usted á decirme.

—Pretenden que los he robado.

—¡A ellos! ¡Ta, ta, ta, ta! Caballero; si son unos pelagatos, si hubiera sido al contrario, se comprenderia á primera vista.....

¡Con que pretenden!....

—Quintero yacia ébrio, Aldama herido y luchaba yo con Blanco. Lo desarmé y no quise matarle; el mismo me aconsejó que me retirara y asi lo hice. Habian dejado Aldama y Quintero su dinero sobre la mesa, y hoy me lo reclaman: yo he protestado como hombre de honor no haberlo tomado y me batiré en seguida con Quintero que es quien me ha traido aquí.

—Pues el negocio es claro como la luz ¡Canario! el pillastro de Blanco tomó el dinero y los otros han creido lo primero que les dijo ese tuno.

—Exactamente. Caballero.

—Ya nos veremos las caras esclamó Don Valentin, lanzando una mirada de valenton á la puerta de la Tia Teodora.

Veamos lo que alli pasaba.

CAPITULO XIX.

EN EL QUE SE COMPLICA LA SITUACION DE NUESTROS PERSONAJES.

La Tia Teodora recibió á Quintero y despues á Blanco.

Aldama yacía en una cama.

Acababa de volver de su desmayo; pero estaba postrado por la calentura.

Quintero pensó desde luego en diferir el duelo:

—Teodora manifestó que Don Felipe estaba imposibilitado para batirse.

Eran las seis.

El ruido de unas campanadas lejanas, dadas en la Iglesia de San Lázaro y en la parroquia de la Soledad sacaron á Aldama de su letargo.

—¡Son las seis! esclamó incorporándose y buscó su espada.

Acudió Teodora á su cabecera.

Quintero y Blanco observaban desde la pieza inmediata.

—Tia Teodora ¿en donde está mi espada? voy á batirme. Ya llegó mi hora.

—El Caballero Don Baltasar ha diferido el duelo, Señor Don Felipe.

—¿Tiene miedo Don Baltasar?

Este iba á dar un paso adelante, pero Don Joaquin le detuvo.

—Don Baltasar, dijo Teodora, no he hecho mas que diferir el duelo.

—Eso es, dijo Aldama para llevarse entre tanto á Margarita; por que al fin yo le he facultado y el hace bien. Pero no quiero que se la lleve. Es necesario que me mate primero ¿no es verdad Tia Teodora? Quintero debe matarme para llevarse en seguida á Margarita.

—Serénese usted Señor Don Felipe, el Señor Quintero no hará nada mientras esté usted enfermo.

—¡Oh, si no hace nada! si me dá su palabra de honor, estaré tranquilo....apesar de que el pillo de Don Baltasar suele faltar á su palabra....como yo, cuando se ofrece ¿En donde está mi espada?

—Voy á hablar con el Caballero Don Baltasar; tranquilícese usted.

—Pero deme usted una poca de agua, Tia Teodora.

—Voy á traerla.

Teodora salió y en voz muy baja dijo á Don Baltasar y á Don Joaquin:—Seria muy imprudente procurar al Señor Don Felipe cualquiera emocion fuerte, por que podria per-

der el juicio. Su cerebro está trastornado; ha sufrido mucho moralmente en la convalescencia de su golpe y sus heridas, y debemos ser muy considerados con él, mi Señor Don Baltasar.

—Por mi parte estoy dispuesto á diferir el duelo para cuando Aldama esté restablecido.

—Eso es lo que aconseja al menos la prudencia y la buena amistad que llevamos con Don Felipe, dijo Blanco.

—Arreglémonos entre tanto con el médico, dijo Quintero' llevándose á Blanco hacia la puerta de la calle.

Cárlos y Don Valentin seguian charlando sentados en el tronco.

Al ver salir á Quintero y á Blanco se pusieron de pié.

—Señor Don Valentin, dijo Quintero: Aldama está enfermo y no puede batirse

—Tanto mejor; por que yo tengo que hacer, dijo recogiendo las espadas.

—Iba á suplicar á usted, continuó Quintero, que tuviese usted la bondad de servir de padrino al Caballero Don Cárlos.

—Con mil amores ¡Canario! pero con una sola condicion.

—¿Cual? preguntó Quintero.

—Que mientras usted procura entretenerse bonitamente con el Señor Don Cárlos, que está inocente, yo me ocuparé en destripar á Don Joaquin que es el verdadero ladron....

Blanco se puso pálido como un muerto. Aquella acusacion á quema ropa en boca de quien menos lo esperaba, lo confundió.

Las miradas de Quintero y de Don Cárlos se fijaron en Blanco.

—Vea usted qué cara pone, dijo Don Valentin á Quinte-

ro. Con que.....¡generala! y veremos si Don Joaquin tiene tan blancos los hígados como las mejillas.

—Yo....murmuró Don Joaquin. Eso es una infamia.... que....

—¡Que es lo que veo, Señor Blanco! ¡usted no puede ni articular una palabra! dijo Quintero.

—La sorpresa....

—Las tripas, Don Joaquin, las tripas, gritaba el ex-teniente. Yo voy á sacarle las tripas á Don Joaquin á menos que dé una satisfacion á Don Cárlos.

—No lo haré así Don Valentin: por mi parte me batiré con Don Cárlos y en cuanto á Don Baltasar ya se las compondrá con usted como pueda; y ante todo, vamos, que ya es tarde.

—Por allí distingo un buen terreno: en marcha, Señores.

Y los cuatro contendientes echaron á andar.

A los cincuenta pasos habia una terraplen muy apropósito.

—A mi me toca arreglar las condiciones: el que se rinda, dará dos pasos atras, y quedará fuera de combate.

—Convenido: dijo Quintero arrojando su capa y su sombrero. Lo mismo hicieron los demas.

—¡En guardia! gritó Don Valentin.

Y las cuatro espadas saliron á un tiempo.

Blanco no habia vuelto á su color.

Quintero palideció.

Don Cárlos estaba perfectamente tranquilo.

Don Valentin estaba festejoso.

Asi comenzó el ataque.

Don Cárlos y Quintero no hablaban.

—¡Hola! ¡hola! decia Don Valentin, hoy no ha comido su señoría: ¡qué poca fuerza, Don Joaquin!

Cuidado con otra, por que pico fuerte. Cúbrase usted hombre, cúbrase usted.... va una en tercia.... por poco.... mas vivo, ¡mas vivo!.... vaya un desarme.... ¡cataplúm!....

La espada de Blanco saltó á algunos pasos.

—Ahora es cuando voy á sacar á usted las tripas comodamente.

Blanco dió dos pasos hacia atras y Don Valentin soltó una carcajada. En este momento dos muchachos venian á todo correr en direccion de los contendientes.

—¡Vivo! dijo Don Valentin, gente viene.

—Quintero daba en este momento los dos pasos á retaguardia.

Los dos muchachos eran el Cuco y Manolo.

—¡Señor Quintero! ¡Señor Quintero! venian gritando.

Quintero envainando su espada se adelantó hacia ellos.

—Señor Quintero: el pájaro voló, decia Cuco, todo el dia hemos buscado á su merced para avisarle.

—¿Qué estás diciendo muchacho?

—Que la Señorita ya no está en la casa, que sin duda olió lo convenido y se fué con todo y la Tia Dolores, la casa está cerrada desde esta mañana.

—¡Ira de Dios! gritó Quintero.

—Pero considere usted Señor mi amo, que sé por donde fueron y salieron á pié, y yo ya tengo caballos para mí y para su merced.

—Eres guapo muchacho.

—Ya se ve que sí, contestó Cuco, satisfecho con la lisonja.

—Pues vamos. Señores, dijo dirijiéndose á los demas, si

hemos concluido me retiro.

—Me parece que no, dijo Don Valentin.

—¿Cómo? preguntaron Quintero y Blanco.

—En cuanto á las estocadas ya sabemos en que quedamos; pero en cuanto al robo no estamos en el mismo predicamento.

—Exactamente, dijo Cárlos.

—Si el Señor Don Cárlos se ha batido, no ha sido ciertamente por probar su destreza, sino por labar su honor y ni el Señor Don Cárlos ni yo, su padrino, permitiremos que ustedes se retiren sin haberle dado una cumplida satisfaccion.

—Hemos cumplido con nuestro deber batiéndonos, dijo Blanco.

—Ese es un error, Señor Don Joaquin.

—No creo que este Caballero, dijo Quintero, tenga derecho de exijir mas de nosotros.

—Pocas palabras que soy soldado, dijo Don Valentin. En plata: Don Joaquin es el ladron y Don Cárlos el acusado. Pues bien: ó Don Joaquin confiesa de plano que robó las onzas y ustedes se entienden en seguida, ó comenzamos de nuevo, hasta que de cuatro queden dos. ¿Convenido? preguntó empuñando su espada.

Quintero y Blanco se apartaron para conferenciar.

—Don Joaquin ¿nos batiremos?

—Son superiores á nosotros y nos matan sin misericordia.

—Yo tambien creo que llevamos la de perder.

—¿Qué hacemos?

—Diré que yo he sido el ladron y nos salvamos, y cuente usted conmigo para perseguir á Margarita.

—Gracias Don Joaquin.

—Caballeros, dijo Quintero: Don Joaquin es quien por

chanza ha ocultdo las onzas, pero al ver que el negocio se puso sério, prefirió batirse á aclarar el hecho. Damos por lo tanto la mas cumplida satisfaccion á Don Cárlos y nos retiramos.

—Ofreciendo, añadió Don Valentin, repetir las mismas palabras delante de Don Felipe cuando se restablezca.

—Convenido, dijo Quintero.

—Convenido, dijo Blanco y se despidieron haciendo una profunda cortesía.

—¡Gracias! dijo Don Cárlos á Don Valentin, cuando se hubieron alejado los contendientes.

—Dije á usted Señor Don Cárlos, que conozco mi gente; No volverán á chistar y los verá usted mañana rendirse á los piés de usted como unos monos. Pero hablando de otra cosa, Don Felipe está en esa casa enfermo: socorrámosle que puede necesitarnos.

Cárlos no pudo excusarse y acompañó á Don Valentin.

Informada Teodora de lo que habia pasado comprendió que debia proceder á curar á Don Felipe, y le ministró en el acto una buena dósis de una bebida calmante, que Teodora habia preparado para cuando fuera tiempo.

Doña María, que hasta entonces habia estado oculta, apareció para colocarse á la cabecera del enfermo, y ministrarle la pocion calmante cada vez que la apeteciera.

A las siete de la noche Aldama despertó de un sueño profundo. Su cabeza estaba mas despejada pero se sentia débil y convinieron Don Valentin y Cárlos en dejarle dormir en aquella casa.

Don Valentin ofreció volver al siguiente dia y ambos salieron de la casa de Teodora.

Los dos contendientes victoriosos identificados por su valor, simpatizaron.

—Conozco á Aldama hace doce años y estoy al tanto de lo que vale ese pelagatos, decia Don Valentin caminando al lado de Cárlos, con direccion á la Ciudad. Es de buena familia, es cierto, pero su mala cabèza lo obligó á salir de España, para venir á ocultar aquí sus trapizóndas: en cuanto á Don Baltasar aunque asegura haber nacido en las Canarias, ni él mismo lo sabe tan bien como yo; y ni es Canario, ni se llama Don Baltasar Dávila y Quintero: es habanero, Señor Don Cárlos, y no se sabe que madre lo parió, se dice Capitan de mar y subteniente de las milicias provinciales de la Isla del Hierro, pero sabe Dios lo que sea cierto.

En cuanto á Don Joaquin es un coyon y muy aficionado á lo ageno. Se sabe que cometió algunos robos en la cása de Azcoiti y algunos otros en la Provincia de Guanajuato.

—Razones por las cuales, he rehusado constantemente la amistad de esos tres Caballeros, dijo Cárlos.

—Ha hecho usted muy bien, Señor Don Cárlos.

Lo que es á mí, me huyen siempre, por que les conozco: pero hoy me sorprendió Aldama con su duelo, y no me pesa de haber venido, por que al fin le hemos dado una leccion para que no vuelvan á pensar en molestarnos.

Al llegar á la plaza mayor, Don Cárlos y Don Valentin se separaron: Don Valentin se perdió por un costado del Parian y Don Cárlos corrió á la casa de Don Manuel de la Rosa, de donde habia salido hacia algunas horas inusitadamente.

En cuanto á Quintero y Blanco, montados en malos caballos seguian la calzada de San Cosme en busca de Margarita.

. . . .

Veamos lo que pasó en la mañana de ese dia en la casa de Margarita.

A eso de las seis de la mañana, hora en que la vieja Dolores acostumbraba abrir la puerta de la calle, el muchacho. Cuco estaba sentado en el umbral, muerto de frio.

—Buenos dias, Tia Dolores.

—Buenos te los dé Dios, tunante ¿y qué andas haciendo tan temprano otra vez por aquí?

—No tengo casa y he pasado la noche andando las calles.

—Te habrán echado de otras partes como de aquí.

—No Tia Dolores.

—¿Pues qué te ha sucedido?

—Una desgracia.

—¿Qué desgracia?

—Que se ha muerto mi madrecita.

Y el Cuco se puso á jimotear.

—¡Hum!....murmuró la vieja. Si no se te puede creer á tí ni el llanto: eres muy pillo.

—Crea usted lo que quiera, Tia Dolores; pero á mí se me ha muerto mi madre.

La Tia Dolores se quedó pensativa.

—No he comido desde ayer.

—En cuanto á eso, que puede ser mas cierto, no te apenes mas; voy á darte pan.

Y la vieja entró. El Cuco tomó violentamente una escoba que habia tras de la puerta y se puso á barrer, sin dejar de llorar.

Cuando la Tia Dolores volvió lo encontró en esta faena y no tuvo valor para impedirle que barriera, le alargó el pan, y el Cuco lo tomó con ánsia y continuó barriendo, sin dejar

zarlos; pero conozco al Lobo y á Chicas-corbas que son de mi barrio, y no han de acompañar á ese Caballero para nada bueno.

—Voy en el instante, dijo la Tia Dolores, á echar á ese mal dito fuera de la casa, antes que lo vea mi ama. ¡Y tanto que lloraba el belitre!

—Vaya usted, vaya usted Doña Dolores, y no consienta mas á ese perdido.

Y la vieja sin acordarse de hacer la compra se volvió á la casa.

Encontró la puerta abierta y á Margarita hablando en el pequeño pátio de la casa, con Cuco.

—Señorita, buenos dias dé Dios á su merced.

—Buenos dias Dolores.

—¿Está mas repuestita su merced?

Y Margarita notó ciertas señas que le hacia Dolores, recatándose de Cuco. Comprendió que algo tendria que decirla, y entró en su habitacion.

Dolores la siguió.

—Yo haré la compra dijo Cuco, que procuraba grangearse de nuevo la consideracion de la Tia Dolores.

—¡Qué compra irás á hacer tunante! eres capáz de no volver con la canasta.

Y como el Cuco seguia los pasos de Dolores penetrando en la habitacion, Margarita comprendió que la manera de deshacerse de él por el momento era dejarlo hacer.

—Trae pan y leche dijo al Cuco.

Y la Tia Dolores le dió la canasta y un jarro, haciéndole un gesto.

—El Cuco se lanzó á la calle.

—¡Señorita! ¡El Señor nos libre y nos defienda de una desgracia!

—¿Qué desgracia, Dolores?

—Que el caballero que vino anoche, está de acuerdo con ese condenado del Cuco.

—¿Para qué?

—Para que les abra la puerta esta noche.

—¿A quiénes?

—A ese caballero que vendrá con dos ladrones.

Margarita no hizo ninguna esclamacion; pero se puso pálida y comenzó á pensar en el partido que debia tomar.

—Dolores, dijo al cabo de un rato. Es necesario tomar un partido violentamente. Estoy sola en el mundo, y no cuento mas que contigo. Dios quiere tal vez que la expiacion de mis faltas sea terrible, pues que despues del amargo desengaño de Felipe, tendré que sufrir la mas horrible de las humillaciones. Es necesario partir, irnos de esta casa lo mas lejos que sea posible.

—¿Pero adonde, Señorita?

—No lo sé, Dolores, á ponernos en brazos de la Providencia, lejos de aquí.

—Pero, Señorita, esa sería una locura....

—No Dolores, nada podremos contra esos hombres; será inútil toda resistencia, y yo no encontraría mas remedio que matarme.

—¡Válgame Dios, Señorita! ¿qué está usted diciendo?

—No hay tiempo que perder, Dolores. Si te decides á acompañarme, sígueme; pero si no te encuentras con valor, déjame ir sola. Ya no permaneceré aquí mas tiempo. Estoy decidida.

—Pero en todo caso, Señorita, tenemos todo el dia; por que segun he sabido, esos hombres vendrán á las ocho de la noche; y acaso podriamos, deshaciéndonos del Cuco, estar seguras porque no abriremos la puerta.

—La echarán abajo: esta casa está aislada, y los vecinos son incapaces de prestarnos auxilio; ademas, ya sabes que cuando estos escándalos los dan los Caballeros de espada, no hay un plebeyo que saque la cara, ni un vecino que se duela de los que sufren. Toda resistencia será inútil, Dolores.

—¿Pero adonde iremos Señorita?

—Fuera de la Ciudad, á un pueblo cualquiera, al campo.

—¡El Señor tenga misericordia de nosotros, y cuantas cosas vamos á pasar por esos tunantes!

—Es necesario que Cuco no observe nada, que no vea ningun preparativo de marcha, por que iría á denunciarnos, y acaso se frustrarian mis proyectos. Es necesario alejar á Cuco con cualquier pretesto, no le des nada en que sospechar, finje que estás condolida de su desgracia, y que lo acojemos de nuevo y que hemos caído en la red. De esta manera él no tendrá mas que hacer que esperar aquí tranquilamente hasta las ocho.

Es necesario irnos cuanto antes y sin que ese muchacho vea el rumbo que seguimos. Por lo pronto ve á alcanzarle y que te ayude á la compra. Alhágalo con algun regalito, y le detienes lo mas que puedas.

En tanto dispongo aquí la marcha. Corre, Dolores.

—Voy, Señorita, voy.

Y la Tia Dolores salió, rezando interiormente una oracion. Margarita cerró la puerta de la calle y volvió á su cuarto.



CAPITULO XX.

LA FUGA.

Al entrar recorrió Margarita con una mirada su habitacion, y sintió que le faltaban las fuerzas. Iba á dejar para siempre aquel nido de amor, aquel recinto solitario, pero querido; triste, como la cárcel de sus lágrimas, pero lleno de encanto; por que aquel rincon del mundo habia sido testigo de todos sus goces y de todos sus dolores.

Allí vió á Felipe, que no era para ella, ni el ladron, ni el criminal, sino puramente el amante rendido, el hombre que habia engendrado sus sueños, sus ilusiones, sus sentimientos.

Allí habia visto á Felipe arrodillarse á sus piés, conmoverse, llorar con ella, hablarle de amor y de felicidad.

Todos aquellos objetos, testigos mudos de sus dias queridos, tomaban el sombrío tinte de las ruinas. Aquellas enredaderas que espiaban envidiosas su felicidad, ya no la volverian á ver allí, sonriente y satisfecha. Se asomarian en vano por la reja de su ventana, y encontrarían la oscuridad y el silencio.

Vendrían sus palomas á querer posarse en la falda de Margarita, para pedirla sus semillas y no la encontrarían.

Tambien las palomas tendrían que abandonar aquella casa. Todo iba á ser allí desolacion.

Margarita recorria uno por uno los objetos de su habitacion, sus juguetes, sus vestidos de gala con que recibia todos los dias á su amante, sus pobres joyas, sus humildes muebles, todo parecia decirle, adios.

Margarita lo tocaba todo, pero nada podia llevarse; tenía que huir y que abandonar lo único que poseía en el mundo.

No obstante, comenzó á formar un lio formado de reliquias de aquel lugar querido.

Tomó un cojin de seda que ella habia hecho para que Felipe reclinara la cabeza, y sacando su contenido, lo convirtió en una bolsa, donde fué depositando los objetos mas queridos, especialmente los que envolvian una historia ó un recuerdo de amor. Entre estos habia un puñal de Aldama.

Así permaneció Margarita por mucho tiempo, regando con lágrimas silenciosas aquellos objetos de que se despedia para siempre.

Cerca de su ventana habia dos jaulas de alambre. Allí estában dos cantores prisioneros que saludaban á Margarita en las mañanas.

Margarita les abrió la puerta, pero los pájaros siguieron

gorjeando sin aceptar la libertad.........................

....

Veamos entre tanto lo que estaba pasando al Cuco y despues á Dolores.

Cuando el Cuco salió con la canasta, pasó junto á Jacoba, que se calentaba al calor del sol en el atrio de la Iglesia de la Concepcion, y dando á la pordiosera un golpe en la cabeza con la canasta, gritó.

—¡Adios, Jacoba, malas mañas!

—¡Tunante! le gritó Jacoba, malas mañas las tuyas.

—¡Cállate, bruja ó te ataranto de otro canastazo!

—Si pensarás, dijo esta mohina y furiosa, si pensarás que no sé lo que estás haciendo en la casa de Doña Dolores.

—¿Qué estoy haciendo? vamos á ver, simplona.

—Te han aconsejado que hagas las paces con Doña Dolores.

—¿De veras? dijo el Cuco haciendo muecas ¿y qué mas Jacobita?

—Qué estás esperando al Lobo y á Chicas-corbas.

—¿Y quién te lo ha dicho, maldita?

—El Caballero con quien hablaste anoche allí en la esquina, pícaro.

—Ese Caballero no te ha dicho nada, ni te conoce como á mí; ¿acaso á tí te conoce algun Caballero?

—Pero te llevas chasco, Cuco del Diablo.

—¿Chasco?

—Si por que nada conseguirás, á Dios gracias.

—¡Qué sabes tú de todo eso! ¡entumida, borracha!

—¡Eso sí que no! que nunca bebo, deslenguado.

—¡No te habré visto!

—Calla la boca, vagamundo.

—Estoy destinado en casa de la Tia Dolores, y mira: voy á la plaza á comprarla leche.

Y levantó el jarro haciéndo sonar dentro de él las monedas que llevaba para la compra.

—¿Quieres que te convide? Te daré, te daré tu limosnita Jacoba la coja.

—Vuelve pronto para que te den tu merecido.

—¿Quién? ¿la Tia Dolores?

—Puede que alguno.

—Ya metiste chismes.

—Solo le dije á Doña Dolores todo lo que pasó con tigo y el Caballero de anoche.

—¿Cómo lo sabes?

—Ni tú, ni él me vieron en la puerta donde me siento siempre: la noche estaba oscura y lo supe todo, ¿lo entiendes pillo?

—¡Maldita coja! ¿y quién te manda escuchar lo que no te importa? toma, coja del diablo, toma.

Y el Cuco quebró el járro sobre la cabeza de Jacoba. Las monedas saltaron y el muchacho se puso á recojerlas, sin dejar de echar maldiciones á Jacoba que estaba dando de gritos. ¡Cállate! maldita coja, decia Cuco, tirando sendos puntapiés á la pordiosera, hasta que dos hombres vinieron en socorro de aquella muger y el muchacho echó á correr tirando la canasta.

Cuando la Tia Dolores volvió de la Plaza de buscar en vano en ella á Cuco, encontró á Jacoba llorando.

—Me ha pegado ese maldito, decia Jacoba, por que le dije que ya lo sabia usted todo, Doña Dolores.

—¡Ah! Pues ya el tuno no aparecerá por aquí.

—Echó á correr, Doña Dolores, dijo Jacoba; tirando la canasta y rompiéndome el jarro en la cabeza.

La Tia Dolores echó á andar hácia la casa.

Contó á Margarita lo que pasaba, y esta doblemente alarmada, apresuró los preparativos de su viaje, temiendo ser de un momento á otro detenida en sus proyectos, si como era probable, Don Baltasar se enteraba que estaba descubierto por el Cuco.

Arrebujada en un manto, seguida de Dolores y cargando un pequeño emboltorio salió Margarita de su casa á eso de las nueve de la mañana.

Margarita caminaba lo mas rápidamente que le era posible, aunque tenia que detenerse repetidas veces para que Dolores, que andaba mas espacio, se le reuniera.

Pasada la garita de San Cósme alcanzaron un carro, que vacío regresaba al Pueblo de Tacuba; conviniéronse con el conductor y llegaron con felicidad al Pueblo, donde Dolores consiguió sin gran dificultad alojamiento para ella y Margarita en la pobre casa de unos jornaleros.

Todo el dia lo pasó Margarita entregada á sus reflecciones y sin poder dar una solucion favorable á su situacion.

Habiánle dispuesto á Margarita la pieza mas habitable de aquella pobre morada, pieza que era á la vez troje y dormitorio, y que tenia una ventana que daba al camino.

Al oscurecer volvieron de su trabajo los labradores y sentaronse hasta ocho al derredor del hogar, donde dos robustas indias hacian las tortillas y las repartian á los que iban llegando.

Margarita podia contemplar esta escena desde la puerta

de su habitacion.

Veia á aquellos hombres devorar con extraordinario apetito sus tortillas, y saborear con delicia chiles picantes.

Pensaba en que si fuera perseguida por Quintero, dado caso que este hubiera sabido el rumbo que habia tomado, aquellos hombres la defenderían, y con esta idea, y con haber trascurrido algunas horas sin novedad, se tranquilizó, y despidiéndose de la muger que les habia proporcionado el alojamiento, cerró la puerta de su pieza y se reclinó en unos gruesos petates que la habian ofrecido por lecho.

Ni Dolores ni Margarita habian revelado á aquellas buenas gentes el motivo de su viaje, ni los temores que abrigaban: pues refleccionaron que si algo indicaran, podian negarles la hospitalidad, por temor de verse complicados en asuntos de justicia. De manera que Margarita, pasó como una viajera simplemente, aunque por su traje y sus maneras no dejó de hacerse notable entre los campesinos; pero la mayor parte de ellos solo sabian que habia huesped y no se cuidaron de indagar quién era.

No bien se habia recostado Margarita cuando desatándose un viento noroeste comenzó á silvar de una manera lúgubre al través de las junturas de las puertas. Bien pronto la luz de los relámpagos dibujaban rayas de luz azulosas en medio de la oscuridad de la habitacion. Despues una tempestad desecha rasgó las nubes, y comenzó á llover á torrentes.

Dolores se acercó á Margarita que se habia sentado y ambas se pusieron á rezar oraciones especiales contra la tempestad.

Despues de un *gloriæ patri*, Dolores esclamó:

—¡Qué tempestad, Señorita, qué tempestad tan horrorosa!

—¿Sabes que en partes me tranquiliza?

—¿Por qué, Señorita?

—Por que en noche tan horrible, no habrá quien nos persiga y podemos dormir sin ese temor al menos.

—¡Quién sabe Señorita, si la tempestad traiga á nuestros enemigos!

Dolores creía correr el mismo riesgo que Margarita, pues á juzgar por su miedo, ni á los quince años hubiera tenido mas que entónces.

El cielo entretanto parecia desplomarse y se sucedian los truenos con ligeros intervalos.

En medio del ruido colosal del aguacero y de la tempestad, sonaron fuertes golpes á la puerta.

Margarita se abrazó de Dolores y ambas permanecieron sin aliento.

Los golpes se repetian á la puerta que daba al camino, y á poco se oyó la voz de una muger que preguntaba:

—¿Qué quieren á estas horas?

—Queremos entrar, por que estamos empapados. Se pagará bien el gasto, contestó una voz por fuera, confundiéndose con el ruido del agua.

—No hay lugar en la casa, dijo la muger.

—Un rincon, buena muger, pagaremos bien.

—No se puede abrir, dijo al fin la muger. Los golpes cesaron, y no se oyó mas.

—Yo creo que es Quintero dijo Margarita: me ha dado en el corazon.

—¡Quiá! Señorita, ¡qué ha de ser!

Los golpes empezaron de nuevo, pero nadie contestaba.

A poco los golpes se repetian en la ventana del cuarto

que ocupaba Margarita, quién se levantó de un brinco.

—¡El es! esclamó Margarita, y viene acompañado; los golpes suenan á un mismo tiempo por varias partes.

—¡Ah de casa! gritó una voz que conoció Margarita: era Quintero ¡Abran la puerta ó la echamos abajo!

Los campesinos se habian levantado y se armaban con azadones, palos y cuchillos.

Margarita abrió la puerta que daba al interior por que la ventana por donde tocaban estaba á punto de abrirse y no tenia reja.

—¡Por aquí! gritó Margarita á los hombres que estaban en el pátio.

En toda la casa reinaba la mayor oscuridad.

En este momento se abrió la ventana y la luz de un relámpago dibujó la figura de un hombre.

Los jornaleros esperaron á la puerta del cuarto: uno de ellos dejó ir el tiro de una carabina y avanzaron en seguida hacia la ventana.

—¡En nombre de la justicia, dijo Quintero, abrid la puerta!

Margarita y Dolores salieron del cuarto escabulléndose detras de los jornaleros y se colocaron en un rincon del pátio cerca de una puerta.

—La justicia no abre las ventanas, dijo una voz.

—O se retiran ó hacemos fuego, dijo otra.

—¡Muchachos! ¡á ellos! ¡por la puerta!

Y cuatro hombres salieron al camino para batir por la retaguardia á los que habian forzado la ventana.

—¡Alto! en nombre de la justicia; y que enciendan luces dijo Quintero en tono imperioso.

Se han equivocado ustedes; y no se les hará ningun mal si

tratan con mas miramientos á unos oficiales que vienen de parte del Exelentísimo Señor Virey.

—¡De parte del Virey! dijeron algunos, dejando su actitud hostil.

—¡Y si no es cierto! gritó una voz.

—Aquí está la órden, decia Quintero. Pero en todo caso, una luz, muchachos.

Dos de los jornaleros corrieron á traer un trozo de ocote que otro estaba ya encendiendo en los tizones del hogar.

Quintero y Blanco estaban á pié y estaban solos.

Reconocidos á la luz de los relámpagos, los campesinos no dudaron que fuera la justicia; pero como á pesar de esto, permanecian con las armas preparadas unos, y otros con los azadones levantados, Quintero dijo acercándose algunos pasos.

—Si fueramos malhechores no intentariamos dos hombres pelear con todos ustedes.

—Es cierto, dijo un jornalero.

En tanto apareció un hombre con un leño de ocote encendido.

La luz acabó de infundir la confianza á los jornaleros, pues vieron los trajes de Quintero y de Blanco y juzgaron que se trataba de dos caballeros, que no habian ni echado mano á las espadas.

Quintero y Blanco habian llamado á aquella puerta que era la primera del camino, mas por librarse del aguacero, que por que supieran que allí estaba Margarita; pues las ultimas noticias que habian tenido en el camino, eran, que habian visto á dos mugeres en un carro cuyo conductor era vecino del Pueblo; pero Quintero por sostener su dicho de venir

de parte del Virey, dijo:

—Venimos buscando á dos mugeres.

—Las que se alojaron en la sala, dijo uno.

Margarita al oir esto, empujó la puerta en que estaba reclinada y esta cedió.

—Por aquí, Dolores, dijo en voz baja á la vieja, dándola un tiron, y bien pronto se encontraron en un corral.

La oscuridad era densa y el aguacero redoblaba su fúria en ese momento.

Los piés de Margarita se hundian en el fango y caminaba á la ventura. No queria hablar por temor de ser escuchada, pero Dolores no parecia.

—Dolores, por aquí, decia Margarita ¿en donde estás?

Pero Dolores no respondia.

Se oia en la casa un gran ruido y Margarita seguia andando en el lodazal.

Las voces se acercaban por el pátio á la puerta del corral, y la luz del ocote lanzaba hasta donde estaba Margarita algunos reflejos que se confundian con los relámpagos.

Derrepente oyó una voz cerca de ella que le decia:

—Por aquí, Señorita, por aquí, sálvese usted y no hable.

—¿Por donde? dijo Margarita que no veia nada: sintió la mano de un hombre.

—Un momento nada mas, y está usted en salvo, valor, Señorita, valor.

Y Margarita se dejó conducir, hundiendose resueltamente en el lodo.

El hombre que la conducia de la mano la ayudaba á no caer. El terreno se hacia cada vez mas fangoso, y resbaladizo en las alturas.

Margarita pudo distinguir una puerta de trancas como á veinte pasos de distancia.

En este momento se abrió á su espalda la puerta del corral por donde habia entrado y apareció el hachon.

—Si llegamos á las trancas estamos salvados, Señorita. Animo, ánimo.

—No puedo, decia Margarita, procurando sacar sus piés que se enterraban en el fango, mas de una cuarta.

El hombre que la conducia tomó á Margarita en brazos, hasta llegar á las trancas: sus perseguidores venian por mitad del corral que ccmo se vé era mny grande y casi intransitable.

—¡Allá vá! ¡allá vá! decian varias voces, vá por el campo.

El salvador de Margarita habia corrido una tranca y salió con su carga á cuestas. Estamos salvados dijo, aquí esta un caballo.

Efectivamente, en pocos pasos, á pesar de estar fatigado con el peso de Margarita estubo cerca del caballo: puso á Margarita en la silla, saltó en seguida á la grupa, arrendó el caballo y ganó la llanura al trote.

Margarita engarabitada sobre la montura, se agarraba fuertemente y cerraba los ojos, pues le parecia que cada vez que tropezaba el caballo iba á rodar á un abismo.

Su conductor azuzaba al caballo que empezaba á pisar en mejor terreno, hasta que al cabo de unos momentos comenzó á galopar.

Cuando los perseguidores de Margarita llegaron á las trancas, no vieron nada.

No cabia duda que habia salido por allí, pero en la oscuridad de la noche y entre los matorrales, no era posible distin-

guir nada, y se retiraron á la casa juzgando que sería inútil buscar mas.

Quintero y Blanco habian atado sus caballos á un árbol, á poca distancia de la casa, y mientras los campesinos buscaban por las piezas y por el corral, ellos montaron y volvian á la casa.

—Se ha ido por el corral, decian unos, si su Señoría la sigue á caballo la va á encontrar muy pronto.

—¡Aquí está! ¡aquí está yá! gritaron unos.

—Quintero avanzó con su caballo entrando en el corral seguido de Blanco.

Se acercó á los dos hombres que así gritaban y encontró á Doña Dolores casi desmayada.

—No es esa, dijo Quintero, la otra.

—¿Qué hacemos con ella?

—Entregarla al Alcalde del pueblo de parte de Su Exelencia el Virey y esperar órdenes.

—Está bien, dijo uno.

—Su Señoría será servido, dijo otro.

—Adios, muchachos; y atravesando el corral salieron Blanco y Quintero por la puerta del campo.

—De buena hemos salido, decia Blanco.

—¿En donde están el Lobo y Chicas-corbas?

—Se quedaron atrás.

—Mentecatos, no sirven esos bandidos para nada. ¿Usted conoce el terreno, Don Joaquin?

—No he venido nunca por aquí.

—¡Y la noche tan oscura! Tal vez pasemos junto á esa muger sin verla.

—No es estraño.

—No debe estar muy lejos.

—Me parece inútil buscarla.

—Si no la buscamos en este momento, lo inútil será entonces todo lo hecho hasta aquí, porque perderemos la pista.

CAPITULO XXI.

PLÁCIDA.

Quintero y Blanco, que como hemos visto no eran hombres de un valor muy acrisolado, sintieron, no bien estuvieron en el campo, cierta especie de terror de que ni á sí mismos querian darse cuenta.

Los espíritus débiles salen de su natural estado merced á una circunstancia extraordinaria y merced á un esfuerzo del ánimo sostienen la tension del valor por cierto tiempo, pasado el cual, la pusilanimidad recobra su asiento. No es estraño ver personas que se asustan despues del peligro.

A Quintero y á Blanco les pasaba algo por este estilo.

—Reflexionemos, dijo Quintero.

—Reflexionemos, repitió Blanco, que deseaba cualquier circustancia inusitada para no seguir caminando.

—Bien pensado, Señor Don Joaquin, yo no estoy enamorado de Margarita. Todo, en último resultado, no es mas que un capricho.

—Sí; pero los hombres resueltos, como nosotros, llevan siempre á cabo sus menores caprichos aun á riesgo de su vida, dijo Blanco, muy satisfecho de haber disimulado su miedo con una frase pomposa.

—Efectivamente, dijo Quintero, debemos buscar hasta encontrar á esa muger.

—Es imposible que á pié y con esta noche pueda estar lejos.

—Pero la cuestion es adivinar el rumbo.

—Busquémosla como un alfiler, comenzando por la puerta de las trancas, registrando en todos los magueyes y en todos los zarzales.

—Usted por aquí, Señor Don Joaquin.

—Y usted por el otro lado, Señor Don Balatasar.

Y se pusieron efectivamente á buscar por todas partes.

La lluvia habia cesado y el cielo empezaba á despejarse, dejando relucir algunas estrellas.

Al cabo de un largo rato de buscar inútilmente, reuniéronse los buscadores.

—No hay nada por aquí, Señor Don Baltasar.

—Ni por aquí, dijo Blanco.

—Esperar la luz es para fastidiarse.

—Es muy temprano.

—Volvámonos al encuentro del Lobo y de Chicas-corbas, los enviaremos con órden de no separarse de estos contornos

sin llevarse á la prófuga viva ó muerta.

—Me parece muy acertado; volvámonos, que aun será tiempo de cambiarnos la ropa, y de visitar á la encantadora Teresa.

—Eso es lo positivo. En marcha.

—En marcha.

Y tomando á poco andar el camino real se pusieron á galopar.

Dolores, entre tanto, era el objeto de sérias controvérsias entre los campesinos.

—¿Con que usted, buena anciana, decia la muger que le dió hospedaje, es una criminal?

—¡El Señor me libre y me defienda, no crea usted semejante cosa! El criminal es el Señor Quintero que ha querido robar á mi ama.

—Entre un Caballero tan guapo como ese y esta vieja, no hay que dudar, la vieja es la mala, dijo uno.

—Y tendriamos que sentir con la justicia.

—Que venga el Alcalde.

—Si, que venga el Alcalde, dijeron varios.

Y se mandó por el Alcalde, quien á poco se presentó con farol y ronda armada, á la casa de los jornaleros.

—¿En donde está el reo? preguntó.

—Es esta muger.

—¿De qué se le acusa?

—Es un secreto del Excelentísimo Señor Virey.

—¡Con qué tan grave es el asunto!

—Dos Caballeros perseguian á una dama que se alojó aquí con esta muger.

—¿Y en donde está la dama?

—Huyó, Señor Alcalde.

—*Jale* por delante dijo el alcalde á Dolores.

—Todo esto es una equivocacion, Señor Alcalde, esos Caballeros no son enviados del Virey, son unos tunantes.

—¡Calle la deslenguada! que no es cosa de su incumbencia.

—Es que soy inocente.

—Todas dicen lo mismo.

—Se va á cometer una infámia conmigo, Señor Alcalde.

—¡Calle la bruja he dicho! que soy la autortridad; y dió en el suelo un golpe con su vara.

—A la cárcel con ella, y amaneciendo Dios, veremos como está esto. ¡Alguaciles; con ella!

La ronda rodeó á Dolores y custodiada por ocho ganapanes armados, fué conducida á la cárcel del pueblo.

—Que nadie salga mañana de esta casa.

—Está bien Señor Alcalde dijo una de las mugeres.

—¿Cuantos son?

—Ocho hombres, y dos mugeres que les hacen las tortillas.

—Hum!....gruñó el Alcalde. Hombres y tortilleras quedan presos en la casa hasta nueva órden, y el que se escape á la horca con él, que soy la autoridad.

Y el Alcalde, alzando su vara, echó á andar al lado de la ronda acompañado de un muchacho que llevaba el farol.

Aldama y Quintero llegaron á San Cósme sin haber encontrado al Lobo ni á Chicas–corbas, y en llegando frente á la Iglesia, atravesaron por los potreros hacia el noroeste para entrar á la Ciudad por el barrio de los Angeles.

Dejaron los caballos en el tendajo de Malaespina, donde conocimos al Cuco; y Quintero y Blanco echaron á andar

a prisa para desentumirse.

Penetraron en la casa numero 23 de la calle del Aguila y cambiando sus ropas mojadas por otras del escaso guardaropa de Quintero, se dirijieron á la casa de Teresa.

A las once do la noche se presentaron, y Blanco fué acojido con la mayor amabilidad.

Don Manuel de la Rosa estaba vestido con una bata de raso verde claro y tenia pantuflas rojas bordadas de oro.

Teresa se habia atrevido á decirle que asi estaba encantador.

La reunion aquella nocho, era mas numerosa: habia dos comerciantes españoles, y una nueva pecadora llamada Plácida.

Era una amiguita de Teresa, trigueña, parlanchina y pispireta.

Tenía ojos espresivos, grandes pestañas levantadas hácia arriba, pelo negro quebrado, y magníficos dientes.

Era ajíl de cintura, y se le citaba como modelo en el baile español.

Poseía el mas lindo pié de América, como decia uno de los nuevos parroquianos.

La chica, en fin, era una verdadera tentacion.

Blanco se endiosó, no tuvo ojos ni palabras sino para Plácida.

Y Plácida encontró muy de su gusto á Blanco.

Quintero cuchicheaba con Catalina.

Don Manuel hablaba de abarrotes con sus compañeros y Teresa negligentemente reclinada en un canapé, lo observaba todo y animaba de vez en cuando la conversacion.

—Te felicito Plácida.

—¿Por qué Teresa?

—Por tu boda.

—¡Picara! dijo Plácida enseñando sus preciosos dientes por medio de una sonrisa que entusiasmó á Blanco.

—No riñas con Don Baltasar, Catalina: ha tenido negocios sérios.

—¿Cómo lo sabe usted Teresa?

—Tengo mis espias.

—Pues no es cierto. Hemos estado con Aldama, curándolo ¿No es verdad Don Joaquin?

—Es cierto dijo Blanco.

—Ea Señoras, dijo Don Manuel, ya es hora de ganar los maravedis.

—Trae la carpeta, gritó Teresa.

Y Dominga entró con la carpeta, con las habas y con las velas.

Media hora despues Blanco y Quintero ganaban cien onzas.

Blanco reponia á Plácida lo que perdia, Quintero á Catalina y Don Manuel se dejaba robar por Teresa, quien habia dado en este inocente entretenimiento, cosa que le hacia muchísima gracia á Don Manuel que perdia de varios modos.

—¿Saben ustedes lo que se cuenta Señores? dijo Teresa.

—No lo sabemos, contestó uno de los comerciantes.

—Cuentan que entre un farile, un Licenciado y un Virèy, me van á quitar á mí mariditо.

Don Manuel quedó aturdido como con un cañonazo.

—Eso es divertido dijo Quintero, barajando. Cuente usted Teresa, ya escuchamos.

—Pues el fraile, continuó Teresa, es nada menos que Fray

José de la Purísima Concepcion

—Cuidado con los frailes, dijo Blanco.

—¿Y el Licenciado? preguntó Qnintero

—El Licenciado es Don Francisco Primo de Verdad y Ramos.

—Cuidado con los Licenciados, dijo entonces uno de los comerciantes.

—Han dado y tomado esos santos varones en que yo soy una muger mala.

—¡Que disparate! dijo Quintero.

—Yo, palomita sin hiel, sin mas delito que amar de todo corazon á Don Manuel de la Rosa, á despecho de la Santa de Doña Mariana y de la cuasi Santa de Doña Isabel.

—¡Ya se vé! dijo Don Manuel.

—¿Pero eso es cierto? preguntó uno de los comerciantes.

—De todo punto. ¿Han visto ustedes mayor infámia? está visto que ya no puede una muger libre amar á quien le diere la gana. Bien se vé que Don Manuel no es un niño, y yo no le pongo pistolas al pecho.

¿No es verdad Manolito, Manolito mio?

—Es cierto contestó el viejo.

Aquella noche por ser mayor la concurrencia habia en la casa de Teresa no solo mas animacion sino mas licores.

Blanco y Quintero despues de haber hecho honor á las aceitunas á las sardinas en aceite y á los biscochos, aceptaron con sumo beneplácito algunos vasos de vino añejo, pues no habian tomado alimento casi en todo ese dia.

La fortuna parecia complacerse en indemnizar á estos dos hombres de todos los sinsabores pasados, Catalina y Plácida y un buen puñado de onzas de oro eran la suprema feli-

cidad.

Blanco se forjaba mil quimeras con respecto á su futura querida. Con aquellas onzas iba á hacer prodigios.

—¿Qué le parecen á usted estos pendientes? dijo Teresa á Qnintero.

—Ya los habia notado, dijo este, son hormosísimos.

—Es un regalito de mi Manolo. Vinieron tres iguales á una reloxeria de la Calle de Plateros y son regalados; no valen mas que trescientos cincuenta pesos.

—Efectivamente, son dados.

—¿No es verdad? dijo Catalina á Quintero.

—¿No es verdad? dijo á la vez Plácida á Blanco.

—Mañana tendrá usted los otros, Plácida.

—Mañana tendras los otros, dijo Quintero á Catalina.

—¡Bravo! ¡bravo! dijo Teresa. No lo dije por tanto.

—He aquí unos caballeros verdaderamente galantes. Niñas, es necesario dar las gracias. ¡Que mugeres tan frias las de estos tiempos!

Catalina ofreció su boca á Quintero, este la besó y un aplauso resonó en la sala.

Blanco esperaba, y Plácida, dirémoslo en honor suyo, se puso colorada como una amapola, pero hizo lo mismo.

Los lábios de Plácida acabaron de perder á Blanco.

Quintero, con la astucia que le era peculiar, habia puesto ya á salvo en sus bolsillos algunas onzas, cuyo peso sentia al respirar, como la mas tierna de las caricias, y ya hacia rato que hacia señas á Blanco para que se levantara de la mesa; pero Blanco estaba absorto junto á Plácida y hubiera sido necesario una cábria para levantarlo.

Teresa, Catalina y Plácida comenzaban á bostezar.

—Ya éstas Señoras tienen sueño, y prudente será dejar que se recojan.

—En hora buena, dijo Don Manuel, nosotros seguiremos.

—Naturalmente, dijo uno de los comerciantes á quien Quintero habia acertado algunos golpes. Juego que tiene desquite....

—Buenas noches, dijo Teresa: despedáccnse hasta mañana, y dando un beso en la frente á Don Manuel, desapareció.

—Catalina y Plácida permanecieron al influjo de dos miradas suplicatorias.

—¡Dios de Israel! dijo Don Manuel, he perdido mucho. Es necesario la revancha, Señores, la revancha.

—Estos Señores, dijo el otro de los comerciantes, no rehusarán, como Caballeros, seguir jugando.

—Por su puesto, dijo Blanco, mirando á Plácida.

Quintero se mordió los lábios.

—Banco y baraja, dijo uno de los comerciantes: me pierdo ya ochenta onzas ¡Condenacion!

—Banco y baraja, repitió Don Manuel ¡Dios de Israel! ¡si apenas me quedan cinco monedillas!

Quintero tenía un mal presentimiento, pero no se atrevió á levantarse

—¡Sota y cinco: dijo el comerciante!

—¡Buen albur, Don Rufo! esclamó Don Manuel.

—¡Que linda sota! agregó Catalina, Baltasar pónle mucho.

Quintero puso diez onzas.

Blanco puso otras diez onzas á la misma sota.

—Mis cinco monedillas con usted, Don Rufo.

—Van, dijo éste.

—Cinco de bastos á la tercera, vieja. dijo Don Rufo, reco-

jiendo el dinero.

—Cambió la suerte, esclamó Don Manuel *alzando.*

—Haz y tres. Pago al haz, dijo Don Rufo.

Apostaron todos, corrió la baraja y Don Rufo murmuró.

—El tres mozo; y recojió de nuevo.

Catalina y Plácida se retiraron en seguida, y el juego en pocos instantes tomó un carácter distinto del que tenia.

Los cinco jugadores estaban en plena fiebre, el oro iba y venia como las olas, brillaban los ojos y en cada albur se contenia el aliento. Don Manuel ganaba, Don Rufo se reponia de sus pérdidas, y Quintero y Blanco veian disminuirse su ganancia.

Se redoblaron las apuestas, y ya en los momentos de perder el cálculo y la prudencia ganó Quintero un albur de cien onzas.

Blanco acertó dos de á treinta; y fuertes con estos golpes dados á sus contrarios, creyeron por un momento hacer una ganancia loca; redoblaron las apuestas y perdieron.

Quisieron reponerse con otro golpe, con un siete *visto*, y perdieron.

No pudieron dudar del Rey: ¿quien iba á dudar del Rey? y perdieron.

Hubieran puesto su alma á aquel seis; el seis era claro como la luz del dia: y perdieron

Y luego ¿como no ir contra el seis? contra aquel seis negro como la perfidia: y perdieron.

Y ¿como no desquitarse? y pidieron caja, y como tenian caja abierta, perdieron

—Habeis perdido dos mil duros, paisanos, dijo Don Rufo.

—Yo recojo aquí las cajitas á las ocho de la mañana. ¡Dios

de Israel! si son las cuatro; dijo Don Manuel viendo el relox.

Entonces recojeré las cajitas á las doce, á la alba de los lagartijos.

—Buenas noches, paisanos. Adios, Don Manuel. Muy felices, Don Rufo. Dormir bien, Perogordo.

Quintero y Blanco se despidieron de Don Manuel, y una vez en la calle se quedaron viendo uno frente al otro, sin hablar una palabra.

CAPITULO XXII.

EL SEÑOR DON LEONCIO.

Que hacemos, Don Baltasar?

—Eso mismo digo.

—Es necesario pagar á toda costa.

—Es muy sencillo.

—¿Como?

—Vea usted: á usted le prestó veinte onzas Don Felipe, y cincuenta que se prestó usted en la Villa de Guadalupe, son setenta; á ciento veinte y cinco nos faltan cincuenta y cinco: nada mas cincuenta y cinco onzas de oro.

—Poco á poco, Don Baltasar, las veinte onzas que me prestó Don Felipe, las he gastado: y en cuanto á las cincuenta

de la Villa, si bien pasé por haberlas tomado, fué solamente por evitar un duelo, que nos hubiera costado carillo á usted y á mí.

—Yo no entiendo de eso: usted paga las cincuenta onzas ó le denuncio con Don Felipe que es mejor espada que yo.

—Estoy resuelto, Don Baltasar; haga usted lo que guste, pero, ni puedo ni debo pagar las cincuenta onzas.

En resumidas cuentas, ¿cuanto tenemos para pagar esos dos mil duros?

—Yo no tengo nada.

—Yo tengo apenas en casa una bicoca.

—¡Dos mil pesos! ¡con mil demonios!

—Sin contar con los setecientos duros de los pendientes; por que supongo que no nos quedaremos con el beso solemne de esas chicas.

—Por de contado.

Y Quintero y Blanco entraron á la casa nnmero 23 de la Calle del Aguila á la sazon que abrian las puertas pues era ya de dia.

No eran aun las ocho de la mañana cuando volvieron á salir del cuarto que en aquella casa ocupaba Quintero, y se dirijieron á la tercera Calle del Relox, á la casa de un viejo usurero que allí vivia.

—¿Está en casa Don Leoncio? preguntó Quintero á una criada que barría.

—No se ha levantado su merced.

—Venimos á buscarle para un negocio urgente.

—Todos los Señores que traen negocios con el amo, me dicen lo mismo; y el amo se pone furioso cuando le despiertan.

—¿Qué hacemos? preguntó Blanco á Quintero.

—Esperar.

—Sus mercedes pueden esperar á que despierte.

Mas de media hora pasaron en el corredor hasta que la criada abrió la vidriera de la sala, é hizo pasar á aquellos caballeros.

Todavia esperaron un cuarto de hora sentados para que apareciera Don Leoncio.

Este era un viejecito de un cuerpo diminuto, ojos muy pequeños, pero chispeantes como los de un reptil, gruesos pelos blancos caian de sus cejas sobre los párpados superiores, dando á la fisonomia un aspecto estraño. Tenia ademas Don Leoncio los lábios muy delgados. Estaba envuelto en una capa negra y tenia la cabeza cubierta con una montera de seda negra de punto de media.

Don Leoncio tenia cerca de sesenta años: era solo y no tenia en México ningun pariente.

Fué dependiente de una casa de comercio diez años, de los quince á los venticinco: desde cuya época habia vivido á la presente, del ájio; y capitalizando los réditos con una constancia ejemplar, habia llegado á tener un caudal inmenso, del que nunca habia gozado, pues su vida era mas que modesta, miserable.

—Mi Señor Don Leoncio, dijo Quintero, cuando el usurero se presentó en la sala.

Este saludo fué acompañado de ese movimiento de forzada cordialidad peculiar del que va á pedir.

Don Leoncio movió la cabeza y se dirijió á un escritorio que estaba colocado en el centro de la habitacion: tomó asiento, hizo seña á Quintero y á Blanco para que lo imita-

sen, y se caló unas gafas de varillas de carey, al través de las cuales dirijió una mirada á sus clientes, que literalmente traducida queria decir:

—*¿Qué se ofrece?*

Quintero comprendia que tenía qué habérselas con un viejo zorro, y buscó la curva mas larga para llegar al objeto de su visita.

—Señor Don Leoncio, creo que usted no conce á este jóven.

—No tengo el honor.

—Don Joaquin Antonio Blanco, hijo de Blanco y compañia de Cadiz, una de las casas mas acreditadas....

—Don Leoncio guardó silencio.

—Este chico, continuó Quintero, tiene un génio vívisimo, y es la idolatría de sus buenos padres; consentido por ellos como el mas holgazan de los mozos, y criado, como comprenderá usted, merced á la fortuna de su familia, en la opulencia. Un dia púsosele en la cabeza venir á América: figurese usted, Don Leoncio, cual sería la tribulacion de aquella familia que lo adoraba....

Llanto por aquí, suplicas por allá, amenazas por acullá, y el mozo empeñado en surcar los mares.

Don Leoncio sacó del bolsillo un enorme relox de plata; lo miró por debajo de las gafas lo volvió al bolsillo, y al través de los vidrios volvió á preguntar á su interlocutor con la mirada.

—*¿De qué se trata?*

—Para no molestar la atencion de usted, dijo Quintero' Joaquin se escapó de la casa paterna....

Quintero esperaba que Don Leoncio manifestara alguna

impresion, y no dejó de desconcertarse al tener por toda respuesta la impasible mirada del usurero.

—Esta fué indudablemente una locura de muchacho, que debió haberle consitado el enojo de sus padres; pero el Señor Blanco padre, es hombre de otro temple y por el primer conducto envió á su hijo recursos abundantes, muy abundantes ¿no es verdad, Joaquin?

Blanco hizo una señal de asentimiento.

—Tan abundantes, repitió Quintero, que se ha gastado este mozo, aquí donde usted lo vé, mas de veinte mil duros en pocos meses. ¿Qué dice usted, que hombre tan pródigo?

La mirada de Don Leoncio permanecia impasible y fija como la de una estatua.

Quintero continuó:

—Ahora ya es otra cosa. El amor lo ha trasformado completamente, y le corre prisa por casarse: ha escrito á su familia y está en espera de su lejítima que consiste en unos cuantos millones de reales.

Ni la palabra *millones* hizo pestañear á Don Leoncio.

Quintero estaba á punto de desmayar en su empresa, por que ante aquellas gafas estaba viendo claro que todo iba á ser inútil, y añadió:

—Con objeto de apresurar los preparativos de la boda, nos hemos propuesto conseguir una friolera: unos tres ó cuatro mil duros, que son los únicos que nos hacen falta por ahora; y eso por que Joaquin se ha empeñado en lo del banquete y el baile, y no sé en cuantas cosas que yo juzgo supérfluas.

Don Leoncio no se movia.

—Y deseamos, continuó Quintero, que usted tenga la bon-

dad de facilitar esa suma, cuyo interes, sea el que fuere, se pagará religiosamente.

Hubo todavia un rato de silencio, que á Quintero y á Blanco les pareció eterno.

—¿Ha concluido usted caballero? dijo al fin Don Leoncio.

—Si Señor, y deseamos que si es posible hoy mismo....

—No tengo un cuarto, caballero....suspiró Don Leoncio, dándose golpecitos con los cuatro dedos de la mano derecha sobre el puño izquierdo.

—Caballero Don Leoncio, insistió Quintero, las ventajas que puede proporcionar á usted este negocio, no son de desperdiciarse: los intereses del dinero pueden ser considerables, el plazo cortísimo y el pago infalible.

—No hago negocios sino sobre hipotecas.

—Cuando los agraciados son entes vulgares y desconocidos, y sobre todo cuando no se trate de la felicidad conyugal, por que ¡cuantas veces un retardo en enlaces ventajosos da lugar á incidentes que perjudican el porvenir!

—Sobre hipoteca, repitió Don Leoncio.

—La novia es riquísima, y aun el caso remoto de que la familia de este mozo, no remitiera en primera ocacion los fondos de su legítima, los bienes que la novia trae al matrimonio bastarían á cubrir mil veces esa miserable suma.

Don Leoncio seguia golpeando su mano izquierda, formando un sonecito compasado, y sus pequeños ojos de reptil permanecian inmóviles detras de las gafas.

—Espero por lo tanto, caballero Don Leoncio, que en atencion á lo espuesto, se servirá usted poner las condiciones que mas ventajosas le parezcan.......

—¡Hable usted pues, caballero!

—¿Este jóven ha comprado ya algunas galas? dijo el usurero.

—Si caballero, hemos hecho grandes compras.

—¿Ya estarán acabando los trajes?

—Seis costureras y dos sastres trabajan afanosamente.

—¿Y los muebles?

—Los muebles se estan concluyendo á toda prisa.

—¿Con que nada falta?

—Casi nada.

—¿Con que la novia es rica?

—Riquísima, dijo Quintero, sintiendo crecer su esperanza á cada pregunta.

—Son de rigor en un caso semejante, las alhajas.

—¡Oh, si caballero, de rigor!

Hubo un momento de silencio, al cabo del cual Quintero continuó:

—Y solo esperamos esa friolera de dinero para los gastos de la boda, y que, no dudo que usted, Señor Don Leoncio, se prestará á satisfacer nuestros deseos.

—Sin duda, contestó en el acto Don Leoncio.

Quintero y Blanco no pudieron contener una esclamacion ruidosa.

—No esperabamos menos del magnánimo corazon de usted, caballero, se apresuró á decir Quintero.

¿Y que interes fija usted á su dinero?

—Nada mas el tres por ciento al mes.

—Es una friolera.

—¿Y el plazo?

—El que usted fije, caballero.

—¿Y el dinero lo recibiremos en el acto?

—En el acto.

—¡Oh, Señor Don Leoncio! ¡Qué dices Joaquin, qué dicha! ¡tu novia va ha ser la mas feliz de las mugeres!

—¡Y yo tambien, añadió Blanco!

—Pues no perdamos tiempo: estendamos el documento si usted gusta. Fijemos la suma, dijo Quintero á Blanco.

—Cuatro ó cinco mil, dijo este afectando indiferencia.

—Puede ser poco Joaquin; pongamos seis. ¿Está usted conforme, caballero y Señor Don Leoncio? continuó Quintero con la mayor jovialidad.

—La suma me es indiferente, caballero, dijo Don Leoncio. Lo que no pueda por mí, lo pueden mis socios.

—Es usted muy bondadoso, Señor Don Leoncio. Con que ¿le parece á usted que sean seis?

—Por mi parte no le fijo tasa, por que debe ser la mitad del valor de las alhajas tasadas por perito, por que yo no entiendo mucho de diamantes.

—Las..... ¿alhajas? .....dijo Quintero procurando ocultar su sorpresa.

—Sí, las alhajas de la novia: no todas, nada mas hasta ajustar la cantidad de doce mil duros.

—Quiere decir que......¿las alhajas deben quedar empeñadas?

—Exactamente.

—Pero....permítame usted, dijo Quintero, que no es eso precisamente lo que habia yo comprendido.

—Lo siento.

Hubo un momento de silencio.

—Es nna crueldad, dijo Blanco derepente; privar á mi novia de sus alhajas que necesita precisamente para el dia de

la boda.

—Eso mismo pensaba. ¿No son á usted suficientes nuestras firmas? dijo resueltamente Quintero.

—Nó, caballero.

—¿Es condicion indispensable el depósito de las alhajas?

—Indispensable.

—¡Señor Don Leoncio! gritó Blanco impacientándose, ¡somos unos Caballeros!

Don Leoncio volvió á golpearse la mano derecha.

—Y usted desaira nuestras firmas, que son respetables, añadió con aire de gran Señor.

—Y es la primera vez que tal sucede, dijo Quintero. Por última vez Señor Don Leoncio ¿nos presta usted seis mil pesos sobre nuestras firmas?

—Nó, Caballero.

—¿Le parece á usted que nuestras firmas no lo valen? añadió Blanco.

Don Leoncio no contestó.

—Bajaremos la suma dijo Quintero.

—Serán cinco, dijo Blanco.

—O cuatro, siguió Qintero. Hable usted Señor Don Leoncio que al menos podremos entendernos.

—No tengo un cuarto, Caballero, dijo Don Leoncio con el mismo aire de indiferencia y con la misma fijeza de mirada con que lo habia dicho al principio.

Una mirada feróz, la mirada del tigre que está á punto de lanzarse sobre su presa, brilló en los ojos de Quintero; pero aquella mirada se estrelló en los inmóviles vidrios de las gafas de Don Leoncio, como hubiera podido suceder con un muerto.

—Vámonos, se apresuró á decir Blanco, que comprendió que algo terrible iba á pasar allí.

—¿Pretendes irte? dijo Quintero. Esto no puede quedar así.

—Tienes razon.

—Señor Don Leoncio. ¿Se niega usted abiertamente á servirnos?

—No tengo un cuarto, Caballero.

—En ese caso debe usted darnos satisfaccion del ultraje.

—Sí; una cumplida satisfaccion, añadió Blanco.

—¡Desairar nuestras firmas!

—¡Cuando tenemos lo sobrado!

—¡Cuando podemos cubrir de oro á este viejo!

—¡Y pulverizar á quien nos ofenda!

—No tengo un cuarto, Caballeros.

Quintero estubo á punto de lanzarse sobre Don Leoncio y despedazarlo. Despues de un movimiento que indicó este arranque, encojido de hombros, con los puños apretados, y fija la mirada en las inmóviles gafas de Don Leoncio, Quintero pensó en sus graves compromisos, en Catalina, en los pendientes, en su pobreza, en su inutilidad y en un crímen.

Todas estas ideas á la manera de un remolino jiraban alternativamente en su imajinacion y se ponia lívido, le temblaba la mandibula inferior y chispeaban sus ojos.

Don Leoncio no apartaba su mirada de Quintero; solo que el sonecito que hiciera con la mano derecha sobre las falanges de su mano izquierda, era ya un sonecito pausado, con algunos compaces de espera intercalados, hasta llegar al *diminuendo* de los italianos.

Blanco apartó á Quintero de aquella especie de reto mudo,

diciendole:

—Vamos por las alhajas Baltasar. Probaremos á este Caballero que se ha equivocado al juzgarnos.

—Me parece muy bien dijo Don Leoncio, tanto mas cuanto que no hay por que incomodarse, los negocios, son los negocios.

Y Quintero y Blanco salieron de la casa del usurero.

---

ga fácil atravezó el lodazal y las trancas hasta colocarla en el caballo.

Margarita desde ese momento habia cerrado los ojos, con esa contraccion nerviosa del que se abandona á un peligro por salir de otro mayor. Se asió maquinalmente para no caer y se dejó llevar.

Caracoleó el caballo al través de magueyes y malesas y despues trotó.

A los primeros sacudimientos Margarita abrió los ojos.

El cielo estaba negro: el suelo estaba negro. Masas informes se levantaban ante su vista como mónstruos jigantescos. Una nube, una montaña ó un árbol, cobijados con un mismo manto, con el manto de las tinieblas, se confundian.

Solo hácia el occidente habia en el cielo una gran faja cenicienta como una inmensa grieta abierta en aquella bóveda de azabache.

Pero Margarita no la veia por que caminaba hácia el oriente.

Las nubes despues del aguacero comenzaban á agruparse de nuevo, como plegándose, como concentrándose y cediendo todas al impulso del viento nordeste.

En sus pesadas evoluciones dejaban á veces intersticios blanquecinos que se ensanchaban y volvian á cerrarse, ora como vapor pardo y trasparente, ora como una masa mas negra y tenebrosa.

El caballo seguia trotando sobre las corrientes del camino, produciendo un chasquido estraño y compasado.

Margarita encajonada entre los robustos brazos de su conductor, iba perdiendo el miedo de caer y entreabria los ojos. martilleo misterioso parecido al galope de un caballo.

Negras siluetas atravesaban rapidamente junto á Margarita, semejantes á una procesion de fantasmas en fuga. Parecian los espectros de la pasada tempestad que corrian despues del estrago, espantados de la calma y de la luz que los amenazaba.

Margarita, como sucede al que camina con la vista fija en lo que va dejando atras, habia perdido la conciencia del movimiento propio, y percibia distintamente la fuga de aquellos negros fantasmas, que se alejaban con una rapidéz tumultuosa.

Corrian, corrian, siguiéndose los unos á los otros, como buscando ansiosos la profundidad del infinito, replegándose al seno de las tinieblas de donde habian salido, llamados por la tempestad, como las comparsas de la tormenta.

Margarita fascinada, esperaba el termino de aquella carrera fantástica de sombras fujitivas, de aquella falange de siluetas que divisaba lejos, que se acercaban, creciendo como si amezaran envolverla en su torbellino, y que se alejaban silenciosas sin tocarla, sin rosarla con sus alas negras y deformes.

Venian, venian las sombras como si las vomitara el abismo negro hácia el cual avanzaba Margarita, y pasaban sin interrupcion en una carrera fatigosa.

De la misma manera que la imajinacion de Margarita les prestó su movimiento, les prestó el ruido.

Aquellos espectros corredores, que al principio parecian silenciosos, ahora hacian un ruido compasado, monótono, y en analogia con su movimiento: no parecia sino que todos tenian un mismo grito, una misma manera de quejarse, como si se fueran trasmitiendo la consigna de la huida con un

Se corrian la palabra: esa palabra era el secreto para en-

trar al abismo de las sombras.

Margarita se creia parada en un lugar, presa de una pesadilla.

Sentia el desvanecimiento de la vista y el devanecimiento de las ideas.

La presion de los brazos de su conductor avivaba la fascinacion de su inmovilidad.

Sentia que la retenia una fuerza estraña, y entre esa fuerza, su inmovilidad y la movilidad de los fantasmas que corrian, borraban la idea de la movilidad del caballo.

Algunos relampagos muy lejanos azuleaban de tarde en tarde las siluetas.

Margarita las veia palidecer como si se asustaran al pasar junto á ella.

Del terror habia pasado á la fascinacion, de la fascinacion á la obstinacion.

Si se hubicra podido ver en la sombra los ojos de Margarita, se hubiera distinguido en sus pupilas un movimiento trepidatorio, convulsivo, como el cintilar de dos estrellas.

Este ejercicio inusitado de las retinas, producia el deslumbramiento; y asi como el movimiento jiratorio de un objeto describe un círculo, el correr de los fantasmas producia una faja horizontal.

Como el caballo galopaba y despues corria, las masas negras que se destacaban en fondo ceniciento ó las masas grises que se dibujaban en fondo negro, formaban alternativamente lineas blancas ó negras que corrian como los listones sin fin de los motores, envolviendo en su fuga lineas, dibujos, contornos, detalles y colores.

Los ojos de Margarita se fatigaban, se hacian insuficien

tes.

Las misteriosas manos de la rapidéz, de la violencia, de la rotacion, de la fuga, estendian entre los ojos de Margarita y los objetos una barrera de rayas semejante á los hilos de una catarata de plomo.

Un fenómeno parecido al hipnotismo estaba adormeciendo á Margarita, y empezaba á sentir como la languidéz y el bienestar del desmayo, como la laxitud del primer momento del sueño, pero sus ojos estaban abiertos casi contra su voluntad.

Dejose vencer, se entregó de nuevo y bajó los párpados. No vió nada.

Entonces sintió el movimiento del caballo y se estremeció como despertando. Sintió miedo, abrio los ojos y la barrera de lineas negras seguia pasando junto á ella como una corriente desenfrenada.

La noche seguia negra; pero hay una luz que no sofocan las tinieblas, y Margarita vió esa luz dentro de sí misma. Pensó.

La fuerza que la retenía eran los brazos de un hombre, la voz de los fantasmas era el correr del caballo ¿á donde iba? No lo sabia.

¿Quién la llevaba? Su salvador.

Iba huyendo de Quintero, y esta idea le arrancó una sonrisa. Despues de esta, otra idea le dió vida, valor y paz.

La Providencia.

No estaba sola en el mundo: tenia á Dios.

Dios la salvaba, su fé la consolaba, su esperanza la daba una gota de miel en su amargura, y murmuró esta palabra.

¡Adelante!

Era la primera palabra que habia pronunciado en todo el camino.

El conductor la oyó y no la entendió; pero siguió corriendo.

El paso del caballo se hacia desigual y molesto.

Despues de un recodo Margarita vió que los fantasmas rastreros del camino, se erguian, se elevaban, se tranquilizaban; tenian ya un respaldo ceniciento, parecian jigantes apoyados en un gran muro de granito, el muro del palacio de la noche,

Grandes jirones en el manto nocturno daban paso á penumbras tenebrosas, que resbalaban en paredes blancas como si los espectros estendieran sus sudarios al viento despues de la borrasca.

Margarita vió por fin casas y torres.

Estaba en México.

El caballo se detuvo, los brazos en que se apoyaba se separaron de su cuerpo. El conductor estaba en tierra y Margarita ya en la plenitud de la realidad quedó perpleja.

—Ya llegamos, dijo el conductor.

Tambien estas fueron las primeras palabas que este habia pronunciado en todo el camino.

Margarita se deslizó en los brazos de su salvador que la esperaba y puso en tierra los piés.

Abriose una puertecita delante de ella.

El conductor montó á caballo y desapareció.

La puerta volvió á cerrarse detrás de Margarita.........

....

A la sazon que pasaban los acontecimientos que acabamos de referir, la tempestad de aquella noche habia formado tambien parte de un cuadro de distinto género en la casita

de la Tia Teodora.

Aldama, merced á la pocion calmante, y narcótica en cierto grado, ministrada por Doña María, se sintió de nuevo restablecido en poco tiempo.

Su despertar fué penoso y largo. No parecia sino que los génios del sueño lo aprisionaban en pesadas redes con las que luchaba desesperadamente.

Aldama en su sueño, habia recapitulado todos los acontecimientos extraordinarios que le preocupaban.

Era presa de ese desabrimiento embarazoso de las acusaciones de su conciencia.

Conocia toda la enormidad de sus faltas, probaba todo el sinsabor de su mal proceder, se reprochaba su conducta indigna; y lejos de inclinarse por esta especie de atricion al arrepentimiento y á la regeneracion, el torcedor de su razon atacada de frente, convertia la amargura del remordimiento en ódio que necesitaba saciarse.

Aldama en medio de su desvanecimiento palpó la idea de la muerte en aquella llama azul que se habia extinguido ante su vista.

Aldama desmayado, habia sido conducido por las dos mugeres de la cueva á la cama en que le hemos visto despues.

En la cama pasó del desmayo á la calentura al delirio y al sueño.

Teodora y María sentadas en pequeños escabeles velában al enfermo; la cama de éste estaba frente á una puerta que daba al pequeño pátio de la casa, como recordarán nuestros lectores.

Una triste lámpara hería el rostro de Aldama, prestándole tintas amarillas á aquella fisonomía desencajada y livi-

da.

Las dos brujas hablaban por lo bajo envueltas en la penumbra. Eran dos figuras de segundo término, señaladas con *refregones medio entonados* en las partes salientes, como diría un pintor.

La cabeza de Aldama que era el objeto mas cercano á la lámpara, era el toque de luz mas fuerte de aquel cuadro, que bien podia ser de *Rembrand.*

Observando desde el pátio, la puerta abierta limitaba la composicion del cuadro, que parecia puesto allí sobre la parduzca pared de adoves carcomidos.

Los relámpagos iluminaban el cuadro de vez en cuando, y entonces un juego de luces azules se mezclaba con las rojas, y la fisonomia de Aldama y de las brujas, se semejaban á las apariciones fantasmagóricas.

Un viento frio y cortante penetraba á grandes rafágas por intervalos haciendo oscilar la luz mortuoria de la lámpara, é imprimiendo cierto vaiven aparente á las figuras.

La supersticion habria visto en aquel cuadro al hechizado y á las hechiceras.

Nosotros queremos conducir á nuestros lectores, con el conocimiento que ya tienen de nuestros personajes, á esa piedra que hay en todos los caminos de la vida y en cual todos dercansamos á veces para proseguir nuestra marcha.

Dios ha puesto esas piedras en el lindero del camino y á la orilla del abismo.

Sobre esas piedras se reflecciona y se ora.

Los santos han escrito en ellas sus nombres.

Los contumaces al llegar á esas piedras han preferido rodar hasta el abismo, y han desaparecido legando un grito

mas de angustia á la noche y al pavor; gritos guardados en las tinieblas y que la tempestad recoje para formar su voz aterradora.

Aldama estaba sobre una de estas piedras.

Atrás dejaba su pasado; á sus piés estaba un abismo.

Su porvenir lo leia en el cielo, y el cielo estaba negro.

Acababa de leerlo en la lámpara y la lámpara se habia extinguido.

Veamos lo que Aldama veía desde la piedra de su presente.

CAPITULO XXIV

HORIZONTES.

La historia del pasado convirtiéndose en manual de consultas produce el corolario de la esperiencia.

¡Dichoso del que vuelve atrás la mirada para rectificar su itinerario!

Cada mirada retrospectiva descubre un horizonte: en esos horizontes hay siempre luz.

El viajero que camina hácia el oriente, al caer la tarde, aprovecha en su camino hasta los últimos resplandores del crepúsculo que deja atrás.

Aldama en la somnolencia de la calentura y del delirio, despues de las violentas sacudidas que lo habian postrado,

vivia con la imaginacion; y con la doble vista de los recuerdos percibia su crepúsculo, su ayer, donde brillaba aun la luz.

Percibía las nubes rosadas de su infancia y recordaba las caricias maternales.

El eco de estas impresiones se repercute, desde la infancia hasta la tumba.

Este recuerdo es una de las caricias del pasado, es una de las luces del horizonte que abandonamos.

Envuelta en esa caricia está la primera chispa de la fé.

El recuerdo de la primera caricia viene siempre unido al de la primera idea de Dios.

El mas grande de los consuelos: la religion, nos ha sido ofrecido al venir al mundo por la mas grande de las ternuras: la madre.

Aldama probó tambien esa delicia; y esa delicia en la forma de un ángel color de rosa se levantaba en la negra noche de sus recuerdos y le tocaba el corazon.

Despues de aquel recuerdo se levantaban sombrios y severos los jueces de su conciencia.

Aldama, como todos los delincuentes, si bien tenia la fé de sus malas acciones, estaba lejos de inclinarse ante una evidencia que aborrecia, como aborrece el reo á su acusador.

Su soberbia fomentaba este ódio oculto que lo inclinaba á las sofísticas disculpas de sus acciones.

Por la intuicion de la justicia, el hombe pretende justificarse consigo mismo: no hay criminal que no luche primero con su conciencia hasta vencerla, y encontrar, por el camino mas tortuoso despues de haber hecho el mal, esta conclusion.

He hecho bien.

Aldama no transigia con avergonzarse de sí mismo, y buscaba la razon de sus hechos por donde menos debiera.

Llegar á un fin propuesto era la primera de las disculpas que encontraba. Seré rico, se decia, y despues me volveré bueno, desagraviaré á Dios y viviré como todos.

Pero la idea de la muerte, esa idea que mas que nunca lo habia perseguido tan tenazmenne, lo preocupaba á su pesar.

No parecia sino que de allí en adelante habia de presidir sus acciones aquel buho de la cueva, y aquella llama azul espirante.

Aldama temblaba ante la idea de morir y tenia miedo de su miedo.

Era la forma del presentimiento.

Era el aviso de su ángel color de rosa....................

....

Despues de los primeros relámpagos de aquella noche uno de los primeros truenos de la tempestad despertó á Aldama.

Abrió los ojos y vió el cielo negro, enlutado con apiñados nubarrones entrecortados con intersticios blanquecinos que se perfilaban por la luz violada de los relámpagos.

Las ráfagas de viento frio habian refrescado su frente, segun lo habia previsto la Tia Teodora en su plan curativo.

Pero Aldama, aunque despierto, no quiso hablar.

Se acordó de Margarita y de Quintero; y la hiel de estas ideas le arrancó una desgarradora esclamacion.

Teodora y María se estremecieron.

Aldama se incorporó dirijiendo una mirada investigadora á su alderredor.

—¿Está usted mejor Señor Don Felipe? preguntó Teodora.

—Estoy....bueno, contestó Aldama yarrojó lejos de sí las ropas con que lo habian abrigado.

—¿Pero qué hace usted, Señor Don Felipe? No es bueno descubrirse uno despues de haber sudado.

—No importa.

—Necesita usted reposo. Un buen sueño le volverá las fuerzas.

—¿No es verdad que necesito de mis fuerzas Tia Teodora?

—Por el pronto no, Señor Don Felipe.

—En este momento es cuando me son necesarias.

Y Aldama se levantó, no sin esperimentar algun desvanecimiento.

—Creo que no he comido.

—¡Es posible! esclamó Teodora.

—Sí; ahora recuerdo que no he tenido tiempo. Déme usted pan, Tia Teodora, siento hambre.

—Será mejor la dieta.

—Será mejor lo que yo quiera, gritó Aldama impacientándose.

Doña María fué en busca de pan y volvió á poco con él y con una botella de vino jerez.

—Eso es ya otra cosa dijo Aldama: arrebató el pan de manos de María, y se puso á devorarlo con ánsia. En seguida tomó algunos tragos de vino, se ciñó su espada y salió dando unas monedas de oro á la Tia Teodora.

—Hasta la vista, dijo al salir.

—Hasta la vista, repitió con intencion la Tia Teodora, contando sus monedas.

—¿Adonde irá ese Caballero con esta noche? dijo María un tanto espantada.

—Va á buscar al Diablo.

—Pues de encontrarlo tiene, por que anda suelto.

Doña Teodora oiga usted que truenos.

—Cerremos nuestra puerta, y cenemos en paz Doña María.

—¿Y Manolo?

—Manolo anda de aventura, ya vendrá mañana y nos contará lo que ha hecho el muy belitre.

A poco rato no habia mas brujas despiertas qué las que creían vér en tinieblas los aterrorizados por la tempestad.

Aldama, desafiando el temporal, atravesó la ciudad en la que reinaban las tinieblas.

Habia desnudado su espada para luchar con los perros que por todas las calles le acometian, como al único transeunte que osaba turbar su tranquilo merodeo.

Aldama se dirijía con paso apresurado por entre el lodo de las calles á la casita de Margarita.

Lleno de sudor y de fatiga llegó por fin á la puerta de la casa. Estaba cerrada, Aldama no quiso tocar antes de vér.

Nada se distinguia al través de la cerradura. Reinaban allí el silencio y la sombra.

Por fin tocó, y tocó hasta convencerse de que no querian abrirle.

Entonces comenzó á luchar por forzar la puerta.

La idea de encontrar allí á Quintero con Margarita le prestó las fuerzas del loco; pero la puerta aunque se movia no queria ceder.

Sacó un puñal de oja triangular y lo aplicó al agujero de la llave. Un traquido le anunció que el puñal se habia roto: introdujo el resto entre las hojas de la puerta, y se lastimaba los dedos palanqueando. Apoderose de Aldama el furor de la desesperacion. y separandose de la puerta se dió impulso y se dejó caer con todo el peso de su cuerpo; la cerradura cedió y Aldama cayó cuan largo era dentro de la casa de Margarita.

Levantose aturdido y empujó la puerta de la sala. Estaba abierta, pero nada se veia.

Estendiendo los brazos hácia delante para no tropezar fué recorriendo el cuadrado de la sala, palpando todos los muebles y diciendo repetidas veces:

—Margarita, Quintero.

Nadie respondia: un silencio de muerte reinaba allí.

Acertó á dar con la puerta de la recámara de Margarita, y se lanzó á la cama, tentó de nuevo por todas partes: nada habia: y jadeante, desesperado, furioso recorrió toda la casa, lo registró todo y persuadido al fin de que aquella casa estaba abandonada se dejó caer en una silla.

—¡Margarita! ¿donde estás Margarita? esclamaba ¡ah!..... yo creí que la habia aborrecido y la amo todavia. Vivia, sin saberlo yo, en el fondo de mi alma, y al perderla es cuando lo conozco, y al pasar á poder estraño es cuando me apercibo que todavia podiamos ser felices. ¡Margarita! ¡Margarita! Cierto estoy de que me perdonarias por que me amas mucho; pero ¿adonde estás? ¿por que has abandonado tu casa?......

¡Oh....si ese miserable de Quintero la ha llevado de aquí!....¿Pero cómo? Margarita sa ha de haber dejado

matar antes que consentir en seguir á Quintero. Sí, sí: Margarita no es su amante á estas horas....¿Si la habrá matado? ....ah....¡Quintero! ¡Quintero! ¿En qué pensé cuando te cedí á Margarita? ¡Nécio de mí! yo mismo me preparaba este suplicio: Pero este es un suplicio con que yo no contaba, no; yo creí que no sentiría dejar á Margarita. Creí, insensato, que la veria yo indiferente ser la querida de Quintero.... ah....¡soy un miserable, soy un criminal!....Ella....ella no cederá, no, no cederá jamas; por que es una santa, por que no podrá amar á nadie mas que á mí....¿Nada mas? ¿y si llega á amar á Quintero? ¿No es al fin muger? ¿Merezco acaso que ella me ame, que me sea fiel, cuando la he traspasado como un mueble, cuando la he cambiado por Teresa?

¡Ah!....si Margarita ama á Quintero, si llega á ser suya ....¡Ah! no, no; ¡esto es imposible! Sí; es imposible por que voy á matar á Quintero. Al fin Quintero sabe cosas que pueden un dia complicarme con la justicia, y siempre es bueno deshacernos de testigos peligrosos; si, lo mataré...... ¡lo mataré!.........

Y Aldama saboreaba la hiel de su venganza, y gozaba con la idea de ver morir á Quintero.

¿Pero en donde estará Margarita? Ese miserable la ha de haber sacado por medio de alguna celada. Margarita no ha ido de grado siguiendo á Quintero.

Yo lo sabré todo; si; y me vengaré.

Quintero se ha reido de mis súplicas, de mis lágrimas, de mi amor, de mis tormentos. Lo mataré, sí, lo mataré irremisiblemente.

Aldama sin saber á donde ir, sin tener un solo indicio del

lugar en donde podria estar Margarita, pasó largo tiempo en cabilaciones y conjeturas: deseaba, asi como una luz en su tribulacion, una luz en aquella oscuridad en que estaba sumerjido.

Buscó en vano restos de fuego en la cocina, ó un pedernal para hacer fuego sirviéndose de su puñal roto: nada pudo encontrar; la casa habia sido abandonada en la mañana: allí estaban los muebles, las ropas, los cuadros, y todo aparecia en su sitio, sin duda Margarita, pensaba Aldama, salió inopinadamente, tal vez vuelva, tal vez se escape del lado de Quintero.... pero no volverá á donde él pueda buscarla.

Poco despues salió Aldama de la casa de Margarita y se dirijió á la de Quintero; pero allí le informaron de que Quintero no habia aparecido en todo el dia, y viéndose solo en las calles y presa de una desazon extrordinaria, se volvió maquinalmente á la casa de Margarita, le parecia que allí solo quedaba un resto de esperanza.

Entró de nuevo en aquella casa oscura y silenciosa, tocó la cama y se arrojó en ella.

Aldama lloró. Hacia muchos años que no lloraba.

Así pasó la noche.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

EXPIACION.

Dios, despues de haber criado al hombre, le ha dejado en las manos de su propio consejo.
La vida y la muerte, el bien y el mal se hallan delante del hombre; y aquello que haya escojido, se le dará.
Eccli. XV. v. 14—18

gracia que deploramos!

—Es cierto pero, ¿qué quiere usted? fué una verdadera sorpresa: todo podia yo figurarme menos que mi marido me abandonara por otra muger.

—Así lo creo.

—Figúrese usted Señor Don Joaquin, que ni cuando jóven me dió jamas motivo de disgusto con respecto á esos asuntos; y cuidado que he sido celosa, confieso mi pecado, celosa al grado de no pérmitir á mi marido levantar los ojos para ver á otra muger.

—¿Es posible?

—Hasta ese grado. Le contaré á usted, en corroboracion de mi dicho, varias escenas íntimas que le darán á conocer á usted la inalterable armonía que ha reinado en nuestro matrimonio.

—Ya sé algunas por que usted ha tenido la bondad de contarme, haciendo de mi una confianza que me honra.

—Es usted nuestro buen amigo, el mas antiguo y el mas constante.

—Yo soy así, mi Señora, me precio de ser buen amigo de las gentes y mantengo inalterable la armonía y el afecto en todas mis relaciones; pero supuesto que le consuela á usted hacerme sus confidencias estoy pronto á escuchar.

—Recien casada, continuó Doña Mariana, me parecia que todas las mugeres me iban á disputar la posesion de mi marido y el pobre de Don Manuel vivia mártir, pues no era dueño de mirar dos veces seguidas á una muger. Recuerdo un dia de funcion en la Profesa, yo rezaba arrodillada y Don Manuel estaba cerca de mí, sentado en una banca, por que siempre le recomendaba al entrar á la Iglesia que se co-

locase de modo que pudiera verlo de vez en cuando.

Ese dia le sorprendí embebido en una contemplacion estática, habia clavado su mirada en una jóven, que por cierto no tenia nada de particular: no se lo que pasó por mí, pero se me nubló la vista y me puse verdaderamente enferma, me levanté en el acto y obligué á mi marido á que salieramos de la Iglesia.

El pobrecito no tenia palabras con que probarme que no habia tenido ninguna intencion al fijar su vista de ese modo: mucho trabajo le costó convencerme y trancé y nos contentamos prévio el ofrecimiento de que no volvería á la Profesa, y en mas de dos meses no volvimos á pisar esa Iglesia.

—Ese es un celo exajerado.

—Efectivamente.

—¿Y cree usted que no tendrá parte esa sujecion en lo que pasa actualmente?

—No Señor, por que Don Manuel ha sido tan bueno que no se violentaba por eso y cedía siempre de buen grado y sin sacríficio.

—¿Es posible?

—Sí Señor, sobre que he llegado á convencerme, á pesar de mi celo excesivo, de que Don Manuel no me ha faltado nunca, ni aun con el pensamiento: ya ve usted como no hay motivo para esplicarse lo que pasa.

—Efectivamente. Es muy estraño.

Tales eran cada cinco noches las conversaciones de Doña Mariana y Don Joaquin Dongo, conversaciones en las que no pocas veces tomaba parte el Señor Don Nicolas Lanuza quien muchas noches y especialmente desde la desgracia de la familia acompañaba á su primo Don Joaquin á hacer esta

visita á la que, segun decia Don Nicolas, se veia obligado en virtud de las circunstancias aflictivas de la Señora Doña Mariana, persona por tantos títulos recomendable.

De la casa de Don Manuel de la Rosa pasaba generalmente Don Joaquin Dongo á la del Señor Don Agustin de Emparan del Consejo de Su Magestad, Alcalde de corte de la Real Audiencia, Juez de Provincia y del cuartel mayor número 4, persona de la mas alta consideracion para Don Joaquin y con quien de ordinario mantenia graves y sosegadas pláticas sobre los asuntos de la metrópoli, sobre las noticias que se recibian de la Península y sobre otras varias cosas de no menor importancia.

Retirabase Don Joaquin Dongo á eso de las nueve y media de la noche. Llegaba á su casa, é invariablemente pasaba al comedor donde se le servia la cena á la que hacia los honores con la circunspeccion y aplomo de un hombre metódico.

Solia Don Joaquin gustar del gaspacho, plato favorito por las noches desde el solar paterno: la ama de llaves lo confeccionaba admirablemente.

Cuando Don Joaquin estaba de gorja, invitaba á su primo Don Nicolas y á su sobrino Don Miguel á gustar del gaspacho unas veces, ó de una cazuela de migas de vez en cuando, para cuya confeccion la referida ama de llaves era tambien una especialidad.

Don Joaquin se levantaba de la mesa despues de las diez de la noche y despidiéndose de su primo y de la ama de llaves pasaba á su recámara que encontraba zahumada con flor de alucema de España en invierno y ventilada y fresca en los calores.

Cerrábanse hermeticamente puertas y ventanas, Don Nicolas y Don Miguel se recojian tambien despues de las diez en su habitacion colocada en el entresuelo y en aquella casa reinaba la paz del monasterio.

En cuanto á la servidumbre presentaba dos secciones independientes, salvo las comunicaciones, indispensables unas, y no sabemos si furtivas otras; pues el lacayo era un mozo de veinte años, que tenia su alma en su almario y por lo tanto tan susceptible como cualquiera de su estirpe de convertir la cocina de Don Joaquin Dongo en el eden de sus ensueños.

La ama de llaves y la cocinera estaban por su edad esentas de sospechas; pero la lavandera era una moza muy compatible, y platicaba sigilosamente con el lacayo, al grado de de que tal vez mas tarde hubieran llegado á entenderse; pero en el dia á que nos referimos el dicho lacayo acababa de recibir noticias tan conmovedoras como fidedignas.

Tres dias llevaba Doña Mariana de haber recibido en su casa á una jóven por recomendacion de Doña Melchora, una de las buenas amigas de la casa y ¡oh sorpresa! María era el pimpollo codiciado por José el lacayo. Allí estaba Mariquita, el lacayo no cesaba de bendecir su buena suerte; pero lo que acabó de trastornarle los cascos fué la estupenda noticia comunicada por su buen amigo el lacayo de Don Manuel de que la Señora Doña Mariana pensaba enviar á Mariquita en calidad de Galopina á la casa de Don Joaquin Dongo....¡oh dicha! vivir bajo el mismo techo, entrar á la cosina finjiendo un grave asunto y ver á Mariquita, verla bajar la escalera dejar caer al pasar algun piropo bien estudiado, y hasta llegar á apretarle la mano, todo esto era el poema del

amor, era todo cuanto pudiera soñar de mas fantástico y novelesco un lacayo de veinte años bien comido y bien vestido por su amo.

—¿Cuando será ese dia? preguntába el lacayo José ¿cuando irá Mariquita á la casa de mi amo?

—De un dia á otro, puede ser que esta noche, contestaba el lacayo de Don Manuel.

Y José se quedaba abismado pensando en la inmensidad de aquella dicha.

—Será bueno, decia, que la llevemos en el coche, por que asi irá derecho á la casa sin andar tonteando.

—Tal vez así lo disponga la Señora.

—Será muy bien pensado. Y yo al abrir la portezuela del coche tendré que ayudarla á subir, por que de seguro ¿como ha de saber montar en coche la pobrecita?

—Y la apretarás la mano, bribon.

—Lo que es eso.... dijo José con aire entre jactancioso y tímido.

—Dichoso tú, negro, vas á estar en Jauja.

—Qué quieres, hombre, la suerte....

—Y de allí á la Iglesia.

—Si Dios quiere, por que eso si, yo la quiero de veras y en permitiéndolo mi amo Don Joaquin me caso. Mi amo me adelantará unos meses de sueldo para comprar para mi novia unas enaguas de alepin ó de saya-saya.

—Ese es mucho lujo para un lacayo.

—Qué quieres, hombre, cuando uno se casa......

—Es decir, si te llegas á casar.

—Se entiende.

—¡Cómo lo das por hecho!...

—Es un decir, hombre, yo no digo que sucederá, pero lo pienso y....

—Y si eres porfiado.

—¡Vaya si lo soy: ya veras!

Notose en esto el ruido de los pasos de Don Joaquin Dongo y el lacayo corrió á su puesto á abrir la portezuela en seguida encendió su hacha de cera en el cuarto del portero se colocó en la tableta y el cochero echó á andar caracoleando por las inmundas calles de México hasta llegar á la casa de Don Agustin de Emparan.

Mariquita por su parte se holgaba tambien de cambiar de casa, pues en aquella no habia visto hacia tres dias mas que lágrimas y desgracias causadas todas por un Señor á quien no conocia y á quien tampoco amaba, pues el tal Don Manuel segun habia oido decir en la cocina, se habia vuelto un pícaro de cuenta.

Acababa de decidir Doña Mariana que el viérnes 23 la Señora Josefa, ama de llaves, condujese despues de misa de seis á la jóven Mariquita á la casa de Don Joaquin Dongo, entregándola á la Señora ama de llaves de este Señor, con todo y el bulto de su pobre equipaje.

La otra seccion pacífica que presentaba á los ojos del observador la casa de Don Joaquin Dongo, era la porteria, cuarto habitado por dos hombres: uno el portero nuevo segun le llamaban en la casa, y el otro el portero jubilado á quien las criadas llamaban *el inválido*.

Estos dos hombres eran dos excelentes amigos, cuya vida tranquila y monótona se deslizaba sin el menor contratiempo y sin la mas ligera alteracion.

El portero nuevo barria la calle y el pátio, encendia las

luces del zaguan y era en resumen el portero de hecho. El portero jubilado tenia la superintendencia de la portería, ejercia por costumbre la vigilancia y solia abrir la puerta, conocia á todos los entrantes y jamás se acostaba sin recorrer las cerraduras y cerciorarse de que *su zaguan* estaba bien cerrado.

El portero juvilado era entre los porteros quien tenia siempre la palabra, el que sostenia y provocaba la conversacion, narrando con no pocas repeticiones la serie de sus hazañas militares y todas las aventuras de su vida borrascosa. El inválido no tenia familia ni contaba con mas abrigo que aquel rincon y aquel plato que le proporcionaba la caridad y el reconocimiento de Don Joaquin Dongo.

El portero nuevo tenia numerosa familia ausente en Guanajuato.

CAPITULO II.

EL CONDE DE REVILLAGIGEDO.

La plaza principal de México el 21 de Octubre de 1789 presentaba un aspecto repugnante.

Multitud de puestos de vendimias, ropavejerías y bazares de objetos de desecho, grandes hacinamientos de basuras y restos de hortalizas, todo esto al abrigo de chozas medio derruidas y ennegrecidas por el tiempo.

El centro de la plaza era un conjunto deforme de todo lo inmundo. Al derredor de aquellas casucas con techos de tejamanil, pululaban cerdos hambrientos, vacas que rumiaban las verduras medio podridas, y multitud de perros que formaban círculos en cada monton de basura.

Los habitantes de aquella cloaca, eran gentes casi en su totalidad desnudas, pues la plebe de México en aquella época en que las telas tenian todavia un precio subidísimo, no se vestía, de manera que por todas partes vagaban hombres, y mugeres desnudos y solo medio encubiertos con algunos harapos, y muchos solamente con una manta ó una frazada por única prenda de vestuario.

Comenzaba á hormiguear allí la gente á los primeros albores del dia, y aquella masa negra, informe y pestilente que ocupaba como una inmensa mancha casi toda la estension de la espaciosa plaza, se iba poniendo en movimiento, y un rumor sordo como el de un ejambre que se alborota, se levantaba de allí durante el dia.

Serían las seis de la mañana cuando, contrastando con aquella gente desarrapada y miserable, aparecian tres caballeros envueltos en magníficas capas de paño y cubiertas las cabezas con sombreros adornados con guarnicion de pluma.

El que marchaba por delante de los tres caballeros tenía la mirada espresiva, la nariz aguileña y los lábios delgados, indicios todos de energía, de firmeza y de penetracion; la frente serena y el andar grave.

Repentinamente se paró, sin quitar la vista de aquel conjunto desagradable, y dirijiéndose á los dos caballeros que le acompañaban,

—Qué espectáculo tan repugnante, esclamó: no comprendo como mis antecesores han permitido esto en el centro de la plaza principal de la metrópoli y frente al palacio de los Vireyes.

—Efectivamente, Señor Exelentísimo, dijo uno de los caballeros, no se comprende.

—Es necesario cegar esa acequia y hacer desaparecer todo esto, y sobre todo, que esta gente se vista y no ofenda mas la decencia pública con esa desnudez vergonzosa.

Los tres caballeros se encaminaron á Palacio, en cuyos corredores y tránsitos habia tambien puestos y fondas ambulantes, basuras, perros, y gentes desnudas de las que unas se apresuraban á recatarse, mientras que otras se aperezaban ó continuaban sus diálogos obsenos, sin cuidarse de los transeuntes.

El caballero, en quien nuestros lectores habran reconocido ya al Conde de Revillagigedo, penetró en la pieza del despacho desde donde espidió en el acto las órdenes convenientes para el aseo de palacio y la supresion de puestos, fondas y vendímias en el interior del edificio.

En seguida se ocupó de visitar algunas de las oficinas situadas en el interior del Palacio, y se manifestó altamente contrariado al ver que á las nueve y media de la mañana aun no se habian abierto algunas, y en otras, como el Tribunal de cuentas, solo el portero esperaba á los empleados en medio de grandes departamentos, literalmente atestados de fardos, de legajos y de papeles sin órden.

Salia el Conde de esta oficina cuando acertó á pasar junto á él el Oidor * * * uno de los favoritos del Virey Flores y persona de las mas acomodadas en aquella época.

—Exelentísimo Señor, esclamó el Oidor, haciendo una profunda reverencia al ver al Conde; como Vuesencia no posee, por que no es posible todavia, el conocimiento necesario de las cosas y las personas de Palacio, me ofrezco á la disposicion de Vuesencia para ministrarle los datos que le fueren precisos. Soy el Oidor * * * y estoy á las

órdenes de Vuesencia.

El Conde hizo una ligera inclinacion de cabeza y dió las gracias á su interlocutor, reconociendo en él al avesado palaciego.

—Vuesencia, continuó el Oidor, encontrará un poco de desorden en el Palacio.

—Demasiado.

—Enmedio del cual verá Vuesencia, no obstante, que abundan hombres íntegros y leales servidores de Su Magestad.

—Deseo conocerlos dijo el Conde.

—Son muchas las oficinas del servicio de Su Magestad..

—Efectivamente.

El Oidor * * * habia logrado su objeto: habia hablado confidencialmente con el Virey y se pronosticaba que en adelante ocuparía un lugar preferente entre los favoritos.

Este personaje era uno de aquellos cuyo tipo era comun en los tiempos de los Vireyes, constante adulador de la persóna del Virey, denunciante rastrero de abusos, siempre que el perjudicado fuese inferior y poco temible; y afecto á figurar siempre entre los grandes: era el palaciego vanidoso y fátuo, hombre de pocos alcances y revestido de esa audacia y descaro propios de la ignorancia, pero tomando parte en todas las conversaciones é injiriendose en todos los asuntos y en todos los círculos: el primero en tomar la palabra en las cuestiones y el primero que sabia las noticias; era en fin un hombre aceptado en todas partes pero en todas partes censurado amargamente.

El Conde de Revillagigedo, hombre dotado de esquisita penetracion, no tuvo dificultad en calificar al Oidor en la

primera conversacion y supo desde entonces á qué atenerse.

Sufria el Conde ya á mas no poder la charla del Oidor, cuando fué anunciado por un ayudante el Señor Licenciado Don Francisco Primo de Verdad y Ramos, quien en el acto fué introducido á la sala.

El Conde se adelantó á su encuentro y le saludó con exquisita cordialidad.

El Oidor se apartó un tanto, colocándose en el hueco de una de las grandes ventanas de la sala, mientras el Virey y el Licenciado Verdad hablaban de los importantes asuntos del Gobierno.

A la sazon desembocaba por las calles de Plateros, con direccion á la plaza, una multitud de gente del pueblo produciendo de una algazara y una griteria espantosas.

He aquí lo que pasaba.

Venía presidiendo una pequeña caravana un Alcalde montado en una mula y empuñando una larguísima vara con empuñadura de plata, detrás del Alcalde venian hasta ocho alguaciles de ronda y cosa de diez indios armados con chuzos y lanzas: en el centro de esta desarrapada escolta venia una vieja arrebujada en un manto y atada con gruesos cordeles á un burro que caminada tirado por un indio desarmado y seguido de otro que arreaba la bestia azotándola con varas espinosas.

En torno de la comitiva se agrupaba la multitud haraposa y repugnante, y muchos hombres que se habian constituido en acompañamiento desde la garita de San Cósme se habian colocado sobre el hombro su sábana y aparecian por lo tanto en completa desnudez, salvo algunos harapos que pendian de la cintura.

Algunos muchachos silvaban y lanzaban apodos y dicterios á la vieja del burro; y la multitud hacia coro, formando una algarabía estrepitosa.

Capitaneaba á los muchachos el maligno Cuco, que gritaba desaforadamente.

—Es bruja, es la Tia Dolores: y luego cantaba.

Ya la Inquisicion
Tiene chicharron.....
Bruja si hubieras corrido
No te hubieran alcanzado.

Al pasar por la plaza se desprendió del centro de los puestos multitud de gente que fué engrosando el peloton entre el cual caminaban ya con dificultad Alcalde, alguaciles y escolta, hasta que el gentío fué tal que la comitiva no pudo dar un paso por mas que el Alcalde con voz de autoridad gritase desde su mula.

—¡Paso á la justicia, yo soy la autoridad! Pero el populacho no estaba para acatar la autoridad, queria ver á la bruja y cada cual procuraba avanzar un palmo de terreno, maguyando á los de su alderredor, codeando, empujando y gritando desesperadamente, no tenia mas ahinco que acercarse á ver á aquella bruja, por que estas han sido siempre para el vulgo un objeto extraordinario de curiosidad y de asombro.

Por mas esfuerzos que hacian el Alcalde y los Alguaciles para abrirse paso entre aquella masa compacta, no lo conseguian por que el terreno que ganaban en un sentido lo perdian en otro, dominados á su pesar por la avalanche desenfrenada.

El ruido aumentaba, y toda la gente que poblaba la plaza

y el mercado puesta en movimiento, daba al cuadro el aspecto de un verdadero tumulto.

Llegaron por fin hasta el Conde los rumores y se levantó de su asiento, á tiempo que el Oidor colocado en el balcon y que no habia perdido movimiento ni circunstancia, esclamaba:

—Exelentísimo Señor, el pueblo se amotina. Algo extraordinario sucede. Viene fuerza armada, pero ya no basta para contener á los amotinados.

El Virey y el Licenciado Verdad se acercaron al balcon.

—Voy, con permiso de Vuesencia, á dar órden de que las guardias den auxilio, dijo el Oidor.

Y sin esperar respuesta salió de la sala.

Poco despues un piquete de infantería salió de la puerta principal de Palacio y otro de la Cárcel de Corte. Dispersáronse ambos piquetes á la voz de mando y comenzaron á repartir culatazos y golpes con los fusiles á todos los que se agrupaban.

Aquel mar de gente se agitó como al impulso de un viento contrario, y formaba grandes ondulaciones. Crecieron la algazara y la gritería pero al fin los soldados se pusieron en contacto con el Alcalde.

El Oidor en persona habia llegado ya hasta el centro de la comitiva. La presencia de aquel personaje de casaca bordada y espadin impuso silencio y respeto á los mas cercanos. Cambió algunas palabras con el Alcalde, y la comitiva tomó ya entre filas y sin ningun obstáculo, la puerta principal de Palacio.

A pocos momentos se presentó el Oidor en la sala, y dijo al Virey:

—Exelentísimo Señor: El Alcalde de Tacuba conduce á una bruja por órden de Vuesencia.

—¿Por órden mia? preguntó Revillagigedo con estrañeza.

—Sí, Señor Exelentísimo. Es la bruja que unos caballeros han depositado anoche en poder del Alcalde de Tacuba, diciendo que es prisionera de Vuesencia.

—No comprendo una palabra. ¿En dondo está el Alcalde?

—Espera las órdenes de Vuesencia.

—Que entre.

El Oidor salió y volvió á poco con el Alcalde.

Este se acercó al Virey y dobló una rodilla.

El Virey lo levantó visiblemente contrariado, pero no pudo evitar que el Alcalde le besara la mano.

—¿Qué muger es esa? preguntó el Virey.

—Anoche, contestó el Alcalde todo turbado, con perdon de Vuesencia, apareció un tumulto en la casa de unos jornaleros, y yo que soy la justicia acudí con los mios por el llamado. Salió de la averiguacion que unos caballeros perseguian á una Señora principal, que se nos perdió, con perdon de Vuesencia, como gallina. Se fue por el corral pero cayó presa la anciana, que es Señora de edad entrada en años.

—¿Pero de qué se acusa á esa muger?

—Diré á su Exelencia, Exelentísimo Señor, que esa muger fue entregada á mi justicia, de mi propia autoridad, por los caballeros, de parte de su Exelencia.

—Eso es una impostura. ¿Y esa muger qué dice?

—Lo que dicen todas, Señor Exelentísimo, que es inocente, que los criminales son los Caballeros y que no es bruja; pero por esperiencia sé, con perdon de su Exelencia, que

ninguna confiesa sin el tormento. Alcalde soy de mi pueblo muchos años y no ignoro nada de prisiones ni de reos.

—Que suba al punto esa muger dijo el Virey.

El Alcalde salió y volvió al pátio de Palacio donde custodiada por los indios armados y por el piquete de infantería que prestó auxilio, estaba Doña Dolores todavia atada sobre el burro y siendo el objeto de una curiosidad impertinente.

Los corredores estaban literalmente atestados de gente, entre la que circulaban los mas absurdos rumores: quién aseguraba que aquella era una hechicera de las mas malignas, y la que solo por el poder de los conjuros y de las oraciones habia podido caer en poder de la justicia, otros aseguraban que habia sido pillada sobre un tejado donde habia dejado las alas, y el Cuco que hacia un papel importante en los corrillos del populacho, propagaba maliciosamente cuantos cuentos le venian á las mientes, resentido por no haber podido dar el golpe que deseaba y por el cual le ofreciera Quintero propinas abundantes.

Cuando se presentó el Alcalde en el pátio, hubo oleadas y murmullos entre la multitud que se prometia desde luego un cambio de escena.

Mandó el Alcalde librar á Doña Dolores de las fuertes ligaduras que la aprimian, para que pudieran apearla del burro.

—De seguro va á emprender el vuelo si la sueltan, gritó Cuco con acento destemplado desde uno de los corredores y se notó un movimiento en unos de curiosidad y en otros de espanto entre la multitud; pero con gran sorpresa de muchos, la bruja estuvo en pié sin necesidad de que la sujeta-

sen y no voló.

—Tiene rotas las alas, gritaba el Cuco, está lastimada por eso no vuela.

—¡Calla! esclamó una voz, la llevan con el Virey.

—¡Como no lo hechice!

—Le va á ser mal de ojo.

—Estas brujas son malas, decia otro; y en esto la multitud afluia por los corredores y amenazaba invadir los salones, y se hizo preciso que la fuerza armada se escalonara y cerrara el paso á la plebe, que no dándose por vencida esperó impasible el fin de la escena.

Sabemos de buena letra que aquella gente estuvo todo el dia en los pátios de Palacio esperando la salida de la bruja.

En la tarde al disolverse los últimos grupos, se consolaban con asegurar que la bruja habia volado á pesar de no tener alas, y otros aseguraban que se habia quedado á vivir en Palacio.

Los nombres de Quintero, Blanco y Aldama volvieron á sonar en los oidos del Licenciado, quien tomando el hilo de los acontecimientos puso al tanto al Virey de la situacion de Don Manuel de la Rosa y de la parte que estos tres pillos tenian, asi en el ruina de Don Manuel como en la suerte de Margarita y hasta en las desgracias de Doña Dolores.

Revillagigedo corroboró en esta vez los informes que ya tenía con respecto á la relajacion de costumbres en la metrópoli, de la afluencia de gente vagabunda y viciosa, de las reuniones crapulosas de españoles corrompidos y aventureros, y de ser, en fin, la Capital de México una sentina de vicios y maldades de todo género.

Notó desde luego el ilustrado Conde la falta absoluta de policía, sin la cuál no se podia poner término ni correctivo á tantos males inveterados, pues todos los crímenes pasaban desapercibidos para la justicia: ningun freno ni providencia preventiva evitaba aquellos males.

El desorden que reinaba en el Tribunal de la Acordada con respecto á los procedimientos judiciales, escandalizaba al Conde, pues cada empleado de justicia ejercia atribuciones diversas segun una práctica viciosa y arbitraria.

—Es necesario trabajar mucho, Señor Licenciado, decia el Virey para llevar acabo la grande obra de reorganizacíon. No se concibe como mis antecesores han podido vivir representando el Gobierno de Su Magestad, enmedio del total desorden en la Administracion y sin promover las mejoras que exije la categoría de esta hermosa Ciudad, ya que tampoco se han cuidado de las gravísimas atenciones de las Provincias.

Revillagigedo, infatigable en el trabajo, dictó sus prime-

ras medidas para el establecimiento de la policía de seguridad; y á los primeros agentes provicionalmente nombrados fué encargada la vigilancia de muchos individuos conocidos por la depravacion de sus costumbres.

En la lista de nombres que recibieron los agentes estaban marcados con una cruz al margen los de Aldama, Quintero y Blanco.

Estos policías fueron primeramente espías privados del Virey, asi es que por la primera vez en México habia en las reuniones y en los parajes públicos un hombre con la comision secreta de informar á las autoridades de lo que pasaba.

Por lo que respecta á Margarita, volveremos con el curioso lector al punto en que la dejamos; quiere decir al momento en que una puerta se cerró tras ella.

Margarita al volver de su estupor quizo reconocer el lugar donde se encontraba, pero por todas partes la rodeaban las tinieblas.

Permaneció de pié por algun rato, no atreviéndose á hacer ruido y sin acertar con el partido que debia tomar.

A poco rato apareció una muger con una vela de sebo en la mano y murmuró:

—Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar. Ave María Purísima.

Margarita sorprendida, acertó apenas á dar la respuesta, murmurando tambien algunas frases.

—Sobre esta caja puede su merced sentarse, continuó la muger.

Margarita se sentó maquinalmente. Se encontraba en un cuarto húmedo y súcio en donde habia una tarima que ser-

via de cama, una gran caja de madera sobre la que se habia sentado Margarita y algunos trastos asquerosos.

—La muger que trajo la luz se sentó en el suelo.

—¿Puede usted decirme, buena muger, en qué lugar me encuentro?

—Yo no puedo decir á su merced sino que está en el barrio de los Angeles; que por lo demas, yo no sé los negocios en que se meten los señores. Mi compadre me dijo: "Ahí tienes eso y cuidado con la lengua." Y ya puede figurarse su merced, que á mí no me toca decir esta boca es mia; que en siendo una callada no le pesa, por que tarde ó temprano todo se sabe.

—¿Y puedo al menos saber quién es el compadre de usted?

—En cuanto á eso, si su merced lo ignora, mi compadre tendrá sus razones y no seré yo la que diga su nombre, que en esas cosas no quiero meterme.

Margarita no pudo sacar nada en limpio por mas preguntas que hizo á aquella mugèr y tomó al fin el partido de callar y esperar resignada.

La muger andrajosa acabó por dormitar sentada. Así pasó algunas horas hasta que salió de allí para volver en seguida, ofreciendo á Margarita algunas tortillas.

Margarita, á pesar de no haber comido casi nada en todo el dia, no sentia hambre, asi es que finjió aceptar el obsequio para no desairar á aquella muger, en quien comenzaba á ver algo que la hacia sospechar haber caido en una nueva red.

A poco se acabó la vela de sebo y la muger recostada á los piés de Margarita, roncaba de una manera estrepitosa.

Margarita se entregó de nuevo á sus reflecciones.

Estaba sola en el mundo.

Nada es mas pavoroso que el aislamiento moral.

El ser humano, esencialmente sociable, se encuentra rodeado de un vacio aterrador cuando vuelve en torno de sí la mirada sin encontrar otra mirada amiga.

Vivir solo en el mundo: hé aquí uno de los horizontes negros del espíritu humano.

La planta rodea su ser de ciertos elementos homogéneos que constituyen su existencia siempre laboriosa, siempre anhelante, por que el anhelo es el elemento incorpóreo de la vida.

Los jugos, el aire, el calor, la luz, la electricidad, son en la planta el trabajo, la aspiracion el deseo, el sentimiento y la vida.

Esta planta humana, que vive, que siente, y que piensa y que se llama el hombre, necesita tambien como las otras plantas para su ser moral: por calor el cariño, por luz la esperanza, por electricidad el sentimiento y por jugo la fé.

Margarita era una planta muerta.

Su cariño era la dolorosa llaga de un desengaño. En la borrasca de sus sentimientos acababa de aparecer el horizonte ceniciento y pesado de su atonía. Su fé perdida se doblegaba ante su fé religiosa, decaida y débil.

Buscaba no obstante la luz de su esperanza en los celajes de su fantasía, y negras tinieblas en derredor estendian á sus piés los abismos del infinito y de la duda.

Si la esperanza, virtud consoladora, no hubiera nacido en la hora sublime de la redencion humana, si esa áncora deseada no fuera la invencible antorcha de un ángel del Señor que alumbra la tribulacion y los dolores, el hombre, á imitacion

del ángel caido, secundaría el grito del réprobo para romper con su existencia; pero esa luz divina cuyos reflejos doran el borde de las tumbas y cuyos efluvios engendran la sonrisa de los mártires, era la única estrella del cielo de Margarita.

Esperaba. ¡Esperar entonces! ¡esperar como la hoja arrancada del tallo! ¡esperar sola enmedio del mundo! ¿Quien podria socorrerla? ¿á quién volveria los ojos? Ella no lo sabia; pero esperaba.

El negro mar de la tribulacion sacudia en su torno sus olas encrespadas: abismos, dudas y congojas en el goteár de una herida incurable.

Nada hácia delante.

Sus sollozos eran las últimas emanaciones de su pasado.

Las tinieblas eran su presente.

Nadie la amaba. Su hermosura aduñada con la languidez del sufrimiento, formaba por desgracia en el mundo, una de esas ironias aterradoras que hielan de espanto al pensador.

La hermosura enlazada con la desgracia, es una palmadita dada en el hombro del libertino.

Es un sarcástico ofrecimiento del destino.

La hermosura se convierte en un castigo y la desgracia en una provocacion.

¡Extraño consórcio que lanza á la prostitucion tantas mugeres!

¡Extraña índole del hombre que se doblega ante la hermosura desvergonzada y sacrifica á la hermosura dolorida!

El mundo, por una série de contradicciones y contrastes, se ufana abriendo la sentina á la castidad, se regocija de lanzar á la crápula á la que ayer fué pura.

La prostitucion se sácia de estos hallazgos. La miseria y el

abandono son una pendiente resbaladiza á cuyos pies está la vorágine de la deshonra.

Ascender en esa pendiente para salvarse del abismo, es una prerrogativa de las almas grandes.

¡Cuántas mugeres Sísifos ruedan despues de larga lucha con la piedra de su desgracia!

La de Margarita era pesada. ¿Que sería de ella? El abismo estaba á sus piés y no habia en el mundo una mano protectora que la salvara.

Margarita dudó, luego pensó hasta llorar.

Cuando ya no tuvo lágrimas, tuvo oraciones. Despues tuvo esperanzas.

El dia la sorprendió despierta. El dia habia amanecido hermoso y despejado, pero en el alma de Margarita habia las mismas nubes que en la noche de su triste vigilia.

CAPITULO IV.

A DESESPERADOS MALES DESESPERADOS REMEDIOS.

Estaban Quintero y Blanco á la sazon sintiendo el aislamiento moral; solo que en el alma de estos hombres se producian distintas elucubraciones.

Habian llegado á una situacion escepcional y desesperada.

En los hombres gastados y criminales existe, como en los demas, la intuicion del honor.

Para Quintero y para Blanco tenía tanto valor el compromiso contraido como para el mas íntegro y honrado de los hombres.

—Es un punto de honor, se decian mútuamente, con una formalidad diabólica.

Ante esa exijencia los medios eran solo una forma; poco importaba clasificarla. Se necesitaban medios y todos eran buenos.

La imprescindible necesidad de tres mil pesos ponia á estos hombres en la situacion del hambriento de varios dias que recurre á todo para no morirse de hambre.

No habia en su imaginacion, en su corazon, y en su conciencia mas que un guarismo. Tres mil pesos.

La tiranía de esta cifra los amenazaba instante por instante.

Tambien estos hombres volvian la mirada á todas partes sin encontrar, como Margarita, otra mirada amiga; porque la única mirada y la única amistad aceptable era la cifra.

—Confesemos paladinamente á Don Manuel, decia Blanco, que no tenemos tres mil pesos, inventaremos una fábula mientras nos damos tiempo de dar un golpe seguro; el de Azcoiti por ejemplo.

—Nó, contestaba Quintero. Sí no pagamos hoy ni llevamos los pendientes, caemos de nuestro pedestal y ¡adios Catalina!

—Y ¡adios Plácida! interrumpió Blanco.

—Y no nos recibirán mañana.

—¡Y todo por tres mil pesos! Despues de todo dice bien Aldama: el ladron no es mas que el distribuidor social. He aquí una cosa injusta: ¡cuántos en estos momentos ni aun se acuerdan de que les sobran tres mil, diez, veinte mil pesos, cuando nosotros dariamos nuestra vida por tres mil! . . . .

—¡Dejar de ver á Plácida!

—Y verla en poder de otro, que es lo peor.

—Es necesario conseguir el dinero.

—Pero la hora se acerca.

—Pensemos en algo de provecho.

—Me ocurre una idea.

—¿Cual?

—Escribiremos una esquela.

—¿A quién?

—A Don Manuel.

—¿Y qué le diremos?

—Que un negocio urgente con el Virey ó con el el Arzobispo ó con cualquiera, nos priva del placer de llevar personalmente el dinero.

—Y que no queremos enviarlo con el criado.

—Eso es; que no queremos enviarlo por temor de un percance.

—Que tenemos motivos para desconfiar de nuestros criados por que ya nos han robado.

—Eso es, y ganamos tiempo.

—Sí, al menos ganaremos tiempo, que es lo que importa.

—Pues vamos.

—Vamos.

—A una tienda.

—A cualquier parte.

—Aquí.

—Entremos.

Y Quintero y Blanco entraron á una tienda de la Calle del Seminario.

—Bien venido, paisano, dijo el tendero á Don Baltasar.

—Buenos dias. Deme usted papel y tintero.

—Pueden pasar al escritorio.

—Arreglados.

Y el tendero levantó la tapa del mostrador y abrió la puertecilla.

Quintero escribió en el escritorio de la tienda una esquela concebida en estos términos.

"Señor Don Manuel de la Rosa.

Casa de usted y Octubre 21 de 1789.

Muy Señor mio y mi dueño.

Ponemos á usted estos renglones para pedirle nos dispense al Señor Blanco y á mí de no pasar en el acto á entregarle el dinero de anoche, pero hemos tenido que dejarlo en depósito en la tienda mientras ocurrimos al llamado......

—Del Exelentisimo Señor Virey, interrumpió Blanco que veia sobre él hombro lo que escribia Quintero.

"del Exelentísimo Señor Virey" escribió Quintero. "Tan luego como salgamos de Palacio serán con usted nuestro amigo Blanco y quien se repite su criado y servidor que atentamente

L. B. SS. MM.

Baltasar Dávila y Quintero."

Escribió el sobrescrito y envió la carta con el criado de la tienda á la casa del Puente de la Mariscala.

Saliéron de la tienda.

—¿Y ahora qué hacemos? peguntó Quintero.

—Es indispensable ver á Aldama.

—No transijirá.

—Es necesario tener calma, porque lo primero es el dinero.

—Es cierto,

—¿Y el duelo?

—Una de dos, ó Aldama prescinde ó se baten. Si usted muere ó sale herido, ya tenemos cuando menos un buen pretesto

para no pagar hoy el dinero.

—El pretesto no me hace maldita la gracia.

—Ni á mí tampoco; pero á desesperados males desesperados remedios

—Tambien es cierto.

—Me adelantaré á ver á Aldama, continuó Blanco, esploraré el terreno, veré como está su ánimo y en seguida llega usted y se arreglan.

—¿Pero en donde estará Aldama?

—Le dejamos en casa de la Tia Teodora.

—Pero tal vez ya no esté allí.

—Pues hay que buscarlo en varias partes.

—En primer lugar en casa de Teodora.

—Despues en casa de mi Tia en el Salto del agua.

—En seguida en la Alcaicería.

—Y por último en casa de Margarita.

—¡Margarita! esclamó Quintero ¡Margarita, que se me ha escapado!

—No hay que andarse con esclamaciones: el tiempo vuela.

—Queda convenído el itinerario.

—Teodora, la Tia, La Alcaicería y Margarita: por su órden.

—Es necesario andar todo México.

—Pero al fin llegaremos.

—¡Arreglado, por los cuernos de Satanás! En marcha.

Y Blanco echó á andar con direccion á San Lázaro para tomar hácia la Candelaria de los patos.

Quintero se quedó un tanto pensativo, procurando combinar el tiempo lo mejor que pudiera. Avanzó algunos pasos

hácia la plaza y un hombre medio encubierto con una sábana le salió al encuentro.

—Ya el amo no me conoce, dijo el de la sábana. Quintero preocupado se desvió del importuno y continuó su marcha.

—Ya el amo no me habla, dijo en voz mas fuerte el de la sábana.

Quintero no lo oia.

—No me habla desde anoche.

Esta palabra mas en analogia con los pensamientos de Quintero lo sacó de su abstracion y dirijió la vista al que le hablaba.

—¿Eres tú, maldito?

—Sí, amo yo soy, en persona; el Lobo para servir á su merced.

—¿Qué hiciste anoche, bandido?

—No se moleste el amito.

—Habla.

—Muy poco á poquito, mi amo, que tengo que decirlo....

—¡Habla, por los cuernos de Satanás!

—¿Está muy rico su merced?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por que hay negocios para los que se necesita dinero.

—¿Qué negocio es ese?

—Es mi secreto, mi amo.

—Será un negocio que desempeñes tan bien como el de anoche, que te perdiste á lo mejor del cuento; ya se vé, hice la tontera de pagarte anticipado y me burlaste como á un chico.

—Pero no será la última, mi amito.

—¿Qué no será la ultima?

—Yo sé lo que me digo; y si quiere saber algo mejor que eso, hemos de hablar como buenos amigos, patroncito.

—No me faltaba mas que esto; no estoy para conversaciones.

—Si su merced no quiere que yo le hable por que se desdeñe de andar de dia con los pobres, qué hemos de hacer.

—¿Sabes que estas misterioso é incomprensible?

—Es porque su merced no me quiere comprender.

—Habla por fin, ¡Lobo maldito!

—¿Está su merced muy rico?

—Nó hombre, no estoy rico, al contrario ando buscando dinero.

—Yo tambien, patroncito, y lo siento por su merced.

—¿Pues qué vendes?

—Vendo una alhaja muy barata.

—Para alhajas estoy.

—¿No me la compra su merced?

—Nó.

—Piénselo bien el patroncito.

—No, no compro alhajas; necesito dinero.

—¡Cuánto lo vá á sentir mi patroncito! y dígame su merced, ¿el patron Aldama tendrá dinero?

—No sé.

—Yo sé que tiene muchas onzas y ya le he dicho á su merced que necesito yo tambien dinero; y si no lo saco de esta vez dejo de ser Lobo. ¿Con que no hay dinero?

—Has amanecido pesado.

—He amanecido de fortuna.

—¿Sí?

—Voy á vender al patron Aldama esa prenda por la que pido mil pesos; y ó me los dan por ella ó no la entrego.

—Quieres acabar por fin, pillo, ¿qué prenda es esa?

—Es una prenda que si su merced tuviera dinero me daría los mil pesos.

—Quita allá con tus prendas, que ya me cansas.

Y Quintero desviándose del Lobo apresuró el paso.

Pero no habia andado mucho cuando oyó al Lobo que decia á su espalda.

—Se llama Margarita.

Quintero se paró como petrificado.

—¡Qué estas diciendo!

—La verdad.

—Habla.

—Yo tengo á esa niña.

—Mientes.

—Entonces, adios patron.

—Oye.

—Mande su merced.

—¿En donde está?

—No soy tan bobo de decirlo á su merced.

—Dímelo malvado, dijo Quintero, tomando del puño al Lobo.

—Si empieza su merced por incomodarse no haremos trato nunca. ¿Quiere su merced ver á esa Margarita?

—Si que quiero.

—Le cuesta á su merced mil pesos.

—Estás loco.

—Nunca he estado mas cuerdo.

—Tu te chanceas.

—Nunca he estado mas formal.

—Harás que pierda la paciencia.

—Y lo sentiré; por que así no podrá oirme su merced, y le importa.

—Ya te escucho.

—Así me gusta mi amo. Anoche seguiamos á sus mercedes Chicas-corbas y yó: sus mercedes se empeñaron en medio del aguacero en que les abrieran la puerta, y no oyeron que les gritabamos que no estaba lejos un portal. Chicas-corbas se fué por su lado á buscar abrigo, pero yo me quedé en el portal. Allí oí los gritos y despues los tiros, y ccmo conozco la casa, tomé la retaguardia, amarré mi caballo en un maguey y me metí al corral por la puerta del campo con mi cuchillo en la mano: desde allí podia yo ser mas util, ó para atacar, ó para salvar á sus mercedes, si ya estaban adentro. Iba ya por la mitad del corral, que por mas señas estaba atascoso, cuando oigo una voz que decia "por aquí Dolores"....conocí á la Señorita, y como ella no me conoce, le dije "por aquí Señorita" por aquí está la salida: y la muy inocente se dejó llevar de tan asustada que estaba. La monté en mi caballo y....piés para qué os quiero.

—¿Y Chicas-corbas?

—De nadie he vuelto á saber.

—¿Con que tú la tienes?

—Sí patrocito.

—¡Y la vendes!

—Por mil pesos nada mas. Por que me he dicho: supuesto que la suerte te ha ayudado, Lobo desgraciado, ten presente, que la ocacion la pintan calva, y como mis patrones son ricos, ó mi amo Quintero, ó mi amo Aldama me dan mil

duros para largarme á mi tierra á poner una tienda ó comprar unos magueyes y dejar la mala vida. Dios me ha tentado el corazon para que mis amos me quiten de penar. Con que patroncito, si su merced está pobre, mi patron Aldama me dará los mil pesos.

—No harás tal.

—¿Qué no haré tal?

—Te denuncio.

—Y yo denuncio á su merced de muchas cosas que le sé, y nos ahorcan á los dos.

—Dame un plazo.

—Hoy necesito el dinero.

—Hoy no puedo, mañana.

—Entonces veo al Señor Aldama.

—Pues no verás á nadie, maldito, por que te seguiré por todas partes.

—¿Para qué?

—Para que no veas á Aldama y para quitarte á Margarita.

—Eso es muy dificil, por que aunque se muera de hambre la pobrecita no voy á verla para que no me pille su merced.

—Lobo condenado me estas atormentando.

—Hay veces que á los pobres nos toca la vez de atormentar á los ricos.

—Pues hagamos un convenio.

—¿Cual?

—En primer lugar, bájame el precio.

—Ni un real.

—Te firmaré un pagaré.

—La firma de su merced no la admiten en el comercio.

—¡Deslenguado!

—Es la verdad, amito.

—Fíjame una hora para entregarte el dinero.

—Eso es ya otra cosa. A las doce.

—A las seis de la tarde.

—Es muy tarde.

—A las cinco.

—Sea á las cinco, por no disputar con su merced.

—A las cinco en mi casa.

—No faltaré.

Quintero siguió andando separado del Lobo pero á pocos pasos oyó á éste que le decia:

—Amo.

—¿Otra vez?

—Voy á dar á mi amo otra noticia.

—¿Cual?

—La Dolores, criada de la Señorita, está presa en palacio, la trajo el Alcalde de Tacuba y ya el Virey lo sabe todo.

Quintero se puso horriblemente pálido, estuvo á punto de caer desvanecido como si hubiera recibido un golpe en el estómago. Algo profundamente amargo pasó por su imajinacion.

———

CAPITULO V.

LA RISA DEL ÁNGEL MALO

Guardó silencio Quintero por algun tiempo, y hubiera permanecido estático, si sacando fuerza de flaqueza no hubiera pensado en el Lobo que lo observaba sin perderle movimiento. Levantó la cabeza, vio al Lobo y rió de una manera horrible, con una risa nerviosa, destemplada, hueca.

Hay veces que el dolor desprecia el lenguaje de la blasfémia, de la maldicion, de las lágrimas y de los ayes como armas gastadas y recurre al lujo de la espresion dolorosa, á la risa.

—Es un simple cambio de espresion: es el ángel de la muerte sacudiendo los cascabeles de Momo; por eso se pro-

duce ese sonido histérico, por eso esas risas hacen temblar, como las risas de los réprobos.

Esa risa fué invencion de un ángel: este ángel era hermoso y un dia rodó desde el zenit hasta el abismo. Al caer, es fama que vertió una sola lágrima, pero al sentirla rió....

Quintero habia empleado treinta años de maldad para aprender á reir así.

Su risa fué irreprochable. En la música infernal acababa Quintero de hacer la *fioriture* por exelencia.

El Lobo sintió que se le erizaban los pelos. Era la ovacion de la risa.

Un Lobo horrorizado es el panejírico de lo profundamente terrible.

El Lobo se desvió de su amo. La cara de Quintero daba miedo.

Mientras el eco de aquella risa seguia rodando hasta el infierno, se estereotipó en la cara de Quintero una espresion indescribible.

El rayo ha solido reproducir como un fotógrafo algunos dibujos en las paredes.

La risa trazó como el rayo en la cara de Quintero las lineas del precito.

El Lobo por fin huyó, se deslizó diciendo para si: ¡Pobre Señor!

Cuando los ojos de Quintero pudieron ver, vieron delante de sí á la Tia Teodora.

La Tia Teodora se acercaba á Quintero en el momento de la risa y la risa, la clavó frente á Quintero.

Se miraron uno á otro.

Quintero no podia hablar.

La bruja estaba deletreando un recuerdo en la risa que acababa de oir.

Esta risa tenia para Teodora una hermana en el mundo.

Teodora habia oido esa risa en otra parte. ¿Donde? ¿Como? ¿por qué? Esto era lo que la bruja no podia descifrar.

Quintero avesado á la crápusla y á cierto género de aventuras, no era hombre que se alarmara con facilidad; pero esta vez, la única en su vida segun la confesion de él mismo, esperimentó un horror singular y sintió algo tan profundamente desgarrador, que el recuerdo de aquel momento lo conservó hasta su muerte.

Todo esto pasaba en la Calle real del Rastro, direccion que Quintero habia tomado para buscar á Aldama en el Salto del agua, pues habia calculado desde que encontró al Lobo, que era mas fácil encontrar á Blanco en el segundo punto del itenerario.

—¿Y Aldama? preguntó Quintero á la bruja.

—Se me escapó anoche.

—¿Anoche?

—No hubo poder humano que lo detuviera. Corrió.

—¿Que iba á hacer?

—A buscar á Margarita.

—¡Faltando á su palabra!

—Sí.

—Le costará muy caro.

—No es justo.

—A pesar de eso.

—He leido mucho en los astros.

—¿Y qué?

—Tengo miedo.

—¿Por Aldama?

—Y por usted, Señor Quintero.

Esta frase la pronunció la Tia Teodora con un acento particular de ternura.

La ternura es como el aroma, atrae.

—¿Por mí, preguntó Quintero?

—Me intereso en la suerte de usted.

—¿Desde cuando?

—Desde que le conocí.

—¿Y ha preguntado usted á los astros algo que me interese?

—Sí.

—Y soy desgraciado ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Y hay medio de salvarme?

—Sí, le hay; pero son necesarios varios sacrificios.

—¿Cuales?

—Es largo de contar.

—Hable usted Teodora.

—Aquí nó: hablaremos en otra parte.

—¿El remedio es pronto?

—Sí.

Quintero refleccionó. Como Aldama, se inclinaba en la tribulacion á lo sobrenatural, á lo desconocido. Dentro del círculo de fierro del destino, el hombre levanta la frente hácia arriba. Los buenos ven el Cielo. Los malos encuentran nubes delante de sus ojos.

Sobre la desgracia y sobre la maldad, hay siempre nubes. En esas nubes opacas, cenicientas, lóbregas están la quiromancia, las brujas, la supersticion y el fanatismo.

En esas nubes estaba escondida la esperanza de Quintero.

La esperanza tieno una sonrisa para todos.

Los buenos esperan en Dios.

Los malvados esperan en el crímen, el crímen mismo. Y no obstante, esto es para ellos una esperanza.

Pero el ángel puro, ese ser consolador y divino que hace sonreir al moribundo ¿era el mismo que hacia esperar á Quintero? No: la esperanza es el ángel de los buenos y de los martires. La amargura del crímen consiste en no ver á ese ángel.

Despues de refleccionarlo, Quintero se decidió á seguir á la Tia Teodora.

Para esta era aquel un dia de gran sesion: preparó su cueva, aunque bien hubiera querido entrar desde luego en materia con Quintero, por que como hemos dicho antes, la brujá sentia una secreta inclinacion hacia él: pero no quería prescindir de sus prácticas habituales por que sabia cuanto influia aquel aparato en el ánimo de sus clientes.

Despues de los preliminares acostumbrados en tales ocaciones, y que con poca diferencia fueron los mismos empleados con Aldama, la bruja preguntó á Quintero.

—¿Donde naciste?

—En la Isla del Hierro.

—¿Esa es la verdad?

—Sí.

La Tia Teodora vertió una sustancia en la lumbre que arrojó una llama violada.

—Mientes, exclamó. Si la mentira es la base de tus declaraciones no sacaremos nada en limpio. Es preciso decir la verdad ¿Donde naciste?

—En la Isla del Hierro, repitió Quintero.

—Reflecxiona.

Quintero oyó entonces el ruido de la gota de agua que habia oido tambien Aldama.

—Recuerdo una circustancia.

—Habla.

—A consecuencia de un pleito que mi familia sostuvo contra unos arrendatarios en la Isla: tuvimos un enemigo, era un labrador que procuró seguirnos todos los perjuicios imajinables. Un dia propaló en un corrillo la especie de que yo no habia nacido en la Isla, ni eran mis padres los que pasaban por tales, que no era yo noble ni mi nombre era el que yo llevo; pero como de ese labrador esperabamos siempre todas las calumnias posibles, por mi parte no dí importancia á sus palabras. No obstante, este hombre desapareció un dia de la Isla sín que nadie haya vuelto á saber su paradero: A poco tiempo fuí colocado por mi familia en un navío donde hice mi carrera de marino. Despues de cinco años de ausencia mis padres habian muerto y la desaparicion de su fortuna ha sido siempre para mí un misterio.

—Ten por seguro que el labrador tenía razon, dijo Teodora en tono profético.

La bruja habia reunido á este dato las noticias de Don Valentin Roa y estaba ya segura de que Quintero no habia nacido en la Isla del Hierro.

Teodora se acercó hasta ponerse á muy corta distancia frente á Quintero.

—Necesito que hagas un esfuerzo para acordarte de todos los pormenores de tu vida, muy especialmente de tus primeros años.

—¿Y la relacion de esos sucesos tiene que influir en mi porvenir? dijo Quintero.

—Indudablemente.

—¿Y en el remedio de mis males?

—A no dudarlo.

—¿Qué uso hara usted de mis datos?

—Ninguno que pueda perjudicarte.

—Confiando en esa palabra, doy principio á mi narracion. Mi primer recuerdo se refiere á la crueldad con que fuí tratado en mis primeros años. He tenido la desgracia de sentir en mi alma primero el ódio que el amor. Mis padres fueron en estremo rijidos y aun injustos conmigo; no puedo recordar una sola caricia de su parte y sí muchos malos tratamientos, casi me parecia que aquellos seres crueles no eran mis padres. Acerca de mi propia familia no puedo dar dato alguno, pues en mi niñez no fui impuesto, no se por que misterio, de esas pequeñas circunstancias que forman los cuentos y las tradiciones de la familia; vivia yo excluido y entregado exclusivamente al trato de la servidumbre de mi casa, so pretesto de que era yo malvado é insoportable. Siempre que me acercaba yo á acariciar á mi madre, primero por instinto y luego por ver si hacia cambiar el trato que me daban, era yo rechazado como un perro impertinente y estos tempranos golpes agotaron en mi corazon la ternura y el sentimiento. Mi caracter acabó de formarse en la milicia y en el mar donde acabé de perder los desabridos recuerdos de mi infancia.

Teodora habia prestado á esta relacion una atencion particular. Le parecia estar atando los hilos de una historia en la que habia tenido fija la imajinacion mas de treinta

años.

Una idea absorbia todo el ser de Teodora, idea que la deslumbraba como una esperanza realizada, como una promesa cumplida.

—¿Si este hombre será mi hijo? se decia en su interior; puede serlo por la edad, puede serlo tambien por que yo le quiero desde que le ví, y puede ser tambien mi hijo.... se decia Teodora espantándose de su propio pensamiento, por que he sorprendido en este hombre una risa que me ha hecho esperimentar una sensacion estraña.

Cuando Teodora se hubo hecho estas reflecxiones preguntó á Quintero:

—¿Conociste en tu niñez á un habanero que se llamaba Pedro Nuñez?

—Nó.

—Un hombre aborrecible, esclamó maquinalmente Teodora.

Quintero tuvo una reminicencia evocada por la palabra *aborrecible.*

—Yo tambien aborrecí á un habanero.

—¿Como se llamaba?

—Pedro Hernandez.

Teodora se puso á reflecxionar.

—¿Dices que le aborrecias?

—Sí.

—Hasme su retrato.

—Era bajo de cuerpo.

—¿Trigueño?

—Sí.

—¿Pelo crespo?

—Sí.

—¿Tenia una cicatriz en el carrillo izquierdo?

—Si, parecia un latigazo.

—¡El es! dijo Teodora irguiéndose. !El es!

Y sus ojos se iluminaron con un brillo siniestro.

—¿En donde está ese hombre? continuó.

—No lo he vuelto á ver.

—¿Qué de comun tenía con tu casa?

—Tenía grandes negocios con mi padre, y creo mas, inducía á mi padre á los negocios malos.

—¡El es! repitió Teodora con una alegría feroz. ¡Si este hombre fuera mi hijo....! pensó en seguida.

Olvidose por un momento de su investidura de bruja y habló solamente la voz de su corazon. La madre olvidaba la quiromancia para buscar á su hijo en Quintero.

—Yo nací en la Habana, dijo Teodora, y allí me casé con Don Pedro Nuñez cuyo retrato es el que usted me acaba de hacer de Don Pedro Hernandez. Este hombre criminal y malvado me arrebató una noche mi hijo que debe tener hoy la edad de usted. Don Pedro Nuñez era un mónstruo, él acabó con mi familia, con mi fortuna y me robó á mi hijo, por que este hijo no era de Nuñez. Hace mas de treinta años que busco á mi hijo para hacerlo feliz y á Nuñez para ver caer sobre su cabeza la justicia de Dios................

Señor Quintero, añadió Teodora tomando su acento esa entonacion que solo saben dar á la voz las madres. Señor Quintero, tengo un presentimiento, y una madre que tiene nn presentimiento tiene casi una realidad.

Quintero oia con asombro.

—Yo he sentido algo en mí que me acercaba á usted de

una manera incomprensible.

—¿Y bien? interrumpió Quintero.

—¿No me ha comprendido usted? preguntó Teodora visiblemente emocionada.

—Que yo.... balbutió Quintero, no atreviendose á pronunciar la palabra.

—Sí, dijo Teodora rapidamente. Sí, sí, Quintero, que usted fuera mi hijo......................................

Quintero no pudo reprimir un movimiento repulsivo y Teodora un ademan casi de amor.

Era por que Teodora habia aprendido á amar y Quintero se habia acostumbrado á aborrecer.

Quintero en vez de sentir pensó; mientras que el corazon de Teodora se hacia pedazos dentro del pecho.

Quintero pensaba en que Teodora habia dicho "*busco á mi hijo para hacerlo feliz*" y como la felicidad para Quintero estaba significada en la riqueza se deslumbró por un momento; pero en seguida se dijo á sí mismo. Nada perderia yo en ser hijo de una bruja ¿pero qué clase de felicidad podria ofrecerme esta vieja que no sea este sótano lleno de esqueletos?

Y sin cuidar de encubrirse ante Teodora preguntó.

—¿Y que clase de felicidad es la que tiene usted preparada á su hijo, Tia Teodora?

Esta pregunta que terminaba en *Tia Teodora* hizo descender á esta de la ingenuidad de su sentimiento y á su vez pensó.

Si este hombre no es mi hijo y le confiezo que puedo regalarle un tesoro, ó puede robármelo por la fuerza, ó engañarme. A mi vez necesito cerciorarme.

—Nos hemos desviado del asunto principal, dijo Teodora en tono magistral, haciéndose un doloroso esfuerzo. Olvidemos la pasada digresion y hablaremos de lo que importa.

Quintero volvió á sentirse dentro del circulo de fierro de su situacion.

CAPITULO VI.

EN EL QUE SE VÉ QUE QUINTERO SE PIERDE
POR QUE HEREDÓ DE SUS PADRES
EL PECADO DEL SIGLO.

Cuales son tus cuitas? preguntó Teodora con voz de pitonisa. Necesito saberlas todas para poder hallarles el remedio segun te lo he ofrecido.

—En primer lugar, dijo Quintero, jugué.

—Y perdiste: ya lo sé.

—¿Quien se lo dijo á usted?

—Los astros. ¿Cuanto perdiste?

—Dos mil duros entre Blanco y yo.

—No es mucho.

—Ademas debemos regalar unos brillantes que valen setecientos pesos.

—Dos mil setecientos, dijo Teodora recorriendo una baraja.

—Hay mas.

—Habla.

—Tengo, legado por Aldama, derecho sobre Margarita.

—¿Y bien?

—Se me ha escapado.

—La protege un ángel bueno, dijo Teodora levantando un tres de espadas á la altura de la cabeza..

—Pero me costará mil pesos dar con ella.

—Son tres mil setecientos, dijo Teodora.

—Necesito hoy tres mil setecientos pesos, Tia Teodora, en cambio de mi vida; hoy se los quito al que los posea aunque para ello tenga necesidad de matarlo.

Teodora se alegró de haber sido cauta y empezó á tener miedo de que aquel hombre fuese su hijo; y no obstante, algo profundamemte simpático habia en Quintero para Teodora. Aquella simpatía crecia á medida que se hacia funesta.

—¿Quieres robar? preguntó á Quintero.

—Sí.

—¿Y matar?

—Sí. Pero si tu ciencia sirve para algo bueno en el mundo, hazme rico para que me hagas feliz.

—Tu no puedes ser rico, á menos que no aceptes las condiciones que tu destino te señala.

—¿Cómo conoceré esas condiciones?

—Yo puedo revelártelas.

—Ya escucho.

—¿Estás dispuesto á las pruebas?

—Sí.

La bruja descendió de su trípode y cubrió la cabeza de Quintero con la capucha de lana que ya conocemos, y lo abandonó al silencio y á la soledad.

Entre tanto Teodora hizo desaparecer los esqueletos y la mayor parte de los aparatos que adornaban la cueva, y colocó en el fondo de esta una mesa que cubrió con un paño mortuorio; salió de allí y volvió á entrar en seguida trayendo una lámpara que colocó sobre la mesa del fondo, después descubró á Quintero, y se colocó á su espalda.

Cuando Quintero abrió los ojos vió destacándose en el fondo negro de la cueva una vírgen con el niño en los brazos; era una copia de la vírgen de la silla de Rafael.

Aquel cuadro estaba convenientemente iluminado por la lámpara, colocada para no dar luz sino al cuadro.

Quintero que todo esperaba ver menos una imágen de la Vírgen María, quedó verdaderamente sorprendido.

Estamos en la mas completa oscuridad dijo Teodora, nada se vé.

—Sí veo, dijo Quintero.

—¿Qué ves?

—A la vírgen María.

—Yo no veo nada, dijo la bruja, en tu fantasía la que te presenta lo que no hay aquí.

—La estoy viendo, insistió Quintero.

—Lo creo y no te lo disputo, pero escuchame. Me ha hablado tu ángel bueno, Quintero, y ha trazado el camino de tu salvacion, me ha revelado la manera de que seas feliz.

—Ya te escucho.

—Tú nunca has sabido como se ama á los hijos; por eso no comprenderas lo que me dijo tu ángel bueno, pero te referiré sus palabras y tú sacarás de ellas el partido que quieras: supuesto que estás viendo en tu imaginacion una vírgen, no te limites á ver una figura sin significacion. Mira en esa muger á la mas tierna y á la mas santa de las madres y mira en ese niño al mas grande y al mas bueno de los hombres. Pues bien, esa madre y ese niño te han trazado ya el camino que debes seguir, la madre te está diciendo que tu tambien tienes una madre, pero una madre cariñosa y tierna, una madre que si te viera llorar enjugaria tus lágrimas, que si te viera sufrir aliviaria tus penas, una madre que daria su vida por tí y que te amaria mas que á todo en este mundo: ese niño ha escrito con su sangre tu itinerario, el único camino, la única senda que conduce á la felicidad.

—Quintero no se atrevió á preguntar si aquello era cierto: empezaba á notar en el acento de la voz de Teodora un timbre agradable. Nunca lo habia notado. Se sintió inclinado á oir y dijo.

—Escucho.

Teodora continuó.

—Tu no sabes, desgraciado, lo que vale en el mundo el tesoro del amor, que haya un ser que ame con nosotros, que sienta con nosotros, sin mas interes ni recompensa que una caricia, sin mas apiracion que nuestro bien: cuando se siente esta felicidad, el camino del deber, por sinuoso que sea, está sembrado de flores y este camino conduce á la dicha.

Tu vida llena de amargura y descepciones puede tornarse en una vida risueña y feliz.

—¡Ah, si eso fuera cierto! esclamó Quintero ingenuamente.

—Nada es mas esacto.

—¿Y llegaré á ser rico?

—Con una riqueza mas preciada que la del oro.

—¿Mas?

—Sin duda alguna.

—¿Que debo hacer para conseguirla?

—Para darte la respuesta necesito consultar por un momento.

Y cubrió á Quintero con el capuchon: hizo desaparecer el cuadro de la vírgen y colocó la lámpara sobre otra mesa: en seguida le descubrió á Quintero la cabeza.

—Tu sentencia está escrita, dijo Teodora, y estas enmedio de dos caminos: vas á elegir, ó el de tu perdicion, ó el de tu felicidad: para lograr este último, necesitas hacer un sacrificio; ¿estás dispuesto?

—Veamos cual.

—Confesar paladinamente que eres pobre, alejarte de tus malas compañias y emprender una vida de recojimiento y de expiacion. Al fin de este camino está la dicha.

—¿Quiere decir que no pagaré los dos mil pesos?

—Nó.

—Y faltaré á mi palabra.

—¿Diste palabra de robar?

—Nó, de pagar.

—Pues sin robar no pagarás por que eres pobre y jugaste como rico.

—Es cierio. ¿Y dejo á Margarita?

—Si, por que Margarita no te pertenece ni te pertenecerá nunca.

—¿Y los brillantes?

—No los regalarás por que no los tienes. Este es el camino: si lo sigues yo te ayudaré y te ofrezco que algun dia despreciarás el dinero, y aunque soy vieja te enseñaré á amar como si fueras mi hijo.

—Quiere decir, dijo Quintero levantándose de su asiento, que lo único que sacamos en limpio es que si me enmiendo seré feliz. Tia Teodora para moralejas de esa especie se oyen gratis en las Iglesias sin necesidad de tantos monos ni mogigangas. Tome usted por sus buenas intenciones, dijo Quintero dando dinero á la bruja, y siento por mi parte haber perdido el tiempo.

Teodora rechazó las monedas y le dijo:

—Quedaré pagada con que usted venga cuando esté mas afligido.

Quintero se despidió, y la bruja, contra su costumbre, salió á dejarlo hasta la puerta, despojada de sus vestiduras: desde allí le vió alejarse y no se retiró hasta que lo perdió de vista.

—¿Cómo averiguar si este es mi hijo? pensaba Teodora, y en el caso de serlo ¿le entregaré mi tesoro adquirido con treinta años de privaciones y de esplotar la credulidad del vulgo para que vaya á pagar una deuda de juego y á causar mal á Margarita?

Pero por otra parte, y suponiendo siempre que sea mi hijo, si no lo salvo yo, tal vez va á robar, á matar, y yo habré tenido parte supuesto que pudiendo no lo salvé.

Creo que lo que poseo le alcanzará para pagar; pero en seguida me despreciaría

Yo no puedo saber, y creo que nunca lo sabré, que este hombre sea mi hijo.

Si el se enmendara, yo lo adoptaría, lo querria tanto como

si fuera mi hijo, lo enseñaría á trabajar, y nos retiraríamos á acabar nuestros dias en un lugar tranquilo y solitario.

¡Quiera Dios tocarle el corazon!

Quintero por su parte, al salir de la casa de Teodora, se hacia sobre la marcha estas reflecciones:

—Pues lo último que me faltaba para acabar de complicar mi situacion, era resultar hijo de una bruja. Si al menos esta bruja fuese rica. Si fomentando esa absurda idea de quo yo soy su hijo, me será fácil engañarla con una enmienda aparente, mientras me cercioro de si tiene dinero guardado.... Pero será tan poco· Nó, decididamente yo no soy hijo de la bruja. Ademas, sería muy necio en reconocerla, por que tendria que renunciar á mi nobleza, y ésta, bien ó mal adquirida, postiza ó legítima, me pertenece, y como noble he figurado en el mundo. Vaya la Tia Teodora noramala y busquemos medios mas practicables de salir de aprietos.

Aldama es hombre de mas recursos, en todo caso desistiré del desafío, porque será conveniente que estemos unidos por lo menos mientras nos necesitamos mutuamente.............

....

Quintero recorrió la gran distancia que hay entre la Candelaria de los patos y el Salto del agua y buscó á Aldama en la casa de la tia de Blanco, donde supo que Blanco tambien habia estado allí hacia una hora, con el mismo objeto.

Dirijiose en seguida á la Alcaicería, y por último á la casa abandonada por Margarita.

A la puerta de esta casa estaba sentada Jacoba la coja que pidió limosna á Blanco y ahora la pedia á Quintero.

Aldama y Blanco estaban sentados en la cama de Margarita, ambos silenciosos y pensativos.

en el terrible adeudo de los dos mil setecientos pesos.

En seguida relató Quintero su conversacion con el Lobo, y su cita para recibir el dinero para entregar á Margarita.

Entonces Aldama hizo esta reflecxion.

—Usted me ha pedido cuatro mil pesos por Margarita. Es claro que debiendo usted dos mil setecientos pesos y no teniendo con que pagarlos los ha incluido en la suma de cuatro mil: de lo que se deduce que si el Lobo pide efectivamente rescate, deberá ser cuando mas de mil trescientos pesos.

—Es claro, dijo Quintero sin desconcertarse, pero sumando lo que Blanco y yo necesitamos con lo que se necesita para rescatar á Margarita, suma todo los cuatro mil de que he hablado.

—¿Luego el Lobo pide mil trescientos?

—¿Lo desea usted saber para dárselos?

—Sí.

—Sin contar con que si no son cuatra mil, para que todos quedemos remediados, el Lobo no entregará á Margarita.

—¿De manera que usted y el Lobo son una misma cosa?

—En este asunto sí; por que la presa del Lobo vale mil trescientos y la rescicion de nuestro contrato vale dos mil setecientos.

Aldama puso la mano en su espada.

Quintero retrocedió un paso.

—Calma, Señor Don Felipe, dijo Blanco. Hemos quedado en que las cosas se han de arreglar pacificamente.

En este momento tocaron fuertemente en la puerta de la calle y este incidente presentó por el momento una tregua favorable.

CAPITULO VII.

LA BARBERIA DEL MAESTRO DON SANTIAGO.

Fue á abrir Blanco y volvió en seguida acompañando á una persona desconocida que venia en busca de Aldama.

Este salió á su encuentro.

El desconocido era un hombrecito vestido de negro y que olia á curial á buena distancia.

—Ha tres dias ando en busca de su merced, dijo respetuosamente el curial, para notificarle que hoy se cumple esta letra.

Y entregó á Aldama un medio pliego de papel sellado.

Aldama lo recorió rapidamente con la vista y dijo en voz alta: mil y docientos treinta y cuatro pesos y dos reales y

tres maravedies: luego añadió con ademan de banquero.

—A la tarde, á las seis, en mi casa.

—¿Sin falta? se atrevió á preguntar el curial.

—Si no quiere usted salir por la ventana, Señor Don Pelagatos, no me haga mas preguntas. El curial hizo una profunda reverencia y salió precipitamente con el papel en una mano y el sombrero en la otra

—Hoy tengo que pagar mas de tres mil pesos.

—Sin siete mil pesos, en esta tarde debemos buscar tres cordeles fuertes para saldar cuentas con nuestros acredores.

—¡Qué situacion tan horrorosa! esclamó Aldama.

—Me ocurre un medio de salvacion.

—¿Cual? dijeron á un tiempo Aldama y Blanco.

—¿Cuántos dependientes hay en la casa de Azcoiti?

—Tres, dijo Blanco.

—¿Y criados?

—Dos mozos, el cochero y el lacayo.

—¿Y mugeres?

—Tres.

—¿Duermen en la casa los dependientes?

—Sí.

—¿Salen de noche el amo y los dependientes?

—Generalmente sí.

—¿Pues á qué cansarse? Aventuremos el todo por el todo. Entraremos á degüello, mataremos á toda la gente y sacaremos todo el dinero de las cajas.

—Eso no es tan fácil como parece, dijo Aldama, á los primeros gritos nos atrapan y vamos á la horca sólo por hacer un poco de escándalo.

—Ademas hay un medio mas sencillo y menos espuesto,

observó Blanco. Yo he sido dependiente de esa casa.

—Por señas, dijo Aldama, que la caja conoce ya tus uñas, pillastre, y segun parece has quedado aficionadillo.

Blanco se sonrió como al que le recuerdan que ha hecho una gracia y continuó:

—Las piezas contiguas al almacen estan vacias y se comunican por una puerta que está clavada.

—Tomemos en alquiler esas piezas, nos instalamos esta noche en ellas, desclavamos la puerta y trasladamos el dinero del almacen á las piezas y de allí á la calle y á la casa de Quintero.

—Soberbia idea.

—Y si es necesario entrar en contineda, arremetemos como Don Quijote, dijo Blanco haciendo un ademan. Tengo un machete magnífico para el asalto.

Aldama sacó su espada maquinalmente y por imitar la accion de Blanco; pero Quintero que pensaba mas en Aldama que en el asalto, sacó tambien su espada y se puso en guardia.

Aquellos eran dos perros que recelaban uno de otro.

—Estas espaditas, dijo Aldama, no son tan fuertes como bonitas y en un lance me atendria yo mas á una hacha de abordaje ó á un cuchillo de monte que á estas chácharas.

—Yo tambien estaria mas seguro con una cimitarra.

—Yo tengo un machete como los que usan los negros de Acapulco, como de tres cuartas, que sirve tambien para cortar una cabeza como para tajar una pluma y sólo me costó veinte reales.

—Pues á comprar dos machetes, dijo Aldama.

—No tengo un cuarto, dijo Quintero.

Aldama sacó cinco pesos y los entregó á Quintero.

—Estamos arreglados, dijo Blanco; Aldama toma las piezas en arrendamiento, Quintero compra y amuela los machetes y yo llevaré lo necesario para forzar la puerta.

—¿La hora de la cita?

—Entraremos Blanco y yo á las siete de esta noche. Quintero nos esperará allí desde antes. ¿Estamos convenidos?

—Convenidos.

—¿Cuanto podremos sacar? preguntó Aldama.

—Yo garantizo dosciestos mil pesos en oro.

Aldama y Quintero dieron un brinco de júvilo.

—¿Aplazamos al Lobo para mañana? preguntó Quintero.

—Sí, contestó Aldama, esta noche dejarémos ese negocio listo. No hay que ser obstinados Señor Quintero, añadió en seguida.

—Está bien; en dando el golpe, no me importa ya Margarita. Manos á la obra.

Los tres amigos salieron de la casa.

Quintero tomó la direccion de los Angeles, por que nadie mejor que Malaespina, podia servirle para la compra de los machetes.

Blanco siguió para su casa y Aldama no salió de aquella casa, hasta que un herrero hubo puesto nueva cerradura á la puerta, cuya llave se guardó Aldama en el bolsillo.

Cuando Quintero llegó al tendajo de Malaespina, el Cuco, el Lobo y Chicas-corbas estaban á la puerta tomando el sol.

—Aquí está el patroncito, dijo el Lobo: y los tres pillos se levantaron saludando respetuosamente.

Quintero entró al tendajo y trató muy en reserva con Malaespina el asunto de los machetes.

—Vea su merced, decia Malaespina, tengo tres machetes de la clase que su merced los busca. Este, que su merced ve aquí, ya ha pecado, y por pecador anda escondido; este otro es el de Chicas-corbas; pero solo lo usa cuando la noche está muy oscura, y este otro está empeñado; pero si á su merced le gusta, en pagándolo no hay nada perdido, que con el dinero, gracias á Dios, se compone todo.

—Te compro dos, Malaespina, pero dime quién podrá afilarlos, porque están un poco maltratados.

—El uso, amito; el uso, no siempre se topa en carne, y hay cristianos que tienen las huesos tan duros, que mellan los fierros. En la calle de Mesones vive Don Santiago, Maestro barbero y afilador, y deja *los trastes* como una mantequilla.

—Doy cuatro pesos por los dos.

—Por ser para su merced, y eso por que sé que no ha de decir nada, ni en donde los compró, no sea que el diablo....

—Pierde cuidado.

—Me debe su merced una cuentecita.

—¿Cual?

—El alquiler de cuatro caballos y el servicio extraordinario de los muchachos.

—¿A cuanto asciende?

—A seis pesos nada mas, patroncito.

—Los enviaré mañana con el Lobo.

—Está bien.

Al salir Quintero del tendajo, hizo una seña al Lobo que lo siguió como un buen lebre[1].

Cuando hubieron andado un poco:

—Tenemos que hacer un convenio, dijo Quintero.

—¿Cual patroncito?

—Si Aldama te encuentra, le dices que tu tienes á Margarita.

—Bueno.

—Y le pides doble rescate que á mí.

—¿Su merced prescinde de la chica?

—Nó; pero podemos partir: el dinero para tí y la chica para mí.

—¡Tiene mi amo unas cosas!

—Para tí es igual.

—No mucho; por que no sabria como componérmelas con el amo Aldama.

—Le entregas la prenda y despues se la robas.

—Entonces será trato diferente.

—Tu recibirás los mil duros que has pedido; solo que si haces trato con Aldama, mil son para tí y mil para mí.

—No sé por que me parece que me quedo con la prenda, por que no hay quién la pague; se me figura que sus mercedes no andan muy adinerados.

—Eso te parece, pero mañana verás.

—¿Hasta mañana?

—Sí.

—¿Olvida su merced que estamos citados para esta tarde?

—Esta tarde tengo que hacer.

—Entonces voy á agregar á la cuenta dos dias mas de piso y alimentos de la presa.

—Estoy conforme. Vamos á otro asunto.

—Estoy para servir á su merced.

—Lleva estos dos machetes á la barberia y afiladuría de la calle de Mesones.

—¿En casa de Don Santiago?

—Esactamente: y le encargas que queden bien, por que tengo necesidad de tajar mi pluma.

—Me parece que el patroncito va á hacer un mal negocio, dijo el Lobo.

—¿Por qué?

—*Se me hace* que su merced no ha de tener la mano muy segura y que tal vez me necesite.

—¿Acaso crees qué por que mando afilar esos machetes voy á servirme de ellos?

—Puede ser.

—Todo es una precaucion; por que siempre es bueno vivir prevenidos.

—Para que no le madruguen á uno, patroncito.

—Esactamente.

—Y cuando esten amolados los machetes ¿adonde los llevo?

—A mi casa; pero bien cubiertos.

—¡Ah que mi amo, pensará que soy novicio!

—En la tarde, en mi casa.

—Está bien, no faltaré.

Y Quintero y el Lobo se separaron.

El Lobo, encubriendo los machetes debajo de su frazada, llegó á la calle de Mesones.

—Buenos dias maestro Don Santiago, dijo el Lobo entrando en una barberia ¿esta usted solo?

—Si, hijo mio ¿que se te ofrece?

—A mí nada, maestro, sino que me parece desde ayer qué tengo mucho pelo.

—Todos los animales de tu especie lo tienen.

—¿Y quién le ha dicho al maestro que yo soy animal?

—¿No te dicen, el Lobo?

—Sí, pero eso es por que como mucha carne, que por lo demas soy un vecino pacífico.

—¡Quién lo duda! dijo el barbero, haciendo un gesto de desconfianza.

—Con que....si no soy imprudente, maestro Don Santiago, quisiera quitarme un poco de pelo.

—Con mucho gusto, hijo.

Y el Lobo sacó los machetes y los puso sobre dos sillas.

La barbería del maestro Don Santiago consistía en una pequeña pieza como de tres varas, á ambos lados de la puerta habia dos piedras circulares de amolar, montadas en toscos aparatos de madera con agua; frente á la puerta habia una mesita y sobre ella un pequeño espejo con marco negro, dos rinconeras de pies torneados pintadas de color azul claro, seis sillas con asientos de paja y en varios clavos habia colgados bacias y estuches de afeitar.

En uno de los rincones habia un pequeño estante con vidriera que dejaba ver una coleccion de navajas para gallo y algunas hojas de navajas de afeitar, y en el otro rincon unas ollas con agua de las que algunas contenian las sanguijuelas; á la puerta estaba colocada, haciendo las veces de vidriera y persiana, una rejita compuesta de varillas de madera formando claros en forma de estrellas.

Sobre el espejo y en el centro de la pieza habia una tabla en forma de corniza y sobre esta un cuadro representando á la Santísima Trinidad, sobre la repisa habia tambien dos pequeños jarros con flores y una lámpara formada con un baso rotó.

Colgada sobre el quicio de la puerta en un pié de gallo

de fierro una bacia de hojadelata.

El Lobo se habia colocado en la silla destinada á los parroquianos á quienes embellecia Don Santiago, obligándolos á propagar el aroma del toronjil y la vergamota, perfumes de rigor en aquella casa.

Don Santiago tendria treinta y ocho años, su fisonomía indicaba á primera vista la tranquilidad de la conciencia, era lo que se llama un buen hombre, habia ejercido su profesion desde los trece años, empezando por barrer la babería que perteneció á su padre; despues por mover el mollejon ó sea la piedra de amolar, hasta el gran dia para él en que puso las tijeras sobre la cabeza de su primera víctima.

Estaba completamente afeitado y dos búcles perfectamente untados de pomada, simetrícos é irreprochables adornaban sus sienes: el pelo recojido atras formando una pequeña trenza que remataba en un lazo de cinta negra que jugueteaba sobre su espalda al menor movimiento; lazo que mas de una vez habia llamado la atencion del gato de la casa.

Don Santiago habia aprendido su doble oficio de amolador y barbero con tal perfeccion, que no dejaba la palabra mientras no dejaba la navaja ó las tijeras, y para todos los parroquianos tenía conversacion adecuada.

Tanto le daba tener que habérselas con el Lobo como con el Padre Capellan de Regina, su antiguo marchante. Lobo y Capellan quedaban complacidos siempre por la amabilidad de Don Santiago.

—En cuatro años, dijo entrando en materia con el Lobo y tomando el peine, en cuatro años hijo, esta es la tercera vez que ocurres á mi saber.

—Es porque no me corto el pelo sino en las ocaciones de

fiesta.

—¿Vas á estar de fiesta?

—Puede ser.

—¿Te casas?

—La verdad, como tengo que recibir unos reales mañana, pienso estar de fandango.

—¿Por supuesto con Chicas-corbas?

—Sí, maestro.

Don Santiago miraba al soslayo los machetes, y deseaba á toda costa hacer recaer sobre ellos la conversacion; pero le parecia un asunto delicado, y no se atrevia á hacer preguntas indiscretas, por que conocia al Lobo.

—Y esas fiestas suelen ser ocacionadas, dijo al fin.

—No faltan *motivosos que averigüen.*

—¿Y te previenes?

—¿Por qué?

—Por los machetes.

—Nó, maestro, esos machetes los voy á vender: si usted me los paga....

—No los necesito, hijo.

—Y para venderlos bien, quiero que usted les dé una pasadita y una limpiada para que parezcan nuevos.

—Y para que tengan buen filo.

—Tambien de paso.

—¿Sabes que no me gusta mucho, eso de amolar machetes?

—¿Por qué, maestro?

—Luego sucede algo y andamos entre jueces.

—¡Nó, que ha de suceder!

—La semana pasada fui dos veces á la Acordada á declarar, con motivo de un cuchillo que me compraron, y como en

esas declaraciones se pierde el tiempo.....

—Pues estos machetes no tienen resultas; por que son inocentes, maestro.

—Asi lo creo, y sobre todo, eres bastante conocido; con decir que tu los trajiste.

—Ya se vé, dijo el Lobo sin desconcertarse, pero recelando algo, pues estaba seguro que su patron Quintero, no habia de ser muy afortunado en ciertos lances, ni habia de hacer muy buen uso de las armas.

El maestro Don Santiago despues que hubo peinado al Lobo afiló los machetes que dejó listos y á entera setisfaccion del marchante.

CAPITULO VIII.

EN EL QUE CON DATOS AUTENTICOS DESCRIBE EL AUTOR EL ASPECTO DE LA CASA DE DON MANUEL DE LA ROSA Y MUCHAS PARTICULARIDADES HISTORICAS.

La carta que Don Manuel de la Rosa habia escrito á Doña Mariana en la casa de Teresa, produjo una verdadera revolucion.

Doña Mariana rompió á llorar amargamente sin ninguna clase de reserva, y de los comentarios y las declamaciones se hizo causa comun entre Isabel, Doña Mariana y la servidumbre.

—Alma mia de mi ama, decia la ama de llaves; se va á enfermar la pobrecita; yo se muy bien lo que son esos golpes y la compadezco de todo corazon.

—Esa muger es una infame, decia Doña Mariana; no esa-

tenta con habernos amargado la vida mas de seis meses, me arrebata definitivamente á mi marido, al padre de Isabel ¿y qué? ¿esto ha de quedar de ese tamaño, me he de conformar con esta conducta escandalosa? ¿que, no hay justicia, no hay ya jueces ni sacerdotes en México? no Señor, esto clama al Cielo, y yo no puedo permitir que mis derechos sean ultrajados de ese modo. Yo no pido el amor de Don Manuel, ya sé que lo he perdido para siempre, y me conformo, yo tampoco le amo; pero mis derechos, mis derechos de esposa, y sus obligaciones de padre de familia no deben despreciarse: yo elevaré mis quejas, removeré el mundo y se hará un ejemplar.

—Tiene su merced mucha razon, —decia la ama de llaves, que era la que llevaba la voz en la servidumbre; el amo no debe portarse así; que para esos casos se hicieron las leyes y los derechos de su merced.... pues... á nadie le gusta... y cada cual segun sus obras, y á los buenos por buenos, y á los malos por malos.

Entró de lleno la desolacion y el desorden en la casa: el dependiente mayor arreglaba papeles y recogía facturas, escrituras y libranzas; Doña Mariana no habia querido comer; Isabel lloraba y Carlos habia dado á leer á Doña Mariana una carta de Don Manuel, en que le notificaba no volviera á pisar aquella casa.

—Solo eso nos faltaba, esclamó Doña Mariana, nuestro único amigo, nuestro compañero de soledad y de infortunio. Nó, y mil veces nó: usted vendrá á la casa, Señor Don Cárlos, sobre todo el mundo.. ¡lanzar de mi casa á un buen cristiano como usted, se moriría mi Isabel y yo me moriría tambien de pena!

Estoy resuelta, me defenderé, defenderé mis derechos y no pemitiré que se me ultraje.

—Señora Josefa, díjo en seguida dirijiéndose á la ama de llaves, diga usted al dependiente mayor que no sacará nada de la casa sin la intervencion del Padre Fray José, á quien irán á llamar inmediatamente.

—Está bien, Señora.

—Reuniremos un consejo de familia en presencia del Padre Fray José y del Licenciado Verdad, y sabremos á que atenernos; ya no mas lágrimas, estoy resuelta á todo por que la justicia me ampara.

Media hora despues entraba el Padre Fray José, á quien Doña Mariana puso al tanto de los nuevos acontecimientos, y se acordó obligar á Don Manuel á venir á su casa para celebrar el definitivo arreglo de aquellos asuntos.

El Padre Fray José fué quien escribió á Don Manuel citándolo para aquella misma noche.

Doña Mariana fué objeto ese dia de la atencion de muchas de sus mejores amigas que fueron á acompañarla, recibió la visita de varias imájenes de Santos, que fueron colocados en varias de las piezas de la casa, con sus respectívas velas de cera y sus ramilletes de flores naturales.

En la sala habia un gran nicho con la Divina Infantita, en la recámara un cuadro representando la Preciosa sangre y otro á Señor San José

Las criadas por su parte habian improvisado un pequeño altar en la cocina, donde por mayoría de votos anticipada, se habia colocado á Santa Rita de Cásia, abogada de imposibles.

Las habitaciones de Don Manuel estaban cerradas y aban-

donadas completamente; pues el dependiente mayor, obedeciendo la órden de Doña Mariana, habia vuelto á cerrar, entregando respetuosamente la llave.

A la oracion de la noche la casa presentaba un aspecto alarmante.

En la sala, ademas de las velas que se encendian ordinariamente cuando se recibian personas de categoría, alumbraban cuatro velas de cera de á dos libras, puestas en grandes candeleros delante del nicho de la Divina Infantita; y como en cada una de las piezas habia Santos con sus velas respectivas, el silencio que allí reinaba formaba costraste con la iluminacion extraordinaria.

Las criadas, que deseaban hacer por su parte las demostraciones mas adecuadas, quemaron incienso en un anafe y lo pasearon desde el zaguan por toda la casa que acabó de tomar el aspecto de un monasterio.

Doña Mariana é Isabel estaban vestidas de negro y rezaban á la sazon arrodilladas delante de un Cristo crucificado, que era, por cierto, una escultura guatemalteca de mucho mérito artístico.

Isabel estaba pálida; y delante de aquel cuadro imponente de austeridad y recojimiento veia como una profanacion pensar en Cárlos.

Algunas amigas de la casa ocupaban ya algunos asientos en la pieza que se llamaba la asistencia. Señora Josefa recibía á las visitas y hacía los honores de la casa, mientras rezaban Doña Mariana é Isabel.

Se habian reunido hasta seis Señoras mayores de edad al derredor de Señora Josefa que tenía la palabra para hacer la vigésima version de lo ocurrido.

—Yo no sabia nada, dijo una Señora como de cuarenta años, pero esta tarde me dijo la Madre Sor Micaela que mi Señora Doña Mariana estaba en la mayor tribulacion, y como en estos casos es cuando se conoce á las buenas amigas, he venído á saber si algo se ofrece.

—Yo, dijo otra anciana, vengo muriéndome de susto. Fi gúrense ustedes que encuentro en Catedral á Pepe el sa cristan, y me dice: "Ya sabrá usted mi Señora Doña Mel-chora Ruiz, la desgracia de su amiga." ¿Quién? "La Señora de la Rosa." ¿Pues qué le ha sucedido? "Cómo qué, Señora de mi alma, la pobrecita de Doña Mariana está muriéndose de pesar por una desgacia que le ha sucedido al Señor Don Manuel." ¿Pero qué desgracia, hombre de Dios? le dije á Pe-pe ahogándome; eso es un sopeton ¿por el amor de Dios, qué le ha sucedido? "Pues una desgracia." Y de aquí no pasaba el sacristan de mis pecados. En eso le habló el Padre Gon-zalez y me dejó en la mayor tribulacion, y dije entonces, de-jo la novena, y aunque la interrumpa, voy á la casa de mi Señora Doña Mariana, á informarme de lo que le ha pasado al Señor Don Manuel, alma de Dios. Tentaciones me dieron de preguntarle al cochero, pero, ¿quién mejor que Señora Josefa me dirá por fin lo que ha pasado.

—¿Con que hasta hoy supo usted la desgracia?

—Hasta hoy, mi alma, y eso no la sé todavia, y estoy tama-ñita.

—Pues ha de saber usted, dijo Señora Josefa, que mi amo el Señor Don Manuel anda en trapos pardos.

—¡Ave María Purísima!

—Como se lo cuento á usted, Doña Melchora, le ha trastor-nado la cabeza una española, que dicen que es de no malos b

gotes y *cate usted* hoy al amo mas amo de la otra casa que de la suya, y á mis amas de mi corazon, tan afljidas que solo bajar las estrellas del cielo les ha faltado.

—¡El Señor Sacramentado nos libre y nos defienda, Señora Josefa!

En este momento entraba á la sala el Padre Fray José y tomaba asiento.

Un cuchicheo sordo pasó de criada en criada y de pieza en pieza hasta la cocina.

"El Padre Fray José de là Purísima Concepcion," erân las palabras que corrian como un *alerta.*

Estas palabras cayeron en la asistencia en poder de las Señoras y un rumor sordo parecido al de un enjambre se levantó en aquella pieza á la sazon que se recibia refuerzo por que acababan de llegar otras dos vecinas, atraidas por la luz de las velas como las mariposas.

Señora Joscfa tuvo necesidad de complicar sus atenciones de cronista con las de ama llaves y ya en el comedor se estendian los manteles y se sacaban de grandes alacenas abiertas en las paredes, algunos platones de dulces y se colocaba en el centro de la mesa un gran platon con biscochos y mamones para servir el chocolate; las criadas batian en l cocina los jarros con una festinacion que indicaba que aquello del chocolate era por entonces un detalle que era preciso pasar cuanto antes, para no perder nada de la parte interesante de la historia de Don Manuel.

Doña Mariana hablaba en la sala con el Padre Fray José

Isabel entraba á la asistencia saludando á las Señoras que se deshacian en alhagos y caricias á la niña, fingiendo unas y sintiendo otras interés por su situacion.

Cuando la mesa estuvo lista Doña Mariana recibió el aviso y en compañia del Padre pasó al comedor á tomar el chocolate.

Todas las Señoras besaron respetuosamente la mano al padre quien no tomó la primera sopa sin bendecir su pocillo, despues de lo cual empezó á hablar de generalidades que se alejaran lo mas posible del motivo de aquella reunion.

Ninguna de las Señoras se habia atrevido á tomar la palabra y oian en silencio al Padre Fray José, hasta que Doña Melchora, mas curiosa y parlanchina que las demas, esclamó.

—¡Válgame Dios, Reverendo Padre, y que cosas estamos viendo ¡lo que es una mala muger!

A esta esclamacion sucedió el silencio como una reconvencion, pero Doña Melchora continuó á poco.

—Dicen que Su Excelencia el nuevo Virey, va á perseguir á la mala gente de que por desgracia estamos plagados. Y me alegraré por si acaso le toca á la relapza, que ha sembrado el malestar en esta casa, que es casi una casa de Dios.

—Efectivamente, dijo el Padre, se habla mucho de que el Conde de Revillagigedo va á introducir mejoras considerables.

—Dios lo haga, por que bien lo necesitamos, dijo una de las Señoras.

No bien hubieron sonado estas palabras, cuando un rumor comunicado desde el pátio anunció la llegada del Señor Don Manuel de la Rosa. Todos se pusieron en movimiento y Doña Mariana y el Padre se dirijieron á la sala.

———

CAPITULO IX

EN EL QUE LOS ACTORES NO ACIERTAN Á COMPRENDER QUE Á TALES EMBROLLOS LOS CONDUJERA EL PECADO DEL SIGLO.

El Padre Fray José quiso hablar á solas con Don Manuel en la sala.

Doña Mariana é Isabel se instalaron en la asistencia con las visitas.

—Mi Señor Don Manuel, dijo el Padre, me he tomado la libertad de invitar á usted á una conferencia en la que definitivamente queden arreglados los asuntos de la casa.

—Reverendo Padre, siento sobremanera esta desgracia; pero crea usted que no está en mi mano evitar lo que pasa por mí; no me siento con fuerzas para luchar con mi destino y me encuentro á mi pesar subyugado por una fuer-

za superior.

—En cuanto á eso, mi Señor Don Manuel, creo por mi parte que la voluntad lo vence todo, y que recurriendo á la fuente de la religion que es la verdadera sabiduría, el demonio no tiene poder para subyugarnos.

—En vano lo procuro, Reverendo Padre, y me asusta muchas veces encontrarme en medio de un mundo, para mí desconocido; pero en medio del cual no tengo valor para luchar con las pasiones. Siento en el alma haber causado á mi muger esta pesadumbre, pero yo no la he buscado, yo no tengo la culpa de ser débil para combatir con el demonio. Si algo se pudiera hacer para cortar, por lo menos el escándalo, estoy pronto á poner los medios; pero que no se me exijan imposibles.

—Precisamente nuestra conferencia, tiene por objeto tomar medidas de conciliacion, Señor Don Manuel; y si usted se presta, todo se puede conseguir. Yo deseo solamente que tenga usted presente el cúmulo de desgracias que sobrevendrán á la familia con la obstinacion de usted; por una parte el mal ejemplo á los hijos, de que algun dia tendrá usted que dar estrecha cuenta á Dios, y por otra parte la tribulacion de la Señora Doña Mariana, cuya vida se ha amargado en un grado sumo.

—Todo lo tengo presente, Rverendo Padre, y con positivo sentimiento veo que nada puedo remediar, por que no soy dueño de mí mismo.

—Oiga usted la voz de su conciencia, pero ya no solo la voz muda, sino la de su muger y su hija, ellas con sus súplicas y sus lágrimas, lograrán ablandar el corazon de usted á su favor, y lo harán cambiar de vida, devolviéndoles la paz

y la felicidad que parece haber huido de esta casa para siempre.

—Deseo, Reverendo Padre, que cualquier arreglo sea definitivamente tenido entre nosotros, sin la intervencion de mi muger; ella no tiene tino para conducirse.

—Doña Mariana, en legítima defensa de sus derechos vió lados, tiene la razon que la asiste; y si hemos de ser justos para que á la vez lo sean con nosotros, es necesario sufrir las recriminaciones á que nos hacemos acredores por nuestra mala conducta.

—Es verdad.

—Voy pues á llamar á Doña Mariana, recomendando á usted la mayor prudencia y moderacion.

Y sin dar lugar á réplica, Fray José se levantó para llamar á Doña Mariana.

Un momento despues, Don Manuel y Doña Mariana hablaban de este modo; siendo Don Manuel el primero que rompió el largo silencio que precedió á la conversacion.

—Mariana, dijo; sé que te ofendo, pero no está en mi mano evitar este daño; yo no soy dueño de mí mismo, por que jamas se me ha presentado ocasion de aprender á luchar con las pasiones; yo no puedo corresponder á tu cariño anterior mas que con mi pasado; hoy me desconozco á mí mismo, y aun creo que lo que me pasa es el resultado de mi educacion, y del género de vida que he llevado siempre: yo no conocía el mundo, y ahora veo que para vivir en él se necesita conocerlo, para apreciar debidamente la felicidad conyugal, se necesita haber sentido primero el sufrimiento y el desengaño: yo no he tenido descepciones, y ahora que entro en un mundo nuevo, me doy cuenta de que hasta ayer era yo un

niño de cincuenta años.

—¿Y estás tan ciego, dijo á su vez Doña Mariana, que en medio de ese mundo nuevo, como tu dices, ni las lágrimas, ni la desgracia de tu familia sean suficientes á hacerte comprender lo mal que obras?

—Obro mal, es cierto; pero arrastrado por una fuerza superior.

—¿Y cual es esa fuerza?

—Algo que hay en mí, que me inclina, á pesar de todas las consideraciones, á la vida que llevo.

—¿Y tu muger y tu hija?

—Las considero, las compadezco, me atormentan, me matan; pero nada puedo hacer para aliviarlas: ya he dicho que no soy dueño de mi voluntad.

—¿Quiere decir que esto no tiene remedio?

—Por el camino que se ha emprendido para obligarme, nó, Mariana.

—¿Pues qué debo hacer en ese caso?

—Suprimir el escándalo. Observo hace un rato que mi casa está convertida en un oratorio, hay un olor á incienso y á cera que manifiestan que aquí se reza por mí, y que por medio de este recurso, muy bueno por otra parte, se hace pública tu afrenta y la mia, y despues de la oracion, viene el escándalo. Ademas, percibo un rumor como el de la conversacion de muchas personas. Esas personas atraidas por la novedad, por las devociones, y por los Santos, son otras tantas trompetas de la fama que se ocupan en divulgar por todas partes mis debilidades y mis faltas, y esto, como comprenderas, es tirar el guante y provocarme á la guerra descarada y sin cuartel.

—¿Yó, Manuel? dijo asombrada Doña Mariana.

—Sí; ese aparato de que te has rodeado, esas públicas manifestaciones que has hecho de tu desgracia, han atraido sobre mí la animadversion de las gentes, y sobre tí la conmiseracion y los agasajos. El comedor de mi casa está iluminado como para una fiesta, yo bien sé que no es mas que el servicio de la merienda á diez ó doce personas; pero todos estos incidentes, estas pequeñas solemnidades que se hacen á mi nombre, no son mas que el escándalo reglamentado, prescrito, y no por eso menos criminal ni menos imprudente.

—¡Manuel......!

—Sí, Mariana: tus recados á las monjas, las repetidas confidencias de tu desgracia, son la guerra, la guerra sin tregua en la cual no vas á sacar la mejor parte. En todos los círculos, en todos los conventos y hasta entre la gente soez, circulan las anécdotas mas estrañas con respecto á nuestros asuntos, Mariana; y mucho te has equivocado si has pensado acertar con esa conducta que es toda de provocacion. No parece sino que el escándalo es el único medio para echarme en cara mi conducta, y no sabes Mariana, ni te lo ha llegado á decir ninguno de tus doctos teólogos, ni de tus santas madres que el temor de la publicidad, es el mas eficáz de los retraentes. ¡Cuantas cosas malas deja de hacer la sociedad por temor del "qué dirán!"

—Es cierto, dijo Mariana.

—Pues si lo conoces ¿por qué en vez de procurar el sigilo buscas la publicidad? Si tal hubiera sido tu conducta, otro seria hoy el estado de las cosas; pero lejos de usar de la prudencia, virtud tan necesaria en la muger, te has valido de las peores armas, y te has convertido para mí, ya no en la

esposa ultrajada, sino en el enemigo encarnizado que se para_ peta tras de los Santos, tras de los conventos, tras de las ve_ las, y que envuelto en una nube de incienso, busca un coro de que rodearse, para que mil voces á un tiempo griten por todos los ámbitos de México. "Don Manuel de la Rosa es un prostituido. Don Manuel de la Rosa ha abandonado á su muger y á su hija, que son un par de santas, que lloran y rezan todo el dia"........Esta es tu obra Mariana, esta es tu venganza, estoy vencido, y como enemigo derrotado huyo, esto es todo. ¿Tienes algo que objetar á todo esto?

—Me dejas asombrada; por que si hay algo reprochable en mi conducta, digo á la vez como tú ¿soy dueña de mí misma? ¿No he consultado con los hombres mas sabios segun mi entender?

—¿Y qué te han aconsejado esos hombres sabios?

—Prudencia, siempre prudencia.

—¿Y la has tenido?

—¿Qué mas prudencia puedo usar contigo que no hacerte reconvenciones, que no exijirte nada y sufrir con resignacion?

—¿Y este aparato?

—Es preciso rogar á Dios en nuestras tribulaciones; ¿á quién he de ocurrir sino á Dios?

—Pero por medio de las monjas, de los criados, de los cargadores que han traido esas imájenes, de los sacristanes que saben muy bien para qué son esos santos, de todo el vecindario que sabe muy bien por qué arden esas velas. Yo no me opongo á que recurra nadie á Dios en sus tribulaciones; pero sí repruebo que se haga un escándalo de una poridad vergonzosa, sin maldita la aprension de los maldicientes y

del vulgo que vive de crónica y escándalos de esta especie.

—Yo no he creido ofenderte con rezar.

—Con rezar no: sino con hacer púbico alarde del rezo y del motivo que te obliga á rezar.

—¿Pues que debia yo haber hecho?

—Lo que hubiera hecho una muger verdaderamente racional y prudente, una esposa amante del buen nombre de su marido; por que, aun soponiendo que yo, por una aberracion inconcebible, haya podido arrojar mi nombre puro en medio del fango, ese nombre querido para tí y cuyo esplendor es tuyo, por que tambien lo llevas, ese nombre arrojado por mí en el lodo, debió haber sido levantado y ocultado por tí, para que los demas no lo vieran manchado, para que nuestra hija, no se hubiera apercibido de que su padre cometía una falta; pero lejos de eso, Isabel ha sido tu primera confidente, las criadas estan enteradas de todo como de asuntos propios; y en vez de oponer á un capricho mio, á una falta, á un crímen, ese contrapeso poderoso del cariño y de la reflexion, me has arrojado el guante para ver quien vence; de manera que en vez de oir hoy en mi famila la voz que me llama y me consuela y de ver el rincon amoroso lleno de los atractivos de una vida de paz y de dicha, veo en tí mi mayor enemigo, en Isabel un ángel ante el cual me avergüenzo, en cada uno de los criados un testigo, un espia, un parcial tuyo, y un ademan de reprobacion: en mi casa veo la fortaleza donde se encastillan todos los tuyos, parapetados con santos y novenas, y yo entro aquí como el se rmaldito y aborrecido.

—¡Que pintura tan horrible! dijo Doña Mariana tapándose

la cara con las manos,

—Tan cierta; dijo Don Manuel con firmeza. Y cuando las cosas han llegado á este estremo ¿á qué puedo aspirar? ¿qué transaccion es posible, qué paso puede conducirnos al pasado ¿cómo borrar las huellas de todos tus pasos,cuando siguendo cada uno de los mios, que pudieran haber pasado desapercibidos para los demas, los has ido marcando con una campanada? Yo sé que las cosas han llegado al estremo de que las monjas han dedicado sus rezos á la Providencia, suplicándole por mí.

—No he sido yo quién ha contado lo que pasa á las monjas.

—Lo mismo dá: han sido tus amigas, que con la mejor intencion del mundo, han inclinado á las monjas á rezar, poniéndoles de manifiesto mi mala conducta, por tal de hacer recaer en tí la conmiseracion y la simpatía. En resumidas cuentas, has aceptado con entusiasmo el papel de víctima, confesándote á gritos, solo que en vez de gritar tus culpas, por que no las tienes, has publicado las mias que son escandalosas, pues tal es el caracter, que no pueden menos de tener para todo el mundo.

—¿Quiere decir que esto no tiene remedio?

—Precisamente por que se me ha invitado á un arreglo definitivo, he venido á mi casa. Veamos cual es ese arreglo. Estoy pronto á oir las proposiciones.

—El Padre Fray José debe tener algo pensado sobre el particular. Yo no he hecho mas que llevarme de los consejos de todo el que ha querido tomar parte en nuestras desgracias, pues sabes que por mí misma, no soy capáz de tomar ninguna resolucion.

—Ya lo veo, y lo lamento al mismo tiempo; por que esta obra magna, es tanto mas notable, cuanto que es obra de muchos ingenios.

—Si yo lo hubiera sabido, nada me costaba no haberlo dicho á nadie; pero no me ocurrió que la publicidad habia de ser lo que mas te decidiera á obrar mal.

—Al hombre le cuesta gran trabajo segun su moral y su educacion, romper abiertamente con la sociedad; y el esfuerzo poderoso que á todo hombre honrado le cuesta dar este paso funesto, muchas veces tiene colaboradores que lo impuls n á salvar de una vez las barreras de la consideracion social.

—¿Pero nosotras......?

—Ustedes han sido las colaboradoras, ustedes me han obligado á salver de un solo paso el camino que me hubiera costado mucho trabajo y mucho sacrificio salvar por mí solo. ¡Cuantas veces, Mariana, cuantas veces el primer paso en la carrera del mal es el todo; y para que acabes de conocer bien la situacion, te lo diré de una vez: la primera noche tuve remordimientos horribles, por que mi conducta no hacia mas que víctimas; pero tan luego como esas víctimas se han convertido en enemigos, ya no tengo remordimientos. Estamos divididos en dos bandos; y por mi parte estoy dispuesto á luchar cuerpo á cuerpo.

CAPITULO X.

SIGUE EL PECADO DEL SIGLO ATRAGANTANDO Á ALGUNAS POBRES GENTES.

Doña Mariana entraba tambien en un mundo nuevo, y se espantaba de tener sobre sí tan inmensa responsabilidad en la situacion presente.

—Es cierto, se decia; si yo hubiera procurado encubrir á mi marido.... Pero ¡que horror, Dios mio! ese sería el colmo de la inmoralidad, ¡ser yo misma su cómplice y ayudarlo á engañar al mundo, á decir mentiras!..nó, nó; eso sería pedir mas de lo que una muger está obligada á hacer por su marido.

¡El escándalo! ¿cómo puede ser escándalo la oracion? Que todos lo saben, que todos me ayudan á pedir á Dios por el

acierto en las acciones de mi marido; ¿pero tengo yo la culpa, de que mis amigas se interesen por mí? ¡Ah, yo me confundo, no sé qué pensar, y me horroriza la idea de perder para siempre á mi marido! Solo el Padre Fray José puede resolver cuestiones tan difíciles.

El padre Fray José, que habia escuchado la mayor parte de la conversacion detras de la contigua vidriera que comunicaba con las recámaras, salió como evocado por el pensamiento de Doña Mariana.

—Mi Señor Don Manuel, dijo sentándose; ¿se han arreglado ya los puntos de la reconciliacion?

—Esperabamos á vuestra paternidad, para dejar este asunto definitivamente terminado, según vuestra paternidad se ha servido escribírmelo.

—Si se persuade usted de las razones que militan en favor de un oportuno arrepentimiento, tan necesario á al paz doméstica, podrémos tomarlo como base del mejor arreglo posible.

—Reverendo Padre. Esa base, sería efectivamente, un remedio que allanaría todas las dificultades, y bajo este punto de vista, todas las cuestiones existentes desaparecerían en el momento; pero es el caso, Reverendo Padre, que no me encuentro dispuesto á transar en ese sentido.

—Espíritu rebelde, esclamó Fray José, la obstinacion en el pecado.

—No, Reverendo Padre, este es el punto á que han llegado las cosas; punto desde el cual no es posible retroceder, porque nada ganaría en ello.

—¿Y el amor de la muger y de la hija?

—La muger ha formado un cuerpo beligerante en el que las armas son el escándalo. El escándalo está dado. El [illegible]

cándalo me ha juzgado ya, y al verme retroceder me silbaría.

—La paz doméstica.....

—La paz doméstica es imposible, cuando á mi primera falta se han hecho desaparecer todas las consideraciones, procurando aparecer, mi muger la primera, no como la muger desgraciada que llora en silencio, sino como el contendiente resuelto á emprender una lucha á muerte, haciendo desaparecer, con ese aparato, toda ternura, todo cariño y todo recurso de reconciliacion. Todo lo que tenia que perder ante el mundo, lo he perdido ya; por que mi muger me ha ayudado á perderlo. Todo lo que tenía que perder ante mi muger y mi hija, lo he perdido tambien supuesto, que ámbas á dos forman á la cabeza de los que rezan por mí, de los que me huyen como á un endemoniado; por que ha podido en sus corazones mas el escándalo del pecado, que la inconsecuencia y la infidelidad; se me vé como apestado, y se rodea la casa de un aparato como si tubiera yo á todos los diablos en el cuerpo.

—El celo religioso, Señor Don Manuel, obliga á estas pobres almas á elevar las preces y hacer las oraciones que su fé les dicta.

—Pero esas oraciones son el escándalo que me mata. ¿Y son esos los alhagos con que se pretende atraerme? Yo bien se que nada he hecho digno ni de elogio ni de recompensa; pero ¡es tan dulce el cariño, hay tanta elocuencia en la ternura, como repulsion en el reproche y la recriminacion....! Esta muger que reza y que convierte mi casa en oratorio, que quema incienso y riega con agua bendita las habitaciones, ¿qué está haciendo mas que conjurando al endemoniado? no es la esposa ultrajada, sino la devota escandalizada, no es

la compañera de mi vida y la madre de mi hija, que llorosa, abatida y resignada espera la vuelta del marido arrepentido, del amante infiel y descarriado; no; nada existe ya de lo pasado, ni mi hija. ¿En donde está mi hija? está siendo la cabeza de un grupo de mugeres vulgares, y ordinarias las mas, que en repugnante corrillo comenta mi conducta y me la echa en cara con cada santo, con cada vela y con cada oracion; ¿es este el hogar doméstico que me atrae con el irresistible iman de la ternura? no Reverendo Padre, este es el cuartel general de mis enemigos. Yo bien sé que todo lo he perdido, adelante. Sociedad y familia, todo me abandona, fuerza es que triunfe mi corazon de hombre, y que se revele dentro de mí algo de dignidad. Aquí no hay nada.

Doña Mariana se soltó llorando.

El Padre Fray José guardó silencio.

Don Manuel permaneció impasible.

Estas ultimas palabas de Don Manuel cayeron con la gravedad y el aplomo de la verdad.

Nada era mas cierto que, en virtud de la educacion de Doña Mariana y de Isabel, el escándalo del pecado habia tenido en aquellas dos almas mas ascediente que la ternura y el amor.

Espantadas madre é hija ante la enormidad del pecado de Don Manuel, se habian replegado en la oracion; y un sentimiento puramente religioso ahogaba, por una aberracion, el sentimiento de la naturaleza.

Los celos de Doña Mariana, al principio, tomaron un caracter repulsivo, y mas se lamentaba la muger ultrajada del empecatado que del infiel.

Doña Mariana habia gozado siempre de la felicidad de

contemplar en su marido un católico ejemplar, y la pureza de alma de Don Manuel era el mas bello de los atractivos para Doña Mariana.

Hoy le contemplaba manchado, impuro y digno de la condenacion eterna: se habia vuelto el ser querido un ser rebelde é incompatible; el pedestal de aquel amor se habia roto y Doña Mariana ya no vacilaba en sacrificar al marido por salvar al cristiano.

Isabel por su parte, bebiendo en esa fuente no tenía embarazo en asegurar que quería menos á su padre desde que se habia pervertido, y tambien hubiera preferido no volver á verlo si en cambio sabía su arrepentimiento.

Doña Mariana empezaba á notar muy estraordinario lo que al principio le habia parecido muy sencillo. Aquellas imájenes y mas de diez velas de cera que ardian todas en las piezas de la casa, estaban poniendo de manifiesto la tribulacion de su familia, pero ¿no era ese uno de los medios mas eficaces para rogar á Dios por el alivio de nuestras penas?

Doña Mariana con todo su corazon habia aceptado aquelas imájenes y veia en cada una de ellas una esperanza: sencilla é ingenua, se arrodillaba delante de cada nicho pidiendo con positivo fervor religioso, la intercesion de los santos. Por su parte no habia aprendido otro modo de remediar los males, que recurriendo á quién mas puede y á quién mas sabe; y sin embargo ninguna acusacion era mas terrible para Don Manuel, que aquellas imájenes, que no se atrevia á despreciar, que él mismo veneraba, pero que hubiera deseado ver en otra parte.

Doña Mariana hubiera considerado una profanacion escándalosa devolver las imájenes, tanto mas, cuanto que no por

eso perdía su fé ciega en que por ese medio conseguiría el arrepentimiento de su marido.

El Padre Fray José creyó conveniente romper el largo silencio que habia reinado y dijo:

—Es necesario, Señor Don Manuel, que usted vea en estas demostraciones la espresion sencilla de dos almas cristianas que saben que por esos medios obtendrán el mas favorable resultado.

—Efectivamente Reverendo Padre, y yo mismo ni condeno esos medios y los respeto, pues tales son tambien mis creencias; pero deberá convenir Vuestra Paternidad en que en el presente caso, si bien este aparato es por una parte la esperanza de mi familia, es para mi una acusacion manifiesta y el cartel de mi deshonra, puesto por mi propia familia.

—Puede pasarse como una imprevision, pero de ningun modo como una hostilidad Señor Don Manuel. En todo caso debo proponer á usted el único medio, por el cual se conseguirá que lleguemos á la buena senda. Hay mútuos resentimientos que no es fácil desvanecer de un solo golpe y que solo el tiempo puede borrar; tan funestos así, son los estravíos; pero si deseamos conciliarlo todo, poniendo cada cual de su parte los medios que aconseja la prudencia, aceptaremos un temperamento medio.

—Estoy dispuesto á escuchar á vuestra paternidad.

—Hay un lugar en donde los pecadores mas contumases llegan á probar la uncion del arrepentimiento; y este lugar podria sevir de intermedio entre la disipacion y la vuelta al hogar doméstico.

—¿Qué lugar es ese, Reverendo Padre?

—El oratoro de San Felipe Neri, en donde podria usted per-

manecer nueve dias, entregado á la meditacion y al arrepentimiento. Allí, con los buenos consejos de los sacerdotes instrudos, podria usted con mas detenimiento pensar en la resolucion que quiera tomar en lo de adelante, y de todos modos ser usted solo quien delibere acerca del porvenir, sin que ocurra á nadie ejercer coaccion sobresu voluntad; usted acojo espontaneamente ese medio y espontaneamente decide lo que deba hacerse en seguida.

Don Manuel encóntró, á pesar suyo, muy racional la proposicien de Fray José y guardó silencio.

Se oia solamente el chisporrotear de las velas de cera.

La fisonomía de Doña Mariana vagaba alternativamente del rostro pensativo de Don Manuel al de la Divina Infantita iluminada por las velas.

Doña Mariana con esa perspicacia tan peculiar de las mugeres, leyó en el rostro de Don Manuel la lucha que lo ajitaba interiormente.

Doña Mariana era en aquel momento toda oracion y todo sentimiento, y sin pensarlo, sin prevenirlo se levantó para caer de golpe á los piés de Don Manuel, anegada en llanto.

Isabel entró en ese momento y se abrazó de las rodillas de su padre.

Hubo un largo rato en el que el silencio de toda la casa era pavoroso.

—Los sollozos mesclaban su sonido particular que con nada se confunde mas que con el dolor, con el monótono chisporroteo de las velas de cera.

Este suele ser el último ruido que nos acompaña en el mundo; este es el ruido de la última despedida

Don Manuel pensó en la muerte, pensó en su edad, y probó

esa gota amarga que se desprende de la idea de morirse.

Sintió que se iba á enternecer, sintió la suave mano de Isabel asiendo la suya, sintió las lágrimas en sus propias manos y esclamó resuelto.

—¡Basta de lágrimas; Padre, mañana doy mi última resolucion!

Y se puso de pié.

Doña Mariana é Isabel se levantaron sin hablar.

Don Manuel se dirijió á la puerta y salió.

CAPITULO XI.

SOMBRIOS PRELIMINARES.

Cuando Don Manuel estuvo en la calle, su primer pensamiento fué este, que formuló parándose.

—Ya salí.

En seguida se embozó en su capa, se caló mas el sombrero y echó á andar, cabizbajo, y sin ver mas que el terreno que iba á pisar.

Vagó por algun tiempo sin dirijirse á la casa de Teresa.

—¡Si pudiera yo quedarme en otra parte! ¿Pero en donde? Mis amistades se han entibiado, he quebrado con los que me hicieron conocer á Teresa, por que de todos modos me han hecho un mal, y sobre todo, es muy ridículo ir á pedir hospe-

daje. Ya sé lo que debo hacer, dijo derrepente y orientán dose tomó la direccion de la casa de Teresa.

Poco antes de llegar, vió á Dominga y le habló.

—¿Te acuerdas Dominga de la primera moneda de oro que te dí?

—Sí mi amo.

—Aquí tienes otra.

—¿Qué debo hacer?

—Escucha y guarda tu media onza.

—Mande su merced.

—Abres la puerta de la calle con mucho sigilo, me esperas en el pátio, abres la puerta de mi cuarto, la que dá al interior y me avisas, para que yo entre sin ser sentido de nadie, y tú, en cambio, sales de la misma manera y no vuelves en toda la noche.

—Pero mi ama va á incomodarse.

—Mañana te doy otra media onza despues de la reprimenda si no dices nada.

—¿Está malo su merced?

—Estoy cansado y no quiero verme obligado á desvelarme.

—Entónces avisaré á mi ama que su merced ha preferido recogerse y que encargó que no lo despertaran.

—Teresa me despertará á pesar de todo y necesito á toda costa estar solo y dormir.

—Está muy bien, mi amo.

Algunos momentos despues Don Manuel estaba en su cuarto, sin haber sido sentido de nadie en la casa, y permaneció mucho tiempo encerrado y á oscuras.

Hablaba solo con su conciencia.

A las nueve de la noche, llegaron Aldama, Quintero y Blanco...

....

Retrocedamos para poner al tanto á nuestros lectores de lo que habian hecho estos tres personajes en el resto del dia, desde que los abandonamos, hasta el momento en que los vemos llegar á la casa de Teresa.

Quintero, despues de separarse del Lobo, regresó á los Angeles; y llamó aparte al Cuco y habló con él algo muy interesante, por que el Cuco se puso tan contento como Quintero.

Poco tardaremos en saber los detalles de esta interesante conversacion.

Blanco fué á su casa y se ocupó de sus preparativos para forzar la puerta del almacen de Azcoiti, y Aldama ocurrió á la casa de éste para tomar las piezas vacías en arrendamiento.

A las seis de la tarde Quintero llegó á su casa y detrás de él el Lobo con los machetes afilados; y poco despues llegó Blanco, llevando á mas de su espada un machete bajo el brazo y encubriéndolo todo con la capa.

—Ahi tengo ya los otros dos.

—Bueno, ¿y Aldama?

—No le he visto.

—Quizá no tarde.

—¿Será este el último dia que pasamos pobres?

—Así lo espero. Hoy estoy contento.

—¿Ha habido algun buen negocio?

—Si no lo ha habido, lo habrá.

—¿El de esta noche?

—Sí.

—Me pone en cuidado la tardanza de Aldama.

—No hay por qué temer todavia, no son mas que las seis

A pocos momentos llegó Aldama.

—¿Qué hay? preguntaron Quintero y Blanco.

—Malas noticias.

—¿Cómo?

—Me informaba del portero de la casa de Azcoiti acerca de la vivienda, cuando vi llegar unos muebles y supe por el mismo portero que unos forasteros acababan de ocupar la vivienda, y que permanecerian allí por algun tiempo por que eran parientes de los dueños de la casa.

—Ese negocio rodó, dijo Blanco.

—¡Por los cuernos de Satanás! esclamó Quintero.

—¿Qué hacemos? preguntó Aldama:

—El llanto sobre el difunto; á otra cosa. Señores y no hay que vacilar, dijo Blanco.

Propongo la casa de Dongo.

—Convenido ¿pero cómo entramos?

—No faltará medio, dijo Aldama; nos finjimos de la justicia, pedimos que se nos abra para practicar una averiguacion judicial, y ya una vez dentro veremos como nos las componemos con todos.

—Entre los tres *despachamos* á los mirones y quedamos dueños del campo.

—Haciéndolo todo con sigilo, dijo Aldama, en la misma noche sacamos el dinero y al dia siguiente ¡adivina quién te dió!

—Para lo cual, agregó Blanco, es necesario herir de muerte para que no quede ninguno que hable.

—Pero eso no es fácil objetó Quintero.

—Si llevamos miedo no es fácil, pero si vamos penetrados de la idea de que un vivo es nuestra muerte, es seguro que los golpes serán certeros.

—Pero habrá mucha gente que matar, volvió á observar Quintero.

—No importa, dijo Aldama, si al fin conseguimos deshacernos de todos los de la casa el negocio es hecho.

—Hay que temer que griten.

—La casa es muy grande y procurraremos primero intimidarlos.

—¡Por los cuernos de Satanás! salga lo que salga; si no nos decidimos á esto, es preciso decidirnos á ahorcarnos ó á emigrar.

—¿Donde están los machetes? preguntó Aldama.

—Aquí están, dijo Quintero mostrándolos.

—Cierra la puerta.

A esta voz pasaron los tres á la segunda habitacion de Quintero. Blanco atrancó la primera puerta que daba á la calle y despues la de la segunda pieza con una gruesa tranca que era un morillo de cuatro á seis pulgadas de diámetro.

Aldama tomó uno de los machetes y probó el filo.

—Está bien, dijo. Con un buen tajo se puede echar abajo una cabeza.

—El golpe mas seguro, dijo Quintero, es á media cabeza, es golpe de abordaje, despues del primer golpe en medio del cráneo, pocos se quejan aunque sean muy habladores.

—Con mi machete, dijo Blanco, he partido una calavera en dos mitades.

—Y esa calavera, dijo Quintero, ¿era la de un hombre vivo?

—Nó: era una calavera solamente, una vieja calavera abandonada por el propietario: he aquí la fuerza de mi machete.

Y diciendo esto tiró un tajo á la tranca de la puerta, hundiendo el filo del machete mas de una pulgada.

—Probemos este, dijo Aldama, y de otro golpe hizo saltar una gruesa astilla. Magnífico esclamó, como si hubiera encontrado un tesoro.

Quintero á su vez ensayó su machete contra la tranca que fué por algun tiempo el blanco.

—Supongamos, dijo Quintero que esta raya es la mitad de una cabeza ¡paf! y descargando un tremendo golpe, dejó enterrado el machete en la tranca, teniendo trabajo para sacarlo.

No gastemos las armas Señores, dijo Aldama y hablemos de lo que importa.

Estamos de acuerdo en que los machetes están á pedir de boca; vamos ahora á saber con quién tenemos que ensayarlos.

—¿Quién conoce la casa de Dongo?

—Yo no.

—Yo tampoco, dijo Blanco.

—Pues es muy sencillo, yo me introduciré con cualquier pretesto para reconocer el terreno, dijo Aldama.

—Ya tengo el pretesto, añadió Blanco.

—Veamos cual.

—Dongo tiene una gran cantidad de haba de venta.

—Bueno, iré á buscar haba. Una vez sabiendo la gente que allí habita, necesitamos saber las horas en que esa gen-

te entra y sale.

—Es claro, dijo Quintero, para tenerlos á todos dentro en una hora dada.

—Está bien pensado.

—Volvamos á repartir comisiones, dijo Aldama. Esta noche nos instruiremos de las entradas y salidas de las gentes de la casa, y una vez en autos, procederemos al asalto.

—Pero tendremos que esperar una ó dos noches.

—Es claro.

—Entremos esta noche y acabemos de una vez.

—Esa es una imprudencia, replicó Aldama.

—Tiene razon Aldama, dijo Blanco, en tods caso es necesario obrar con mucha prudencia por que jugamos el pellejo.

—Estoy conforme, dijo Quintero, nos pondremos en marcha y rondaremos la calle entre los tres y nos apostaremos, siempre divididos, para observar mejor sin ser vistos.

Poco tiempo despues, tres embozados recorrian cautelosamente todo el largo de la Calle de Cordovanes, desde la esquina de las Calles de Santo Domingo, hasta las del Relox.

A eso de las ocho de la noche se reunieron los tres embozados en la esquina de la Calle de la Canoa y convinieron en no aguardar mas la entrada de Dongo, á quién habian visto salir en su coche.

Blanco aseguró que volvia las mas noches, segun noticias que él tenia, á eso de las nueve, pero que ratificarían al dia siguiente si esto era exacto.

Despues se dirijieron por la Calle de la Canoa y espalda del Hospital de San Andres á la calle de la Mariscala, donde vivia Teresa.

Desde este punto volvemos á anudar el hilo de nuestra

narracion, pues tenemos ya reunidos en la casa de Teresa á los personajes que van á figurar en las importantes escenas del siguiente capítulo.

CAPITULO XII

EN QUE SE PRUEBA QUE ES MAS FÁCIL ESCARMENTAR EN CABEZA PROPIA QUE EN LA AGENA.

Aldama, Quintero, y Blanco; encontraron muy de su gusto por el momento que Don Manuel de la Rosa no estuviese presente, y para ello tenian razones bien poderosas.

En primer lugar, por el embarazo que esperimentaban Blanco y Quintero en confesar el aplazamiento del pagó de la deuda.

Y en segundo lugar, por que podian á sus anchas ocuparse exclusivamente de amor, pues aquellas tres chicas aparecian allí como de intento, tal para cual.

Blanco estuvo inspirado, casi poético, al hablarle de amor á Plácida.

Quintero se endiosó hablando con Catalina.

Y Aldama encontró de nuevo tan de su gusto á Teresa, que se sintió elocuente y sábio en materias de amor, al grade felicitarse él mismo por su locuacidad.

Hay ocasiones en que tenemos la lengua mas suelta, las fauces mas móviles y nos sentimos dispuestos á la charla, en la que gozamos como con el verdadero sustento del espíritu.

Blanco y Quintero hablaban en voz baja, pero Aldama casi declamaba, se sentia inspirado, y acabó por encantar á Teresa.

—¿Y las heridas? preguntaba ésta, afectando un tierno interes.

—No tengo mas que una, dijo Aldama.

—Yo supe que eran tres.

—Pero una sola es la incurable.

—¿Cual?

—Esta, dijo Aldama señalando el corazon.

—Eso ya lo sabia, contestó Teresa, con ese gracejo con que suelen á veces las mugeres hacerse verdaderamente peligrosas.

Teresa tenia rasgos maestros de coquetería, sabía dar cierta entonacion á sus frases, que la hacian irresistible; tenia, como los cantantes, sus notas favoritas, y á medida que Aldama se hacia mas seductor, Teresa se hacia mas interesante.

Aquel diálogo no es para descrito: se necesitaria ponerlo en escena.

En premio de su elocuencia Aldama recibió el mas ardiente de los besos.

Y en seguida se cambiaron los mas ardientes juramentos

de amor.

Don Manuel lo habia oido todo.

No habia perdido detalle, y no podia dar crédito á sus propios ojos.

Habia abierto primero la puerta de su cuarto que daba al de Teresa y despues se habia puesto detras de la vidriera de la sala, desde donde habia podido ver y oir sin perder nada.

Don Manuel acababa de sentir, por primera vez en su vida, la pasion de los celos, por la primera vez en su vida tenia un desengaño de amor. Aquella muger que lo habia hechizado era hechizadora de oficio, aquella muger decia á Aldama las mismas palabras que á Don Manuel.

Tal descaro no era concebible.

—Quiere decir, decia Don Manuel espantado, que esta muger no me ha amado nunca. ¿Pero cómo ha podido finjírmelo? ¡Esto es horrible..! ¡horrible..! y Don Manuel se tomaba la cabeza con ambas manos como si la sintiera abrumada con un pensamiento que la llenara toda.

Sintió el deseo de abrir la vidriera; pero queria cerciorarse mas y mas, como si aquella amarga realidad necesitara agotar el sufrimiento de Don Manuel, quien no solo recojia, sino devoraba las palabras de Teresa con una avidéz febril y se las repetia á sí mismo como para grabarlas mas en su memoria y prolongar la impresion dolorosa que le causaban.

Una carcajada de Teresa llamó de nuevo su atencion: puso el oido atento.

—¿Por qué dices eso Felipe? preguntaba Teresa.

—Me parece que el vejete te deja un dia en la sala toda la polilla de que está relleno.

—Pero es polilla de oro.

—Él viejo está arruinado.

—¿Quién está arruinado? preguntó Blanco.

—Don Manuel de la Rosa, contestó Aldama.

—¿Y quién tiene la culpa? preguntó Plácida.

—Tengo el honor de haberle gastado á Don Manuel algunas onzas, dijo Teresa mirándose un pié.

—Y ahora que me acuerdo, dijo Catalina ¿y nuestros pendientes?

Quintero contestó con el mayor aplomo del mundo.

—Los pendientes son un verdadero chasco.

—¿Cómo? preguntaron Teresa y Plácida.

—Un chasco de los mas graciosos, repitió Quintero.

—Sepamos eso, dijo Teresa.

—Han de estar ustedes, que la primera operacion de Blanco y mia, ayer en la mañana, fué ocurrir á la relojeria por los pendientes, temerosos de que se hubiesen vendido. Entramos á la relojeria y pedimos los pendientes. En el acto nos fueron entregados. Blanco se disponia á pagar el dinero cuando notó que las piedras no eran iguales, me fijé mas y me pareció ver una rayada.

—¿Son brillantes? pregunté al relojero.

—Por tales los vendo.

—¿Puede usted permitirme que un perito los examine?

Y volvimos en seguida con un diamantista. ¡De buena nos libramos! Los pendientes son de piedras falsas y no valen ni veinte pesos.

—¡Y tú, que estabas tan contenta con los tuyos! dijo Plácida á Teresa.

—Los mios son buenos.

—Puede ser, dijo Quintero, es fácil que los hayan cambia

do.

—Yo, dijo Blanco, desde el principio fijé la atencion en que hubiera en alhajas tres objetos enteramente iguales.

—Ya está aclarada la mala fé.

—Salimos de la duda enteramente, si los de Teresa son efectivamente finos.

—Voy á traerlos, dijo Teresa; y se levantó rapidamente.

Don Manuel quiso huir y tropezó con un tocador. Teresa al oir ruido en su recámara lanzó un grito descomunal y en seguida todos se precipitaron en pos de Teresa con las velas de la sala en la mano.

Don Manuel habia caido y no podia levantarse.

Estaba pálido: su semblante tenia el aspecto del mori bundo: todos se miraron unos á otros.

Fué necesario levantarlo y colocarlo en su lecho. Notaron en seguida que no respir ba.

—Es necesario un médico, dijo Teresa, un médico pronto, por que creo que se está muriendo.

Blanco fué por el médico.

Los demas se colocaron al derredor de la cama y así permanecieron por largo rato, sin darse cuenta de lo que habia pasado.

A poco rato empezó el cuchicheo. Aldama hablaba con Catalina y Quintero con Teresa.

Nadie habia visto entrar á Don Manuel y era de creerse que habia escuchado, supuesto que habia sido sorprendido en la pieza inmediata á la sala.

—Teresa ha perdido un amante, decia Catalina, pero pierde poco.

—¿Por qué?

—Por que estaba arruinado.

—¿Pero eso es cierto?

—Han dado en decirlo, y cuando el rio suena....

Teresa, no obstante, estaba altamente preocupada: conocia que acababa de hacer un cambio desventajoso.

Despues de media hora llego el médico y declaró que el enfermo estaba en peligro de muerte y procedió á sangrar á Don Manuel inmediatamente.

—¿Este Señor ha tenido alguna fuerte impresion moral? preguntó el médico.

—No lo sabemos, se apresuró á decir Teresa.

Desde este momento se puso la casa en movimiento.

Catalina se desesperaba de no encontrar á Domingo y tenia que hacer personalmente los preparativos de la curacion, pues segun las prescripciones del médico, debia todo ejecutarse sin pérdida de tiempo.

Despues de dos horas de un tratamiento énerjico el médico indicó á Teresa que tan luego como el enfermo pudiera hablar, se le procuraran los auxilios espírituales, y en todo caso que estuviera un sacerdote prevenido á la cabecera, por lo que pudiera ofrecerse.

Teresa rogó al médico que no abandonara al enfermo hasta salvarlo.

El médico, mal de su grado, accedió y no se separó de la cabecera.

Vino un eclésiastico: era un padre del Colegio de San Fernando; de una fisonomía que rebosaba uncion y benevolencia; hombre docto y de conducta ejemplar, y que se acercaba á la cama de los moribundos con toda la fé y la piedad del Ministro del Señor.

La presencia de aquel anciano venerable, obligó á desocupar sus asientos á Quintero y á Blanco que permanecian aun en la pieza del enfermo.

Sólo una de las tres mugeres permanecia por turno á la puerta, por si algo se ofrecia; y Don Manuel estaba entregado ya solamente á la vigilancia del médico y del sacerdote.

La fisonomía del enfermo se habia descompuesto en pocas horas como si hubiera pasado por una larga série de padecimientos; el médico hacia notar al sacerdote que el gesto del paciente revelaba un profundo sufrimiento moral por que las líneas de la fisonomía conservaban las huellas de la espresion dolorosa.

El médico, á pesar de las muchas preguntas que habia hecho, no habia podido aclarar ningun antecedente, pues todos eludian contestar categóricamente, por temor de revelar una situacion que se procuraba ocultar por vergonzosa.

Por otra parte, el retraimiento y hasta la indiferencia que el médico habia notado en las person s de la casa, le hacia sospechar que la situacion del enfermo era doblemente desgraciada.

Efectivamente, aquel incidente era mas molesto que doloroso para las seis personas que alli habia encontrado el médico.

Faltaba en aquella casa ese aire triste, ese aspecto pavoroso tan peculiar de las casas en las que hay un ser próximo á la muerte. Se echaba alli de menos la consternacion de la familia cuando un solo sentimiento doloroso lo anubla todo, contrayendo todos los semblantes, oscureciendo las piezas, trastornando los muebles, interrumpiendo el método y grabando en fin por todas partes la tribulacion y la tristeza.

Alli se cuchicheaba; pero produciendo el rumor de la curiosidad, podian distinguirse de vez encuando, las risas en vez de los sollozos.

Cuando ese cuchicheo sale del legítimo hogar doméstico y no del lugar de los placeres, se parece á ese silencio de las grutas sombrías, en donde no se oye mas que el rumor de las filtraciones, como el sollozo de la soledad.

En la casa de Teresa, se seguia pensando en el amor; y en Don Manuel no se veia mas que el zurron vacio, en donde se habian sacado ya todas las onzas. Aquel zurron iba á ser un muerto.

Las tres parejas hacian el sacrificio de disimular, y de reir por lo bajo, siguiendo su camino en direccion opuesta al enfermo.

Este seguia avanzando hácia la muerte.

—¿Como le vé usted? preguntó el sacerdote al médico.

—Muy mal, no avanzamos nada, y lo peor es que este hombre está aquí solo.

—¿Cómo?

—Vea usted padre, el enfermo es una persona estraña en esta casa.

—¿Es posible?

—No es la que vemos su familia.

—¿Usted le conoce tal vez?

—No padre, no sé quién es, pero observo que las gentes que lo rodean, no se interesan por él: hace media hora que nadie viene á preguntar por el enfermo.

—¿Y hacen falta?

—Si padre.

—En ese caso, aqui estoy yó. Soy buen curandero.

—Así lo creo, padre; pero un enfermo en esta gravedad necesita de su familia.

—Es cierto. ¿Pero si este Señor no la tiene?

—Indaguémoslo.

—¿Lo cree usted necesario para la salud del enfermo?

—Sí, Padre, y voy á dar á usted la razon.

Sospecho que este Señor ha recibido aquí el golpe moral que lo pone á la orilla del sepulcro; tal vez alguna persona de las presentes ha sido la causa, y es de suponerse, por la indiferencia que manifiestan, que no tendrán la prudencia necesaria para conducirse á pesar de mis prescripciones, supuesto que falta aquí la ternura de la familia.

—Es cierto.

—Y si, como lo espero, las medicinas producen todavía algun efecto, habrá el enfermo de volver en sí, y esa vuelta á la vida es un periodo tan delicado, que pudiera, desatendido, ser funesto.

—Tiene usted mucha razon.

—Indagaremos pues, quién es el enfermo y en qué condiciones se encuentra con respecto á estas gentes, cuya conducta es tan estraña.

—Me parece bien, supuesto que todo es para bien del paciente.

—Voy á hablar con uno de los caballeros.

Y el médico salió de la pieza del enfermo y se dirijió por el corredor á la sala, en donde encontró tres parejas diseminadas, en actitudes que revelaban á primera vista que aquellas eran tres parejas felices.

Todos hablaban en voz baja, pero acaloradamente.

Al ver al médico parado á la puerta, se levantaron Quin-

tero y Blanco.

El médico hizo á Blanco una seña y Blanco salió á hablar con el médico.

Despues de algunos momentos volvió Blanco.

—¿Qué hay? preguntó Teresa.

—El médico me ha preguntado, dijo Blanco muy quedo, quién es el enfermo y quienes somos nosotros.

—¡Qué ocurrencia! dijo Catalina.

—¿Y qué le importa al médico? esclamó Teresa de mal talante.

—¿Y qué le contestaste? preguntó Plácida á Blanco.

Blanco, en vez de contestar, fué hacia la puerta, y se cercioró de que nadie escuchaba, y despues reuniendo al derredor á los circustantes por medio de una seña, continuó.

—Me ocurrió desde luego que si contestaba yo categoricamente á las preguntas del médico, tal vez nos metiamss en un mal negocio.

—¿Por qué? dijo Aldama.

—Por que sabiendo quien es, lo divulgarán, y esta casa se convertirá en un punto de reunion de todos aquellos que se interesan por Don Manuel y van ustedes á divertirse con que su casa sea un tumulto.

—Y cuando nadie tiene la culpa de que Don Manuel se haya emfermado, no es justo que las Señoras, agregó Quintero, carguen con todas esas molestias.

—Quiere decir que le contestaste al médico......dijo Plácida á Blanco.

—No he contestado nada que pueda comprometernos y vine á consultar.

—Hiciste bien, dijo Aldama. Este muchacho es previsor.

¡Prometes, chico!

—Gracias, dijo Blanco.

—¿Qué hacemos? preguntó Teresa.

—¿Por qué no decir la verdad? observó Quintero. Lo que importa es que este viejo se vaya á morir á otra parte.

—Es cierto, dijo Aldama, pero si no se le puede mover, será inútil contarle al médico cosas que para nada le interesan.

—El médico, dijo Teresa, se mete en camisa de once varas ¿A qué conduce esa curiosidad?

—Es que el médico dice, replicó Blanco, que el enfermo necesita reposo y cuidados muy prolijos.

—Yo no tengo vocacion de enfermera, dijo Teresa.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco, dijeron despues Catalina y Plácida.

En estos momentos Don Manuel tenía algunas convulsiones. El médico llamó.

Las tres mugeres se vieron, se comprendieron, vacilaron, y al fin fué Teresa á ver al enfermo.

Fué necesario repetir las medicinas, llevar agua caliente, mostaza, y salir á la botica en busca de unas gotas que el médico acababa de prescribir.

Esta vez fué Quintero el designado para salir á la calle y hubo otra hora de movimiento en la casa hasta que Don Manuel volvió á quedar postrado en su letargo.

CAPITULO XIII.

EN EL QUE SE VÉ CUANTO ÁFEA AL SEXO HERMOSO LA FALTA DE PRUDENCIA.

Volviose á entablar la conferencia, y despues de que cada uno hubo emitido opiniones á cuales mas absurdas, Aldama se resolvió á hablar en confianza con el médico y á arreglar con él lo mas conveniente.

Los demas aceptaron esta proposicion, por que se encontraron, por una parte libres del compromiso de resolver un asunto difícil, y por otra por que quedaban aptos para anudar sus interumpidas é interesantes conversaciones.

Aldama se instaló con el médico en la recámara de Teresa, entre la sala y la pieza del enfermo.

—Señor Doctor, dijo. Voy á esplicar á usted los motivos

de la irresolucion y la perplejidad que usted habrá notado en esta casa. Yo sé que el ministerio de los médicos es sagrado, y que por lo tanto puedo revelar á usted, en confianza, secretos que no me pertenecen; pero supuesto que usted ha sido el primero en querer penetrar estos misterios, deberá usted tener sus razones, sobre todo, cuando colocado á la cabecera del enfermo tiene usted desde luego encomendado un asunto de la mayor gravedad y de no poca responsabilidad, supuesta su noble mision de salvar al enfermo.

Efectivamente Caballero, y celebro mucho que usted sea el primero en hacerme justicia, concediéndome que no es una vana curiosidad, sino un deber, lo que me anima á preguntar, aun á trueque de parecer molesto.

—Estamos de acuerdo, Caballero Doctor, y en tal caso comenzaré por decir á usted que el enfermo se llama Don Manuel de la Rosa.

—¡Don Manuel! repitió el médico.

—Le conocia usted de nombre?

—Sí, Caballero.

—¿Y sabe usted su situacion?

—Sé algo.

—Esta casa es la de Teresa.

El médico guardó silencio por algun tiempo.

—Ya comprenderá usted, continuó Aldama, que no es fácil tomar una resolucion, por que si se le deja aquí, no va á parecer bien, y su familia no podrá verlo por no pisar esta casa.

—Es cierto.

—¿Llevarlo á su casa? ¿Quién toma sobre sí esa responsabilidad? Don Manuel está de quiebra en su casa, ya no vive

en ella, y nadie sabe si en esto hariamos un mal.

—Ello es que entre esta casa y la suya, estaría menos mal en la suya.

—Puede ser.

—Por mi parte, dijo Aldama, yo no me comprometería á llevarlo, por que Doña Mariana me recibiría con muy malos ojos, sabiendo que de aquí lo llevaba, y no estoy por cargar con culpas agenas.

Por otra parte, si este hombre se muere aquí, será escándaloso el hecho, y las señoras de la casa padecerían en su reputacion, y serían el objeto de las hablillas del vulgo.

El médico dejó escapar una ligera sonrisa, al oir la palabra *reputacion,* y volvió á escuchar con gravedad.

—¿No habrá otro lugar á donde llevarlo?

—Yo no tengo ninguno.

—¿Y los otros caballeros?

—Me parece que están en el mismo caso: ademas, no será conveniente que Don Manuel vaya á un punto que pueda ligarse con ninguno de los que visitan esta casa, pues así no se lograría mas, que hacer cerrar un solo ojo al público.

—Es cierto.

—El hospital está bien cerca; pero la Señora de la Rosa no nos perdonaria jamas este paso.

—La gente rica ve la deshonra en el hospital.

Despues de reflexionar un momento el médico esclamó.

—Lo llevaré á mi casa, de acuerdo con el Padre, y supuesto que todos están interesados en no tomar parte en este suceso, se podrá contar con la discrecion....

—Me parece lo mas bien pensado.

—Yo diré que socorrí á Don Manuel en la calle.

—Perfectamente. Y nosotros guardaremos silencio acerca de todo lo ocurrido.

Aldama fué á llevar esta buena noticia á la sala, y el médico volvió á la cabecera del enfermo.

El médico hizo un nuevo y minucioso reconocimiento, é hizo ese terrible movimiento de cabeza casi imperceptible; pero en el que tantas familias han traducido una sentencia.

Ese movimiento es el *hasta aquí* de la ciencia frente á la muerte.

Es el *hasta aquí* de dos viageros, de los que uno se vá y el otro vuelve...

....

A las cinco de la mañana salia Don Manuel en una camilla sostenida por dos cargadores y seguida del médico y del sacerdote.

Una hora despues el coche de la casa de Don Manuel pasó á la puerta de una casa de la calle de la Canoa, donde vivia el médico.

Bajaron del coche el Padre Fernandino, Doña Mariana é Isabel,

Don Manuel no habia vuelto en su conocimiento. Doña Mariana, demudada y llorosa, se acercó al lecho del enfermo, y estuvo á punto de desfallecer al contemplar el aspecto cadavérico de su marido.

Isabel se anegó en llanto.

El médico tuvo necesidad de separarlas de la cama y obligarlas, con mucho trabajo, á que pasaran á otra pieza, y conoció que el enfermo tenia, para su mal, otro enemigo en Doña Mariana, de cuya prudencia desconfió el médico desde el momento en que la vió.

—¡Mi marido está muerto, Caballero! decia Doña Mariana, ¡dígamelo usted por el amor de Dios! ¡está muerto! ¿no es verdad?

—No, Señora, es un ataque cerebral.

—¿Pero es de muerte?

—Es muy grave Señora; pero puede salvarse: la prudencia en todo le ayudará, pero las imprudencias, Señora en estos momentos, son un veneno....

—¡Un veneno! repitió Doña Mariana ¡un veneno!....¡no podia por menos! ¿Con que me han envenenado á mi marido?....

—No Señora, yo no he dicho eso.

—Usted ha dicho que es un veneno.

—Por hacer una comparacion.

—Eso es una disculpa; usted se arrepiente de haberlo dicho. Ya se vé, como yo soy su muger legítima, ¡Válgame Dios! ¡Morir envenenado! ¿Pero qué no tiene remedio, Caballero? ¡dígamelo usted, por los dolores de la Vírgen!.....

—Está usted en un error, Señora, y es que la pesadumbre ha hecho que usted se equivoque. El Señor Don Manuel no está envenenado: su enfermedad tiene otro orígen.

—Sí; el orígen de todos mis males. ¿Qué otro orígen puede tener que no sea el que todos conocemos? ¿Qué bueno habia de salir de allí? ¡Vírgen de los Remedios, Castísimo Patriarca, intercede por esta pobre muger abandonada, y concede á mi marido una buena hora! ¡Padre! dijo en seguida dirijiéndose al sacerdote ¡por el amor de Dios que no me abandone usted á mi marido, por los dolores de la Virgen, que me lo auxilie usted con la divina gracia, y que no se muera sin confesion!

—Señora, dijo el médico, sírvase usted bajar la voz. Si el enfermo vuelve en sí......

—¿Cómo quiere usted que baje la voz una muger que ve que su marido es un cadáver?

—Escúcheme usted Señora, se lo ruego.....

—Bien, ya escucho; pero mis súplicas son muy naturales; yo soy cristiana antes que todo, y me moriria de pena si mi marido se muriera como un perro. ¡Ni lo permita el Señor Sacramentado.

—Señora, por el amor de Dios, hable usted mas bajo, si el enfermo vulve en sí......

—¡Me encontrará llorando por él! nada mas natural.... Por mi desgracia me ha encontrado así varias veces.

—Pero Señora. Yo no me opongo á que usted llore ni á que sea usted cristiana. Solo le ruego que no hable tan alto, porque una nueva impresion moral en el enfermo me quitaría toda esperanza.

—¡Una impresion moral! ¡cómo si yo le impresionara! ¡Ay Señor, usted no sabe nada! ¡Impresion moral! Yo no puedo causarle ya impresion alguna por que....

El médico se desprendió bruscamente del lado de Doña Mariana por que sintió que el enfermo hacia ruido.

Doña Mariana continuó hablando en voz alta, delante del Padre, de Isabel y de dos Señoras de la casa del médico.

—¡Impresion moral! cuando anoche me ha dejado á sus piés, como á un perro, si Señor, á mí y á mi hija de mis entrañas!......

—¡Mamá!....se atrevió á decir Isabel.

—¡Tú tambien! replicó Doña Mariana, ¿Te atreverás á prohibirme que me queje?....

—Señora, dijo el Sacerdote, el dolor la preocupa á usted, y con razon sobrada. Lo único que sa ha querido evitar, es que el enfermo reciba nuevas impresiones, que el médico juzga funestas.

—¡El médico dice que está envenenado!....

—Eso no es exacto, dijeron á un tiempo las Señoras y el Padre.

—Ahora todos lo niegan, y es natural; no se quiere que yo sepa nada, pero yo tengo penetracion, por que no soy una niña.

El médico asomó la cabeza entreabriendo la puerta y dijo en tono imperativo:

—¡Silencio! y volvió á cerrar.

—¡Eso es! esclàmó Doña Mariana. He venido tambien á que se me regañe. ¡Qué tono tan insolente tiene el médico!

—Señora, por Dios, silencio, volvió á decir el médico.

—Señora, dijo el Sacerdote.

—!Señora! repitieron suplicantes las Señoras.

—¡Mamá! dijo Isabel temblando.

—¡Pero qué es esto Dios mio! ¿qué conspiracion es esta? ¿Con que ya no tengo derecho de quejarme? ¿con que he de ser fria espectadora de la muerte de mi marido?... ¿Con que ya no puedo hablar ni pedir al Señor misericordioso que lo coja en una buena hora?.... ¿Pero qué es esto Señores? qué, ¿todos se han de conjurar contra una pobre muger....?

—¡Señores! dijo el médico, tomándose la cabeza con ambas manos, si no sacan de aquí á esta Señora, se muere el enfermo, va á volver en si.

Todos rodearon á Doña Mariana simultaneamente y con ademan suplicante y sin hablar.

—¡Ay Dios mio! gritó entonces Doña Mariana. Pero ¿qué es esto? ¿Acaso estoy loca? ¿Qué me quieren ustedes? Padre, y usted tambien y tú tambien Isabel? ¿Qué es esto? ¿que quieren hacerme? ¡Despues de envenenar á mi marido me persiguen, y no me dejan hablar! pues no estoy loca, Señores, no Padre, no; estoy en mi juicio, pero he sufrido mucho, Padre, muchísimo, y no hago mas que quejarme.....

—¡Todavia es tiempo, fuera esa Señora, silencio!

—¡Fuera esa Señora! repitió Doña Mariana ¡esa es otra infámia ¡ ahora se me quiere hacer creer que estoy loca! Solo á los locos se les dice *¡fuera!* y ¿quién es ese Caballero que me dice *fuera?*

—Señora, dijo el Padre, vamos allá adentro un momento solo......

—Señora, decian tambien muy bajo las Señoras de la casa.

—Pronto, dijo el médico desde la puerta.

El Padre que era quien comprendia mas la situacion, tomó á Doña Mariana por la mano.

—¡Padre! gritó Doña Mariana colérica; ¡pero esto es inconcebible! ¡ atreverse!......

—¡Todo se ha perdido! dijo el médico desde la puerta.

—¡Muerto! gritó Doña Mariana precipitandose á la pieza del enfermo......

—¡No!......contesto Don Manuel que tenía los ojos abiertos y los fijaba en torno suyo.

Todos quedaron estáticos á los piés de la cama, fijando á su vez una mirada atónita en el enfermo.....

Era tal la espresion del semblante de Don Manuel, que infundia espanto; era un cadáver galvanizado. Parecia que la sangre habia ya huido de aquel cuerpo para siempre. La

vida se habia refujiado en los ojos: tenian un brillo siniestro y veian sin mirar, como con las discrepaciones de un foco que se busca.

Don Manuel dijo estas palabras.

—¡Mi muger....!

El médico colocado detras de Doña Mariana le dijo.

—Si habla usted, mata á su marido.

Pero las palabras del médico se confundieron con las de Doña Mariana.

—¡Manuel! ¡Manuel! ¡dí por el amor de Dios quién te ha envenenado!

—Señora, dijeron todos casi á una voz.

—¡Habla! ¡habla en nombre de la justicia!

—¡Mi muger! repitió el enfermo con voz cavernosa, y se incorporó, volviendo el rostro. Ahí está mi muger y allí estan....todos, todos rezando por mí....que apaguen las velas, Fray José....¡que apaguen esas velas!.... Y tanta gente....¡Dios de Israel! tanta gente.....

El enfermo se llevó las manos á la cara, tuvo una contraccion nerviosa en la espina y se dejó caer despues sobre la cama como un cuerpo de plomo.

El médico y el Padre lo colocaron en mejor postura y todo volvió á quedar en silencio.

CAPITULO XIV

LA ESCALERA DEL CUCO.

Aldama, Quintero y Blanco, felicitándose por haberse desprendido de Don Manuel de la Rosa, salieron á las seis de la mañana de la casa de Teresa.

Blanco, aunque avezado en el crímen, conservaba para el amor algo de ese precioso tesoro de la juventud que forma en la primavera de la vida el prisma de las ilusiones, de manera que se sentia feliz con la posesion de Plácida. El dinero que se proponía robar era el marco dorado de aquella dicha.

Quintero y Aldama no veian en Catalina y en Teresa otra cosa que esa grosera felicidad que espende la muger, como

la mercancía de la inmoralidad; conversaciones alquiladas, y caricias automáticas al mejor postor.

Y como la virtud y la prostitucion siempre tienen, la una su brillo y la otra su hastío, aun para los corazones mas depravados, Quintero y Aldama al salir de la casa de Teresa, pensaron en Margarita.

Aldama, por que Teresa habia estrujado con sus caricias las mal cerradas heridas de un corazon que un dia se beatificó en el amor de una muger inocente.

Quintero por que sentia su orgullo nuevamente herido por la facilidad de Catalina.

En vez de conformarse con Catalina por fácil, prescindiendo de Margarita, Catalina lo inducia á empeñarse en una conquista difícil.

Aldama por su parte, temía tocar con Quintero esos asuntos. Conocia que no haría mas que complicar su situacion, y tal vez poner rémoras al asunto principal, que era el de la casa de Dongo; de manera que se despidió de Quintero, pensando en emplear el dia en otros asuntos.

—Pienso ir á los gallos.

—Allí nos veremos, dijo Quintero, para que allí citemos punto de reunion para la noche.

—No faltaré.

Y ambos amigos se separaron........................

....

Rogamos al lector nos acompañe, si como lo esperámos tiene deseos de saber el paradero de Margarita.

Margarita hubo de persuadirse bien pronto, de que si estaba salvada de las garras de Quintero, estaba presa en aquella casa.

—¿Quién me ha salvado? decia ¿y quién me retiene en esta pocilga? mi carcelera no me pierde movimiento y nada he podido averiguar que me dé una luz sobre lo que debo esperar. ¿Qué pensarán hacer conmigo y hasta cuando durará mi cautiverio?

El aspecto repugnante de la carcelera de Margarita y su estado casi de idiotismo, no se prestaban á que Margarita pensara en sacar ningun partido favorable de aquella muger, que no sabia otra cosa que cumplir automaticamente con una consigna, dada sin duda por quien tenía poderoso ascendiente sobre ella.

—Por otra parte, pensaba Margarita. Suponiendo que lograra salir de aquí ¿adonde iría? ¿A quién ocurriría para que me amparase, cuando soy sola en el mundo? Felipe ya no me ama, se burlaría de mi dolor..¡ah no, quién sabe! yo le volvería á atraer, por que creo que hay dentro de mí, un poder superior á su indiferencia y hasta á su ódio. Yo me arrojaré á sus piés y le llamaré otra vez hacia mí; yo creo que es muy elocuente la voz de mi amor y Felipe me ha amado y ha podido ser feliz: sí.. sí, yo tambien volveré á ser feliz.

Margarita acariciaba esta ilusion y con ella mitigaba el temor de su porvenir incierto.

Las horas se sucedian con una lentitud pesarosa y cada ruido, cada accidente por insignificante que fuese, absorbia toda su atencion, creyendo ver por momentos el indicio de un cambio favorable.

La pocilga que ocupaba Margarita recibia la luz por una puerta que daba á un inmundo y pequeño corral, en uno de cuyos estremos habia hacinados varios morillos.

La carcelera era una muger como de veinticinco años, de

color oscuro, frente deprimida y ojos pequeños, y su conjunto era altamente repugnante y asqueroso.

Serían las diez de la mañana, y Margarita, que apenas habia podido dormitar á ratos, tenía fijos los ojos en la puerta, cuyo dintel ocupaba incesantemente la carcelera.

Esta habia prohibido á Margarita moverse del rincon que ocupaba, y varias veces que Margarita habia pretendido acercarse á la puerta, aquella muger con gesto feróz le habia impedido dar un solo paso. Nada le habia valido á Margarita, ni súplicas ni alhagos: la carcelera era inflecsible y se prestaba poco á entrar en conversacion; de manera que Margarita se resignó á sufrir y á obedecer en silencio.

Esa mañana Margarita llevaba algun tiempo de observar que habian caido en el centro de aquel corral, algunas piedrecitas, como arrojadas intencionalmente para que sirvieran de seña.

La muger hubo al fin de notarlo, y dirijiendo una cautelosa mirada á Margarita para cerciorarse de si dormia, se levantó lentamente y se acercó al estremo del corral, hácia el rincon en donde estaban los morillos, levantó una pequeña piedra del suelo y la arrojó por sobre la tápia para que cayera al lado opuesto.

A poco tiempo apareció sobre la barda una cabeza y en seguida se vió delizarse por los morillos un muchacho andrajoso.

Era Cuco.

Margarita, á pesar de la prohibicion de la carcelera, se colocó de modo que podia ver desde la pocilga lo que pasaba al pie de los morillos.

Todo podia imaginarse menos lo que estaba viendo.

El Cuco y la horrible carcelera eran amantes. El Cuco aprendia á amar con la carcelera y á robar con el Lobo, y solo tenia doce años.

—Oye, Lobita; decia el Cuco á aquella muger, hoy vine mas temprano por que tenemos *ganga*.

—¿En donde?

—Si me prometes ayudarme, te doy dinero.

—Veré el dinero.

—Mira: solo tengo cinco pesos; pero luego .....

—¿Ese es todo tu dinero?

—Podemos tener onzas de oro.

—¿Deveras?

—Sí; pero necesitas ser muda y sorda y despues saber correr.

—¿Para qué es todo eso?

—Oye, me ha hablado un Caballero muy rico.

—¿Y qué?

—Me ha ofrecido mucho dinero si le ayudamos tú y yó á hacer una cosa.

—¿A matar?

—No Lobita, no es para tanto, no te asustes.

—Entonces....

—Has de estar en que ese Caballero me dijo: Cuco tu eres un buen....un buen....quién sabe qué; pero me dió á entender que era yo un buen perro.

—¿Y qué?

—Me dijo: Cuco tu has de saber en donde tiene el Lobo escondida una muchacha. Vaya si sé, le contesté, pero si le digo á su merced, el Lobo me mata. Yo te defenderé. Me matará á traicion, le contesté. Te pones antes en salvo

te doy mucho dinero y te vas. Es una mala partida, muy mala la que le juego al Lobo. El no puede figurarse que yo sé en donde está su presa, por que no sabe que tu y yo nos queremos.

—¡Ay, si lo supiera el Lobo!......

—¡Pobre Cuco y pobre Lobita! esclamó y luego continuó Cuco, el Lobo no le dá nada á la Lobita, la maltrata mucho, la compromete con la justicia todos los dias, y nada mas. Es justo que la Lobita se vaya á vivir con migo para disfrutar del dinero de ese caballero.

—¿Y solo por decirle en donde está te paga?

—Y por que le dejemos hablar con ella.

—Pero lo ven entrar, y me mata el Lobo.

—Por eso no entrará por la puerta.

—¿Por donde?

—Bajará por los morillos como yo.

—¿Sabes que no me atrevo?

—No seas tonta, Lobita. Me ha ofrecido mucho dinero el patron.

—¿Y si no te cumple?

—Se lo avisamos al Lobo para que lo mate.

—Y á nosotros tambien.

—No; por que negaremos que yo le he dicho nada y le echamos la culpa á Chicas-corbas que tambien ha olido.

—Pero la presa hará escándalo: si grita nos pierde.

—No gritará por que es su amante: tu la previenes, lo recibe, y como le cuidamos la espalda podrá escapar á tiempo, sin que lo pille el Lobo.

—¿Pero solo te ha dado cinco pesos por todo eso?

—Por ahora sí; pero te repito que me va á dar mucho di-

nero.

—¿Tu me respondes de los resulados?

—Sí.

—Pues vé á avisar.

—Voy y no tardo.

Y el Cuco subió como un gato por los morillos y pasó al otro lado de la pared del corral.

La Lobita, como llamaba el Cuco á aquella muger, se dirijió hacia la pocilga.

Margarita habia tenido tiempo de volver á su rincon sin haberse enterado mas que de que el Cuco y aquella horrible muger eran amantes.

—Vengo á dar á usted una buena noticia.

—¿Cual? dijo Margarita perpleja.

—Que viene á visitar á usted su amante.

—¡Aldama! esclamó Margarita llena de gozo.

¿Aldama va á venir?

—Sí, Señorita, su amante de usted, que ha podido seducir á Cuco, para que entre aquí por los morillos sin que lo sienta el Lobo.

Margarita no comprendia una palabra de aquella gerigonza. Los nombres de Cuco y el Lobo reunidos, le causaban una estraña impresion. No sabia quien era Lobo, y en cuanto á Cuco no debia esperar nada favorable.

¿No habia estado Cuco de acuerdo con Quintero? se decia Margarita ¿cómo ahora puede estarlo con Aldama?

El que me ha salvado ha trabajado en contra de Quintero.

—¿Quién es el Lobo? preguntó por fin Margarita.

—El Lobo es....siendo yo la Loba....

—¿Sabe usted el nombre del caballero que ha hablado

con el Cuco?

—Es su amante de usted.

—¿Aldama?

—Sí es su amante de usted, nadie mejor que usted debe saber su nombre.

No era posible aclarar ninguno de los misterios que rodeaban á Margarita: no tenía mas partido que el de esperar.

—Felipe debe haberme buscado, pensaba. Á pesar de las palabras de Quintero, de ese hombre brutal, yo presiento que Felipe me ama todavia, y que es imposible que sea cierto el infame pacto. ¿Acaso no conoce Felipe que primero me moriría que ser de otro hombre?

Felipe debe haber vuelto á mi casa: no ha podido encontrar á Dolores por que esta pobre muger se quedó en Tacuba: en seguida ha visto á Cuco y el Cuco lo trae.

Sí, sí, mi corazon me dice que voy á ver á Felipe....y no obstante, tengo miedo.

Algun tiempo pasó Margaríta en la mas cruel incertidumbre, hasta que al fin nuevas piedrecitas comenzaron á caer en el corral.

La Loba se levantó y fué á esperar al pié de los morillos, despues de haber contestado la seña.

Margarita cedió á su deseo y se lanzó hácia la puerta á pesar de las prohibiciones de la Loba.

Poco despues apareció sobre los morillos la cabeza del Cuco.

—Allá voy Lobita, dijo y se deslizó rapidamente hasta tocar el suelo.

No bien hubo bajado el Cuco, asomó un sombrero negro en el estremo de los morillos.

Aquel sombrero que se destacaba en el azul del cielo, lo veia Margarita con una ansiedad que la mataba.

Alguna dificultad por fuera habia que vencer por que el caballero no avanzaba una sola línea, y solo se adivinaba debajo de aquel sombrero un hombre, del que nada, ni aun las manos se veian.

Efectivamente habia necesidad de aprovechar ciertas escavaciones, hechas en la pared esterior, para poder llegar hasta aquel lugar. El Cuco las conocia bien; pero el que subiera por primera vez, encontraba grandes dificultades para ascender hasta dominar la tápia.

De repente el sombrero desapareció, y hubo en seguida un rato de mortal angustia.

—No encuentra los agujeros, decia el Cuco en voz muy baja, no es buena lagartija.

—No conoce tu escalera.

—No tengas cuidado, que aprenderá.

En seguida apareció el sombrero; pero esta vez no se detuvo, sino que en seguida apareció la robusta cara de Quintero.

Margarita dió un grito, y desapareció de la puerta: oyose una detonacion, se vió una nube de humo y la cabeza de Quintero desapareció repentinamente.

CAPITULO XV.

LOS LOBOS HACEN DE LAS SUYAS.

Por un postigo que daba al corral se veia el cañon de un fusil. Detras de aquel fusil estaba el Lobo.

La Loba y el Cuco quedaron inmóviles.

Hubo un momento de estupór mientras se desvanecia el humo de la pólvora.

Despues apareció el Lobo, andubo algunos pasos en direccion á la pocilga, echó una rápida ojeada á Margarita, y en seguida miró fijamente al Cuco y á la Loba.

Aquella mirada era la confirmacion del apodo que le servia de nombre.

Era una mirada de Lobo.

El Lobo, como se recordará, tenia corto el pelo; ni mas ni menos que como el de la piel de esa fiera.

Aquellos pelos que el maestro Don Santiago habia recortado, estaban erizados con ese espeluzno que es la significacion de la ira salvaje.

Las fieras sacan tanto partido de sus pelos como las mugeres de sus luengas cabelleras.

El Lobo estaba feróz, comenzando por el pelo.

Tenia dos pequeños ojos hundidos en sus órbitas, desde cuyo fondo brillaban á veces como dos lentejuelas de plata.

El Lobo era chato, y su boca siempre entreabierta, y desmesuradamente grande enseñaba dos hileras de dientes blanquísimos, y algo aguzados, montados en encías pálidas, y sus lábios abiertos, gruesos y desvergonzados eran de un color morado oscuro.

El Lobo desde que tuvo dientes no volvió á pegar los lábios, los dientes incisivos con sus albeolos en fuerza de un desarrollo defectuoso se abrian paso á espensas de los labios, que llegaron á ser insuficientes para encubrir las encías.

El Lobo, como todos los lobos, no necesitaba mas que mostrarse para aterrorizar.

El Cuco y la Loba temblaban como dos alimañas.

—¿Qué haces aquí? gruñó el Lobo, ve á ver al muerto!

El Cuco se encaramó por los morillos con mas agilidad que la que hasta entonces habia demostrado: no parecia sino que se empeñaba en completar aquella escena que se hubiera podido representar por medio de animales.

Una zorra no hubiera sido mas lista para trepar por los morillos.

En cuanto á la Loba, si hubiera podido mover las orejas

las hubiera agachado.

El Lobo la tomó por el cuello, como hubiera podido hacerlo con un perro, la hizo andar algunos pasos agachada, y despues la envió hácia delante, con tanta fuerza, que la Loba besó las piedras á tres pasos de distancia.

La Loba no se quejó y quedó boca abajo desangrándose de la boca y de las narices.

El Cuco asomaba á la sazon por los morillos.

—No hay nada, dijo.

—¡Cómo que no hay nada! ¡canalla de perro!

—Ya se fué, maestro.

—Mientes, le apunté bien.

—Pero le *jerró* maestro.

—¡Mal rayo! ¡bájate, condenado!

El Cuco se deslizó despacio, y se paró frente al Lobo.

—¿Estás muy contento con tus orejas?

—¿Por qué maestro?

—Creo que te estorban.

—No, maestro al contrario.

—Oyes mas de lo que debes.

—¿Yo?

—Tú, bribon.

El Cuco guardó silencio: esperaba la tormenta.

—Ven acá pillo, continuó el Lobo y tomó al Cuco por una oreja, haciéndole un mal horrible.

El Cuco medio encorbado se dejó conducir.

—¡Suélteme usted, maestro, ó grito!

—Si gritas te ahorco, condenado; ¿que veniste á hacer al corral?

—Nada.

—¿Por donde entraste?

—Por los morillos.

—¿A qué venias?

—A ver á la Loba.

—¿Para qué?

—Para avisarle que la presa corria riesgo.

—¡La presa! ¡Con que sabes que hay una presa! ¿y quién te lo ha dicho, maldito?

—Yo la ví.

—Mientes.

—No miento, maestro.

—¿Qué riesgo corre la presa?

—Se la quería llevar un caballero.

—Ese caballero subia por donde tu subiste.

—Me vería y aprendió.

—¡Mal rayo! tu le enseñaste.

—Yo no, maestro.

—Vas á confesarme la verdad ó te ahorco.

—Esa es la verdad, maestro.

—Voy á darte tormento.

—No es necesario.

—Por si acaso.

Y el Lobo entró á un cuarto oscuro arrastrando á Cuco, á quien sugetó ambas manos por la espalda con la mano izquierda, mientras con la derecha tentaba para buscar una cuerda.

—No me rompa usted los huesos, maestro, por que ataranto.

—Y yo te mato, bribon. Yo te enseñaré á escalar mi casa, gato enclenque.

Y amarró al Cuco por las manos, en seguida tiró la cuerda

sobre una viga horizontal, resto de un tabique que se encontraba en aquella pieza y tiró de la cuerda; el Cuco dió un grito, por que sintió que se le dislocaban los brazos.

—Si tira usted, maestro, no hablo, aunque me muera.

—Lo veremos, dijo el Lobo y dió un segundo tiron.

El muchacho gritó fuertemente y empezó á llorar.

—Mientras mas escandalices tiro mas; tunante.

—¡Ya no, maestro! ¡ya no! ¡por Dios!

—¡Habla!

—Voy á hablar, pero afloje usted, maestro.

—Habla primero.

—No puedo.

—Habla ó tiro.

—¡No por Dios!

—¡Habla!

—¡Quedito, por Dios, maestro!

—¡Habla, bruto!

—Ya voy, ya voy; pero ya me truenan los brazos. Me duelen mucho. ¡Ay!....¡ay!...

—Habla y no grites.

El Cuco colgado ponia apenas las puntas de los pies en el suelo y sufria horriblemente.

—Suelte usted maestro, gritó el Cuco, pero su voz era algo apagada.

—¿Hablas ó no? ¡maldito! dijo el Lobo dando otro tiron á la cuerda y levantando á Cuco algunas pulgadas del suelo.

—Un grito horible salió del pecho del muchacho; pero aquel grito se semejaba al que dá el ganado en el matadero, un grito que empieza en la luz y acaba en las tinieblas; la desarticulacion de una sílaba por la muerte, un sonido que

empieza en el espacio y que se hunde en la tierra como el rayo.

Aquel tiron habia dejado á Cuco con la palabra en la boca; por qué aquel ¡ay! no acabó de salir: parecia que el muchacho se habia ahogado con su propia palabra.

Rechinó la viga del tabique, como si la madera fuera mejor que el corazon del Lobo.

El Lobo vió á Cuco

Tenia la cara de un muerto

El Lobo soltó la cuerda y el muchacho cayó boca abajo sin movimiento.

Se oyó un ruido parecido al de una calabaza que se deja caer.

Aquella postura solo la podia conservar un cuerpo inerte.

El Lobo mismo dejó escapar un gesto, al oir el ruido que hizo Cuco al caer.

—¡Qué criatura tan delicada! esclamó volviéndole la espalda. Pues no hables; al ménos no gritarás; ¡condenado! y salió del cuarto.

Se dirijió á la pocilga, lanzó una mirada feroz á Margarita y cerró la puerta por fuera y se guardó la llave.

En seguida salió del corral.

La Loba se habia escondido debajo de los morillos, y tan luego como el Lobo desapareció, se dirijió corriendo á socorrer al Cuco, cuyos gritos la habian partido el alma; pero no habia podido moverse, agoviada por un miedo cerval.

Al ver á Cuco, lanzó un rugido, lo levantó y le desató las manos. Los brazos del Cuco cayeron como los de un maniquí de gosnes.

El pobre muchacho tenia en la frente una gran herida, cu-

ya sangre bajaba lentamente por encima de sus ojos cerrados. La Loba estaba tambien ensangrentada, hasta los piés; besó al Cuco y volvió á rugir.

—¡Lo mató!.....dijo al cabo de un rato, y apretó los dientes de modo que crujieron.....aquella fisonomía estúpida, se contrajo con una espresion que por estar muy cerca de la de la risa, era horrible.. Cargó al Cuco y lo llevó á la puerta, lo dejó en el dintel y corrió.

A poco rato volvió con un jarro de agua, que vertió en la frente del muchacho.

Despues desgarró sus harapos como quien arranca un puñado de yerba, mojó un manojo de aquellas hebras en el jarro y lavó la herida. Como la sangre seguia corriendo, la Loba no cesaba de lavar: despues estendió un trapo sobre la herida, y sobre el trapo siguió echando agua.

—¡Está muerto mi Cuco!....¡voy á matar al Lobo!....

Y apareció en los lábios de la Loba nna sonrisa feroz: una verdadera Loba se hubiera lamido los lábios.

La Loba corrió á la pocilga, la vió cerrada, y buscó despues algo tras de los morillos.

De allí salió limpiando con los harapos que le quedaban, un gran chuchillo; puso despues el índice en la punta, y la yema del pulgar en el filo, empuñó el cuchillo por el mango acomodando bien los dedos, alargó el brazo y contempló la hoja por largo tiempo.

Se volvió hácia el Cuco. Los lienzos que le cubrian la frente estaban empapados de sangre. La Loba lavó de nuevo y notó que el Cuco se movia.

—¡Te meneas! gritó ¡Cuco, no te has muerto! ¡Socorro! comenzó á gritar la Loba, ¡socorro, aquí! socorro, y se lanzó

hácia la puerta del corral, atravezó una pieza, y como el Lobo en su colera se habia olvidado de cerrar la puerta, salió á la calle, gritando: ¡socorro! ¡que se está muriendo el Cuco!

Nadie pasaba por la calle, nadie estaba en la casa; volvió á donde estaba el muchacho, lo tomó en brazos, no abandonando por eso su puñal que llevaba en la mano izquierda.

El aspecto que presentaba la Loba, cargando al Cuco era horrible, ambos ensangrentados; el Cuco medio muerto y la Loba gritando como si llevara á su cachorro agonizante.

Dos hombres se acercaron á la Loba cuando esta hubo andado una buena distancia con direccion á la ciudad.

—¿A donde va esa loca? dijo uno de ellos.

—Ha matado un muchacho y carga con él.

—Lleva el cuchillo en la mano.

—Párate.

—Es el Cuco, dijo la Loba, está casi muerto.

—Ya lo vemos, dijo uno de los hombres.

—¿A donde lo llevas?

—A curarlo.

—¿Despues de haberlo herido quieres curarlo?

—Yo no lo he herido, malvados, ¡herir al Cuco!

—Es una heridora, está ensangrentada, decia uno de los hombres, interceptando el paso á la Loba.

La gente comenzaba á formar un círculo al derredor de la Loba.

—¡Es la Loba! gritaba un muchacho.

—¡Y el Cuco muerto! esclamó un vieja; mal fin habia de tener ese tunante.

—¿El Cuco muerto? ya las pagó todas, dijo Jacoba la coja apareciendo, ese pillo era muy malo.

—Se llevan á la Loba, gritaban los chicos.

—Quiero curar al Cuco, lo llevo al hospital.

El Lobo y Chicas-corbas aparecieron.

—Esa muger me pertenece; ¡paso, malditos! ¡paso! decia codeando y empujando á los curiosos.

Mala espina salió de su tienda.

—Es mi sobrino, dijo Malaespina ¿quién pretende llevarlo?

—¡A la carcel con todos! dijo uno de los hombres sacando á luz un machete; su compañero lo imitó y entre los curiosos se produjo una oleada que dispersó á muchos.

El Lobo y Chicas-corbas sacaron sus puñales y atacaron.

La Loba soltó al Cuco y blandió su cuchillo; pero en vez de lanzarse sobre los que la habian detenido, se fué en derechura al Lobo que no esperaba el ataque.

El Lobo arrojó un grito y cayó en tierra......el cuchillo de la Loba se habia hundido en un costado del Lobo hasta el mango.

Los hombres de los machetes retrocedian por que varias piedras comenzaban á ser arrojadas por la plebe.

La Loba cargo de nuevo al Cuco y corrió con él al tendajo de Malaespina, quien cerró la puerta inmediatamente.

Los hombres de los machetes corrieron al fin y Chicas-corbas quedó dueño del campo.

CAPITULO XVI.

ASPECTO DEL REDIL PARA RECIBIR A LA OVEJA DESCARRIADA.

El Lobo fué conducido al hospital.

Chicas-corbas se escurrió bonitamente por temer de verse complicado en un mal paso.

En cuanto á la Loba, no había poder humano que la obligara á desprenderse del Cuco, hasta que Malaespina la hizo comprender que vendrian á aprenderla y comprometeria la casa.

Fué lanzada á empellones, obligándola á atravesar unos solares y tomar el campo.

Malaespina procedió á llamar á una muger *compone-huesos* para que curara al Cuco.

Despues de haber aplicado al enfermo una untura, con bien pocos miramientos, y haciéndolo padecer horriblemente, la *compone-huesos* procedió á ejecutar la mas bárbara de las operaciones, pretendiendo articular de nuevo los brazos del Cuco.

Estas *componedoras* de las que existen aun algunos ejemplares, poseian, á falta de ciencia y aun de los rudimentos mas indispensables de anatomía, una imperturbabilidad asombrosa; tiraban de los mienbros dislocados como de los de un muñeco, sin cuidarse de los horribles tormentos que hacian sufrir á sus víctimas. La curandera despues de desesperados esfuerzos, propuso colgar al Cuco de las manos unidas por delante en la actitud natural.

"La gran teoría de su tratamiento la encerraba en estas palabras."

La untura hasta que se embeba, y los huesos hasta que truenen.

Sin que nadie supiera si los huesos habian llegado á tronar, salió la curandera guardando la propina que se habia ganado con su sudor y su trabajo.

Una comadre de Malaespina *echó* al Cuco un escapulario, y una de las *marchantes* del barrio trajo una *medida* de la vírgen de Guadalupe: esta medida era un liston rojo comprado en el Santuario mismo, devocion que se conserva en el dia, aun cuando es ya notable la baja en el espendio de esas *medidas* de las que se vendian en otros tiempos cantidades fabulosas.

El Cuco estaba mas muerto que vivo, siendo el objeto de las atenciones de los pocos vecinos de Malaespina.

Margarita habia empeorado de condicion, habia quedado encerrada en la pocilga en la mas completa oscuridad.......

. . . .

Invitamos al lector á que nos siga á la casa de Teresa despues de la salida de Don Manuel.

Despues que Teresa, Catalina y Plácida hubieron hecho su tocador, entre una y dos de la tarde, y borradas de los semblantes marchitos las huellas de la vigilia, reunidas en la sala de la casa, hablaban de este modo.

—Yo no dejo esto así: decia Teresa, si bien he consentido en que salga Don Manuel, necesito saber á qué atenerme en lo sucesivo.

—Tienes mucha razon, dijo Catalina.

—Que aunque una sea mala, continuaba Teresa, así como así, no puede una prescindir de sus derechos.

—Los tienes, dijo Plácida.

—¡Y cómo que sí! que todas tenemos corazon, y la que mas y la que menos, llegamos á sentir deveras.

—¡Caball dijo Catalina.

—Yo no niego que al principio no amaba á Don Manuel, que me presté por deferencia á una farza; pero que al fin y al cabo, el trato....

—Pues.... dijo Catalina, el trato y lo mucho que te quiere Don Manuel.

—Eso sí; de que me quiere puedo responder, por que buenos sacrificios ha hecho mi viejecito para darme gusto.

—La impertinente de su muger, observó Catalina, es capáz un dia de denunciarte al Santo oficio.

—No tengo cara de bruja, que no estoy tan fea, á Dios gracias; y en cuanto á ser católica, lo soy, por beneficio de Dios.

—Yo no temo eso; dijo Teresa, pero sí que la Señora de

la Rosa nos busque un ruido.

—No nos puede ver, añadió Plácida.

—Y eso que jamás nos ha visto.

—Sea lo que fuere, yo necesito tener una conferencia con Manuel, para saber como quedamos.

—Ya sabes que está celoso, dijo Catalina.

—Fuiste muy imprudente, agregó Plácida.

—¿Quién habia de creer que habia entrado con tanto sigilo?

—El marido y el diablo no tienen cuando.

—Y parece que le pagaron á Don Felipe.

—Estuvo encantador, agregó Plácida, yo no le perdia de vista, á pesar de Blanco.

—El caso es que yo debo tomar un partido, continuó Teresa, se me figura que Doña Mariana va á hacer un escándalo; y antes de que tal suceda voy á ver si logro ver á Don Manuel.

—En todo caso procura componer las cosas, dijo Catalina.

Teresa entró á su habitacion y se vistió de negro, cubriéndose con una hermosa mantilla de blonda trapeada, colgó de su brazo una bolsa de terciopelo bordada de oro, que en aquel tiempo se llamaba el *ridículo*, siendo, por el contrario, lo mas elegante y en boga entre las personas ricas.

Cuando Teresa estuvo vestida salió con direccion á la calle de la Canoa en busca de Don Manuel.

Doña Mariana habia agotado la paciencia del médico y habia aturdido con sus declamaciones y sus estremos, y en seguida salió acompañada de Isabel, quien habia pasado los momentos mas amargos, pues pesaba en toda su inconveniencia las ligerezas de Doña Mariana.

Cuando llegaron á la casa un nuevo alboroto vino á turbar la calma de la servidumbre.

—¡Mi marido muriéndose! ¡mí marido envenenado!....¡por esa muger perdida!......¡y yo no puedo consertir en semejante crímen!

—¡Qué me cuenta su merced! esclamaba la ama de llaves ¿con qué á tal estremo llegan las cosas?

—Sí Señora, gritaba Doña Mariana, envenenado, ni mas ni menos. Que llamen al Padre Fray José y á Don Cárlos y al dependiente mayor y á todo el mundo. ¡Volando, Señores, volando!....

—Pero si dice su merced que el amo se está muriendo ¿cómo lo ha dejado en la casa de esas malas mugeres?

—¡Dios me libre y me defienda! replicó Doña Mariana; no está allí: le hubiera cargado en mis brasos para sacarle de la sentina de los vicios, no Señores: está en la casa de un médico, y quiero consultar á Fray José, si será conveniente que nos le traigamos á casa.

—Me parece buena idea, Señora, así le haremos entrar por el buen camino, por que aliviándose el amo quizá querrá Dios que no vuelva á salir de su casa.

—Dios lo haga. Que se enciendan todas las velas inmediatamente, y recades á las madres: que vaya el lacáyo á todas partes á pasar recado de que el Señor Don Manuel de la Rosa, mi esposo y Señor, está acabando.

—¡Válganme los dulces nombres de Jesus, María y José! ¿pero le parece á su merced que se sirva la comida entre tanto?

—No cómo ¿quién piensa en comer?

—No está por demás, que se le vá á trastornar á usted

el estómago.

—Vaya usted, vaya usted, replicó Doña Mariana incomodándose.

Isabel se habia retirado á su aposento, y lloraba ocultándose de todos; pero Doña Mariana no lloraba, habia en sus ademanes y en sus palabras algo victorioso.

Entraban á la sazon dos de sus mejores amigas, dos Señoras de edad, de las que habian ocurrido al chocolate de la víspera: una de éstas Señoras era Doña Melchora.

—¡En la mayor tribulacion, amigas de mis ojos!

—¿Pues qué ha sucedido de nuevo?

—¿No se los decia á ustedes anoche? Esa muger no va á parar hasta que me deje viuda.

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar! esclamaron á duo las ancianas.

—Ni mas ni menos, Doña Melchorita, ¡muerto! ¡casi muerto!

—¿Pero como ha sido eso?

—Le han envenenado.

—¡Qué dice usted alma mia! ¡No me lo cuente!

—Es muy cierto, muy cierto, por desgracia.

—¿Y está lejos de aquí su merced el Señor Don Manuel?

—No está lejos, y trato de que le traigan.

—Muy bien hecho: en todo caso en su cama, por que eso de morir uno en su cama, vale mucho.

La casa de Doña Mariana no tardó en llenarse de gente como la víspera.

La ama de llaves enviaba cada cinco minutos domésticas emisarias á contar al traves de la vidriera cuantos eran de mesa.

A la afluencia de viejas, lacayos y criados de todas partes se agregaba el trajin de la servidumbre que abría alacenas, armarios y cómodas, sacando el servicio extraordinario.

Algunos criados aseaban las piezas abandonadas por Don Manuel, para recibirlo nuevamente; se vestian las camas, se sacudian tapetes y se hacian preparativos como para una fiesta.

Doña Mariana entraba y salia, daba órdenes, gritaba, rezaba, preguntaba si alcanzaba la sopa, y se subdividia con una diligencia y una velocidad inusitadas.

Las viejas veian en esta vivacidad algo de trastorno mental, y disertaban en voz baja sobre los efectos estraños causados por las pesadumbres, agregando.

—Dá compasion ver á Doña Mariana ¡tan alegre en otro tiempo!....

—Lo que va de ayer á hoy.

—Está hecha una vieja.

—Caras vemos .....

—Se me ha puesto inconocible.

—¡Con sobrada justicia!

—Yó, en su lugar, me hubiera muerto.

—No hay nada que mate mas que los celos.

—¡Fea pasion! segun dice el pico de oró del Padre Josesito.

Y de dicho en dicho, de refran en refran y de lástima en lástima, mugeres y criados dejaban los asuntos privados de Doña Mariana como un relox.

Cárlos habia acudido al llamado y tomaba una parte activa en el movimiento general, habia ido personalmente á la botica para proporcionar *unos espíritus* á Isabel que desfallecia; Doña Mariana tambien desfallecia, pero de tanto ha-

blar.

Doña Melchora, gran conocedora del *istércio* aseguró que tenia *ahilado* el estómago Doña Mariana por la pesadumbre, y que era preciso pasar al comedor á tomar cualquier cosa.

Esta resolucion, eminentemente humanitaria, fué secundada por el coro tremendo de las viejas, que, protestando inapetencia y solo por acompañar á Doña Mariana comieron hasta reventar.

Como hemos dicho, Doña Mariana no lloraba, se notaba en su semblante una sonrisa despreciativa y altanera.

Se podia decir que estaba engalanada con su desgracia.

Estaba rodeada de sus amigas de infancia, de las personas á quienes socorria, y de sus fieles criados: era un auditorio *ad hoc*, podia lucirse, podia presentar claro el contraste de la conducta de Don Manuel con la suya á todas luces digna de consideracion: ella era la víctima.

—Viuda, decia, viuda y ¿por qué? porque á una mugerzuela se le antoja robarle á una su marido, envenenándole primero el alma y luego el cuerpo.... Que se haga la voluntad de Dios á quien amo sobre todas las cosas, quedaré viuda ¿qué mas dá? Dios dá de comer á las palomas. Hace seis meses que estoy ensayando este papel y ya me sale bien; voy á ser una viuda deliciosa.

—¡Qué serenidad! decia una vieja.

—¡Qué santa resignacion! tartajeó otra anciana, cuyas callosas encías se empeñaban en triturar un mendrugo.

Isabel por su parte bajaba los ojos y oia aquel chubasco de palabras, sin atreverse á comentarlas: pero en su interior causaban un efecto estraño.

Sentia amenguarse su ternura de hija, familiarizada con

la idea de reprochar las acciones de su padre, y formulando interiormente la reprobacion de las de Doña Mariana.

Cárlos sancionaba, como todos los amantes, estos sentimientos y alababa el recto juicio de Isabel. Comenzaban á formar esa coalicion moral de los amantes que es el principio de la emancipacion.

Aquel precepto que previene dejar al padre y á la madre por seguir al marido, dá el primer grito de independencia en los amantes; de manera que la niña mas respetuosa, admite, merced á su amor, en una confidencia con su amante, la primera idea de reprobacion acerca de la conducta de los padres.

Isabel y Cárlos formaban una potencia que comenzaba á labrar la senda de su independencia.

Al principio Isabel se puso colorada al oir á Doña Mariana, despues se puso triste, la tristeza provocó á Cárlos, Cárlos preguntó y nació la primera confidencia, tras de la confidencia la aprobacion, y despues de la aprobacion estas palabras:

¡Qué imprudente es mi madre!

Doña Mariana aborrecía interiormente á Don Manuel, pero no se lo decia ni á sí misma. En lo esterior procuraba finjir amor lo mejor que le era posible.

Esto daba valor á Doña Mariana, para soportar el golpe de que estaba amenazada; y este misterioso pliegue de su corazon, era interpretado por las Señoras sus amigas, despues del almuerzo, como grandeza de alma.

Por otra parte, estas viscisitudes eran el gimnásio del amor de Isabel y Cárlos.

En la armonía de la naturaleza, por una sábia ley de eter-

na conservacion se ponen en contacto las fuerzas creadoras con el incentivo de las resistencias como orígen de la reproduccion.

Por eso la vida es una lucha y la muerte una continuacion de la vida.

CAPITULO XVII

LA HIJA DEJARÁ A SU PADRE Y A SU MADRE POR SEGUIR A SU MARIDO.

Cárlos é Isabel empezaban á conocer que era indispensable casarse.

Eran ya dos figuras demasiado *acabadas*, como dicen los pintores, para ocupar el segundo término en aquel cuadro.

La vida, como los cuadros, se compone de *términos*; y el sueño dorado de las figuras *en masa*, de las figuras de *los lejos*, de las figuras *accesorio*, es el *primer término*.

Los pintores, como fieles imitadores de la naturaleza, ponen en todos sus cuadros su figura de primer término, y despues las otras á manera de las once mil vírgenes ó á manera

del pueblo.

Cárlos é Isabel buscaban su primer término, como dos golondrinas una corniza para hacer su nido.

Todo aquello iba á pasar: despues, les llegaría su turno á los amantes, que no podian comprender que así se acaba, como Doña Mariana y Don Manuel; por que como no habian empozado, veian, pero no juzgaban: el libro de la esperiencia es tan largo, que el hombre, leyéndolo constantemente, señala un dia una página [para leerla al dia siguiente] con su partida de entierro, dejando pendiente la materia.

Mientras esto pasaba en casa de Doña Mariana, Teresa era recibida en la casa del médico.

Las Señoras de la casa introdujeron á Teresa á la sala y sostuvieron con ella una conversacion embarazosa y fria.

El médico declaró incomunicado al enfermo, haciendo llegar á Teresa la voz de que se estaba confesando.

Ante esa palabra Teresa se sintió vencida.

Hay tanto de imponente y de solemne en el trance postrero, que el viajero que se dispone á partir para siempre, inspira respeto.

Teresa no podia á su pesar profanar ese santuario de la despedida.

La muerte tiene un lenguaje elocuente y mudo para todos; y ante esa idea aterradora, Teresa se replegaba como á la vista de un gran resplandor ó de una grande oscuridad.

No obstante, luchaba con sus ideas y se serenaba abrigaba un resto de esperanza, y en vez de despedirse, hacia otra pregunta. Así permaneció por mas de una hora, hasta que al fin tomó el partido de marcharse.

A las tres de la tarde Don Manuel de la Rosa fué con-

cido á su casa en una camilla improvisada con una cama.

Cuatro criados cargaban á Don Manuel, y era seguido de cerca por Cárlos, por el dependiente mayor, y á algunos pasos de distancia, caminaba el coche de la casa ocupado por Doña Mariana y el Padre Fray José.

Instalado Don Manuel en su habitacion, estuvo constantemente vigilado por el médico y por un sacerdote, turnándose el Padre Fray José y el Padre Fernandino.

Se esperaba el momento, que segun el médico debia presentarse, en que Don Manuel recobrara el uso de sus sentidos; pero este momento era peligroso.

El Padre Fray José, instruido por el Fernandino y por el médico, de la conducta observada por Doña Mariana, fue comisionado para prevenirla y para impedir que en el momento crítico que se esperaba, se condujese imprudentemente.

Habia prevenido un escribano público, que habia ya estendido en un pliego de papel sellado, la formula acostumbrada en los testamentos. Se habia suplicado á unos comerciantes que estuviesen dispuestos para ser testigos, y se tomaban por consejo de Fray José, todas las disposiciones convenientes en favor de Don Manuel, quien al volver de uno de sus parasismos, se encontraría con un quehacer extraordinario.

El silencio reinaba en la casa; las viejas dialogaban como con asma, produciendo un rumor como de hojas secas.

Una que otra tos, de esas que parecen pedir permiso para sonar, se escapaba debajo de un *paño de polvos* en la sala, en las recámaras y en la asistencia.

En la cocina se hablaba mas recio, se podia toser y hasta se estornudaba.

Cárlos é Isabel se habian atortolado. Los amantes, como las gotas de agua, se unen al mas lijero sacudimiento.

Platicaban.

Como todos hablaban en voz baja, ellos tambien hablaban quedo.

Tenian, como todos, la cara triste; pero tenian por dentro el amor, que siempre es risueño y jugueton; la prueba es que á pesar del silencio y del enfermo y de las viejas, los lindos lábios de Isabel se contraian de vez en cuando con esa mueca poéticamente grotesca, de una sonrisa á hurtadillas.

Cárlos ganaba terrenc, porque el amor es como el aire; se cuela por los intersticios.

De manera que Cárlos é Isabel seguian platicando.

—Estoy muy triste, decia Isabel, este aire me sofoca y quién sabe todavía lo que será de mí.

—Todavía un año, decia Cárlos. Pero dentro de un año... ya seré médico.

—¿Y qué? preguntó Isabel que ya sabia la respuesta.

—Nos casaremos, contestó Cárlos que no podía contestar otra cosa.

—¡Qué gusto que usted no ha de ser como mi papá!

—Ni usted como Doña Mariana.

—Tan desgraciada, ya se vé que nó. Siendo usted bueno......

No era eso lo que suponia Cárlos, pero no se atrevió á fijar el sentido de su frase anterior.

Varias veces que habia pretendido realzar á los ojos de Isabel la conducta de Doña Mariana, habia retrocedido, por que encontraba á Isabel demasiado dispuesta á discrepar,

esencialmente de los principios de Doña Mariana, á pesar de las varias censuras que Isabel se permitia hacer de vez en cuando acerca de las desavenencias conyugales.

Cárlos é Isabel amaban por la primera vez; el uno á los veintiuno y la otra á los diez y nueve años.

En el siglo pasado se vivia mas espacio, y aunque siempre fueron el mas apetecido tesoro los pimpollos de quince abriles, y de quince abriles han ido al altar en todos tiempos los pimpollos, los tales eran tan inocentes por entonces, que por niñas mimadas se las tenia.

Isabel, como todas las jóvenes de su edad, á pesar de sus diez y nueve, no era tan estendida y esperimentada, como una de nuestras pollas de catorce de estos tiempos de precocidad, de malicia y de vapor.

Doña Mariana contaba con sencilléz é ingenuidad que fué vendada de ojos al matrimonio: testigo ocular era Señora Josefa, la ama de llaves y guia doméstica de Doña Mariana, desde la boda á la presente.

Doña Mariana fué por lo mismo un *buen partido* para Don Manuel segun la opinion del canónigo de la colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, del Prior del convento del Cármen y de otras muchas personas respetables; y por la misma razon Isabel, niña candorosa y pura, era en 1789 tambien un buen partido.

Cárlos, aunque estudiaba medicina, era un buen muchacho en el sentido, se entiende, de tener cierta dósis de candor natural y de bonhomía, dotes preciosos que han ido desapareciendo al soplo de la estudiantina parisiense, soplo envuelto como artículo de importacion en el empaque de los buenos libros franceses.

Desaparecieron ya los *muchachos candorosos* de veinte años.

El estudiante de hoy es al estudiante del siglo XVIII en México, lo que la locomotora al simom. El progreso.

Afortunadamente poseemos todos los datos auténticos de la historia íntima de nuestros personajes; y si nuestros lectores tienen la paciencia de soportarnos, habremos de contarles en lo suscesivo muchos detalles interesantes, de los que emanarán no pocas reflexiones filosóficas, morales y edificantes. Tal es al menos nuestro propósito.

Cárlos era muy pobre y era muy bueno.

Isabel era muy bonita, algo rica y muy devota.

Señora Josefa, la ama de llaves, que sabia muy bien donde le apretaba el zapato, decia que eran el uno para el otro.

Doña Mariana deponia todo su celo maternal en gracia de la bondad de Cárlos, por que Cárlos era mas bueno en casa de Doña Mariana que en cualquiera otra parte.

Debemos decirlo en obsequio suyo; Cárlos estaba mas adelantado; y en virtud de ese mejoramiento prógresivo de las razas cultas, Cárlos era mas ilustrado.

La prueba es que Cárlos á sus solas se hacia estas reflexiones:

—Me parece exajerado el celo religioso de Doña Mariana, ocupa demasiado el tiempo en cosas místicas. Esto no es malo, por el contrario, es una virtud que encómia mucho el Padre Fray José; pero estas prácticas han puesto los negocios de Don Manuel en un predicamento espantoso.

Yo quisiera que Isabel no imitara tanto á Doña Mariana.

Esta era una de las reflexiones íntimas de Cárlos, quien no se hubiera atrevido á revelársela á nadie. Juzgaba así por instinto; pero no encontraba para pensar de este modo un argu-

mento bastante fuerte, y continuaba.

—Pero Isabel me ama; habiendo amor verdadero todo se allana. Cuando sea mi muger yo la conduciré

Habian trascurrido algunas horas y Don Manuel de la Rosa seguia en un estado peligrosísimo, segun los facultativos. Aun no estaba espedita su inteligencia para ocuparse de los graves asuntos que tenia que arreglar.

Los dependientes de las casas de comercio, por órden del dependiente mayor formaban inventarios; y muchos comerciantes entrantes y salientes entonces en la casa, se trasmitian, sin podérsela contestar, esta pregunta.

—¿Cuánto deja?

Solo el dependiente mayor tenia la clave de los asuntos, pero era un hombre seco y reservado.

Las horas se sucedian con una lentitud pesarosa; pero á la oracion de la noche el enfermo dió señales de vida: volvia al mundo como aquel á quien se le ha olvidado despedirse.

La noticia rodó por todos los ámbitos de la casa, de vieja en vieja, de las que cada cual colgaba un milagro al santo de su devocion.

Vuelto en sí el enfermo, comenzaba una série de complicaciones y dificultades; pero la que desde luego surjió, fué una controvérsia entre los médicos y los sacerdotes.

—Es preciso el reposo absoluto y el alejamiento de toda impresion moral que pudiera traer funestas consecuencias. Es necesario que no se le hable al enfermo de nada, decian los médicos.

El padre Fray José encarecia la necesidad del arreglo dilatado, pero indispensable de la conciencia, aseguraba ser aquella una brillante oportunidad para tocar el alma del pe-

cador, y conducirlo con felicidad por la buena senda.

Doña Mariana opinaba lo mismo; máxime cuando se hacia preciso el arreglo de los bienes, y las convenientes disposiciones testamentárias, en las que, segun palabra empeñada con mucha anticipacion á Fray José por Doña Mariana debian figurar algunas donaciones piadosas.

—Es justo, decia, que estos seis meses de disipacion le cuesten á mi marido algunos cuartos; que tiene mucho el pobrecito de mi marido por que desagraviar á Dios y tengo ofrecida á su nombre una fundacion perpetua para misas por su alma; por que, eso sí; á mí nada se me escapa; que si Don Manuel por su lado trabajaba por su perdicion, yo por mi lado le conquistaba á todo trance el camino del cielo. Nada mas justo que desagraviar á su Divina Magestad.

—Hace usted muy bien, Señora, decia el médico; todo eso es muy loable; pero la cabeza del enfermo no está para negocios.

—¿Y si se muere entretanto?

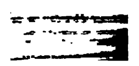
—Para que no se muera entretanto, es para lo que prescribimos el reposo.

—Pero usted me ha dicho, Señor facultativo, que mi marido habla ya, y que responde acorde.

—Pero está muy débil, Señora, y corre un gran riesgo. Es necesario esperar.

—¡Esperar, Dios mio! ¡esperar! decia Doña Mariana jimoteando, lo que corre prisa es la salvacion del alma!..

Y Doña Mariana regresó sin consuelo al seno de las viejas, que empezaban á tomar el chocolate.



CAPITULO XVIII.

UN POBRE ANCIANO.

Aldama Quintero y Blanco concurrieron á los gallos con mas avidez que otras veces. Desde que comenzó la funcion vagaban ellos en el redondel.

Aldama apostó con buena suerte. Se habia sentado en una grada en medio de Quintero y de Blanco para ver una pelea.

Andaba por el redondel un gallo dorado, enhiesto y altivo, lleno de vida y de valor: á la hermosura del faisan unia lo atrevido de la águila, era un animal hermoso.

A poco tiempo este gallo fué cogido por unas manos negras que le arrancaron unas plumas de su lindo collar, fué

azuzado, incomodado y tratado lo peor posible para escitar su enojo, y despues se le puso delante de otro adversario furioso.

La sábia naturaleza dió á este hermoso animal doméstico el celo del turco, la solictud del padre, el amor del esposo, y el valor del soldado.

He aquí por qué conjunto de prendas morales comemos huevos.

Pero el gallero, menos moral, aunque por eso no sea menos gastrónomo, hizo de la anterior sábia combinacion, otra muy absurda, por medio de una hoja de acero capaz de dar la muerte á un toro; é inventó la pelea de gallos.

Neron fue el gallero por exelencia: la raza de los galleros se perpetúa y encuentra cada dia mas divertido que un brinco de gallo le vacié ó le llene los bolsillos.

Aldama y Quintero eran galleros segun lo tenemos manifestado, y segun tambien las crónicas que hemos consultado.

Pero á Aldama y á Quintero, á quienes hacia algunos dias que les pasaban cosas raras, aconteció en esta vez otra, en que á su pesar fijaron la atencion.

Aquel hermoso gallo dorado recibió una cuchillada estupenda: la herida se abrió en el instante como una boca enorme, y despidió un borboton de sangre humeante; y mientras los demas galleros decian ¡perdió redondo! Aldama y Quintero guardaron silencio á pesar de haber ganado.

El gallo cayó; pero no con gracia como los gladiadores romanos, sino causando horror, como todos los que caen para no levantarse.

El enarcamiento, la postrera convulsion y la postrera boqueada, tuvieron algo fatídico que atraia las miradas de Al-

dama y de Quintero.

La agonía les dirijía la palabra, la muerte parecía trabar amistad con ellos.

Estaban preocupados al grado de que Aldama no veia á un gallero que le alargaba la apuesta ganada.

Derrepente bajó Aldama de la grada, se acercó al gallo agonizante y lo arrojó lejos del circo con una patada.

En la fisonomía de Aldama habia algo de contrariedad y de amargura. Era la primera vez que tal sentia y se avergonzaba interiormente de aquel rasgo de debilidad. No oyó una terrible imprecacion que le dirijió el dueño del gallo muerto.

—¡Cosa estraña! dijo, volviéndose á Quintero, me ha desasonado ver morir al dorado.

—A mí tambien, contestó maquinalmente Quintero.

—Vamonos.

—Vamonos repitió Quintero, estoy violento, no se hace nada, no hay puntos, está esto frio.

Y salieron de la plaza. Blanco los siguió, y los tres se dirijieron á la casa de Teresa.

A cierta distancia los seguia Manolo, el muchacho de la casa de Teodora.

Manolo habia cumplido religiosamente la consigna de Teodora: no le habia perdido movimiento á Quintero: lo sabia todo.

Hacia tres dias que Manolo comia sobre la marcha, y dormia recostado en una puerta; habia visto entrar al Lobo á la afiladuría del maestro Don Santiago y al traves de la rejilla de madera del establecimiento habia visto los dos machetes, habia visto tambien á Quintero escalando la casa

del Lobo y en la noche anterior habia notado la ronda que Aldama, Quintero y Blanco hacian en la Calle de Cordovanes.

Teodora por su parte, habia completado los datos, y disfrazada de pordiosera habia estado muchas veces cerca de Quintero sin ser notada.

No cabia duda en que Quintero meditaba un crímen, y Teodora se sentia inclinada á impedirlo, ¿pero de qué medios valerse cuando habia empleado sin exito los únicos de que podia disponer?

Quintero, se decia Teodora, pretende robar á alguno. ¿Será al Señor Dongo? esos machetes están acusando al asesino; ¿pero qué, Quintero estará tan desesperado que recurrirá á la violencia? Me horrorizo de pensarlo y mientras mas quiero deshechar esta idea funesta, mas me persigue y mas fija la tengo. Observaré sin descanso; tal vez esté yo á tiempo para impedir un crímen.

Y Teodora permaneció apostada en la esquina de la calle del Puente de la Mariscala y San Andres hasta la oracion de la noche, hora en que los tres amigos salieron de la casa de Teresa.

Tomaron por la calle de la espalda de San Andres, la calle de la Canoa y llegaron á la de Cordovanes.

Manolo discurría, silvando unas veces por el centro de la calle, otras finjiendo otro paso pasaba embozado en una sábana, otras veces hacia con el sombrero y la sábana un envoltorio que se colocaba en la cabeza, y así, por medio de varias combinaciones, recorría la calle sin cesar, sin ser notado, pues hacia como los comparsas de teatro papel de *varios transeuntes*.

Teodora se colocó en la esquina, pidiendo limosna.

La ronda duró hasta las nueve y media, hora en que el ruido de un coche anunció la llegada de Don Joaquin Dongo. Efectivamente, era él, se apeó del coche y entró á su casa, quedando ocupados despues el cochero y el lacayo, que venia ne *la tablita,* de quitar el coche y ponerlo en la cochera contigua al zaguan.

Reuniéronse en seguida en la calle de la Canoa los tres amigos. Manolo los seguia de cerca y pudo, al pasar junto á ellos, pillar estas palabras "*ya sabemos todo lo que deseamos: mañana, decididamente.*"

Manolo comunicó la noticia á Teodora, y esta se puso en seguimiento de Quintero.

Aldama y Blanco se despidieron de Quintero, quien siguió caminando espacio y profundamente pensativo.

Teodora aprovechó la ocacion y se acercó.

—¿Quién vá? dijo Quintero sobresaltado.

—Soy yo, Señor Don Baltasar.

—¿Quién es? volvió á decir Quintero.

—Soy Teodora.

—¡Buena alhaja! murmuró Quintero, ¿qué hace usted á deshoras, Tia Teodora, ya es hora de volar?

—Es hora de hablar.

—No estoy para patrañas.

—Es muy importante.

—Lo de siempre.

—Y algo mas de nuevo.

—¿Muy nuevo?

—Fresquesito·

—Debe ser muy curioso.

—He hablado con los astros.

—¿Y qué han dicho esos buenos ociosos?

—Que Don Baltasar piensa matar.

Quintero se estremeció.

—¿Y á quién, Tia Teodora?

—A un rico; para robarlo.

—Es usted muy divertida.

—Pero no me equivoco.

—Como siempre.

—Por favor, Señor Quintero, escúcheme usted. Yo no soy mas que una pobre muger, desprecie usted en hora bue n'a mi ciencia, pero escuche la voz de mi corazon, que bien pudiera ser el de una madre: tengo un horrible presentimiento y estoy viendo que la sangre que va usted á derramar caerá sobre su cabeza, Señor Quintero. Tal vez la Providencia que se manifiesta á los hombres por medios extraños y desconocidos, inspire mi voz para apartarlo del crímen, segun lo que sufro al considerar que usted padece, no puedo menos de corroborar mis presentimientos, Señor Quintero, usted es mi hijo. Yo bien sé que usted no querrá tener una madre como yo, una hechicera, una muger de color, ¿pero acaso tengo por eso menos amor que las mugeres blancas? Por piedad, Señor Quintero, desista usted de sus planes infernales, y yo le ayudaré á salir de sus apuros.

Quintero sentia algo que lo iba inclinando á su pesar á dar acceso á las palabras de la bruja, y tuvo miedo de su debilidad.

—Vamos, Tia Teodora, esclamó con aire jovial, usted vive soñando. No crea usted en sueños, ni en apariciones y vaya usted tranquila, que yo no he pensado en nada malo.

—Yo no me equivoco, Señor Quintero.

—Es una felicidad, Tia Teodora; muy pocos podemos decir otro tanto.

—Oiga usted mi voz y no se arrepentirá, muy pronto va usted á tener ocasion de conocerlo.

—Se equivoca usted, Tia Teodora, vaya usted con Dios, que tengo que hacer.

Y Quintero embosándose en su capa se alejó de Teodora.

Esta lo vió alejarse y se puso á llorar.

A poco rato se le reunió Manolo, y ambos atravesaron la ciudad con direccion á la Candelaria de los Patos

Al llegar al Callejon del Amor de Dios, Manolo tropezó con un hombre que yacia junto á una puerta.

—¿Es un muerto? dijo Teodora, sorprendida.

Manolo se agachó para reconocerlo.

—Es un viejo, Tia Teodora, pero creo que está vivo.

—Socorrámosle.

Y Teodora y Manolo arrastraron aquel cuerpo para darle mejor posicion de la que guardaba, reclinándolo contra la puerta.

—Está muy frio, observó Manolo.

—¿Estará herido?

—Creo que no, dijo Manolo, está desfallecido.

—Tendrá hambre, dijo Teodora, y luego continuó. Buen hombre, buen hombre ¿en que puedo servirle?

Un quejido sordo se escapó del pecho del anciano.

—Ya vuelve, dijo Manolo.

Efectivamente, aquel hombre volvia á la vida poco á poco: Teodora y Manolo observaban todos sus movimientos.

—Derrepente el anciano se incorporó y preguntó azorado

—¿Ya se fué Juan?

—¿Qué Juan? pregunó Teodora.

—Juan el negro, el asesino ¿ya se fué?

—No le hemos visto.

—¡Gracias! dijo el anciano.

—¿Qué necesita usted, buen hombre? preguntó Teodora.

—En primer lugar no ver á Juan, por que quiere matar me.

—¿Y en seguida? preguntó nuevamente Manolo.

—Comer, dijo el anciano, hoy no he podido comer, me escondia de Juan.

Manolo, que hacia dias cargaba consigo su edspensa, sacó un mendrugo de pan y un pedazo de queso duro y lo dió al anciano. Teodora sacó algunas monedas de uua bolsita de cuero y se las dió tambien.

—¿Necesita usted que le acompañemos á su casa?.

—¡A mi casa! esclamó el anciano....No: muchas gracias, yo me iré solo, comeré aquí y despues me voy, Dios se los pague.

—¡Pobre hombre! dijo Teodora, por lo bajo.

Manolo se acercaba mucho á la cara del anciano para verlo devorar el pan, por que la noche era tan oscura que los tres personajes de aquella escena se distinguian apenas las caras.

Teodora y Manolo siguieron su camino.

—"¡Juan el negro!" repetía Teodora "*el asesino*" decia el pobre viejo ¿Quién será Juan el negro?

—Yo le conozco, respondió Manolo.

—¿Le conoces?

—Si, Tia Teodora, es un negro muy malo.

—¿En donde le has visto?

—Con unos cocheros en la pulqueria de Mixcalco.

—¿Y efectivamente querrá matar á ese viejo?

—Sí, Tia Teodora; hace mucho tiempo que Juan le anda buscando, y cuando Juan se emborracha en la pulqueria se pone á llorar y dice que busca á un viejo para matarlo, por que ese viejo es un tigre, que por él perdió Juan á sus padres que murieron quemados.

—¿En donde? preguntó violentamente Teodora.

—No dice el negro; pero se pone furioso.

—¿Sabes como se apellida ese negro?

—Nó.

—Mañana lo averiguas, y le preguntas tambien cuanto tiempo hace que perdió á sus padres y en donde.

—Está bien, Tia Teodora, le preguntaré al viejo, que tambien lo ha de saber.

—¿Pero en donde le encontrarás mañana?

—Es cierto. Volvámonos.

—Hace mucho frio y esta noche va á ser la primera que duermo en la casa, Tia.

—No está léjos, ven.

Manolo obedeció, tiritando.

Llegaron al Lugar que ocupaba el viejo pero habia desaparecido.

CAPITULO XIX.

UN RONDO CLASICO Y UN DIA TERRIBLE.

Amaneció el dia 23 de Octubre de 1789.

El cielo estaba cubierto con una capa uniformemente gris y corria un viento frio.

Aldama se levantó muy tarde, y despues de desayunarse, se puso á tocar la flauta. Aldama era músico; pero este ejercicio en él era una de esas habilidades ocultas que lucia de tarde en tarde.

Las dos criadas de Aldama se habian colocado tras de la puerta, atraidas por la música: alcabo de algun rato hicieron ruido y Aldama pudo notar que lo observaban.

—Adelante, dijo Aldama y abrió la puerta.

Las criadas avergonzadas iban á huir, pero Aldama les dijo:

—No hay por que avergonzarse, que el ser afecto á la música no es un delito, y ahora que recuerdo, María Guadalupe: ya he dicho que no me gusta que me esperen. Sigan dejando la llave puesta por fuera para que á la hora en que yo venga de noche abra sin molestar á nadie.

—¿Pero la vela? dijo María Guadalupe.

—Tengo avíos y pajuelas.

—Está bien.

—Cuidado con esperarme esta noche, por que me incomodaré si no me obedecen.

Y las criadas salieron, proponiéndose efectivamente recogerse á buena hora y no esperar mas á Aldama por las noches.

A poco rato entró Blanco.

—Vengo mohino, esclamó al entrar.

—¿Por qué? le preguntó Aldama.

—He reñido con mi tia.

—Cuéntame eso.

—No ha querido prestarme mas dinero, por mas que le he asegurado que mañana le pagaré con toda seguridad, y ha montado en ira.

—Vamos, eso no vale la pena.

—Si, por que lo peor es que me ha amenazado con presentarse contra mí, para que la justicia me reduzca.

—No hagas caso, Joaquin, las mugeres dicen mucho, pero hacen poco.

—Mi tia es capaz de hacer lo que dice.

—No lo temas ademas aquí tienes mi casa.

—Gracias, por que estoy decidido á no volver mas á la casa de mi tia.

—¿Estás listo para esta noche?

—Sí, todo lo tengo ya.

—¿Has visto á Quintero?

—No, pero sé que nos esperará en su casa á la oracion.

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo? no; pero sí creo que si nos salimos con la nuestra nos acreditamos.

—¿Por qué?

—Eso de matar á todos presenta graves dificultades, por que es seguro que alguno grita.

—En ese caso de nada les servirá gritar por que no habrá quién acuda á su socorro; los vecinos no se tomarán esa molestia.

—Debemos, ante todo, cerrar la puerta é impedir que alguien salga.

—Se entiende.

—¿Y cómo hacemos para entrar?

—Nos finjimos justicia, y una vez adentro aseguramos á los de la casa, y ya libres de ellos esperamos que entre el viejo Dongo y lo despachamos.

—¿Y al cochero, y al lacayo?

—Tambien. Es necesario matarlos á todos para quedar seguros de que nadie nos denunciará.

—¿Y en el supuesto caso de sacar el dinero y salir bien de la empresa, adonde lo llevamos?

—¿No dices que está en oro?

—Sí, trescientos mil pesos.

—Entonces nos los repartimos allí mismo.

—¡Pero no podremos cargar con ellos! por que cien mil pesos en oro son seis mil doscientas cicuenta onzas.

—Es cierto. Entonces cargaremos el coche.

—Perfectamente ¿y despues?

—Lo abandonamos en las calles, que en siendo tarde no habrá un vicho viviente que nos vea.

—Me parece muy bien pensado.

—Ten muy presente que es necesario dar golpes certeros, y si podemos conseguir no dar mas que uno, es mejor; procura dar en la mitad del cráneo, que un golpe así bien acertado no tiene quite.

—Ya lo creo. Pero esto es una atrocidad.

—Ya empezamos con melindres ¿no somos hombres?

—No obstante, si se pudiera evitar matarlos.......

—¡Evitar matarlos para que nos denuncien, mentecato! no faltaba mas! Sobre todo, estamos ya á una altura de donde no podemos bajar, al grado que si alguno de nosotros se rehusara, se haria necesario matarlo primero para no esponernos al denuncio. Una vez en el burro....

—Yo no he dicho que retrocedo: simplemente observaba que sería bueno pensar si se podia matar á tantos.

—Si pudieramos hacer algo por arte del diablo, para que nos dejaran la casa sola, en hora buena: yo no me empeño en matar por matar; pero es el caso que ya no hay tiempo de pensar en esos medios, que sobre ser muy dificil que salgan bien, dejan siempre rastro mas fácil de olfatear por la justicia: nada, amigo Don Joaquin, machetazo y adelante.

—¿Has dicho que hay mugeres?

—Sí, en la casa hay cuatro.

—Van á armar un escándalo.

—Todo está en el modo: no las matamos juntas.

—¿Y los dependientes estarán armados?

—Don Nicolas y Don Miguel pueden tener armas, pero no sospecharán de mí por que me conocen.

—En resumidas cuentas, tenemos al viejo Dongo, lacayo y cochero tres, Don Nicolas y Don Miguel cinco, y cuatro criadas nueve.

—Falta el inválido.

—Diez, contó Blanco abriendo mucho los ojos

—Ayer estaba allí un correo de la Hacienda de Doña Rosa.

—¡Son once!

—Hay otro portero.

—¡¡Son doce!!

—Qué mas dá una docena mas ó menos de pelagatos en el mundo? Nos quitaremos de penar; que con trescientos mil duros seremos hombres de pró y no volveremos á necesitar meternos en malos negocios.

Blanco se quedó profundamente pensativo, Aldama tomó su flauta y comenzó á preludiar un rondo melancólico.

Decididamente el corazon humano es un abismo. Los que llamamos ponposamente á la música el lenguaje del alma, no podemos menos de abismarnos al ver un músico, que hace sentir á los que le escuchan las dulces emociones que engendra una melodía apasionada y ese músico es un mónstruo del crímen.

Aldama tocaba en esta vez de tal modo, que se hubiera podido decir que estaba inspirado: su rondo clásico era ejecutado *á conciencia*; afinacion, espresion y seguridad: un enamorado se hubiera parado á oir; un músico habría aplaudido.

En cuanto á Blanco sintió en su alma jóven algo profundamente triste: la voz de Plácida, los sollozos de una madre abandonada y un sentimiento esencialmente poético se ponian en perfecto contraste con la idea de que en la noche iba á dar la muerte y á robar.

De Aldama no nos atrevemos á decir que se enternecia, solo sí que sabia conmover.

Jamás habia tocado mejor aquel rondo, jamás su flauta habia sido mas dulce, jamás las notas altas habian sido tan bien ligadas: ni un soplo falso, ni una falsa posicion de las yemas: tocaba como maestro aquel rondo, con el que muchas veces se habia deleitado él mismo, dejando vagar su imaginacion en las regiones de la poesia y del amor.

Con aquel rondo lloraba siempre Margarita, la hacia sentir como ninguna música: Aldama lo habia olvidado desde que vió á Margarita conmoverse hasta derramar lágrimas.

Cesó el rondo y Aldama y Blanco guardaron un triste silencio.

Aldama clavó en el suelo la mirada profundamente abstraido.

Blanco apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos.

Veamos lo que á la sazon pasaba con Quintero.

Cuando el Lobo disparó su fusil, Quintero acababa de agacharse por que habia visto asomar el cañon por el postigo y oyó silvar la bala por cima de su cabeza; en seguida bajó y se ocultó.

Al cabo de una hora volvió á trepar; y viendo que nadie estaba en el corral, se descolgó por los morillos.

Ya en el corral se dirijió, antes que todo, á la puerta de la

calle, que encontró entornada; la atrancó por dentro y recorrió en seguida las otras piezas, hasta cerciorarse de que nadie estaba en la casa.

—He aquí, se dijo muy ufano, que esto es mucho mas sencillo que regalar al Lobo mil duros para que se embriague un mes.

Estoy al fin solo con Margarita, esta vez no se me escapará.

Y se dirijió á la pocilga: encontró la puerta cerrada y hablando al traves de la cerradura dijo.

—Margarita, Margarita, vengo á salvar á usted de las garras de sus enemigos, aprovechando una buena oportunidad, no hay tiempo que perder, huyamos.

Margarita no contestaba.

—Soy Quintero, decia éste, en esta vez nada tiene usted que temer por mi parte.

Margarita pensaba entre tanto que tendría que elegir entre el Lobo que la tenia allí presa ó Quintero que la perseguia.

Acababa de comprender que quien se habia vendido por salvador suyo era el Lobo y el mismo Lobo era qneien la entregaba á Quintero.

Pero si tal sucedia ¿por qué Quintero no abria la puerta? claro es que no tenia la llave, esta se la habia llevado el Lobo ¿y si el Lobo y Quintero estaban de acuerdo, por qué se empeñaba Quintero en sacar de allí á Margarita?

¿Quintero y el Lobo obraban cada uno por su cuenta.?

Sea de esto lo que fuere, pensó, Margarita no respondo; al menos no precipitaré los acontecimientos: permaneciendo callada, podrá creer que ya no estoy aquí.

Quintero comenzaba á golpear la puerta y á sacudirla, pe-

ro la puerta no cedia.

Margarita conoció que al fin triunfaría Quintero, por que la puerta era débil; entonces la atrancó con una barra de hierro que allí habia.

Quintero redobló sus esfuerzos y sacudia la puerta con un vigor extraordinario; cayeron algunas piedras y el marco de la puerta se movia ya en sus encajes en la pared.

Margarita buscó un objeto en el fondo de su pequeña maleta: era el puñal de Aldama, era una pequeña hoja triangular con empuñadura de plata, perfectamente cincelada; el recuerdo de amor se habia convertido en un recurso supremo.

Margarita pensó defenderse ó matarse, pero no ceder á los deseos de Quintero. Este, animado por la poca resistencia que oponia ya la puerta próxima á caer hacia la parte de adentro, tomó de entre los morillos una barra de encino como de tres varas de largo, introdujo la punta entre el dintel de piedra y la puerta, y formando una palanca cargó todo su cuerpo: los zancos del contra--marco salieron del piso, sacó la palanca y la aplicó de nuevo y la puerta avanzó hácia adelante, repitió la operacion varias veces hasta que la puerta quedó diagonalmente colocada, pues habia sido ya desencajada de su parte superior, y ya con poco trabajo la envió hacia adelante hasta hacerla caer.

Era ya tiempo, por que todas las fuerzas de Quintero estaban agotadas.

La pocilga, aunque inundada de luz, permitió apenas ver á Margarita en el fondo, envuelta en una nube de polvo que la puerta al caer de plano habia levantado como con la esplosion de una granada.

Quintero parado sobre la puerta no podia distinguir á Margarita: de pronto juzgó que se habria engañado, que Margarita no estaba allí, no habia respondido y ademas no habia gritado al caer la puerta.

Así permaneció mientras el polvo se disipaba, hasta que distinguió á Margarita.

Estaba de pié, tenia erguida la frente, la mirada serena y fija sobre Quintero y en su mano derecha se veia el mango de un puñal.

—Ni un paso mas Señor Quintero, ó me atravieso el corazon: las manos de usted no me tocarán jamas.

Habia tanto de dignidad y de grandeza en el ademan y en la voz de Margarita, que Quintero no supo que contestar y no se movió de su sitio; pero reponiéndose á poco, dijo:

—Margarita, no emplearé mas la violencia ni osaré acercarme si usted asi lo quiere, pero escúcheme usted.

—Es inútil.

—Ahora lo ruego.

—No, dijo Margarita con voz de reina.

Quintero iba á andar y se detuvo, iba á hablar y guardo silencio.

Aquel "*nó*" era la repulsion en toda su fuerza, era el "*atrás*" de un centinela.

—Margarita, dijo al fin Quintero dando á su voz la entonasion mas afable que le fué posible. Está usted sola en el mundo y yo sería un infame si pretendiera hacer mas dolorosa su desgracia. Retiro mis pretensiones y doy á usted mi palabra de defenderla, de ampararla, de sacarla del infierno á donde la han conducido á mi pesar; déjese usted guiar Margarita, usted necesita un apoyo, pues bien, ese apoyo, seré

yó, no pretendo ser su amante, seré su esclavo, la obedeceré á usted, pero permítame que la defienda. Tal vez iba usted á morir en esta pocilga por que el Lobo exijia un rescate por usted que yo no podia pagar, y he venido á buscarla por que de una manera impensada tuve la dicha de saber el paradero de usted Margarita, y ya que todo ha salido bien hasta aquí, huyamos antes que el Lobo vuelva. Si usted me sigue de grado tendré valor para luchar contra todo el mundo y cuando hàya hecho algo por usted, cuando le haya probado que sé cumplir mis compromisos de caballero, entonces Margarita, entonces.......

—No prosiga usted, Señor Quintero.

—No pediré mas que.... que ya no me ódie.....

Yo bien sé que no soy acredor al amor de usted; pero al menos á su gratitud, por que tendré ocasion de probarla que puedo servir á usted de amparo, sin interes Margarita, sin mas intencion que desarmar su cólera contra mí.

—Señor Quintero, bastante sé por fortuna lo que debo esperar de usted, y que ese lenguaje lo dicta la procsimidad de este puñal á mi pecho. No creo nada de lo que usted me dice.

—Margarita.

—Si se mueve usted me mato.

Y Margarita puso la punta del puñal sobre su pecho tomando la empuñadura con ambas manos.

—Margarita, por piedad, ordene, ordene usted, y será obedecida.

—Que salga usted.

—¿Y me seguirá?

—¡Que salga usted sin condiciones!

Quintero dejó caer la cabeza sobre el pecho. Lo que hacia Margarita era superior á su hermosura.

Margarita se elevaba sobre el pedestal mas sólido que se conoce, se revestia de la única superioridad deslumbradora: la virtud.

Quintero era atraido á Margarita por la misma fuerza que lo repelía. Mientras mas grande la contemplaba, mientras menos pensaba en acercarse, mas crecia en su interior esa noble estimacion á que son acreedoras las almas fuertes con la virtud.

Quintero ni remotamente imaginaba que Margarita no haria lo que decia; habia en su voz tal acento de resolucion que no daba lugar á la duda.

—Margarita; esclamó cayendo de rodillas, lo que usted hace merece respeto, y me obliga á confesar que soy muy pequeño para llegar hasta donde usted se eleva; pero comprenda usted al menos que me ha dominado y que me dejaré mandar; la obedeceré de rodillas, hable usted Margarita.

—Qué salga usted, Señor Quintero.

Quintero se levantó y retrocedió un paso.

Se oyeron golpes á la puerta de la calle.

CAPITULO XX.

NADIE SABE EL DIA EN QUE HA DE MORIR.

—Todo se ha perdido, esclamó Quintero; ya no es tiempo de nada.

Los golpes seguian.

—El Lobo no viene solo; pero de aquí no me muevo, continuó Quintero, sacando su espada.

—¡Huya usted Señor Quintero; si vienen á verme con usted.... Huya usted, huya usted!

—Con una sola condicion.

—Huya usted; que vienen.

Se oyeron muchas voces por la parte esterior y los golpes se redoblaban contra la puerta, que Quintero habia

atrancado.

—¡Huya usted, por Dios!

—Huyo; pero lo veré todo y la socorreré á usted en todo caso.

Y Quintero trepó con mucha dificultad por los morillos.

Apenas habia desaparecido, cuando un grupo de soldados y un sargento, invadieron el corral.

Margarita guardó el puñal precipitadamente en su seno.

—Aquí está la Loba, dijo uno de los soldados.

—Aquí está la Loba, repitieron muchas voces.

—Pero esta Loba no es fea como dicen.

—Pero es la Loba, dijo el sargento. ¿Cómo te llamas?

—Margarita Santiesteban, contestó Margarita con voz reposada.

—A la cárcel con ella, dijo un soldado.

—¡Calle el truhan! dijo el sargento.

—Estan ustedes en un error: sargento, yo no soy la Loba. La Loba es mi carcelera.

—Todo eso puede ser, pero yo tengo orden de llevarte, y si eres Loba ó cordera la justicia lo dirá: ¡en marcha!

—Yo no soy la Loba, repetia Margarita.

—El Tribunal de la Acordada va á averiguarlo:.......... adelante, adelante.

Margarita se resistió cuanto pudo, lloró y suplicó pero todo fué en vano: estuvo á punto de ser maltratada por los soldados y no le quedó mas recurso que obedecer.

Salió de la pocilga, y ocho soldados terciaron las armas y formaron al rededor de Margarita, sin olvidar la prevencion militar de llevar el arma al lado opuesto del prisionero.

Margarita se cubrió lo mas que pudo para ocultar su ros-

tro y sus lágrimas y caminó en cuerpo de patrulla hasta la Acordada.

El vestido de Margarita estaba lleno de lodo, y hecho jirones, sus sedosos cabellos estaban desaliñados y la pesadumbre, las vigilias y las privaciones habian extenuado sus facciones notablemente; pero conservaba esa marca indeleble que revela, aun ál través de los harapos, á la muger bien nacida, sus ademanes hablaban tan alto en su favor, que uno de los jueces al verla llegar á la Acordada mandó se le destinara una de las piezas del Juzgado por lugar de su detencion, y no se la confundiera con las otras presas.

Quintero habia seguido á Margarita á cierta distancia; pero teniendo motivos para escusarse de andar muy cerca de la justicia, resolvió no mesclarse en un asunto que podria dar margen á otros, desagradables para él; y por otra parte Margarita en la Acordada lo diría todo y si nó por lo viejo iria por lo nuevo á dar con la justicia.

Habia otra circustancia, y era la de que Aldama concurría con frecuencia á la Acordada, y tenia muchos amigos entre los empleados y dependientes del Tribunal, y no convenia darle la cara ni aparecer enterado en los negocios de Margarita: todo esto podría frustrar sus planes y en la noche tenia necesidad de estar espedito para el asalto de la casa de Dongo. Asi es que, pensándolo bien, se embozó en su capa y se dirijió á la casa de Teresa, por que desaba ver á Catalina, aprovechando el poco tiempo que le quedaba, pues á la oracion debia reunirse con sus compañeros.

A la sazon que pasaban estas escenas tumultuosas y mientras que algunas conciencias andaban dando traspiés consigo mismas para legalizar el crímen, la paz, el reposo y la

tranquilidad reinaban en la casa número 14 de la Calle de Cordobanes.

A las cuatro de la tarde del 23 de Octubre, Don Joaquin Dongo acababa de subir del almacen, y sentado en una butaca forrada de fina baquetilla, y claveteada con clavos de cobre, hojeaba el Teatro crítico de Feijoó, en espera del sabroso chocolate que no tardarían en servirle.

Don Nicolas Lanuza en union de Don Miguel, dsepachaba algunas cartas que debia llevar un correo que habia llegado ese dia, procedente de la hacienda de Doña Rosa, cuando el inválido entró en el almacen y dijo:

—La ama de llaves está avisando que sus mercedes pueden pasar á tomar el chocolate.

—Vamos, dijo Don Nicolas dejando la pluma. Deja eso Miguel, agregó dirijiendose á su hijo, que Joaquin nos espera.

—Suba usted padre, dijo Don Miguel, yo acabaré las cartas y tomaré despues el chocolate.

—Mañana escribiremos; al fin es tarde para que salga el correo. Será bueno que descanse ese pobre hombre, y mañana á la madrugada emprenderá su marcha.

—Está bien, dijo á su vez Don Miguel limpiando en una banderita negra su enorme pluma de ave y colocándola en seguida en un agujerito de los que rodeaban un gran tintero de plata con salvadera y obleitera. Despues tomó las llaves, cerró la puerta del Almacen, y precedido de su padre fué á reunirse con Don Joaquin Dongo.

—¿Acabaste? preguntó éste á Don Nicolás.

—El correo no saldrá hasta mañana; por que ya es tarde; ademas será bueno que descanse.

—Sea en hora buena: estos hombres del campo se soplan veite leguas como el mejor caballo; pero que descanse.

—El, está listo para marchar, ha comprado sus vituallas y sus trastos.

Don Nicolas entregó las llaves del almacen que Dongo guardó en su gabeta.

—Santas y muy buenas tardes dé Dios á sus mercedes, dijo el ama de llaves entrando con el chocolate y seguida de una criada que traia dos mancerinas de plata en las que se asentaban comodamente, mas comodamente de lo que es necesario, dos pocillos de losa de China, rebesando de espumoso Caracas.

—Santas y muy buenas tardes dé Dios á sus mercedes, repitió exactamente la criada en voz mas baja.

—Buenas se las dé Dios, hijas, dijo Dongo.

Y la ama de llaves tomó las mancerinas de manos de la criada y las ofreció á Dongo y á Don Nicolas.

Mariquita entraba á la sazon con la tercera mancerina y un platon con biscochos.

—Santas y muy buenas tardes dé Dios á sus mercedes, dijo la segunda criada.

—Buenas tardes hija, repitieron casi á un tiempo, Dongo, Don Nicolas y Don Miguel.

—¿Ya estás aquí, muchacha?

—Si Señor.

—Vaya, me alegro mucho.

—Dios se lo pague á su merced.

La ama de llaves y las criadas regresaron á la cosina.

—*Benedicite* dijo Dongo, mojando una sopa en el chocolate y aquello fue saborearse, entregándose á uno de los mas ino-

centes placeres de á las cuatro de la tarde.

El cochero y el lacayo se ocupaban á la sazon en guarnecer las mulas, por que el coche debia estar listo á la cinco de la tarde, por lo que se le pudiera ofrecer al amo, aun cuando no salia sino despues de la oracion.

La ama de llaves entró á poco tiempo trayendo tres basos con agua, y Marîquita traia un braserito de plata con lumbre escondida entre ceniza. Apareció en seguida la segunda criada, que era la lavandera, con un platito de cristal en que habia un hacesillo de popotes lavados, que se servian al fin de cada comida, por que Don Joaquin decia que para limpia-dientes, oro, ocote ó popote.

Se levantaron las servilletas y se sirvió á Don Joaquin agua tibia para enjuagarse la boca.

Don Nicolas encendió un puro de á doce y Don Joaquin Dongo tomó polvo colorado de tabaco.

Don Miguel no fumaba delante de su padre.

Dongo acercó en seguida su silla á la ventana y se puso á leer el Teatro universal del Padre Feijoó.

Don Nicolas y Don Miguel bajaron al almacen y acabaron las cartas.

A la oracion, Dongo se embozó en una capa color de vino jerez y montó en el coche; el cochero montó en su mula, y el lacayo se proveyó de una hacha de cera. Don Nicolás se retiró á su cuarto que estaba en el entresuelo, y Don Miguel, con la venia de su padre, salió de casa.

Se cerró el zaguan con cerrojos, llave y cadena, y la casa quedó en el mas profundo silencio.

El correo se arrebujó en su frazada como un pajarraco en sus plumas al caer el sol.

El portero y el inválido platicaban á la luz de una vela de sebo, y la ama de llaves, la cocinera, la lavandera y la galopina se sentaron en una tarima que estaba al pié del brasero.

Un gato dormitaba junto á la hornilla, y una olla confundia el ruido de su hervor con ese ronquido estertoroso de los gatos que duermen, y que no parece sino quo se arrullan á sí mismos.

La galopina era una chica de diez y seis años y aquella noche era la primera que dormia en la casa.

—Vas á tener mucha tristeza en esta casa, María, la dijo el ama de llaves.

—¿Por qué Señora?

—Por que esta es una casa muy triste para las muchachas.

—¿Espantan?

—No muchacha, aquí no hay espantos.

—¿Qué no hay espantos? dijo la cocinera ¿pues de qué está malo el loro sinó de espanto?

—¿Qué espantos serán esos? le preguntó la ama de llaves.

—He oido ruido á las doce de la noche.

—Serán las mulas.

—No Señora, ruido de cristianos.

—Serán los porteros.

—No Señora, no es ruido de portero.

—Rece usted un padre nuestro y verá usted como se alejan los ruidos.

—Lo he de hacer.

La conversacion roló de una manera monótona sobre los ruidos estraños, y cada cual contó á su turno lo que sabia

acerca de tan estupenda materia.

Desde la oracion de la noche, Aldama, Quintero y Blanco estaban en acecho: vieron salir á Dongo y á Don Miguel Lanuza, vieron cerrar el zaguan y permanecieron parados enfrente de la casa.

—Dongo vendrá tarde, dijo Blanco.

—Sería bueno aprovechar el tiempo, observó Aldama.

—En todo caso, dijo Quintero, no quedando más que Dongo, el cochero y el lacayo, nos toca uno á cada uno y acabamos.

—¿Qué horas han dado?

—Serán las ocho y media, dijo Blanco.

—Pues adelante....¡y mucha serenidad! golpe seguro... y silencio....préstame tu baston.....

Quintero le dió el baston á Aldama y los tres se dirijieron á la puerta.

Aldama tocó con el baston.

El inválido salió del cuarto contiguo al zaguan y preguntó.

—¿Quién es?

—Abre, dijo Aldama, en tono de mando.

El inválido abrió.

—¿Tu eres el portero? preguntó Aldama entrando y seguido de Quintero y de Blanco.

—No Señor, contestó el inválido, está en el entresuelo, dando de cenar á Don Nicólas.

—Pues llámalo.

El inválido subió al entresuelo.

Blanco cerró entre tanto el zaguan.

Se presentó el portero y dirijiéndose á el Aldama, le dijo.

—¡Pícaro! ¿en donde están los dos mil pesos que has roba-

do á tu amo?

—Señor....

—Silencio: sugetad á este.

Quintero y Blanco que llevaban cuerdas prevenidas amarraron con los brazos hacia atrás al portero, y mientras ejecutaban esta operacion, Quintero decia al oido del portero "si hablas te mato."

Mientras tanto Aldama se dirijia al inválido y le preguntaba,

—Y tú ¿qué razon dás de este dinero?

—Yo Señor, si yo....

—¡Silencio! si hablas una palabra, eres muerto.

Quintero salió del cuarto del portero, en donde dejaron á éste; Blanco lo custodiaba levantando su machete sobre la cabeza de aquel infeliz que estaba mas muerto que vivo.

—A este tambien, dijo Aldama; y entre él y Quintero amarraron al inválido, obligándolo á guardar silencio.

Hasta este momento ni el mas leve ruido se habia notado.

Llevaron al inválido á la covacha que estaba formada debajo de la escalera y Quintero quedó custodiándolo.

Aldama se dirijió entonces al indio correo que dormia profundamente.

—¡Eh! despierta, hombre, le dijo dándole un puntapié. El indio se incorporó.

—Ven aca, ven pronto.

El indio se dejó conducir sin articular una palabra, pues no habia acabado de despertar, y entre azorado y dormido se dejó conducir sin darse cuenta de lo que le pasaba.

Aldama lo llevaba tomándolo por un brazo y entró con él al cuarto del portero, en donde Blanco permancia con su

machete levantado; el portero estaba hincado y con la cabeza baja, temblando, pero callado.

—Ya es hora, dijo Aldama: y casi al mismo tiempo sonaron dos golpes sordos como los de la hacha en un tronco de arbol.

¡Cada uno habia partido casi por la mitad un cráneo. Blanco el del portero y Aldama el del correo!......

Un movimiento espantoso, una contraccion nerviosa sucedió á este golpe, y á esta contraccion otros golpes!....voló un oreja, saltó la sangre en todas direcciones, y las dos primeras víctimas hicieron su postrer movimiento.

—Por aquí acabamos, dijo Aldama tranquilamente.

Blanco estaba pálido y temblaba.

—¡No tiembles, cobarde! le dijo Aldama. Quédate aquí por si alguien toca.

Aldama se dirijió á la covacha.

—Despáchalo, le dijo á Quintero; y este á su vez descargó como en la tranca de su cuarto, un machetazo en la blanca cabeza del inválido que cayó boca abajo: tambien estaba híncado. Aldama dió el segundo y el tercer golpe: al tercero la cabeza del viejo perdió enteramente su forma; estaba horriblemente mutilada: se revolcó el cuerpo en su sangre y espiró.

—No se ve nada, díjo Quintero.

—Trae la vela del portero.

Quintero fué por ella.

Blanco le preguntó.

—¿Qué tal?....

—¡Bien!....contestó Quintero y llevó la vela.

Aldama y Quintero subieron al entresuelo: la puerta es-

taba abierta; Don Nicolás Lanuza estaba metido ya en su cama.

—Buenas noches Señor Don Nicolas, dijo Aldama; pero Don Nicolas vió al punto los machetes desnudos y echó mano á una escopeta que tenia á la cabecera. Aldama se adelantó y le asestó un machetazo en la cabeza. Don Nicolas soltó la escopeta y se asió de las ropas de la cama; otro golpe de Quintero lo remató y cayó de espaldas sobre su almohada, manchándola toda de sangre.

—Faltan las mugeres, dijo Aldama.

Las cuatro mugeres estaban aun en la cocina: acababan de enviar la cena á Don Nicolás y hablaban todavia de los espantos.

Derrepente oyeron tocar en el porton.

—¡Tocan! dijo la ama de llaves.

—¡Creo que sí!....dijo la cocinera.

—Vé á ver....

—¡Tengo miedo!....murmuró la galopina.

—Vaya usted, dijo la ama á la lavandera

—Yo tambien tengo miedo.

—Pues iremos todas ¿que nos ha de suceder?

—Será el portero.

Las cuatro mugeres salieron hasta el porton.

—Son visitas, dijo la cocinera.

—¡Dos caballeros! esclamó la galopina

—¿Cuantas son ustedes, hijas? preguntó Aldama.

—Somos cuatro, respondió la ama de llaves espantada.

—Lleve usted esas mugeres á la cocina, inter yo voy examinando una por una.

—¡Pero, Señor Caballero!....dijo la ama de llaves...

—No se asuste usted, Señora, que ningun mal se les va á hacer! no es mas que una averiguacion

—Vamos, vamos, decia Quintero á las criadas, quienes muertas de miedo iban por delante.

—¿Qué, son ustedes la justicia? preguntó á Quintero la cocinera.

—Sí, somos comisionados....

—¿Y qué nos van á llevar presas? se atrevió á preguntar tambien la lavandera.

—No; aquí se quedarán, respondió Quintero que habia cuidado de ocultar su machete bajo de la capa, lo mismo que Aldama.

Aldama condujo á la ama de llaves á la asistencia, y, dejándola pasar por delante y antes de que esta pudiera volverse la tiró un machetazo que resbaló por un lado de la cara; la ama de llaves se volvió metiento los brazos y recibió otro golpe de frente, y antes de caer, recibió otros dos machetazos en los brazos á tiempo que caia, y ya en el suelo, Aldama le asestó el último que la remató.

Inmediatamente pasó Aldama á la cocina y llamó á la lavandera.

—Ven por acá, hija, le dijo: vamos por la anteasistencia.

Al llegar allí descargó su golpe, y la muger al recibirlo se tomó la cabeza con ambas manos arrojando un grito horrible. tiró Aldama el segundo dividiéndole un brazo, pero la lavandera seguia parada; tiró el tercero y cayó boca abajo, sin despegar los brazos de la cabeza, apesar de tenerlos rotos, y ya caida, metió Aldama dos veces el machete en los pulmones de la víctima buscando el corazon.

Se volvió inmediatamente á la cocina, y al entrar, dijo á

Qaintero:

—Dos han quedado: una tú y otra yo....

Quintero no quiso herir á Mariquita, era la mas jóven, y parecia que la juventud y la belieza dejaban brillar un rápido destello de compasion en el alma del asesino quién descargó su golpe sobre la cocinera á tiempo que Aldama mataba á la galopina, que gritó "¡ay José de mi alma!" Aquellos tigres no cesaban de dar horribles heridas hasta que las víctimas dejaban de moverse.

—¡Acabamos! dijo Aldama con una especie de ronquido, mas bien que con la voz.

CAPITULO XXI.

"NO MATARÁS."

Quintero y Aldama estaban fatigados, pero descoloridos: no eran el asesino que ódia y se venga; eran los verdugos que ejercian su oficio por cuenta propia; de manera que en sus fisonomias se dibujaba una espresion de terror comprimido imposible de describir.

Se quedaron uno frente á otro, sin saber que decirse: no se atrevian á hacer alarde de triunfo: elojiarse hubiera sido insultarse.

Nada mas se vieron.

Alcabo de un momento Aldama rompió el silencio.

—Bajemos á esperar á Dongo.

—¡¡Es verdad, faltan tres!!.... dijo Quintero como ébrio.

—¡Los últimos!

Y atravesaron el pasadizo que conducia de la cocina al corredor: al llegar á su estremo oyeron una voz que decia.

"Por aquí, por aquí."

Un sudor frio inundó el cuerpo de Quintero.

Aldama quedó como petrificado.

Estaban en uno de esos momentos en que hubieran podido amilanarse delante de un niño. El primer homicida tuvo miedo de su sombra.

Aldama recobró mas pronto su sangre fria y fué por la vela. Recorieron la anteasistencia, la asistencia y la cocina en busca de aquella voz, por que indudablemente habia otro ser á quien darle muerte.

Aldama alumbró: en otra ocacion se hubieran reido; pero la risa que es el signo de la paz, rehusaba mover aquellos lábios contraidos por el crímen.

Sobre una puerta dormia un perico, único sér viviente que quedaba en la casa; por que el gato habia huido á la azotea.

Quintero bajó al animal de un golpe de machete y caido lo dividió en dos partes con otro golpe.

—¡Hasta este! dijo Aldama.

—Tambien: murmuró Quintero. Sabia hablar.

Y silenciosamente bajaron la escalera. Los pasos de aquellos hombres sonaban en el silencio de la casa como los de los visitantes de una cripta.

Ya todos habian muerto.

—¿Acabaron? preguntó Blanco con una voz que parecia esputar sangre.

—Todos estan; contestó Aldama, ya nadie se mueve.

—No tardará en llegar Dongo.

—Son cerca de las nueve y media dijo Blanco.

Y los tres guardaron silencio.

Quintero y Aldama se sentaron en el poyo del zaguan. Estaban cansados.

Un leñador parte un tronco de arbol para llevar la leña á su hogar y llega risueño y fresco; pero los golpes que se dan sobre la cabeza, cansan mucho mas.

¿Qué pasaría en aquellos momentos en el alma de aquellos tres verdugos?

El crímen debe tener sus elucubraciones, parecidas á esa lucha indescribible de la combustion y el agua. Creémos que el asesino tiene una agonía; pero esta agonía es mas lenta y mas terrible que la de su víctima.

Todos tenemos la intuicion del bien; y el que mata pretende apagar con el hielo de su crímen esa intuicion ardiente de la conciencia.

Por eso creemos que se produce en el interior del criminal algo parecido al fuego que se inunda, á la chizpa que se ahoga.

Aquellos tres hombres estaban sentados: tenian cada uno en la mano un machete ensangrentado hasta el puño. En los dedos que empuñaban aquellas armas se estaba repercutiendo la sensacion nerviosa de los golpes dados. El horrible chasquido del filo hendiendo cráneos, vibraba aun en sus oidos. La sangre de sus víctimas los habia salpicado, por que la mano oculta de la justicia eterna lanza la sangre de las víctimas sobre la faz de los verdugos.

La vida material no es mas que la lucha de la sangre.

Desde que la mano de Dios escribió en su divino decálogo

"NO MATARÁS" todas las gotas de sangre derramadas fotografian en rojo esas dos palabras.

Aldama, Quintero y Blanco se escondian del mundo, se escondian de sí mismos; pero no podian sustraerse á las gotas de sangre.

Las gotas de sangre les habian escrito hasta en la cara esas palabras "NO MATARÁS."

El hombre es el único animal que, como discurre, mata por que sabe que no debe matar.

Habian matado; y antes que en su ropa y en su rostro estaba siempre escrito en su conciencia "NO MATARÁS:" lo habian visto, lo habian sentido aun matando....., y mataban, luego debian seguir matando.

El crimen atenta contra el crimen.

Propende á borrarse á si mismo y recurre á la sangre para borrar la sangre.

Creemos que este estado horrible del alma humana es la mas perfecta representacion del alma en pena del precito.

¡Cuan horrible será el crimen de matar, cuando el hombre para borrar solo dos palabras de Dios "NO MATARÁS" ha inventado hasta la ley y hasta la guerra!

Quiere decir, la mas grande salvacion social, y la mas formidable de las conmociones.

Pero esas dos palabras indelebles brillan desde el Sinaí al través de todos los siglos y de todas las generaciones.

Todos los asesinos matan á la sombra.

Solo que hay sombra de ley, sombra de derecho, sombra de guerra, y sombra de impunidad que es la sombra comun.

Los asesinos de Dongo lo esparaban á la sombra de su casa y á la sombra de los muertos.

El ruido lejano de un coche hizo estremecer á los asesinos.

Dongo se acercaba á su casa, quiere decir, á su tumba.

El ruido se iba acercando.

Al fin paró el coche.

Habian sonado ya las nueve y media.

Los asesinos se colocaron tras del postigo del zaguan, abriéndolo.

Esto, lo aprendieron del portero, quien de este modo habia abierto la puerta la noche anterior, al llegar el coche.

Dongo se apeó; José cerró con presteza la portezuela, y siguió á su amo alumbrándole con su hacha de cera: pensaba en Mariquita, y le palpitaba el corazon; Mariquita estaba allí, la iba á ver al servir la mesa á Don Joaquin; ya tenia el pretesto......iria á la cocina á beber agua y le diria al pasar junto á Mariquita, "te quiero mucho."

Apenas hubo entrado José, se cerró el zaguan y el coche anduvo para dar la vuelta y entrar á la cochera.

—Buenas noches, hijos, dijo Dongo creyendo saludar á los porteros.

—Caballero, dijo Aldama, usted tiene su lugar: dispense el atrevimiento que se ha tenido de perder los respetos á su casa.

Dongo pasó repentinamente á la perplejidad y al asombro; no pudo ni hablar.

—Súba usted con esos caballeros, continuó Aldama, que yo tengo que hacer con los criados de usted.

Al decir esto tomó Aldama del brazo al lacayo que se disponia á seguir á su amo.

—Caballero, pudo articular Dongo, permítame usted....

—Vamos, dijeron Quintero y Aldama llevando á Dongo

hácia la escalera.

Dongo se apercibió de que el cuarto de Don Nicolás estaba cerrado, cuando á tales horas estaba siempre esperándolo su primo que salía á recibirlo; y comprendió que estaba en poder de algunos ladrones. Llevó entónces maquinalmente la mano á los bolsillos, á la sazon que Quintero y Blanco descargaron simultaneamente sus machetes sobre la cabeza de Don Joaquin, quien arrojó un gemido sordo cayendo boca abajo.

En este momento, Aldama que oia llegar el coche tiró un machetazo á José que esquivó el cuerpo gritando.

—¡Por Dios Señor .....

Un segundo golpe lo hirió en un hombro y un tercero en la cabeza ¿Donde está Mar ......bálbutió ya caido en tierra, y un postrer machetazo le dividió el cráneo ...se estremeció y espiró......

Aldama corrió á abrir la cochera.

Quintero y Blanco habian tirado á Don Joaquin varios tajos; le habian separado dos dedos de la mano derecha, y por último le habian atravesado el pecho con los machetes y corrieron á reunirse con Aldama, que les decia con voz sofocada:

—¡Vivo, vivo! ¡acá!

Entró el coche; y mientras Aldama volvia á cerrar la cochera, Quintero y Blanco se apoderaron del cochero, lo apearon de la mula, y derribándolo, descargaron en compañia de Aldama furibundos tajos y estocadas sobre aquel infeliz, que al principio pretendió defenderse con su cuarta.

—¡Acabamos! dijo Aldama: cierra bien la puerta Blanco, vamos á buscarle á Dongo las llaves, Quintero.

Quintero y Aldama se acercaron á Dongo. Blanco alumbraba con el hacha de cera que habia caido y permanecia ardiendo, levantando una gran llamarada sobre un charco de cera derretida.

Volvieron el cadáver boca arriba y registraron los bolsillos de los que sacaron las llaves, un relox y un rosario: se apoderaron de las hebillas de los zapatos y de una charretera de oro.

Aquellos hombres iban á robar trescientos mil pesos, y empezaban por arrancarle las hebillas á un muerto, ensangrentándose las manos.

Subieron á las piezas, y comenzaron á probar llaves á todos los cofres y roperos; pero las llaves no venian á ninguna cerradura.

—¡Condenacion de llaves! esclamó Aldama.

—Esta es llave maestra, dijo Quintero y metió la punta de su machete ensangrentado en la juntura de las puertas de un ropero y lo abrió: los tres se precipitaron en seguida sobre la ropa.

Blanco y Quintero comenzaban á analizar las prendas cuando Aldama dijo.

—No hay que perder tiempo, el dinero.

Y soltaron la ropa, buscaron dinero, pero nada encontraron.

Probaron las llaves nuevamente en varios muebles; pero inutilmente

—El dinero está en el almacen, dijo Aldama.

—Pero las llaves .... observó Quintero.

—Busquémoslas.

Forzaron no obstante algunos cofres de donde estrajeron

ropa y pasaron al gabinete de Don Joaquin.

Una de las llaves le vino al escritorio en donde encontraron las llaves que Dongo habia guardado allí en la tarde.

Bajaron al almacen buscando inmediatamente el dinero en oro; encontraron nueve talegas de á mil pesos que estaban hacinadas debajo del mostrador.

—Aquí está el dinero, dijo Blanco que se habia agachado. Quintero y Aldama se lanzaron á las talegas con avidéz y cada uno simultaneamente tomó una y la colocó sobre el mostrador.

Tres veces repitieron esta operacion diciendo por lo bajo: tres, seis, nueve.

—¿Esto es todo? preguntó Aldama á Blanco en tono de reconvencion. Dijiste que eran trescientos mil pesos.

—Hay mas dinero en la otra pieza, contestó Blanco.

Quintero, entretanto habia sacado unos paquetes de medias de seda.

—¿Que es eso? preguntó Aldama.

—Medias, contestó Quintero.

Y Aldàma y Blanco tomaron tambien algunos paquetes.

—Vamos á la otra pieza, dijo Aldama.

Pero esta estaba cerrada, y ninguna de las llaves que allí tenian le venia á la cerradura; y con el auxilio de los machetes y de una barra de fierro que alli encontraron forzaron la puerta, y penetraron en la pieza: Blanco alumbraba con la hacha de cera, y los tres ladrones tenian cada uno debajo del brazo uno ó dos paquetes de medias.

En la pieza en que acababan de entrar habia varias cajas fuertes. A la vista de ellas, los tres dejaron caer los paquetes de medias y se lanzaron á las cajas procurando levan-

tarlas para calcular el peso: de todas una les pareció mas pesada, y comenzaron á probarle llaves; pero ninguna le venía.

Como la caja era de madera resolvieron romperla y valiéndose de la misma barra de fierro, la introdujeron en una juntura é hicieron en breve saltar la cerradura con fragmentos de madera.

—¡Aquí está! dijo Aldama haciendo sonar el dinero con la punta de los dedos.

—Es plata, enclamó Quintero.

—¿Pues en donde está el oro? preguntaron á Blanco.

—No lo sé, dijo este, tomando una talega que llevó al mostrador.

Este movimiento fué secundado por Aldama y Quintero ejecutando esta operacion en el mayor órden, hasta sacar catorce talegas y reuniendo con esto sobre el mostrador veintitres mil pesos.

—¿Pero el oro? decia Aldama.

—Veamos si podemos abrir la caja de fierro.

—Aquí debe estar el oro, decia Blanco.

—Pues á abrirla.

Y los tres se pusieron, uno á probar llaves y otro á buscar las junturas, mientras Quintero iba por la barra de fierro.

Pero todo era inútil; ni una juntura por donde introducir la barra, ni una llave que pudiera entrar siquiera en la cerradura.

Una racion de carne dentro de aquella caja no hubiera escitado tanto el hambre de tres lobos, hambrientos como aquel oro codiciado escitaba la voracidad y la frenética ambicion de estos ladrones.

Hicieron esfuerzos supremos hasta lastimarse las manos, pero nada conseguian, se les encendian los ojos de codicia figurándose ver brillar en el fondo de aquella caja las onzas de oro; y fatigados y rabiosos se levantaron al fin profiriendo imprecaciones y blasfémias: despues volvió todo á quedar en silencio, oyéndose solo el chisporrotear de la hacha de cera.

—¡Esto no tiene remedio! esclamó Aldama, nos hemos espuesto por la mesquindad de veintitres mil pesos.

—Siete mil y tantos para cada uno, dijo Quintero ¡Maldita caja!

—Han dado las once; y aunque bien pudiéramos estar aquí toda la noche, dijo Aldama, prudente será ver como cargamos con el dinero, antes que vaya á suceder alguna contingencia.

—¿Y renunciamos al oro? preguntó Quintero.

—Sin duda.

—Es una lástima, dijo Blanco.

—Veamos las otras cajas.

—Deben tener plata, dijo Aldama, es bien seguro que el oro está en la de fierro.

—Pues saquemos plata, dijo Quintero.

—Yo no sé como vamos á cargar con mas de veinte talegas.

—Haremos dos viajes.

—¡Para caer en el segundo! ¡eres un béstia! vamos á poner el dinero en el coche.

Y se pusieron á recojer los paquetes de medias.

CAPITULO XXII.

"NO HURTARÁS."

Blanco creyendo que cargaría mas deshaciéndose de las emboltaras, comenzó á arrojar los papeles y cartones en que las medias estaban empacadas.

Esta operacion fué imitada por sus compañeros que metian las medias enrrolladas en todos sus bolsillos, y en seguida comenzaron á llevar las talegas al coche, hasta colocar las veintitres: despues Quintero arrojó sobre las talegas una pieza de tela de seda llamada saya-saya y Blanco arrojó tambien algunas piezas de ropa y algunas medias y calcetas.

Blanco regresó el último al almacen y dirijió su última mirada á la caja de fierro y lleno de encono acercó la llama

de su hacha al monton de papeles de empaque de las medias esclamando. ¡Qué arda todo!....Salió corriendo y subieron al coche.

Este fue llevado por las calles de Santo Domingo y Medinas y calle del Aguila parando al frente de la casa número 23.

Saltaron Quintero y Blanco: Quintero abrió la puerta de su accesoria, y despues los tres bajaron el dinero.

Quintero se quedó en su casa, Aldama montó de nuevo en la mula y Blanco entró en el coche.

Quintero se quedó solo. Su primer movimiento fué verse las manos.

Estaban llenas de sangre.

Todo su vestido estaba tambien manchado de sangre.

Despues, con la vista fija en el monton de talegas comenzó á deshacerse de las medias que llevaba en los bolsillos, y de las alhajas de Dongo que él habia guardado.

Le pareció que todo aquello abultaba mucho y que podian verlo.

Pensó en ocultarlo.

El pavimento de aquella accesoria estaba formado de vigas cortas que podian levantarse facilmente.

Se acercó al dinero y levantó una viga, despues otras dos, hasta practicar una abertura por donde pudiera caber su cuerpo y comenzó á bajar las talegas al piso bajo.

Pero á poco tiempo sintio que le faltaban las fuerzas.

Habia *trabajado* incesantemente desde las ocho y media y eran las doce: estaba rendido por la fatiga.

En aquella accesoria habia tres cosas:

El dinero, el ladron, y la sangre.

Allí estaba el dinero, rey del mundo, númen del siglo; allí *estaban ya* esas estrellas del firmamento humano, prontas á convertirse en placeres, en lujo, en comodidades, casi en felicidad.

Aquellas monedas sacadas de las entrañas de la tierra, habian nacido dando la muerte á varios barreteros, habian venido al mundo con el bautismo de la muerte. La muerte las rescataba de nuevo de la caja del rico.

Allí estaba, lo que para Aldama era, con respecto á la circulacion universal, un simple depósito, una cantidad parada, exedente.

Ya iba á circular.

El equilibrio iba á restablecerse.

Ya Quintero no estaba pobre.

¿Por qué no estaría contento?

La moral humana estaba invitando á Quintero á reirse, á gozar. ¿No lo tenía todo yá? Aquel dinero era suyo, lo habia ganado con tanto trabajo, que estaba cansado, casi tan cansado como un pobre labrador.

¡Catalina, Margarita, los gallos, los albures! ¡Vísiones risueñas, conmovedle, dibujád, si podeis, en ese rostro desencajado una sonrisa, una linea de esas que revelan siquiera la paz del alma!

Ya no hay nada que temer: los muertos no han de hablar. El ladron es hijodalgo, y la maledicencia respeta á los hijos. dalgo: el ladron tiene títulos de nobleza ¿quién osará sospechár de un título?

La astucia, la habilidad y el valor estuvieron de parte de Quintero: nadie los ha visto robar, ni matar......¡Regocijaos, habeis hecho un buen negocio! ¿Qué se dirá de vuestra

entereza y de vuestra sangre fria?......

Pero Quintero estaba inmovil: parecia indiferente....frio.

Aquel monton de dinero se iba achicando como si perdiera su valor.

Le parecia que antes valía mas que ahora. Ademas, Quintero se setia como contrariado. Desgraciadamente se habian manchado sus vestidos, tenia sangre en la cara y en las manos, y le estaba repugnando aquel *desaséo*.

No hay gusto completo.

Aquella *pequeña* contrariedad le inquietaba.

¡Qué susceptibilidad! ¡El hombre es nímio á veces y pobre de espíritu!......

Cualquiera diría que le habia sucedido á Quintero una desgracia.

Así pasó como media hora.

Así lo encontraron Aldama y Blanco que tocaron suavemente á la puerta y entraron con aire triunfante.

—¿Qué hicieron con el coche? les preguntó Quintero.

—Lo dejamos por Tenexpa, contestó Aldama. Todo aquel barrio está solo y no se mueve ni una mosca.

—Aldama queria, interrumpió Blanco, que lo dejáramos por Santa Ana; pero por allí hay peligro.

—Hicimos mas, dijo Aldama.

—¿Qué?

—Tiramos los machetes en la acequia en el Puente de Amaya.

—Muy bien hecho, dijo Quintero. Llévate el mio, Blanco, y por ahí lo tiras.

—Tomemos algo para los primeros gastos, dijo Aldama.

Y tomaron una talega á medio llenar que contenia cuatro

cientos pesos y se pusieron hacer la particion, tocandoles á ciento treinta y tres pesos á cada uno.

En seguida ocultaron entre los tres debajo de las vigas las talegas, la ropa, las medias y cuanto pudiera comprometerlos, volvieron á colocar cuidadosamente las vigas y Aldama y Blanco salieron de la casa de Quintero.

Este volvió á quedarse solo.

Allí estaba su lecho, el lecho del reposo y de la paz y terminados los asuntos del dia, aquel buen hombre necesitaba descansar.

Efectivamente Quintero comenzó sus preparativos.

En primer lugar se lavó las manos, y en seguida se sintió mejor como Pilatos.

Pero viendo la agua enrojecida, vació su tintero en la palangana, con lo cual hizo probablemente mas que aquel Juez.

Despues alzó otra vez las vigas, ocultó todo lo que tenia sangre y volvió á tapar.

—No creia yo tener tan poco gusto despues del golpe. Apesar de haber salido bien yo me siento mal, se decia. Esto ha sido una barbaridad.

—¡Pobres mugeres!....¡Pobre inválido!....¡La muerte!...

Y un ligero estremecimiento nervioso ajitó á Quintero. ¡Veintitres mil pesos! continuaba; ¡once víctimas!......¡casi á dos mil pesos por cabeza!

Quintero se acostó y se cubrió con la ropa: esta dibujaba su cuerpo, se vió los piés y le parecieron los de un muerto, y se incorporó violentamente. Se acordó de las hebillas que habia quitado á Dongo.

¡Que horrible es la muerte pensó! ¡Chas!......y saltaba la

sangre......se estremecian....y me miraban....me mira ban......

La jovencita gritó....gritó Dongo.... ¿Los oiría alguno?....La justicia! ...oh! si, la justicia....la justicia, repetia muy bajo. Quien mató á ese hombre! .....Ja! ja! yo no se....yo....

Y Quintero se sentó en el borde de su cama. Me ocurre una cosa magnifica!

Familiarizándome con la idea de que me interroga la justicia, tendré el aplomo necesario para contestar y para negar.

¿Donde estuvo usted Quintero la noche de?....Yo....yo estuve con Catalina; eso es; con Catalina mañana veo á Catalina....Pero soy un necio, nada se sabrá. Es imposible que se sepa; nadie nos ha visto, nó; nadie.

Y Quintero volvió á incorporarse en su lecho y resolvió dormirse.

Apagó la vela de sebo que ardia junto á su cama y se cubrió la cara con la ropa.

Al cabo de un rato una procesion fatidica de espectros pasaba ante su vista y en sus oidos sonaban campanas de tañer agudo y triste como si tocaran á muerto: se abrian fosas y despues se tapaban para siempre. Se desvanecia. Ayes desgarradores que se sofocaban como el ascua en el gua, gotas de sangre tibia que saltaban á la cara y despues silencio, un silencio estraño como el de la noche, como el de la soledad.......

Cuando nadie hace ruido todo habla.

Quintero estaba platicando con todo lo que callado habla.

La noche tiene un acento conocido de los criminales. El silencio es tambien un ojo cuya pupila penetra en nuestra alma al través de la oscuridad.

El patíbulo de la conciencia es la soledad. No hay reo que se le escape. Por eso dicen que la mansion de los espíritus es la noche.

Los poetas hacen preceder á esas visiones por el ángel del sueño. Este ángel sabe huir para dejarnos dialogar con otras visiones.

Esta noche encontró á Quintero tan ocupado y tan favorecido por otros circustantes, que huyó.

Y Quintero presidió el congreso de los fantasmas hasta la hora de la luz.

Por lo que respeta á Aldama y á Blanco, al salir de la casa de Quintero se dirijieron por el puente de la Mariscala para el Salto del agua.

—Mi tia está hecha un energúmeno contra mí y me temo mucho que si no la desarmamos á tiempo, decia Blanco, me arme una camorra; se queja de que la he arruinado. Le llevaré estos cien pesos para calmarla por lo pronto.

—Vamos pues á la casa de tu tia; espero que la convenceré de tu inocencia y la daré magníficas esperanzas.

Y caminaban los dos amigos por las solitarias y lóbregas calles de la ciudad.

Al pasar por el puente de la Mariscala tiraron el machete de Quintero en la acéquia.

—De aquí no lo sacarán, dijo Blanco.

Y siguieron andando: llegaron al Salto del agua, y despues de haber dado fuertes golpes en la puerta de la casa de la tia de Blanco, se convencieron de que no querian

abrir, por haberlos conocido y regresaron hasta la Alcaicería á la casa de Aldama.

—¡Diablo! dijo Blanco en el camino, aquí llevo el relox de Dongo.

—¡Eres un nécio! esclamó Aldama, llevas el cuerpo del delito contigo, para que la justicia tenga una prueba fehaciente ¡eres un novel primoroso! ¡tira esa chachara!

—¿Pero endonde?

—Allí, en aquel caño.

Pasaban á la sazon por la esquina de la Direccion del tabaco.

—¿Qué otra cosa llevas?

—Solo unas medias y el dinero.

—Sería bueno tirar tambien las medias.

—Las llevo para sustituir las mias que estan llenas de sangre, dijo Blanco muy por lo bajo.

—Bueno, lleva las medias. Y no te acontesca por ambicioso, guardar baratijas, para que sirvan de rastro: te permito las medias por que todas son iguales.

Al subir á la casa de Aldama María Guadalupe esperaba á su amo, á pesar de la prohibicion espresa; pero la criada se disculpó diciendo que tenia necesidad de avisar á Aldama que una persona desconocida lo habia buscado en la noche varias veces.

Está bien, dijo Aldama á la criada, y luego volviéndose á Blanco continuó en voz alta. ¡El baile ha estado magnífico!

Blanco que comprendió en el acto la intencion de Aldama, contestó.

—Yo estoy rendido, he bailado toda la noche.

CAPITULO XXIII.

EL SAGRADO VIÁTICO.

El Señor Don Manuel de la Rosa seguia gravemente enfermo.

El sabado 24 en la madrugada Doña Mariana se dirijió á la Profesa y una hōra despues un sacristan á la cabeza de varios cargadores trasladaban al cuarto del enfermo blandones, ornamentos, candeleros y demás necesarios para levantar un altar en toda forma.

El sacristan era hombre que lo entendia; pues al cabo de dos horas habia concluido su taréa, ofreciendo á Doña Mariana un altar completo con dosel y gradas, sin que el enfermo, resguardado con un biombo, hubiera podido apercibirse de

que se trabajaba tan activamente en la misma habitacion. El sacristan no habia hecho ruido.

Por todo México circulaba la noticia alarmante de que á la oracion de la noche recibiria al Divinísimo el Señor Don Manuel de la Rosa.

La servidumbre de la casa habia colgado telas vistosas sobre las puertas, en los corredores y en el pátio, y preparaba gran cantidad de flores para regar el tránsito por donde habia de pasar el Señor Cura del Sagrario metropolitano que traería al Santísimo Sacramento.

Las amigas de Doña Mariana estaban de fiesta, y la ama de llaves Señora Josefa, mandó comprar mas chocolate, biscochos, dulces y otros comestibles para regalar á la legion senil.

Los vecinos barrieron y regaron la calle; y de la cerería de la Profesa, situada en el Callejon de Santa Clara, se llevaron ciento cincuenta círios de á cuatro libras para la casa de Don Manuel de la Rosa.

Las monjas del Convento de la Concepcion enviaron unos *corporales* primorosamente encarrujados y las de San Bernardo unos ramilletes formados de semillas de todas clases, figurando flores.

En la sala de la casa estaban un escríbano público, dos escribientes y seis testigos de asistencia, y entre todos un hombrecito como de cuarenta años, de cejas muy pobladas, y pequeñas patillas que parecian colgadas de una cabellera crespa y negra.

Era el Señor Licenciado Don Juan Manuel de los Heros. Mayordomo de monjas y de la Archicofradia del Rosario, nombrado Albacea testamentario del Señor Don Manuel

de la Rosa.

El dependiente mayor estaba presente y no cesaba de ir y venir del almacen á la casa trayendo libros y documentos interesantes que el Señor Licenciado Don Juan Manuel pedia con insistencia.

A las diez de la mañana se tuvo en la casa de Don Manuel la horrorosa noticia de los asesinatos del Señor Don Joaquin Dongo, su primo y todos los criados de la casa; y este acontecimiento vino á poner en doble consternacion á la familia de Dongo y á alborotar, como con una bomba una *jicotera* á las ancianas.

A la oracion de la noche toda la casa de Don Manuel estaba profusamente iluminada y perfumada con el doble aroma de las flores y del incienso.

Cárlos estuvo comisionado por Doña Mariana para ir en persona á pedir la estacion y conducir la campanilla con que se anunciaba á los fieles del tránsito se arrodillaran al paso del Santísimo.

A las siete de la noche la sala y los corredores de la casa estaban atestados de gente; los criados y algunos amigos de la familia repartian velas entre los concurrentes que esperaban hacia media hora la voz para ponerse en marcha.

A las siete y media un rumor que comenzó en el zaguan y se fué reproduciendo por el pátio, las escaleras y los corredores hasta llegar al cuarto del enfermo, anunció que ya se oia la campanita, y las ciento cuincuenta velas de cera empezaron á comunicarse la luz, y en cortos instantes ardian ya produciendo un resplandor intenso en toda la casa.

Los convidados silenciosamente se colocaron en faz de procesion, avanzando los mas inmediatos á la puerta; bajaron las escaleras, saliéron á la calle y se abrieron en dos filas á los dos lados de la calle, y así avanzó la procesion hasta llegar á la esquina, donde hizo alto, de manera que en una estencion de mas de ochenta varas habia una doble valla de fieles alumbrando.

Nó tardó en oirse el sonido de muchas campanitas de agudo sonido mesclado con los acordes de una música y con los cantos que entonaban mas de cincuenta hermanos de la Archicofradía del Rosario, á la que pertenecia el Señor de la Rosa.

Venian por delante los dichos hermanos de la Archicofradía alumbrando con hachas de cera, y trayendo grandes escapularios bordados de oro. Uno de los hermanos traia el estandarte que era de razo azul y blanco bordado de oro, y mas de treinta muchachos alumbrando á los lados de los hermanos con farolillos de vidrio adornados con profusion de prismas de cristal y cuentas de vidrio.

Cuatro hermanos traian el pálio, y despues venia la estufa del Divinísimo, tirada por cuatro mulas, de las que, montaban, la de silla de las guias, el Señor Don Leoncio á quien ya conocen nuestros lectores, y la del tronco el Señor Conde de Santiago.

A los lados de la estufa venian dos monacillos con incensarios y ocho hombres alumbrando con grandes faroles cocolocados en astas, y adornadas con flores, cuentas y penachos dé vidrio de colores.

Inmediatos á las ruedas del carruaje venian ocho soldados con la cabeza descubierta y sirviendo de escólta de honor,

detras de la estufa venia otro hermano trayendo una farola en forma de estrella tambien colocada en alto, y finalmente una música como de veinte instrumentos cerraba la marcha. Los convidados se pusieron en movimiento formando valla. Llegó la estufa á la puerta de la casa y los hermanos colocaron el palio convenientemente y se arrodillaron todos los presentes. Sobre la cabeza del sacerdote se vió desplegarse un gran paragua rojo.

Había cesado la música, y solo se oia el tañer de las campanitas y las oraciones que murmuraba en latin el sacerdote que llevaba al Divinísimo. Los convidados se fueron replegando en ala á medida que avanzaba el Señor Cura, hasta llegar á la pieza del enfermo.

En este momento se plegó el biombo que impedia á Don Manuel ver lo que pasaba á su alrededor, y se encontró repentinamente con un espectáculo deslumbrador.

Estaba delante de un esplendido altar y rodeado de multitud de personas con velas en las manos; hácia la puerta se distinguia una aglomeracion indescribible de cabezas descubiertas y de luces encendidas. Todos estaban arrodillados, todos oraban. Solo un sacerdote estaba en pié, magestuoso, imponente, revestido con las telas preciosas de los ministros del altar, al pié del cual le dir jía en voz alta y solemne, las graves, las imponentes preguntas de esa hora solemne de los que se disponen á partir.

Don Manuel de la Rosa debió sentir toda la beatitud que inspira esa augusta ceremonia, por que su semblante descompuesto, desencajado y lívido, corrijió sus líneas por medio de una transicion indescribible: del desvarío á la razon, del trastorno á la concentracion, y contestó á las preguntas

con entereza, despues con terror y por último con enternecimiento.

Las notas de la música rompian el viento, y se mezclaban con la luz y con el incienso para formar el triple himno de la oracion.

Don Manuel recibió con sumision y arrepentimiento la hostia consagrada. Escuchó las últimas oraciones, miró los últimos resplandores, y algunos minutos despues todo estaba en silencio......

Las horas comenzaban á rodar pesarosas y fatídicas como las de un plazo fatal.

La eternidad abría sus alas inconmensurables delante del gusano.... Dios miraba á su criatura...... ....

....

Isabel lloraba.

Doña Mariana estaba callada.

Las viejas saboreaban despues del chocolate un placer triste.

Estaban todos en el último acto de esa comedia que la naturaleza ha hecho tan triste y que la religion ha hecho tan grande.

Respetemos á los actores.................................

....

Aldama, Quintero, Blanco, el Lobo y la Loba, estaban tambien en ese último acto de la vida, pero con diferencias esencialmente notables. Aldama se escondia de sí mismo, quiere decir, pretendia angañarse. Se decia muchas veces como si no lo pudiera creer, que habia triunfodo.

Quintero al ver salir la luz, aborreció la luz. La luz venia de donde viene la verdad....Y tuvo miedo.

Blanco no habia reflexionado lo bastante, pero le sucedió una cosa rara: cuando estuvo solo se puso á temblar: parecia que se le habia olvidado aterrorizarse, y que al recapacitar pagaba este tributo á la conciencia humana.

La ceguedad del crímen habia narcotizado su alma y su sistema nervioso se revelaba repentinamente contra aquella omision.

Blanco parecia un epiléptico.

Y al fin acabó por asustarse de su temblor.

El Lobo espiraba á la sazon en el hospital, sin haber podido hablar mas que estas palabras. "Me mató la Loba."

La Loba por su parte andaba errante, lloraba por el Cuco y se alegraba de haber herido al Lobo.

Teodora en la mañana del 24 estaba orando, se habia arrodillado al pié de una imágen de María en la Iglesia de la Soledad de Santa Cruz.

Manolo estaba á los piés de Teodora dormido.

Se habian desvelado.

Teodora se habia empeñado en ver, y habia visto. Quintero, no cabia duda, habia robado: para sacar aquel dinero le habia sido preciso sacrificar á sus guardianes. Aquellas otras dos sombras negras que Teodora habia visto en la noche debian ser Aldama y Blanco.

Cuando los ladrones entraron en la casa de Dongo, Teodora los seguia á distancia, despues aplicó el oido varias veces á la puerta, pero no oia nada: mas tarde, como á las nueve y media habia oido un grito y despues nada.

A favor de las sombras habia visto bajar el dinero del coche en el momento en que Manolo estaba dormido junto á una puerta: Manolo cansado y fatigado no se habia enterado

mas de que los caballeros habian entrado á las ocho y media en casa de Dongo, despues se habia dormido en la Calle de Cordobanes y habia ido á continuar su sueño á la Calle del Aguila.

Habia otra circustancia para que Manolo estuviera esa noche soñoliento. Para calentarse habia bebido aguardiente y estaba borracho.

Todora se retiró como á la una de la Calle del Aguila y esperó el alba sentada á la puerta de la Iglesia de la Soledad de Santa Cruz para entrar á orar.

A las seis y media de la mañana del sabado 24, Quintero pasó á una pulqueia de la Calle do la Alcaiceria, y dió recado de parte de Aldama á Don Ramon Garrido, de que pasara á verlo llevándole una libranza y una capa blanca con galon de oro que Aldama habia empeñado.

Aldama estaba vistiéndose cuando llegó Don Ramon con la capa y la libranza por lo que recibió cincuenta pesos.

Blanco se apresuró á recojer sus ropas manchadas de sangre y especialmente sus medias grises, y todo lo llevó muy temprano á la casa de Quintero y lo escondió debajo de las vigas.

Desde las siete de la mañana comenzó á circular por toda la ciudad la noticia de los asesinatos de Dongo, y en el comercio y en todos los círculos no se hablaba de otra cosa.

CAPITULO XIV.

EN EL QUE SE VÉ QUE LAS GRANDES VERDADES SE DESPRENDEN DE LAS MAS PEQUEÑAS CIRCUNSTANCIAS.

Aldama al salir de su casa se encontró con Don Rafael Dongo que hablaba con un jóven tendero, amigo suyo.

—¿Ya sabe usted la noticia, Señor Aldama?

—¿Qué noticia?

—La que me dá este jóven, la de los asesinatos del Señor Dongo y toda su familia.

—¡Cómo es eso! ¡Yo no sé nada!

—Pues todos han muerto, la Calle Cordobanes está atestada de gente, y se practican ya las diligencias para averiguar el hecho.

—¿Y se ha descubierto ya á los criminales? preguntó Al-

dama con la mayor sangre fria.

—No lo sé.

—¿Pero cómo lo han sabido?

—Es muy sencillo. Esta mañana, como á las seis, un dragón vió un coche por el rumbo de Tenexpa, y le llamó la atencion que aquel coche no tuviera cochero; preguntó á los vecinos y á los transeuntes si alguno lo conocia y no faltando persona que asegurase ser el del Señor Dongo, vino un cochero á avisar.

—¿A quién?

—Al Señor Dongo.

—¿Pero cómo puede ser eso, si dice usted que lo han matado?

—Ese es el caso; el cochero vino en derechura á la casa de Dongo, tocó varias veces pero nadie le respondia, hasta que le ocurrió llamar por la cochera, que encontró abierta; penetró por ella á la casa, y se encontró en el pátio, bañados en su sangre, al Señor Dongo, y al cochero, al lacayo, á los porteros, en fin á todo el mundo!......

—¿Pero eso es exacto? esclamó Aldama finjiendo sorprenderse.

—Exacto, amigo mio, exactísimo; sobre que ya se estan practicando las diligencias....

—Pues es estraordinario. En fin, veremos, voy á tomar lenguas. Adios Don Rafael.

—Adios Señor Aldama.

Y el amigo de éste, siguió su camino.

Aldama se dirijió á la Acordada llevando el primero la noticia, que bien pronto circuló por todas las salas y departamentos.

Segun habia dicho el amigo de Aldama, un cochero habia

ido en busca del Señor Dongo, para avisarle que su coche estaba abandonado por el rumbo de Tenexpa, y al presenciar el horible espectáculo de los cadáveres tirados en el pátio, ocurrió en el acto á participar el suceso al Alcalde de barrio de aquel recinto, Don Ramon Lazcano, quien desde luego pasó á dar cuenta al Señor Don Agustin de Emparan, Alcalde de corte de la Real Audiencia, quien salió en el acto acompañado de Don Rafael Luzero, Secretario del oficio de Cámara, mas antiguo, de la Real Sala y dos testigos de asistencia.

Entraron á la casa de Dongo, y el secretario de oficio dió en toda forma fé del hecho por mandato de su Señoría.

Se contaron hasta once víctimas, y se procedió al mas minicioso exámen de la casa haciendo constar en la primera diligencia, cabeza de proceso, todas las circunstancias que llamaban la atencion, y que pudieran dar luz sobre tan hor roroso crimen.

Se mandó órden de comparecer en el acto para el recocimiento de los cadáveres, á los maestros profesores de Cirujía Don José Vera y Don Manuel Revillas, quienes no tardaron en comparecer y procedieron á dicho reconocimiento, afirmando en su declaracion escrita, que todas las víctimas habian perecido violentamente, tal vez al primer golpe, pues el género de las heridas era tal, que no dejaba dudar que un solo golpe hubiera bastado para hacer morir á aquellos desgraciados, pues todos, sin escepcion, tenian dividido el cráneo por una herida penetrante mas de cuatro dedos, á mas de otras que se observaban dadas sin duda á mansalva y para evitar hasta la agonía de los occisos.

En seguida dispuso el Señor de Emparan que los cadáve-

res fuesen conducidos en tablas y escaleras á la Real Carcel de corte, escepto los de Don Joaquin Dongo y Don Nicolas Lanuza.

El Señor Alcalde Don Agustin de Emparan desarrolló un celo y una actividad extrarordinaria, dando en el acto cuenta al Virey de todo lo ocurrido, y sorprendiendose de que su Exelencia lo supiese con anticipacion de una hora; pues como recordarán nuestros lectores, el Conde de Revillagigedo tenia ya á su servicio personal una policia corta, pero entendida que le ponia al tanto de todas las ocurrencias habidas en la ciudad.

Su Exelencia en una larga conferencia secreta que tuvo con el Señor Alcalde, dictó algunas medidas opurtunas que inmediatamente se pusieron en ejecucion, tales fueron, la multitud de circulares que no cesaron de ponerse en todo el dia y la noche del sábado, á todas las autoridades y respectivas justicias del Departamento, á las garitas, á los mesones, á las fondas, á los empeños, á las afiladurías y á todas cuantas personas pudieran aun por indicios remotos, pillar alguna leve circunstancia que se ligara de alguna manera con el desastroso acontecimiento.

Los empleados de la Acordada se vieron recargados de un trabajo extraordinario, obligados por las terminantes y repetidas órdenes de su Señoría el Alcalde de Corte.

Aldama, que á la sazon en que llegaban las primeras órdenes, conversaba con los empleados sobre el hecho, tambien tomó una pluma y ofreció sus servicios á sus amigos los empleados, que no bastaban á despachar con la violencia que era de desaerse la multitúd de circulares y órdenes escritas.

—Estoy verdaderamente poseido de indignacion contra

los autores de tan horrendo crímen, decia Aldama de la manera mas cínica del mundo, deseo prestar mi cooperacion para que se logre la aprehencion de esos viles asesinos.

Y se ponia á copiar circulares en union de los escribientes y demas empleados de la Acordada.

Aldama mas sereno y mas avesado en el crímen que sus compañeros, recurría á aquel arbitrio, que él mismo se elogiaba interiormente, lo cual le daba la entereza necesaria para representar su papel con el aplomo de un buen actor.

Se proveyó auto para entregar las llaves á Don Miguel Lanuza, única persona de la familia que de una manera providencial habia escapado, pues contra su costumbre se habia quedado fuera de casa. Nombrose á Don Francisco Quintero, comerciante acreditado, depositario con las debidas formalidades.

Se sacó el testamento del difunto, entregándolo al Señor Don Leoncio, en representacion de la Ilustre Archicofradia de Nuestra Señora del Rosario, para que procediese á poner en ejecucion las disposiciones del testador.

El Señor Alcalde era infatigable en el cumplimiento de su deber, y por mandato del Virey daba á su Exelencia parte cada dos horas de la secuela de los procedimientos, y el Conde por su parte no cesaba de ilustrar en la materia al Señor Alcalde aconsejándole medidas bien combinadas para buscar el hilo de aquel tenebroso misterio.

—Hemos de encontrar á los criminales, decia su Exelencia al Señor Alcalde Emparan, ó no servimos para nada.

—Efectivamente, Exelentícimo Señor es necesario un ejemplar para cortar de raiz estos hechos escandalosos, que sobre afectar, como afectan, la moral pública, ceden en descrédito

del Gobierno de su Magestad.

—Los hallaremos Señor Alcalde, los hallaremos infaliblemente. Los médicos han dicho que las armas con que han sido sacrificadas las víctimas, eran instrumentos extraordinariamente cortantes.

—Sí, Señor Exelentísimo, al grado que han podido cortar el pelo de un golpe y dividir los huesos como con una hacha de abordaje.

—Mande usted practicar esa averiguacion en todas las afiladurías de la cuidad, para saber las armas que recientemente se hayan amolado, y si se conoce á los que las llevaron á amolar. Pregúnteseles á los vecinos del lugar en donde se ha encontrado el coche, por si han visto apearse alguna persona que pudiera reconocerse.

Que se registren las accesorias sospechosas y los lugares en donde pueda ocultarse el robo.

—Pierda cuidado su Exelencia, que no descanso; removeré el mundo pero encontraré á los asesinos.

Y el Señor de Emparan se despidió del Virey para continuar sus pesquisas.

Aldama despues de ayudar á sus amigos los empleados á escribir circulares se retiró de la Acordada y concurrió á los gallos como siempre, pues procuraba en esos dias no alterar en nada sus costumbres.

En la noche del sabado, Aldama Quintero y Blanco se reunieron en casa de Teresa, en donde por cuenta de los tres afortunados amantes, se sirvió una cena espléndida.

Al principio roló la comversacion sobre el asunto del dia, pero Aldama puso fin á este tema diciendo.

—¿Saben ustedes que ya me cansa oir hablar de este

asunto?

—A mí me sucede otro tanto, dijo Quintero.

—No se habla de otra cosa, agregó Teresa.

—A nosotros, que hemos andado en la calle todo el dia dijo Blanco, no nos han hablado mas que de los asesinatos de Dongo.

—Van á ponerse tristes las Señoras, dijo Quintero.

—Efectivamente, murmuró Plácida, eso es horrible.

—A gozar, Señores, á gozar; que ninguno de los presentes estamos por lamentaciones inútiles ni por moralejas pesadas, agregó Aldama apoderándose de una botella.

Esta noche bebieron todos hasta embriagarse....... La embriaguez es el suicidio á que recurren los que son mas cobardes que los suicidas.

Esa obra perfecta que se llama el ser moral, ese *yo* inmortal, tan sábiamente armonizado por las facultades del alma y tan espléndidamente favorecido por la luz eterna, levanta en las borrascas y en las viscisitudes de la vida el inexorable dedo de la conciencia que señala al hombre su delito.

Ese dedo se levanta implacable así en la luz como en las tinieblas, así en el placer como en el dolor, y nadie, una vez apareciendo, lo puede hacer desaparecer.

El hombre ha inventado hacerse la guerra á sí mismo para nulificarse á sus propios ojos.

El hombre se aborrece en sus crímenes tanto cuanto se ama en sus virtudes, y se castiga ó se premia solo.

¿Y habrá quien en presencia de esta cadena indestructible, niegue la inviolabilidad de la moral eterna?

Esta ley, como la de la gravedad, es una verdad indestructible.

El equilibrio, la compensacion, la moral, en suma, estaban demandando una expiacion.

Y aquellas tres almas, desviadas del sagrado fundamento de la moral universal, se reprendian por medio de la mas atentatoria de las acciones del libre albedrio: la embriagüez.

El crímen como una emanacion, habia pasado de la esfera del hecho á la esfera del espíritu, allí estaba como una gangrena que era preciso cauterizar; y el alcohol cauteriza el espíritu.

El ébrio deslíe en un poco de veneno alcoholizado la sublime prerrogativa de su razon para cambiarla por la deplorable atonía del idiota.

Hay una reconvencion inarticulada que pesa como una mano de plomo sobre nuestra parte moral.

En este estado, el cristianismo nos manda la esperanza y nos enseña á amar la expiacion.

Pero el pecado del siglo nos abre en todas las ciudades las puertas de las cantinas, y el hombre busca en la taberna lo que nació en el Calvario.

Los asesinos se anegaron en vino. Se habian impuesto la obligacion de gozar y no habian podido conseguirlo; cuando mas habian rodado algunos escalones de la escala de los seres sensibles y se arrastraban buscando lodo para cicatrizar sus inmundas llagas.

Mas tarde habia tres almas aplazadas en el *limbo* de los borrachos.

Los asesinos roncaban.

CAPITULO XXV.

LA HIJA ADOPTIVA.

El Señor Licenciado Don Francisco Primo de Verdad, instruido del acontecimiento que llenaba de consternacion á todos los habitantes de la ciudad, acababa tambien de saber el estado de absoluta postracion en que se encontraba el Señor Don Manuel de la Rosa; y en su primera conferencia del dia con el Virey, quedó enterado de que su Excelencia tenía un empeño positivo en sacar de rastro á los criminales para que se les aplicara todo el rigor de la ley y señalar los primeros pasos de su gobierno con este hecho notable.

En consecuencia, el Licenciado tomó una parte activa

en el asunto, y se dirijió á la Acordada para juzgar personalmente todas las disposiciones que se dictaban al efecto.

Pasaba el Licenciado por una de las piezas, cuando notó que de un rincon se levantaba una muger vestida de negro.

El ademan y la mirada de aquella muger sorprendieron al Licenciado; pues notó que no era una persona vulgar, sino que, por el contrario, creia estar viendo delante de sí una Señora de distincion.

—Caballero; dijo la enlutada con una voz en la que habia un timbre profundamente simpático: no tengo el honor de conocer á usted, si no es por que á los hombres de buen corazon y de hidalguía se les conoce al verlos.

—¿En qué puedo servir á usted, Señorita? dijo el Licenciado, haciendo un gracioso saludo.

—Temo ser indiscreta é imprudente, interrumpiendo los quehaceres de usted, caballero.

—No puede ser indiscreta una dama, cuando con el derecho de su hermosura y tal vez de su desgracia, recurre á un caballero para que la ampare.

—¡Ah! Caballero; yo bien sabia que no me habia equivocado.

—Estoy para que usted me mande.

—¿Puede usted oirme?

—Sin duda alguna; pero este tránsito no será tal vez apropósito. Ruego á usted que pasemos á la sala inmediata.

Y el Licenciado ofreció el brazo á la desconocida. Al llegar á la puerta, un centinela gritó, "*¡atrás!*" y atravesó su fusil impidiendo el paso.

—¿Cómo atrás? preguntó el Licenciado.

—Estoy presa, dijo la dama al oido del Licenciado.

—Llame usted al cabo.

—Cabo cuarto! gritó el centinela.

A poco apereció éste, quien manifestó que aquella Señora le estaba encomendada por el oficial; este fué llamado á su turno, y manifestó que la órden era del Alcaide, compareció el Alcaide, é instruyó al Licenciado de lo ocurrido.

El Licenciado y la dama pasaron, por fin, á una sala, en cuyo estremo habia dos mesas y un solo escribiente que papeleaba.

—Me llamo Margarita Santiesteban, dijo la dama, y soy sola en el mundo. He cometido una falta: amar á un hombre; pero esta falta era mi vida y mi amparo. Hoy, sumergida en la mayor tribulacion, me he visto arrebatada por la mano implacable de mi destino, de desgracia en desgracia, y el único apoyo que me sostenia ha desaparecido.

Margarita contó en seguida al Licenciado todos los pormenores de su cautiverio y de su fuga. Su relato era la espresion de la verdad; habia en el acento de Margarita ese reposo interesante, esa resignacion conmovedora del ser que sufre y que abre ingénuamente el libro de su infortunio á la mirada compasiva de un ser que la comprende.

Margarita habia callado los nombres de Aldama y de Quintero, y el Licenciado habia respetado su secreto; pero profundamente conmovido con la relacion de las desgracias de aquella muger tan interesante, resolvió ampararla á toda costa.

—Señorita, espero que pronto terminarán los padecimientos de usted; y la creo con tanto mas fundamento, cuanto que los servicios que yo pueda prestarle, los considero ya

como una obligacion que me impongo, pues aspiro á la estimacion de usted, de la que me haré digno, sirviéndole como si fuera yo su padre.

—¡Caballero! esclamó Margarita estrechándo las manos del Licenciado, ¡qué bueno es usted!....

—No quiero perder tiempo; permítame usted abandonarla por un momento para comenzar á hacer algo de provecho en favor de usted.

Y el Licenciado salió de la sala, dejando sola á Margarita.

Una risueña esperanza habia coloreado ligeramente las pálidas mejillas de Margarita; y pensaba en que aquel caballero tan bondadoso la iba á proporcionar muy pronto la dicha de volver á ver á Aldama.

Acariciaba Margarita esta idea, cuando vió abrirse una puerta en el fondo de la sala, y no pudo contener un grito de alegría.

Entraba Aldama.

Pero en vez de dirijirse á Margarita habló con el escribiente.

—Ea, buen amigo, ya he trabajado bastante, aquí están ocho circulares de mi puño y letra, que ya son una buena ayuda, y me despido por que tengo que hacer.

Aldama levantó á la sazon la cabeza, vió á Margarita y corrió hácia ella.

—¡Margarita! esclamó.

—¡Felipe! gritó ésta arrojándose á sus brazos y deshecha en lágrimas.

Trascurrió un largo rato al cabo del cual dijo Margarita muy bajo al oido de Aldama.

—¿Todavía me amas?

Una de esas caricias que palidecen describiéndose, fué la muda contestacion de Aldama.

En este momento se oyeron pasos que se aproximaban.

El Licenciado Verdad entró en la sala.

—Señorita, dijo acercándose á Margarita, he hecho ya lo que he juzgado mas prudente y acertado, siempre que cuente con el beneplácito de usted.

—Margarita estuvo perpleja, no supo qué contestar; dirijió una mirada á Aldama como interrogándole, y el Licenciado á su vez, comprendió que el hombre á quien amaba Margarita era aquel.

Hubo un momento de embarazo para los tres personajes de aquella escena.

—¿Deberé pensar que ha cambiado usted de resoluciones, Señorita?

—Señor Licenciado .... murmuró Margarita.

—Yo no comprendo una palabra de lo que está pasando, dijo Aldama, y desaria saber, caballero, en primer lugar, á quién tengo el honor de hablar.

—Soy el Licenciado Don Francisco Verdad.

—Celebro mucho.... dijo Aldama inclinándose. Pero supuesto que usted tiene la bondad de satisfacer mi curiosidad, podria sin ser molesto, preguntar á usted de qué asunto se trata?

—No sé si esta Señorita me permitirá revelar á usted sus secretos.

—Los secretos de esta Señorita son los mios.

—¡Ah, es usted......

El Licenciado se detuvo intencionalmente.

Aldama se vió precisado á terminar la frase.

—Soy su amante.

El Licenciado miró á Margarita y esta bajó los ojos.

—¿Y puedo á mi vez saber el nombre de usted, caballero?

—Felipe María Aldama y Bustamante, dijo Aldama con altivez.

El Licenciado retrocedió un paso al efecto que le causó ese nombre.

—Veo que mi nombre no le es á usted indiferente.

—Nó; contestó secamente el Licenciado.

—Y supuesto que ya nos conocemos, supongo que no habrá embarazo en que ofrezca yo el brazo á Margarita.

—Es probable, dijo el Licenciado, haciendo violentamente una combinacion, que esto presente algunas dificultades.

—¡Cómo! esclamó Aldama, con altivéz.

—La Señorita tiene la desgracia de estar presa.

—¡Presa! ¿quién ha cometido esa tropelía?

—Eso es que lo estaba averiguando, caballero; pero si usted toma por suyo este asunto, y la Señorita me releva de mis compromisos....

—¿Y bien?

—Entonces nos colocaremos todos en nuestros respectivos puestos: la Señorita en su prision; usted, caballero, en el de protector, y yo.... yo me retiro.

—Señor Licenciado, dijo Margarita yo he apelado á la caballerosidad de usted, para que me ampare, y no me creo autorizada para sustituir el agradable papel que usted ha hecho á mis ojos, por ninguna otra influencia, por poderosa que sea.

Aldama comenzaba á comprender que habia sido ligero.

—Perdóneme usted, Señor Licenciado; pero yo no estaba



en antecedentes y á mi vez, ruego á usted interponga su valimiento para que cuanto antes salga de aquí Margarita.

—En ese caso estoy autorizado....

—Competentemente, dijo Aldama.

—Pues debo empezar por anudar con esta Señorita la conversacion empezada, despues de la cual, se enterará usted, caballero, de lo que desea saber,

Aldama rehuzó salir.

—Desde el momento en que Margarita no hable conmigo queda en poder de su carcelero, que será, si yo me retiro, con quien usted deberá entenderse, dijo el Licenciado.

—Felipe! dijo Margarita en tono suplicante.

Aldama salió de la sala.

—Margarita, continuó el Licenciado, la proteccion que yo puedo y debo impartirle á usted, obrando lealmente, está por desgracia muy lejos de ser lo que usted y el Señor Aldama desearian.

—¿Pues qué es lo que usted pretende, Señor Licenciado?

—Qué la situacion de usted mejore radicalmente.

—¿Y eso sería posible?

—Tal vez.

—Ah, Señor, le debería á usted mas que la vida!

—¿Pero debo contar con usted?....

—Ordene usted, Señor Licenciado.

—Ante todo deseo, que para que mis pasos no le parezcan á usted estraños, se entere usted de la verdad de su situacion.

Por lo que respecta á la detencion de usted en este sitio, hay que elejir entre estos dos caminos: ó quedarse aquí á esperar los dilatados trámites de una causa criminal, en la

que sin razon aparece usted complicada, ó aceptar de lleno mi intervencion en el asunto para que salga usted en el acto de este lugar de deshonra.

—¡No vacilo! esclamó Margarita, es usted mi padre.

—Usted lo ha dicho y á mí me toca probarlo.

Y se dirijió á la puerta por donde habia salido Aldama, y volvió con él en el instante.

—La Señorita, dijo el Licenciado, pasa hoy de órden del Exelentísimo Señor Virey á mi casa habitacion, Calle del Puente del Espíritu Santo número 3, Señor Aldama, y desde este momento soy el abogado de la Señorita Doña Margarita Santiesteban.

—¡Y mi padre! añadió Margarita con trasporte.

—Señor Aldama; recibo todas las mañanas en mi estudio. Margarita va á tener tambien una madre y ya comprenderá usted caballero, cuan celosos debemos ser los padres de la honra y de la felicidad de nuestros hijos.

Margarita llorando tomó las manos del Licenciado, Aldama bajó la cabeza.

—Ruego á usted Margarita que se tranquilice: dentro de pocos instantes vendrá por usted una Señora en un coche, y se dejará usted conducir. Mi Señora la recibirá á usted en mi casa, que desde hoy es la de usted.

—En seguida el Licenciado hizo un ademan invitando á Aldama á salir de allí y Margarita volvió á quedar sola.

CAPITULO XXVI.

LA GOTA DE SANGRE.

El feo defecto de la avaricia y la imperturbabilidad en los asuntos de ágio no le impedian al Señor Don Leoncio ser impresionable como pocos en materia de crímenes y de sangre.

La historia de Don Manuel de la Rosa y su repentina enfermedad, habian preocupado altamente la imaginacion de Don Leoncio, y ya predispuesto y espantadizo habia recibido la estupenda nueva de los asesinatos de Dongo.

Don Leoncio habia tomado á pechos este asunto, y no hablaba de otra cosa desde la mañana del sabado y fué uno de los primeros que dieron fé del hecho, viendo todos los cadá-

veres, é instruyéndose de todos los pormenores del suceso.

Sabia de memoria el lugar en donde habian muerto Dongo y Lanuza, y qué clase de heridas tenian, y relataba con minuciosos detalles la actitud de los cadáveres, su aspecto y el lugar en donde se les habia encontrado.

Don Leoncio era á quien se ocurria á falta de datos, por que indudablemente rectificaba el mas ligero error sobre el asunto, y continuamente disertaba, infería, sacaba deducciones y se familiarizaba con la materia con una tenacidad que rayaba en manía.

Habia levantado un plano, á ojo de buen cubero, de la planta baja y de la planta alta de la casa de Dongo, que conocia Don Leoncio desde jóven, y con pintura roja habia señalado por medio de un círculo, como una gota de sangre, los lugares en que se habia encontrado á las víctimas.

—Vea usted; este es el cuarto del portero, decia, estas dos *gotas de sangre* indican el lugar en que murieron el portero y el correo de la hacienda: la del correo es la mas chica.

Esta gota mas grande es nuestro infortunado amigo Don Joaquin, á quien Dios haya cojido en una buena hora.

Don Leoncio habia salido el sábado de su casa, Calle del Relox, al medio dia, con su plano en la bolsa; habia hecho una estacion en la tienda de la calle del Seminario, otras dos frente á Catedral, una muy larga en el portal de Mercaderes y despues habia tomado por las calles de Tacuba.

Todos los curiosos deseaban ver el plano del Señor Don Leoncio, y este habia hecho ya la centésima version del suceso fatal, calándose las gafas y señalando una por una sus *gotas de sangre.*

Al pasar por el átrio del Convento de Santa Clara un

transeunte se dirijió á Don Leoncio.

—¿Es cierto, mi Señor, que usted tiene el plano de la casa del difunto Don Joaquin?

—Si Señor y amigo, veale su merced.

Y Don Leoncio desenvolvió su plano diciendo: tiré mis lineas, tracé mis piezas y señalé mis víctimas con *gotitas de sangre.*

—¡De sangre!

—Si hombre, de tinta roja, de pintura roja, de color......

—¡Ah!

—Vea usted, este es Don Joaquin: aquí cayó su merced horriblemente......

—Horriblemente....repitió el amigo de Don Leoncio.

—¿Y esta?

—Es la planta alta en donde murieron las mugeres.

—¡Cuatro!

—¡¡Cuatro!!

—¿Y esto?

—Es el entre-suelo, habitacion de Don Nicolas Lanuza que, como coincide con la asistencia, verá usted *dos gotas*, pero una es Don Nicolas y otra la ama de llaves.

—¡Pobre muger! ¡pobre Don Nicolas!

—¡Sí, pobre muger! ¡pobre Don.......

Don Leoncio estaba fijando sus pequeños ojos de reptil en la coleta de un individuo que estaba allí cerca vuelto de espaldas, y hablando con otro Señor sobre el asunto del dia.

¿Qué estaría viendo Don Leoncio? Su interlocutor lo estaba interrogando, pero Don Leoncio no quitaba la vista de la coleta de aquel desconocido. Estaba como fascinado, como absorto. ¿Qué tendría aquella coleta que era capaz de

desviar la imaginacion de Don Leoncio del asunto que absorbia todas sus facultades? ¿de sus *gotas de sangre*?

Don Leoncio ya no veia su plano, y lo que era mas, lo habia abandonado en poder de su amigo y seguia como clavado en la coleta.

Iba á dar un paso para acercarse á la coleta, cuando el individuo propietario de ella, echó á andar violentamente. Don Leoncio quiso seguirlo, pero no pudo: el de la coleta iba de prisa y desapareció.

Solo pudo ver al interlocutor del desconocido: era Don Ramon Blásio, el relojero de la Calle de San Francisco.

—¡Ah, vaya! murmuró Don Leoncio hablando consigo mismo, y en seguida dijo.

—Muy buenas tardes, amigo mio......tomó su plano de manos de su amigo, y echó á andar.

Por el camino, como si rezara, iba murmurando; Don Ramon Blásio, Don Ramon Blásio, relojero de la Calle ..... de San Francisco.

En la tarde y en la noche de ese dia se ocupó Don Leoncio en hacer visitas á ciertos altos personajes. Visitó en primer lugar á Fray José de la Purísima Concepcion y despues á algunos otros sugetos, todos de respeto. Su objeto era hacerles una consulta sobre un asunto de conciencia; y en las conferencias que suscitó con este motivo se hicieron muy oportunas citas, se abrieron algunos grandes libros, figurando las Partidas de Don Alonso el sábio y varias reales cédulas; se consultó el Derecho Canónico y otras muchas obras importantes, al grado de que Don Leoncio llegó á decirse muy satisfecho. Voy á obrar *tuta* conciencia, ya libre, gracias á Dios, de un peso que me agobiaba, y con esta convic-

cion pasó el lúnes en la tarde á la Real Cárcel de Corte, anunciando al Señor Alcalde mayor Licenciado Don Agustín de Emparan que llevaba un asunto reservado de la mayor importancia.

Al punto le fueron franqueadas las puertas y Don Leoncio estaba á poco rato sentado al lado de su Señoría.

—Despues de haberlo consultado con hombres doctos, y sabiendo que obro con la conciencia de buen cristiano, vengo á hacer á su Señoría, bajo secreto, una revelacion.

—Escucho á usted Señor Don Leoncio.

—Antes de ayer como á las tres y media de la tarde, me paré á hablar con un amigo en el átrio del Convento de Santa Clara; y como ha de estar su Señoría en que el suceso que afecta hoy á la poblacion entera, me ha conmovido profundamente, he estado de verdad preocupado, y no pensando en otra cosa. He levantado un plano. Vea su Señoría, he señalado las víctimas en este cróquis con....con....gotas de sangre....por que ha de estar su Señoría en que á mí me afecta mucho la sangre que se derrama.

—Continue usted.

—No he tenido en la imaginacion, desdeque supe el funesto acontecimiento, mas que gotas de sangre..y ya sean las de mi plano, ya las que veo en todas partes, preocupado con la horrible carnicería, las gotas de sangre absorben hoy toda mi atencion. Pues bien, ayer como á las tres y media, segun he manifestado á su Señoría, me fijé en un indivíduo que estaba de espaldas hácia mí; ¿y qué va á creer Usía que tenia en la cinta negra del pelo?

—¿Qué tenia, Señor Don Leoncio?

—¡Una gota de sangre!....

Y los pequeños ojos de Don Leoncio se clavaron en el Señor Alcalde como esperando el efecto de su revelacion.

—Yo no aseguro que csa gota de sangre sea de las víctimas de la casa de Dongo, no Señor, ni que el caballero sea el autor de.... no Señor; pero ello es que aquel caballero tenia una gota de sangre fresca, medio cuajada: era una gota como un pequeño coágulo que conservaba su forma alargada, la misma que se les dá á las lágrimas de cristal para las imágenes, pero mas gorda: la gota estaba en parte oreada y nn poco oscura, pero no por eso dejaba de asomar un punto perceptiblemente rojo, que indicaba que aquella gota bien pudiera tener cuando mas un dia de puesta allí.....

Creame el Señor Alcalde, yo he estudiado muy bien esa gota de sangre.

—¿Y qué deduce usted de ahí?

—Yó.... lo que es yó, no hago deducciones, relato un hecho, por que como estoy preocupado con las gotas de sangre, me ha parecido muy estraño..y pudiera ser.... Como sabe muy bien su Señoría que la Providencia divina se manifiesta á veces.... pues.... Quién quita.... En fin yo, no hago esta revelacion mas que en descargo de mi conciencia; puede no ser nada...... esa gota de sangre será.... que se yo...... cualquier cosa ......una gota de.....cualquier cosa....... pero yo cumplo con avisar.

—¿Pero no se sabe el nombre del Caballero de la coleta?

—No efectivamente. Pero es el caso, que ese Caballero hablaba á la sazon, quiere decir, á las tres y media de la tarde en el átrio del Convento de Santa Clara con otra persona.

—¿Y esa persona?

—Era Don Ramon Blásio, el relojero de la Calle de San Francisco.

—Está muy bien, Señor Don Leoncio; agradezco á usted sus noticias, que pueden tener mucha importancia y tal vez sea esto la punta del hilo tenebroso.

—Quién sabe....yo....yo nada aseguro, simplemente digo lo que he visto, en descargo de mi conciencia, y despues de haber consultado este pasó con personas doctas.

Don Leoncio se despidió y el Señor Alcalde mandó en el acto comparecer al Señor Don Ramon Blásio para preguntarle el nombre del caballero de la coleta.

Don Leoncio á pesar de las consultas y de los sábios consejos tuvo miedo despues de haber descargado su concienia: mientras se trató de buscar á los criminales y mientras no se les hallaha, Don Leoncio declamaba enerjicamente contra el abominable crímen; pero desde el momento en que por su revelacion pudiera encontrarse á los asesinos y estos á su vez ser víctimas de la ley, Don Leoncio plegó sus banderas y guardó por muchas horas su plano y sus gotas de sangre.

Tenía cierta seguridad, aunque infundada, en que su revelacion daría la luz que se buscaba y tenía temor de ver realizado su presentimiento.

En la tarde del Domingo se celebraron las exequias de Don Joaquin Dongo y Don Nicolás Lanuza en la Iglecia de Santo Domingo.

Un número concurso llenaba el templo.

Entre los concerrentes estaban Quintero y Blanco presenciando la fúnebre ceremonia.

Todos oraban por los difuntos.

¿Qué harian Quintero y Blanco?

Fl hombre es único ser que tiene la triste facultad de hacer lo que no siente y de decir lo que no piensa.

Quintero y Blanco aparecian tan compunjidos como todos.

En su calidad de actores este era uno de los papeles mas difíciles que habian hecho en su vida.

Margarita fué perfectamente recibidá por la Señora, Doña Rita Moya de Verdad, siendo desde luego objeto de cuidados verdaderamente paternales. En la noche, Margarita hizo el mas minucioso relato de su vida al Señor Licenciado Verdad y á su Señora.

Sentados los tres en el fondo de la Sala escasamente alumbrada por una vela con guarda-brisa, Margarita fue escuchada con verdadero interes, y le bastó su relato ingénuo y franco para captarse irresistiblemente el cariño de sus benefactores.

La voz elocuente de la desgracia *t*iene un eco siempre en los corazones nobles.

Margarita reveló su ardiente pasion por Aldama, y el Licenciado Verdad la escuchaba con pena por que sabia muy bien que aquel amor tan digno de consagrarse á otro ser, se dirijia á un hombre lleno de vicios y de fatal reputacion, segun los datos que ya tenia el Licenciado Verdad mostrados por la policía del Virey.

CAPITULO XXVII.

LA CONCIENCIA Y LAS TINIEBLAS.

A las diez de la noche Margarita fué conducida por la Señora de la casa á la habitacion que se le habia preparado: recibió las llaves de una cómoda y de un ropero.

—Señora ¡con qué le pagaré á usted tantos beneficios!

—Con su cariño de hija y con su obediencia.

—Seré obediente, pero jamás podré pagar tanta generosidad y tanto mimo, cuando soy una pobre muger muy mala que no lo merece.

Y dos lágrimas ardientes rodaron por las pálidas mejillas de Margarita.

Aquellas lágrimas tenian toda la elocuencia de la ternu-

ra; la Señora Doña Rita se sintió conmovida y acariciando á Margarita la prodigó los consuelos mas delicados.

Margarita despues de haber tomado un refrígerio, mas por necesidad que por apetito, se encontró en brebe sobre el mullido y blanco lecho que le habian destinado y no tardó en entregarse al sueño mas blando y delicioso de su vida...

....

Don Ramon Blásio concurrio en el acto al llamado su Señoria el Alcalde de Corte y manifestó que la persona con quien habia conversado á las tres y media de la tarde en el átrio del Convento de Santa Clara era el Señor Don Felipe Maria Aldama y Bustamante.

Inmediatamente se líbró el auto de prision y fueron el Capitan Elizalde, Don Ramon Blásio para identificacion del reo, y dos ministros de la asistencia de su Señoría, en busca de Aldama quien á la sazon se escontraba fuera de su casa.

—De llegar tiene, dijo el Capitan y debemss esperarle.

—Pero si oliéndonos no entra?....objetó el relojero.

—Nor ocultaremos.

Y cerrando el zaguan, Capitan, relojero y ministros se pusieron á esperar á Aldama.

Este llegó á las ocho y media de la noche, pero ya seguido por la ronda de la Acordada.

Al entrar á su casa el Capitan Elizalde le preguntó.

—¿Es usted el Señor Don Felipe María Aldama y Bustamante?

—Servidor de usted, contestó Aldama, Señor Don Ramon; ¿qué vientos le traen á usted por mi casa?

—Ocurrencias que que no faltan, Señor Don Felipe. He

sido llamado por suSeñoría, el Alcalde de Corte, para declarar si es cierto que el sábado hemos conversado usted y yo en el átrio de Santa Clara, y al contestar afirmativamente me han obligado á pasar por usted para que ratifique esta declaracion.

—Sea enhorabuena, dijo Aldama con desembarazo. Vamos Señor Capitan, pase usted.

—Despues de usted, Señor Aldama.

—Sea.

Y Aldama tomando el brazo de Don Ramon echó á andar con sociego y naturalidad, diciendo.

—No es nada estraño que en estos momentos sean molestados los mas honrados caballeros, cuando se trata nada memos de esclarecer un hecho verdaderamente escandaloso.

—Si Señor, dijo Don Ramon, la justicia obra activamente y á la presente muchas personas han sido requeridas, pues no se ha omitido díligencia alguna para encontrar á los criminales.

—Pero bien visto ¿qué de comun podemos tener nosotros con los críminales?

—Eso es lo que yo no puedo averiguar.

—A menos que no sea el haber hablado el sábado sobre el asunto.

—Eso puede ser.

Al llegar á la Real Cárcel de Corte, la situacion de Aldadama comenzó á ponerse turbia, pues fué separado inmediatamente de Don Ramon Blásio y conducido á una bartolina despues de algunos minutos de detencion en uno de los tránsitos.

—¿Qué va usted á hacer? dijo Aldama al oficial, viendo

que le conducia á la bartolina.

—Cumplir con mi deber.

—Pero esto es una prision.

—Probablemente.

—Se padece una equivocacion, Señor oficial.

—Creo que nó.

—En hora buena que se moleste á una persona como yó, á un hijodalgo, para el esclarecimiento de un hecho criminal, pero nadie está autorizado por la ley para emplear este procedimiento.

El oficial se encojió de hombros.

—Esto es altamente atentatorio.

El carcelero abrió la bartolina.

—Haré valer mis derechos, soy noble y tengo mis papeles en regla, esto es una alcaldada, encarcelar á un Caballero pacífico por via de averiguacion! me quejaré y lo veremos, dijo por fin Aldama dando un paso resueltamente dentro de la bartolina.

El carcelero cerró en el acto, y Aldama quedó sepultado en la mas profunda oscuridad..........

Las tinieblas son las que toman la primera declaracion á los criminales.

Si se las pudiera escuchar no habría procesos. El primer diálogo del críminal con las sombras, es la sustanciacion de una causa.

Para esclarecer ese dialogo sencillo y corto, han emprendido los hombres el estudio mas largo y se han escrito los procedimientos mas complicados que se conocen.

Las tinieblas saben el primer dia, lo que la justicia no llega á saber nunca.

Aldama le estaba confiando á la oscuridad de su bartolina cuanto pudieran apetecer sus jueces. Recorrió con una sola mirada todo su pasado, y recordando que varias ocasiones lo habia salvado su sangre fria, procuró reanímarse. Creia que estaba próxima la hora de comparecer ante sus jueces, y ponia el oido atento repetidas veces á la puerta, pero el tiempo trascurría y nadie se acercaba á abrirle.

Habian trascurrido dos horas y media, por que los centinelas comenzaron á correr la palabra, y Aldama perdió la esperanza de de le tomaran declaracion esa noche, así es que resolvió acostarse.

Comenzó á tentar las paredes y el piso de su calaboso, y no encontró nada que pudiera servirle de lecho; solo habia una piedra en la que se sentó recargándose contra la pared, y así pasó la noche, parándose á veces para desentumecer sus piernas, pues el suelo estaba húmedo, y volviéndo despues á sentarse sobre su piedra.

Se agolpaban á su imaginacion mil ideas, comenzaba á dudar de la discrecion de Blanco y de Quintero; quien sabe si estrechados por la idea de salvarse, llegarían á confesar. Tenia como cosa cierta, que sus amigos estaban presos, supuesto que él lo estaba, y un mundo de dudas amargas le agobiaba. La noche le pareció eterna.

Aquella prision le aterraba, tanto mas cuanto que despues del crímen habian trascurrido, el sábado, el domingo y el dia del lúnes, sin que ni remotamente sospechara que habia indicios que le condenaran.

Por lo que respecta á Blanco, se disponia á las ocho de esa misma noche, á cumplir á Plácida la oferta que le tenia hecha de costear otra cena como la del sábado.

Desde la mañana de ese dia, Blanco habia enviado ya algunas conservas y dulces, y solo le faltaban ciertos licores á que Plácida era muy aficionada.

Acababa de comprar unas botellas en una vinotería, cuando acercándose á él un oficial le preguntó.

—¿Usted Caballero es el Señor Don Joaquin Antonio Blanco?

—Servidor de usted, contestó Blanco.

—Suplico á usted tenga la bondad de seguirme.

Blanco obedeció sin hablar y caminó al lado del oficial y seguido de una ronda hasta la Cárcel de la Acordada.

A las diez de la noche, Plácida y Teresa estaban desesperadas; solo Quintero habia concurrido á la cita, y este estaba altamente preocupado por la falta de sus amigos, al grado de resolverse á salir en su busca, mas por salir de un lugar en donde podian buscarle, que por averiguar el paradero de sus amigos, que para él no era dudoso.

Al salir Quintero de la casa de Teresa, anduvo al acaso, y á poco se paró para reflexionar. ¿A donde iré? se preguntaba; todo el mundo sabe que Aldama, Blanco y yó somos inseparables; si pregunto por ellos me hago sospechoso, y si huyo los comprometo, doy un dato; en mi casa pueden, al prenderme allí, catear, y encontrarán el dinero. Buscaré donde quedarme.

En este momento distinguió una sombra que se le acercaba.

—¿Quién vá? preguntó sobresaltado.

—Soy yó, Señor Quintero.

—Teodora!

—Sí, yo soy.

—¡En todas partes!

—Velando por usted.

—Esta es una verdadera bruja, sabe aparecerse á tiempo. Si me irá á predecir funestidades, pensó Quintero y luego dijo á Teodora.

—¿Tambien ahora tiene usted algo que decirme?

—Siempre tengo.

—¿Tambien muy importante?

—Mas que otras veces.

—¿Pues de qué se trata, Tia Teodora?

—De la vida.

—¿Cómo?

—Ya sabe usted que todo lo sé, Señor Quintero.

—Todo!

—Si; para los astros no hay secretos, y cuando se tiene la clave de un elegido, la adivinacion es una cosa infalible.

—Pues bien, supongamos, Tia Teodora, que usted lo sabe todo. ¿Qué debo hacer?

—Huir.

—Es imposible.

—Por mi casa se puede salir de la ciudad por los potreros sin pasar por la garita y, ya ve usted, la noche está tan oscura que no nos vemos ni las manos: huya usted, por Dios.

—¿Tan inmediato es el mal que me amenaza?

—Sí. Mis predicciones van á realizarse y yo no quiero que usted muera, Señor Quintero. Todavia es tiempo.

Quintero se puso á reflexionar y quiso arriesgar el todo por el todo para saber á que atenerse.

—En resumidas cuentas, Tia Teodora ¿por qué tengo que temer?

—Por lo del viernes.

Quintero sintió calosfrio y luego preguntó.

—¿Y Aldama y Blanco?

—Ya estan presos.

—¿Quiere decir que usted lo sabe todo?....

—Todo lo del viernes.

Quintero se sintió acometido de un acceso de miedo y súbitamente pasó á un acceso de furor y desenvainó un puñal.

—Supuesto, bruja maldita que sabes mi secreto ¡muere! esclamó Quintero tirando un golpe.

Oyose un grito sofocado y á la vez sintió Quintero que su brazo derecho estaba imposibilitado de moverse.

Manolo estaba colgado del brazo de Quintero como un mastin.

Quintero bregaba por desasirse, pero el muchacho se aferraba con una fuerza extraordinaria, paralizándole el braza hasta hacerle soltar el puñal.

Manolo se precipitó sobre él y desapareció.

Quintero buscó en las tinieblas á Teodora, recorrió la calle en todas direcciones, nada habia. La bruja habia volado.

Dudó Quintero de su propio juicio y se perdió á su vez en las sombras de la noche vagando como alma en pena por las calles mas lóbregas y apartadas de la ciudad.

CAPITULO XXVIII.

LA VINDICTA PUBLICA.

A las siete y media de la mañana del martes 27, Aldama fué conducido á una pieza de la Real Cárcel de Corte en donde habia varias personas desconocidas.

Despues de algunos momentos de espera se abrió una puerta y apareció el Señor Alcalde de Corte con Don Ramón Blásio, Don Rafael Luzero Secretario de cámara y otras dos personas.

—Sirvánse ustedes formarse en ala, dijo su Señoría.

A una señal del Alcalde, Don Ramon Blásio señaló á Aldama á quien en el acto se ordenó pasar á la sala con la competente escolta.

Se le recibió en forma el juramento y se le preguntaron sus generales, despues de lo cual se procedió al interrogatorio, que tendia por parte del juez á imputarle el crímen cometido en la casa de Dongo, acumulando sobre Aldama todos los indicios y probablidades.

Aldama por su parte se sostuvo con firmeza y negó con increible audacia é imperturbabilidad todos los cargos, hasta que, despues de largos é inútiles debates, su Señoria, el Señor de Emparan, mandó que el reo se volviese de espaldas, y á una señal convenida un ayudante le quitó la cinta negra con que se ataba la coleta.

Aldama no comprendia lo que iba á suceder. El Señor de Emparan tomó en sus manos la cinta que aun conservaba la gota de sangre y mandó al reo volver el rostro.

—¡Aquí está *una gota de sangre!* dijo el Señor de Emparan, mostrando al reo la cinta y estudiando su fisonomía.

—Eso no tiene nada de estraño, contestó Aldama, concurro á los gallos, como es público y notorio y es bien sabido que los gallos heridos los pasan sobre las cabezas de los concurrentes y nada tiene de particular que me haya caido esa gota.

—No Señor Aldama, esta gota de sangre tiene una significacion mas terrible de la que usted pretende darle. La Providencia ha permitido que esa gota de sangre sea la luz de la justicia y el punto de partida para esclarecer los hechos.

Dios no ha querido que muriesen las inocentes víctimas sin que marcaran con su propia sangre á su verdugo para denunciarlo á la justicia. Señor Aldama, en esta *gota de sangre* está escrita una sentencia de muerte.

Estas palabras hirieron vivamente la entereza del reo y se le vió palidecer; todos los presentes sintieron unanimemente la conviccion de la culpabilidad de Aldama, á quien se mandó retirar, dando por concluida la primera diligencia.

En seguida se mandó traer á Blanco á la Acordada y se le tomó la primera declaracion inquisitiva, quedando asentadas en el proceso, en virtud de la forma del interrogatorio, los mas precisos datos para poder juzgar con acierto en las declaraciones posteriores.

El dia 29 se mandó comparecer por medio del sargento mayor de la plaza á Don Baltasar Dávila y Quintero, en virtud de las varias noticias que se tuvieron de ser uno de los amigos inseparables de Aldama y de Blanco.

Así como á los otros reos se le preguntó á Quintero su mode vivir, sus ocupaciones ordinarias, los sitios á donde de ordinario concurria, su ocupacion la noche memorable del viertes 23, y cuanto pudiera servir de seguro fundamento á las diligencias porteriores.

Como los otros reos, negó con serenidad y aplomo y sin vacilar daba respuestas seguras y categóricas; pero por sencillas y bien estudiadas que fuesen las respuestas de los reos aisladamente, sugetándolas al análisis comparativo surgian indicios y semi--pruebas, sobre las que se iba concentrando la atencion del Señor Alcalde.

Quintero despues de haber contestado, pensó por un momento que no resultando nada en su contra estaria libre; pero con gran sorpresa vió aparecer un piquete de soldados que lo condujeron á un calabozo sin tener tiempo ni de formular una queja, pues su Señoría habia desaparecido.

La segunda diligencia apoyada en las primeras declaracio

nes puso la causa á una altura ventajosa. Presentósele á Aldama un sombrero, que reconocó por suyo, y en el que se notaban una mancha de sangre y otra de cera; y como si la sangre estuviera destináda á denunciar con voz mas autori. záda á los criminales, se le hizo notar otra mancha de sangre en la vuelta de su capa.

Las respuestas y las repulsas de Aldama palidecian ante la notoriedad, y robustecian la conviccion del juez.

Al cateo de la casa de Aldama siguió el de la accesoria de la Calle de del Aguila número 23, que Quintero habia abandonado aparentemente hacia algunos dias.

Este cateo se verificó en presencia de su Señoría, del Escribano actuario, del Capitan Elizalde y los comisarios extraordinaries de asistencia.

Se procedió á levantar las vigas de la accesoria y se encontraron entalegados veintiun mil trescientos treinta y cuatro pesos un real, las medias, las alhajas del difunto Dongo, y las ropas ensangrentadas de los asesinos.

Se examinó la tranca de la segunda puerta con las señales del filo de los machetes y se reconocieron manchas de sangre en la puerta.

Trasladose el dinero á las cajas reales y los demás objetos á la Real Cárcel para confusion de los reos.

Siendo Blanco menor de edad se le nombró por curador al Señor Don José Fernandezde Córdoba, Procurador del número de la Real Audiencia.

De regreso su Señoría á la Real Cárcel, mandó comparecer á Quintero, quién en ese dia, como los otros reos, se encontraba sugeto con grillos de fierro que le lastimaban horriblemente.

Quintero siguió negando aun en vista de las pruebas mas claras y manifiestas que se le presentaban; pero cada una de sus negativas, no era mas que un resto del instinto de la conservacion, y ya sin la conciencia de encontrar defensa posible, hasta que al fin esclamó.

—¡Señor, ya esto no tiene remedio, pues Dios lo termina de esta manera! Cuando se ha encontrado el robo en mi casa, no me resta sino decir la verdad, sí, ¡sí Señor, todo es cierto!

Estas palabras produjeron en todos los presentes una profunda sensacion á la que sucedió un largo silencio.

—Que se me alivien las prisiones. Voy á decirlo todo: fuerza es pagar.

—Dos ministros ayudantes, aflojaron á Quintero sus grillos, é inmediatamente comenzó á hacer el relato mas minucioso del crímen cometido por él en union de Aldama y Blanco.

Hízose comparecer á Aldama quién empezó; negando pero al saber que Quintero habia declarado ya, completó por su parte la relacion, concluyendo con pedir á sus jueces que en atencion á su estirpe se le diese la muerte correspondiente, y suplicó por último se le llamasen unos Padres de San Fernando para que lo fuesen preparando para morir.

Blanco por su parte hizo otro tanto y acabó de perfeccionar el relato de los mas minuciosos detalles, no omitiendo nada de lo que saben ya nuestros lectores.

Se mandaron sacar los machetes de las acequias del Puente de Amaya y del Puente de la Mariscala, y el relox del caño de la esquina de la Direccion del tabaco.

Los reos se pusieron espontaneamente en capilla.

Si grande fué la conmocion de la sociedad de México al

saber la noticia de los asesinatos de Dongo, lo fué mucho mayor al descubrimiento de los criminales y al saber su segura condenacion...................

La justicia de acá abajo es muy divertida bajo su punto de vista oral y teórico.

El sublíme "NO MATARÁS" del decálogo es magistralmente comentado por pispiretas y parlanchinas constituidos en concilio ecuménico.

El "NO MATARÁS" es terriblemente inflexible y friamente lato con los que matan con la ley de su libbre albedrío, para convertirse en un par de palabras huecas para los que matan con la ley papel.

Esta aberracion pone en boca de la beata y de la damisela, frénte al cadalzo, estas palabras "*Me alegro.*"

La ley papel se coloca neglitemente sobre la ley de Dios para que los hombres hagan de las suyas legalmente en un paréntesis que tíenen la amabilidad de permitirse.

El "NO MATARÁS" esiá declarado insuficiente por la sabiduría de los hombres, que van á ocuparse muy conciensudamente de matar para probar que no se debe matar.

Esta lógica es tan contundente y sobre todo tan tranquilizadora, que su Señoría, el Alcalde mayor, Licenciado Don Agustin de Emparan, tomó una tarde con reposado deleite su aromoso chocolate, despues de haber firmado la sentecia de muerte de Aldama, Quintero y Blanco.

Si preguntais á esos fabricantes de cadalzos y celosos guardianes y ejecutores de la ley papel. ¿Por qué matáis? os darán contestaciones que debeis ocnservar en vuestros apuntes.

Los hombres de la ley saben responder.

—"Para satisfacer á la *vindicta pública.*"

He aquí nn par de palabras las mas huecas del mundo, pero que tuvieron la fortuna de usurpar [como muchos] el título de infalibles. No os conformeis con que la vindicta pública se satisface matando á un hombre. ¿Y qué?....Tendreis que conformaros con esas palabras por que no hay otras, ó inventadlas si podeis.

La víspera de los asesinatos de Dongo no habia una sola conciencia en la Ciudad de México, inclusa la de los asesinos que oyendo decir "NO MATARÁS" no se hubiera dicho á sí misma. "*Es verdad, no mataré.*" Hoy la sociedad entera oia decir "*vamos á matar*, y contestaba en voz alta "*me alegro.*"

Y efectivamente habia quien estuviera alegre: la frase "*me alegro*" se hacia preceder cuando mas de este salvo condncto. "Los siento como prójimos, pero me alegro" otros decian: "es triste, pero es justo." Los ricos esclamaban.

—"Qué los maten" ¿sino adonde vamos á parar?

Los pobres, generalmente, como no tenian dinero, no tenian mas que esta palabra: *¡pobres!*

De entre estos habia muchos carpinteros que estaban envidiando la fortuna de ocho compañeros suyos que se ocupaban de formar un tablado de diez varas de largo por cinco de ancho y tres de alto, entre la puerta principal de Palacio y la de la Real Cárcel de Corte.

Estos carpinteros iban á ser ampliamente remunerados.

Este tablado era el palco escénico de la ley.

Un comerciante del Parian habia llegado muerto de gusto á su casa en la tarde por que acababa de vender toda la bayeta negra que tenía en su tienda, á un precio exhorbitante á pesar de ser un *efecto mula* y de tener bayeta negra para

diez años. El tablado y las escaleras debian forrarse de negro, por que en todo caso, decia el Señor de Emparan, la cosa se debe hacer de una manera decente.

Un sastre construia tres sacos negros y tres gorros para los reos, y estaba contento por que tenia que *meter oficiales.*

Y finàlmente los hermanos de la Ilustre Archicofradia del Rosario estaban tambien contentos, por que el difunto proporcionaba un ingreso de consideracion en los fondos.

La *vindicta pública* estaba ya muy cerca de quedar satisfecha, por que á las once víctimas se iban á agregar tres, pero por cuenta de la ley. Los reos empezaban á ser en la Capilla el objeto de esas esquisitas atenciones que la pena de muerte tiene la galantería de concederles, en el lujo de su ferocidad.

Apropósito de palabras, y ya que hemos hablado de la gran palabra *vindicta pública,* nos hemos hecho esta pregunta.

—¿Por qué en aquellos tiempos en que segun muchos hombres doctos habia mas fé religiosa y mas sanas costumbres y una porcion de cosas que ya no hay ahora, la piedad y la caridad cristiana estuvieron tan conformes con la sentencia que no se atrevieron á pronunciar esta palabra: *indulto.*

Efectivamente nada dicen las crónicas á este respecto.

Decididamente esa palabra soltada en medio de indignacion y ante la gran palabra, *vindicta pública,* hubiera hecho un triste papel. Y no por que sea una palabra mala. Tiene títulos de nobleza: es hija legítima de dos palabras de Dios. "No MATARÁS." Esta pobre palabra *Indulto,* de quien nadie se acordaba en aquellos dias á que nos referimos, tiene ya hijas grandes en el Siglo XIX, hijas destinadas á hacer un importante papel en la historia de la humanidad.

Estas hijas grandes se llaman:—PENITENCIARIAS—ABOLICION DE LA PENA DE MUERTE.

CAPITULO XXIX.

EL DIA DE MUERTOS.

El lúnes 2 de Noviembre del año de gracia 1789 fué un dia gris en toda la acepcion de la palabra.

El cielo se habia cobijado desde las doce de la noche con una inmensa colcha afelpada que sudaba frio y dejaba caer lo que el vulgo llama *salesita.*

Mas de cuatrocientas campanas de todos tamaños lloraban por costumbre, cumpliendo con su deber; por que aquel era un dia en que todo el mundo tenia que cumplir con su deber.

Ardian muchas velas en todas las Iglesias y casi en cada altar habia un celebrante; por que los sacerdotes dicen tres misas.

Habia mucha gente en las calles, por que los fieles se proponian oir todas las misas que les fuera posible.

Se daban muchas limosnas, por que á los cepillos de las ánimas se les habia llegado su dia.

Se vendian muchos juguetes muy bonitos representando objetos muy feos.

Y todo estaba revestido del aspecto de la muerte, hasta las golosinas.

Y hasta el estómago se encargaba de la conmemoracion, dijiriendo calaveras de azucar.

Aquel dia de muertos era de mejor calidad que el de otros años; por eso nos ocupamos de describirlo.

A los muertos ordinarios habia que agregar una remesa fresca de la casa de Dongo, y con este ingreso de importancia el dia era mas solemne.

Habia otros muertos en espectativa: Don Manuel de la Rosa, y tres reos en capilla, que esperarian un año y dias su primer aniversario.

El dia de muertos estaba irreprochable. Los encargados de doblar se escedian á sí mismos. Los panteones estaban abiertos *de par en par*. Y el cielo estaba de luto.

Don Manuel de la Rosa se aprovechaba de una magnífica oportunidad: se moría.

No sabemos si sería casualidad, pero se agravó desde los primeros dobles.

Creia que lo llamaban y decia: Ya voy. Habia tenido tiempo de arreglar sus asuntos y se despedia.

Llamó á Isabel para bendecirla, á Doña Mariana para pedirle perdon, y asió las manos del Padre fernandino, por que su contacto engendraba en la mente de Don Manuel una es-

peranza.

Habia en toda la casa esa ala negra que se cierne vaporosa é invisible, vertiendo tristeza: el aura de la muerte penetraba para amortiguar el calor de las velas de cera.

La muerte destacaba sus avanzadas: el silencio. Don Manuel de la Rosa se encontraba comprimido entre dos horrores: el horror de sus pecados y el horror de la eternidad.

Este vestíbulo es espantoso. Todos los nuestros nos abandonan en la puerta....y se despiden....

Y poco á poco y ya casi al tocar el dintel de ese infinito incomprensible, despedirse de la palabra, despedirse de los sentidos, no ver ya; no oir, no sentir y convertirse en idea........en soplo........abstraerse, sustraerse en sí mismo para confundirse en lo impalpable........Allá vamos..

....

Al ver este estado del hombre, Dios se sintió enternecido y le envió la religion.

Y al través de un triángulo esplendoroso, vé el hombre desde entonces el mas grande de los deslumbramientos, la mas sublime de las esperanzas.

Solo el inmenso prodijio de la religion, ha sabido arrancar al moribundo una sonrisa......

Don Manuel de la Rosa espiró á las doce del dia. La consternacion se solazaba en un gran consuelo. Don Manuel habia muerto como buen cristiano. ....

....

El Licenciado Verdad tuvo largas y juiciosas conferencias con Margarita, con el ánimo de desimpresionarla lentamente acerca del valimiento de Aldama.

Merced á este noble interes, el Licenciado habia tomado nota de la conducta de Aldama, y poseia la clave de todas las aventuras y de todos los crímenes de este desgraciado.

Pero no sin razon pintaron ciego al amor; por que el de Margarita resistia aun al completo desprestigio de su amante. Aquella creacion hechicera que avasalló á Margarita, aquel hombre lleno de un atractivo irresistible, que un dia le ofreciera su amor, al ofrecerle el agua bendita, aquel bello amante de las bellas manos, conservaba aun en el corazon de Margarita todo el ascendiente y todo el hechizo de la pasion. La elocuencia del Licenciado no conseguia mas que hacer de Aldama un ser doble, que Margarita amaba y juzgaba al propio tiempo.

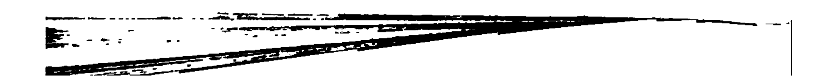
El amante era el ser querido, fantástico y rodeado del encanto del amor: al hombre lo separaba Margarita al oir de boca del Licenciado el funesto relato de su odioso proceder.

Tal es el corazon de la muger, que cuando ama deveras le presta las alas de los ángeles á los mónstruos mas aborrecibles.

El amor de Margarita era tanto mas firme, cuanto que ni lo que hacia á Aldama odioso lo debilitaba.

A las doce del dia, en los momentos en que espiraba Don Manuel de la Rosa, Margarita recibia la noticia de que los asesinos de Dongo eran Aldama, Quintero y Blanco, y que segun todas las probabilidades serían ahorcados.

El dolor de Margarita no conoció límites, pasado el primer momento de atonía, pretendió correr en busca de Aldama, y la resistencia que se le opuso en la casa del Licenciado la exasperó á tal grado, que se vió formalmente acometi-



da de un acceso de locura bien peligroso.

La pobre huérfana recibia el postrero, el mas tremendo golpe, en todo lo que le era mas caro en este mundo.

La imágen de Aldama en el cadalzo era el espectro martirizador de aquel cerebro debilitado por estraños y precipitados padecimientos.

Aquel dia de muertos habia sido fecundo en acontecimientos, y la poblacion entera estaba de tal modo conmovida, que no se oia por todas partes sino relatos de lúgubres y terribles escenas contribuyendo no poco á exaltar mas y mas la imaginacion de los mas indiferentes el incesante clamoreo de las campanas que rogaban por los muertos.

Margarita fue atendida en el acto por los mejores facultativos, pero nada habia podido avanzarse por que la enferma rehusaba toda medicina, y despedía á todos los que se le acercaban.

En la pieza en que estaba Margarita, habia varias personas agrupadas hácia un estremo, en esa actitud de retraimiento y dolor que toman los que rodean á un ser cuya razon se estravía.

De repente, Margarita se lanzó al grupo, y tomó de la mano á un jóven que allí estaba.

—Venga usted aca mi querido doctor y amigo, siento mucho que no me haya usted reconocido, dijo Margarita. ¿Es usted tambien ingrato? Yo no soy ingrata, me acuerdo de que usted me salvó la vida, para que pudiera seguir amando á mi Felipe......

Aquel jóven, como lo habrán pensado ya nuestros lectores era Cárlos, que acababa de traer al Licenciado Verdad la noticia de la muerte de Don Manuel de la Rosa.

Cárlos bajaba la cabeza sin saber que contestar á Margarita.

—No me responde, continuó esta. ¿Ya no me conoce usted Cárlos, amigo mio? Ya se vé, debo estar muy fea.... por que las penas afean.

—Margarita, yo no la he olvidado.

—¡Será cierto! dijo esta con una espresion de indecible alegría.

—Sí, Margarita, y aquí estoy otra vez para curarla si se enferma.

—Enfermarme! Nó, yo no me enfermo, y luego en voz muy baja dijo al oido de Cárlos:

—¿En donde está Felipe?

Cárlos guardó silencio.

—Respóndame usted, por Dios ¿en donde está?

—¿Muy lejos?

—¡Ah que felicidad! ¿Por qué pensaría yo en que lo iban á matar? Yo quiero verle. Pida usted permiso al Señor Licenciado para que le vea, nada mas un momento, en presencia del Licenciado mismo. Nada mas le veo, no le hablo no le digo nada....nada....

Señora gritó derrepente, viendo entrar á la Señora Doña Rita; Señora, ¿quiere usted pedir el permiso para que le vea?

Pero si no está aquí, Margarita, dijo Cárlos.

—Pero iremos adonde esté, ¿no es verdad Señora? usted me ha dicho que es mi madre, y las madres no martirizan á sus hijas aunque estas hijas sean tan malas como yo. ¿Vamos Señora? ¿Vamos madre mia?

—Sí Margarita, vamos, pero es preciso preguntar al médi-

co si puede usted salir.

El médico de·la casa se acercó.

—¿No es verdad, Señor doctor, que puedo salir?

El médico habia estado haciendo su combinacion y contestó con naturalidad.

—Es necesario ver primero cómo está la salud.

—Muy bien, perfectamente, se apresuró á decir Margarita.

—Veamos el pulso.

Margarita alargó su mano ardiente.

—¿No es verdad que estoy bien, Señor Doctor? dijo al cabo de un momento.

—Pero siempre es necesario tomar esa bebida por pura precaucion.

—La tomaré, dijo Margarita, y apuró de un sorbo la pocion que antes habia rehusado tomar.

—¿En seguida puedo salir? preguntó.

—Si Señorita, pero sugetándose á las prescripciones.

—A todo, á todo, dijo violentamente.

—Voy á ordenar que dispongan un coche, dijo el médico. Entre tanto usted espera sosegadamente y tomando sus medicinas.

—Todo lo haré, contestó Margarita.

Y cedió efectivamente á las indicaciones de la Señora Doña Rita que la invitó á recogerse, ofreciéndola avisarle la hora de partir.

Y las personas que allí estaban salieron silenciosamente de la habitacion.

El médico aconsejó que, aprovechándose de aquella calma de la enferma, se la trasladara fuera de la Capital mientras pasaba la ejecucion de Aldama; y el Licenciado Verdad dis-

puso en el acto trasladarse á la Villa de nuestra Señora de Guadalupe en donde permanecería la familia el tiempo que fuese necesario para la curacion de Margarita.

Efectivamente, en la misma tarde de ese dia se trasladó la familia del Licenciado Verdad á la Villa, acompañados del médico de la casa y llevando las medicinas que juzgó necesarias.

Margarita reanimada con la esperanza de ver á Aldama se prestaba á todo lo que se la ordenaba.

Se la hizo creer que Aldama iría á la Villa de un momento á otro, y se combatió por cuantos medios fueron posibles la idea de la prision, atribuyéndola á un pasajero delirio...

....

Un momento despues de aquel en que Teodora habia desaparecido de la vista de Quintero, esta se apoyó en una pared y se inclinó para sentarse en una puerta á tiempo que Manolo se le reunia.

—Está el puñal mojado, ¡Tia!

—Estoy herida; ven, socórreme.

Manolo procuró levantar á Teodora, pero no pudo.

—Tiene usted mucha sangre, Tia.

—Sí; mucha, dijo Teodora con una voz que se debilitaba; pero acertó á poner una porcion de su propia ropa en forma de compresa sobre su herida. Ve á buscar agua y vuelve pronto.

Y Manolo echó á correr como un perro, fijando su atencion á todos lados por si veia luz al través de alguna puerta. Tocó una que le pareció una tienda; pero no quisieron abrir. Tocó en otras dos y no le contestaron; pero á pocos pasos se abria delante de Manolo la puerta de una accesoria que arro,

jó á la calle un rayo de luz, y una vieja se asomaba para tirar agua súcia.

—Señora, dijo Manolo con voz plañidera ¿me hace usted la caridad de darme una poca de agua?

—¿Agua á estas horas, murmuró la vieja, ¿no ves que es agua sucia?

—Tengo mucha sed.

—Pues espera un poco.

Y la vieja arrojó la agua de su trasto á lo largo de la calle. Entró y á poco volvió trayendo un gran jarro con agua limpia.

—Bebe, dijo á Manolo.

Este se acercó el jarro á la boca, pero fué para echar á correr.

En un momento estuvo al lado de Teodora á quien encontró mas desfallecida, pero pudo tomar algunos tragos y en seguida hizo que Manolo rasgase el vestido de Teodora para hacer una venda. Teodora tenia una herida en medio del pecho, Manolo la vendó y puso sobre ella un haz de trapos mojados.

Despues de una hora, emprendieron su marcha: tenian que atravesar toda la ciudad y hacian una parada de algunos minutos en cada calle, que aprovechaban para mojar los trapos que cubrian la herida y para descansar en alguna puerta. Cerca de las cuatro de la mañana llegaron á la Candelaria de los Patos.

El dia de muertos, que como hemos dicho ya, fué fecundo en acontecimientos, á la hora en que Margarita caminaba hácia la Villa de Guadalupe, Manolo llegaba á su casa á participar á Teodora la muerte de Don Manuel de la Rosa, la lo-

cura de Margarita y la probable ejecucion de Aldama, Blanco y Quintero. Tambien para Teodora fué aquel un dia horrible.

—Hay mas, ví á Juan el negro y me contó que aquel viejo que vimos muerto de hambre, es un bandido habanero ladron, incendiario y prófugo de presido y que se llama Pedro Nuñez.

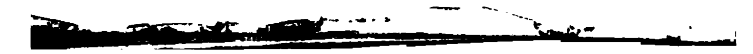
—¡Basta! esclamó Teodora, presa de una emocion desgarradora, que en el estado de debilidad en que se encontraba, la hizo desfallecer, tomando su semblante una espresion cadavérica.

El mismo dia 2 de Noviembre, no obstante estar declarado dia clásico, se siguió el curso de la causa, produciendo los reos sus pruebas sobre la identificacion de sus ejecutorias de nobleza, con tres testigos de asistencia, diligencia que terminada, no dejó duda á cuantos presentes vieron y entendieron que aquellos tres mónstruos eran verdaderamente nobles.

Los tres reos, ya frente á frente de la muerte, declararon en descargo de su conciencia, Aldama ser el autor del asesinato cometido en la persona de un mulato criado de Samper, por robarle, como le robó, mil pesos de su amo.

Quintero confesó haber matado á un pasajero, en Campeche por robarle seiscientos pesos.

Y segun la causa instruida á Blanco, resultó que el año de 87 fué procesado por cinco robos, y confesó haber robado al Señor Azcoiti cinco mil pesos, y mas de tres mil en Guanajuato, que habia sido ya condenado á cinco años de prision en Puerto Rico, y siendo en la actualidad prófugo del presidio de San Juan de Ulua.



CAPITULO XXX.

EL DRAMA DE LA LEY.

El miércoles 4, despues de relatada la causa y prévios todos los requisitos legales, se pronunció la sentencia reducida á lo siguiente:

"Hecha la relacion acostumbrada de los exesos y delitos de los reos, hallaron que eran de condenar y condenaron á que de la prision en que se hallaban los reos, salieran con ropa talar y gorros negros, en mulas enlutadas, á son de clarin y voz de pregonero, que manifestase sus delitos por las calles públicas y acostumbradas, y llegados al suplicio se les diese garrote, poniendo el baston y armas á la vista del público, y verificada la ejecucion, se destrozacen y rompiesen

por mano de verdugo, separándoseles las manos derechas, que se fijasen dos en dos escárpias, donde habian cometido los homicidios, y la otra donde se halló el robo, en la parte superior de la pared, todo con ejecucion, sin emcargo de suplicacion y de la calidad; y que el dinero depositado y demas del robo, se entregara á la parte de la Archicofradía heredera como se ejecutó, y esta sentencia fué dada presente el Señor fiscal."

Como se vé, esta sentencia no dejaba nada que desear; pues estaba compuesta de ingredientes que, mesclados con la muerte, entre otras cosas, era una exelente tisana, capaz de satisfacer á la susodicha vindicta pública, por exijente que fuese.

Esta sentencia tenia su poco de befa, de escárnio, y de vergüenza, con su divertido paseo en mulas con gualdrapas negras, su parte de ridículo carnavalezco con sus gorros y camisones, que los reos llevarían á fuer de nobles; su acompañamiento de clarin y pregonero, para matar hasta con los sonidos, su parte cómica por el trajín de los verdugos rompiendo aquel baston, criminal como cualquiera, y su parte horripilante en fin de mutilacion de miembros humanos.

El pueblo iba á presenciar un espectáculo muy entretenido y edificante, en nombre de la ley y del derecho.

Y por si no fuere bastante hacer todo lo que se pensaba, se obligó á los reos á oir de rodillas aquella acabada pieza de ferocidad legal.

Los reos, asidos por la muerte, habian casi envejecido; y oyeron la sentencia asidos por su parte á los padres fernandinos, que procuraban inspirarles valor y resignacion.

El Escribano Luzero, era el plenipotenciario de la muerte:



acabó de leer é hizo pasar á los reos á la pieza destinada para servir de Capilla, en la que fueron colocados, haciendo divisiones con biombos.

El dia siete por la mañana entró el teniente de corte y demas ministros de justicia, y tras ellos los hermanos de la caridad, con grandes escapularios.

El teniente pronunció estas palabras:

—Ya es, hermanos, la hora de ver á Dios.......................

....

Renunciamos á describir á los reos en este instante, aunque creemos que este instante es la mas enérjica reprobacion de la sentencia de muerte.

Los hermanos de la caridad vistieron á los reos que salieron de la Capilla, acompañados de multitud de eclesiásticos y de aficionados á estos cortejos.

La plaza estaba literalmente cubierta de gente, los balcones y las azoteas estaban coronadas de espectadores y muchos coches se mesclaban en aquel mar de cabezas.

El pregonero era Filomeno, el cochero, afecto á saber de todo y á conocer todos los oficios y decia que se habia prestado á gritar solo por tratarse de sus amitos.

Entre los coches habia uno ocupado por Teresa, Catalina, Plácida y Dominga vestidas de negro y llorosas. Era el coche azul de Filomeno.

Manolo estaba tendido sobre el techo de este coche.

El fastuoso paseo duró por las calles, hasta cerca de la una, hora en que llegaban los reos, los sacerdotes y los hermanos de la caridad al pié del cadalzo.

Quintero tenia la preferencia, subió el primero y se colocó en el palo de enmedio.

Despues subió Aldama y se colocó en el derecho y Blanco en el izquierdo.

Y se formaron tres grupos simétricos para que la muerte no tuviera de que quejarse.

Cada reo era auxiliado por dos sacerdotes: detras de cada reo habia un verdugo.

La multitud se codeaba, formaba oleadas, se volvia ojos, devoraba á los reos, y aquel mar de furor y de estúpida curiosidad estaba formado de hombres.....

Se contempla con avidez todo lo que parece increible.

El público se impacientaba, se sofocaba de insolacion y de crueldad. Todavia no morian....¿tardarían mucho?

Algunos creyendose caritativos, "decian vale mas que los maten pronto."

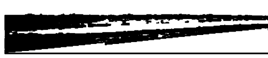
Aquel mónstruo de siete mil corazones y siete mil cabezas, que para no llamarse en aquel momento *hombres,* se acomodaba el pomposo seudónimo de vindicta pública, vio por fin lo que queria.....la convulsion final, no perdió un detalle, un movimiento, un gesto.

Ningun animal ve matar á otro, impasible, solo el hombre.

Las almas de los reos salieron pronto con el dolor supremo de la muerte, dejando en aquel palco negro con sus despojos inertes, el lúgubre reproche de las víctimas.

Terminado el drama y por complacer á los concurrentes, se dió como pieza final, una amputacion en frio y la destruccion de los machetes y el baston.

La multitud volvió la espalda satisfecha. Los cadáveres permanecieron en su sitio de órden superior, hasta las cinco de la tarde, hora en que se trasladaron á la Capilla de los



Talabarteros y allí permanecieron hasta el domingo siguiente en que fueron conducidos á la Parroquia de la Santa Veracruz, en donde los hermanos celebraron honras, con misa cantada por los Padres Fernandinos, costando todo, segun la crónica, doscientos veintisiete pesos..... ....

....

Estamos á 14 de Noviembre de 1789.

Hacía tres dias que Margarita iba al Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe acompañada por la Señora Doña Rita. Allí permanecia largas horas arrodillada, anegándose en los dulces consuelos de una oracion sincera y ardiente. Desde que Margarita habia vuelto á la razon habia manifestado deseos de acabar su vida en un claustro. Hízole ver el Licenciado que aquella resolucion podia ser hija de sus padecimientos actuales, y que podia tal vez con el tiempo arrepentirse; pero Margarita se fijaba cada vez mas en su propósito.

—¿Adode iré, decia, sin corazon, sin honra y sin consuelo? el mundo me señalará como un despojo despreciable. Necesito ocultar mi vergüenza para siempre y pedir á Dios por todo el resto de mis dias que me perdone y que perdone á....... quien ya está allá....

El Licenciado cedió con la esperanza de probar en el noviciado la constancia de Margarita y arregló la toma de hábito, corriéndose todas las diligencias conducentes.

El dia 14 de Noviembre, un inmenso concurso llenaba la nave del templo de la Concepcion. Acababan de llegar dos coches conduciendo á la monja y á la madrina que, ataviadas esplendidamente, se habian ocupado en la mañana, de la despedida del mundo.

La plazuela de la Concepcion estaba tambien llena de gente y de puestos de vendimias. El pueblo atraido por la novedad del *monjío* habia acudido á divertirse, á comer golosinas y á ver el *castillo* que se debia quemar á la oracion.

La ceremonia religiosa tuvo lugar con toda la pompa magestuosa que la Iglesia católica sabe dar á esos actos. Una orquesta de los mejores profesores mesclaba sus acordes con las sonoras voces del órgano. Los espectadores estaban conmovidos al contemplar la noble hermosura de Margarita, en cuyo semblaute habia quedado impresa la huella de un dolor profundo.

Aquellos grandes ojos negros de miradas de reina se

